

# Peón dama

Victor  
Canning



Selecciones del Séptimo Círculo

Lectulandia

Cuando el dinámico y apuesto estafador Andrew Raikes trata de retirarse y comenzar a disfrutar de su mal adquirido dinero, se ve envuelto, de la mano de la atractiva Belle Vickers, en un complejo chantaje que finalmente lleva a ambos a robar un cargamento de oro en el viaje inaugural del trasatlántico Queen Elizabeth II.

Con estos elementos Víctor Canning construye en «Peón Dama» una dinámica novela, llena de acción y de intriga, con un inesperado final.

**Lectulandia**

Victor Canning

# **Peón dama**

**Selecciones Séptimo Círculo - 50**

ePub r1.2

Akhenaton 23.11.14

Título original: *Queen's Pawn*  
Victor Canning, 1969  
Traducción: Mary Williams  
Selecciones del Séptimo Círculo nº 50  
Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares  
Dirigida por Carlos V. Frías

Editor digital: Akhenaton  
Retoque de portada: Orhi  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 1

DE PIE, ANDREW RAIKES controlaba su cuenta de hotel. La muchacha que estaba detrás del escritorio lo observaba, y era evidente que le agradaba lo que veía... la camisa blanca impecable, el exacto tono de azul de la corbata de seda para armonizar con su traje de «tweed» de pequeño dibujo espigado. El azul de la corbata era casi el mismo azul de sus ojos; hermosos ojos, con patas de gallo en los extremos, y que se arrugaban un poco mientras examinaba la cuenta. Más bien alto, de buena figura, tendría cerca de cuarenta años, pensó la muchacha. En su imaginación rozaba con la punta de los dedos la línea de la mandíbula del hombre, acariciando la piel curtida y tostada por el sol. Tenía el tipo de cara que le agradaba, clara, honesta y con una expresión muy inteligente. Los labios eran generosos y la boca grande y firme. La muchacha cerró los ojos durante un momento tratando de retener la impresión de su rostro, pero en seguida el conjunto se le hizo borroso. Una bonita cara, pero difícil de retener en la memoria. Ella no podía saberlo, pero ése era uno de los atributos menores de Raikes.

Raikes llenó un cheque y lo firmó «John E. Frampton».

La muchacha extendió un recibo y lo grapó a la cuenta.

—Gracias, Mr. Frampton. Espero que se haya sentido cómodo con nosotros.

—Desde luego. Gracias.

Raikes sonrió. De pronto la muchacha sintió que el día echaba alas, el placer brotaba en ella y se dio cuenta de que le gustaría hacer algo por él, le gustaría compartir algo, cualquier cosa con él. Ese era otro de los atractivos de Raikes. Sin embargo, la muchacha no podía saber que si las circunstancias lo exigieran —cosa que todavía no había ocurrido— él la hubiera matado sin una pizca de remordimiento.

Raikes levantó su maleta y salió al sol de Londres. Una muchacha agradable, pensó. En cierto sentido, excepcional. Era la última persona para la cual había extendido un cheque sin fondos. Aquel día tocaban a su fin casi veinte años de cuidadosos y eficaces fraudes, veinte años en que no había sido molestado por la conciencia ni por sospecha alguna. Andrew Raikes, que había vivido durante tanto tiempo bajo una gran cantidad de nombres falsos, ahora los relegaba definitivamente al limbo. Ahora tenía la satisfacción de haber hecho lo que, siendo un joven de diecinueve años, había jurado hacer mientras oía el ruido que hacía la roja tierra de Devon, endurecida por la sequía del verano, al caer sobre la tapa de roble del féretro de su padre, y mientras observaba a los sepultureros escupirse las palmas de las manos para tomar las palas.

Era un espléndido día, caluroso, con un olor caliente a macadam surgiendo del pavimento. Una paloma bajó planeando por la estrecha hendidura de la calle, plegó las alas y se detuvo tocando el suelo a pocos metros delante de él. Las plumas del cuello brillaban al sol con iridiscencias oleosas. Era un palomo con reflejos azulados

y un anillo en la pata, desviado de algún palomar próximo y no un auténtico vagabundo londinense.

Raikes dio la vuelta a St. James' Street y siguió andando, sin prisa, hacia Pall Mall. En su terruño el río estaría alto y oscurecido por las lluvias recientes. No valía la pena usar una mosca. Quería comprar cebos artificiales, algunas «Mepps» más y unos pequeños «Tobies» para pescar. La tienda de Hardy estaba precisamente a la vuelta de la esquina. Sólo compraré moscas, se dijo. Nada de vagar por la tienda dejando que sus ojos se tentaran con alguna caña o algún «reel» de elevado precio. Un hombre debe mantener sus manías dentro de ciertos límites. Las grandes truchas de mar estarían en el río, pensó. Una buena pesca este año. Imaginó un pez saltarín de seis libras, el sedal desenrollándose del tambor con un débil quejido que paralizaba el corazón. Una muchacha con minifalda pasó deprisa, delante de él. El movimiento de sus nalgas levantaba y balanceaba su «mini», como la de una patinadora. Le miró las piernas, imposable. La muchacha se perdió rápidamente entre la gente. Zapatos marrones, medias del color de la piel, minifalda amarilla, con una pequeña mancha en la orilla del lado derecho, blusa blanca y un «cardigan» suelto de color verde, pelo oscuro, lacio, opaco, el cuello largo. Tendría cinco pies de altura y el peso sería de alrededor de ciento veinte libras. Cinco años después, si algo la trajera a su mente, podría recordar cada detalle. La vida estaba compuesta por detalles. El detalle era lo primordial.

Entró alegremente en la tienda de Hardy. El ayudante que casi siempre lo atendía estaba enrollando un refuerzo a un sedal. Sonrió a Raikes. Este anduvo dando vueltas por la tienda. Una suave luz ambarina surgía de las cañas de pescar ordenadas en sus soportes. Recorrió con sus dedos toda la longitud de una caña de bambú de Palakona, sacó una pequeña caña para pescar en arroyos, la sopesó, la manipuló, la movió, sintiendo el juego de un extremo a otro del aparejo. El ayudante lo miró desde el otro lado asintiendo con la cabeza. Raikes imaginó que estaba bajo una bóveda de alisos, arrojando el sedal con una «cola de faisán» en el extremo, corriente arriba hacia el borde de un remolino, y atrayéndola suavemente hacia la voracidad de una trucha del Taw. Siempre hambrienta, pero no siempre tonta... y corriente arriba el agua del torrente de un color leonino como cerveza oscura, la cuchara coqueteando con sus colores blancos sobre unos pedregales recubiertos de musgo.

Compró algunos cebos «Black Fury» y algunos «Tobies» de cuatro gramos, y la caña de pescar. Arrancó un cheque de otro talonario correspondiente a su banco en Exeter y lo firmó «Andrew Raikes». Los Raikes habían tenido cuenta en el Banco, desde que éste se estableció en el año 1790.

Cruzó la calle para tomar un café en R.A.C. Berners lo estaba esperando. Se sentaron a una pequeña mesa en un rincón y Berners sacó los papeles con los informes completos, el balance meticuloso de la suma y la distribución de las ganancias de quince años de trabajo conjunto. Socios con distintas participaciones: 75% para Raikes y 25% para Berners, y ambos estaban satisfechos. Berners no era su

verdadero nombre. Raikes no sabía cómo se llamaba su socio, en realidad. Berners era el nombre que Raikes le había dado cuando se conocieron, y jamás supo por qué lo había elegido. En retribución, Berners lo había bautizado con el nombre de Frampton. De Berners no sabía nada excepto que trabajaban juntos. No sabía si estaba casado o no, dónde vivía o qué intentaba hacer ahora. Ninguno había demostrado lo más mínima curiosidad sobre la verdadera identidad del otro.

Berners dijo:

—Todo lo que tiene en el extranjero ha sido trasladado a la cuenta suiza. Naturalmente, conozco el número.

—Lo cambiaré en los próximos días.

Berners tamborileó con los dedos sobre el portafolio:

—A través de los años hemos tenido un índice de crecimiento medio de casi el 60%.

Raikes sonrió:

—También hemos corrido mayores riesgos que la mayoría de los hombres de negocios.

—De paso, quiero decirle que he enviado un donativo anónimo a la Sociedad de Ayuda a los Presos.

—¿Cuánto?

—Doscientas cincuenta libras.

—Espero que no sea tentar la suerte.

—Podríamos haber seguido haciendo cosas más importantes —Berners sonrió—. Somos jóvenes y...

—Sabemos cuándo debemos retirarnos. No hay que ser demasiado codicioso.

Berners se encogió de hombros y comenzó a arreglar los papeles dentro del portafolio, con todo cuidado. Así era Berners: cuidadoso, metódico, sin descuidar detalle alguno; una mente que retenía y procesaba cifras, hechos y posibilidades como una computadora. Un hombre pequeño, de hombros redondeados y tórax estrecho, pero de brazos grandes y fuertes, evidentemente en desproporción con el resto del cuerpo, cara pálida, con un triste brillo marmóreo en la piel, ojos grises tormentosos; vestía un traje de sarga azul, corbata negra y camisa rayada; pelo claro con una medialuna de calvicie en la parte de arriba de la frente, una cara totalmente amorfa. En alguna parte tenía una vida distinta; dormía, comía, soñaba y conocía gente. Pero dónde y cómo, eso no era asunto de Raikes.

Berners, impaciente por marcharse, dijo:

—¿Supongo que deberíamos tomar una botella de champaña o algo por el estilo?

Raikes sonrió:

—Es un poco tarde para mostramos convencionales.

—Bien, entonces...

Raikes se puso de pie, tomando los papeles. Salieron juntos y se quedaron en la entrada, mientras el portero iba en busca de un taxi.

Berners movió los pies con impaciencia y Raikes aguardó lo que sabía que iba a producirse. Lo sabía porque también él lo sentía.

—¿Qué sucederá si algo sale mal en el futuro?

Raikes se encogió de hombros.

—Cada uno lo resuelve a su manera. Desde ahora usted no existe para mí.

Llegó el taxi y Raikes se adelantó. Berners se retrasó un poco a su lado. Nada de despedidas, ni de estrecharse las manos. Se había terminado una sociedad, los libros se habían cerrado.

Raikes dijo al conductor, y para que lo oyera Berners:

—A la estación de Charing Cross.

El portero abrió la portezuela y Raikes subió al auto volviéndose por un momento para sonreír y saludar a Berners. Luego se pusieron en camino. Cuando el taxi llegó a la esquina para dar la vuelta entrando al Mall, Raikes corrió el cristal de detrás del chofer y le dijo:

—Vamos a Paddington. No a Charing Cross.

Llegó a Tauton a media tarde, fue a pie hasta el garage a buscar su auto y condujo sin prisa las cuarenta millas hasta su casa. Vivía solo. Mrs. Habilityn, que era oriunda del lugar, venía a hacer los quehaceres de la casa sólo cuando la llamaba. Le había dejado una nota diciendo que llegaría a las seis con una hora de tiempo para prepararle la comida.

Raikes subió a cambiarse la ropa; deseaba pasar un par de horas en el río. Se oyó un ruido de neumáticos al detenerse sobre la grava, y luego una bocina. A través de la ventana reconoció el auto. Volvió a su cuarto de vestir, oyó abrirse la puerta de la calle y el ruido de los zapatos en el vestíbulo, las otras puertas que se abrían mientras ella lo buscaba, y luego el seco golpe de los tacones en los pulidos escalones de roble de la escalera.

Ella se detuvo en la puerta abierta diciendo:

—¿Por qué no gritaste?

—Quería que tuvieras el placer de encontrarme. ¿A dónde vas?

—Tengo una reunión en Barnstaple y después una comida.

Se acercó a ella y le asió las manos mirándola, sonriente.

En seguida ella protestó:

—¡Oh no, Andy! ¡Ahora no! Por eso no gritaste. Para que subiera.

—Lo mismo hubiera sido en cualquier habitación. Mrs. Hamilton no está.

La levantó de pronto, la besó y la llevó a la cama.

—¿Vas a seguir siendo así cuando estemos casados? —preguntó ella.

—¿Por qué no? Sólo que con más frecuencia.

Ella cerró los ojos, sonrió y suspiró:

—¡Bien, me alegro!

La muchacha había nacido en aquel condado, como él. Su padre era dueño de tres mil acres, de los cuales ochocientos eran bosques y ciénagas. Todo pasaría a poder de



sus hermanos, pero eso a Raikes no le importaba. Ella tenía un nombre conocido, el nombre adecuado. Actuaba entre la gente adecuada como siempre habían actuado él y su familia. Ella «era» la mujer adecuada. Era la mujer que quería y había estado esperando. Entre ellos había doce años de diferencia. Hacía siete que se conocían y habían hecho el amor cuatro días después de conocerse, sobre un colchón de helechos a seiscientos pies de altura, en Dartmoor, con una luna más brillante que una guinea de oro luciendo en el cielo. Sobre el padre de ella había una referencia de varios renglones en la «Guía de Directores». Cierta vez, Raikes y Berners habían defraudado en tres mil libras a un grupo a cuyo directorio pertenecía el padre de la chica. Había gastado parte de la suma en un reloj de brillantes para ella e invertido el resto en acciones de la English China Clay que ahora le producían una espléndida ganancia. Lo que sentía por ella era lo más parecido al amor que podría sentir alguna vez. Mary Warburton. Un buen nombre prestigioso y honrado. Buena sangre, buenos antecedentes. Le daría el tipo de hijos que deseaba tener.

Ella se quitó el vestido, protestando porque un botón o algún gancho se le había enredado en el pelo. Cuando se tendió sobre la cama, él acarició la parte interior de su muslo derecho y desabrochó su portaliqas. Se acercó a ella, preparado como siempre estaba, una vez que sus manos tocaban las suaves partes ocultas del cuerpo de ella e hicieron el amor en la forma vigorosa de dos animales desbordantes de vitalidad.

Tendido junto a ella después, cerca, y sin embargo distante, le dijo:

—Pon la fecha. En cualquier momento del año próximo.

—¿Por qué el año próximo?

—Porque tomo posesión de Alverton Manor el primero de año. Siempre ha sido ese el lugar al que quería llevarte.

Ella se inclinó sobre él, tocó el hueco de su labio superior y dijo:

—Quieres decir que ése es el lugar al que siempre vuelves. En cierta forma, jamás lo has abandonado.

—Quizá no. No hables del asunto de Alverton Manor con nadie, por ahora.

—¿Porqué?

—Porque quiero que sea así. Quiero que sea algo a lo que tú y yo podamos acostumbrarnos... a la idea de ello... que sea sólo para nosotros durante un tiempo.

Deslizó su mano por el estómago de ella y la apoyó ligeramente sobre el vello púbico.

—¿Estuvo bien...?

—¡Como si no lo supieras! Algunas veces pienso que me va a estallar la cabeza.

—Miró su reloj, el que Raikes le había regalado—. Cristo, tengo que llegar a Barnstaple dentro de treinta minutos. Te llamaré por teléfono mañana por la mañana.

La observó vestirse, usó su cepillo para arreglarse el pelo oscuro, y todo lo que veía le gustaba. Era casi tan alta como él, el cuerpo tostado por el sol de un reciente viaje a las Bahamas; pechos bonitos, firmes, llenos... al abrazarla se sabía que se tenía entre los brazos algo que valía la pena. Permaneció tendido allí completamente

relajado y apenas se dio cuenta cuando ella lo besó y bajó corriendo las escaleras, saliendo como un bólido.

Este, se dijo, era el verdadero comienzo. Había vuelto. John E. Frampton y los otros estaban muertos. Había entrado Andrew Raikes, un caballero del condado de Devon, propietario y hombre de bien. Vaya, sonaba como algo sacado de una novela victoriana. Bien, que así fuera. Iba a volver a Alverton y pronto llevaría en brazos a una novia a través del umbral, una esposa que le daría hijos, se sentaría a su lado cuando fuera presidente de las reuniones locales conservadoras, cazaría con él, tiraría al blanco, con él, manejaría la casa a la perfección... Sí, era algo puramente victoriano. Pero así lo quería. En cuanto a él concernía, el siglo xx sólo le había proporcionado los medios para el retorno.

DOS MESES DESPUÉS, a mediados de noviembre, terminada la temporada de pesca, volvió a última hora de la tarde de un paseo a pie por la costa. Era el río donde su padre le había enseñado, cuando contaba ocho años, a atar una mosca, arrojar el anzuelo, mover el sedal y a utilizar el «reel». Allí también, a fuerza de intentarlo infinidad de veces, había aprendido la lección de que la impaciencia jamás había desenredado un sedal enmarañado.

Volvió a su casa sabiendo que no encontraría a Mrs. Hamilton. Andaba despacio en la penumbra, que iba arrojando sombras azuladas debajo de los árboles. Mientras subía por el sendero oyó de pronto el chillido de un pequeño búho, en un huerto más abajo de la casa.

Un automóvil estaba estacionado sobre la grava, iluminado por el amplio cono de luz de un farol colocado sobre la puerta de la calle. Era un Rover azul 2000, modelo TC. Echando un vistazo al interior advirtió que debía tratarse de una mujer. Había un par de zapatos deportivos, cómodos, junto a los pedales; además una chaqueta de gamuza en el respaldo del asiento del conductor, sobre el panel de instrumentos había un frasco de esmalte para uñas, algunas limas de esmeril, y un pequeño paquete de toallas de papel. Al subir los peldaños de la escalera, vio que había luz en la sala.

La puerta de la sala estaba entreabierta apenas unos milímetros. Recordó que al auto tenía matrícula de Kent. MKE 800 F. La mujer tenía que ser una extraña. No le gustaban los extraños en su casa.

Al acercarse a la puerta, vio que la mano de ella descansaba sobre la pequeña mesa junto a su sillón. Los largos dedos jugaban con las aristas del vaso tallado, a medio llenar de «whisky». No usaba anillos. Una mano con dedos finos y uñas pintadas de un color cereza oscuro.

Él entró. Ella estaba sentada de frente. Durante breves instantes se miraron sin pronunciar palabra. La muchacha tenía una cara larga, pálida, atractiva, pero endurecida por un lápiz labial espeso y los ojos cargados de sombra. El pelo era castaño rojizo, ligeramente ondulado y caía hacia un lado de manera que la oreja izquierda y la pálida curva de la sien del mismo lado parecían indefensas, vulnerables. Llevaba un collar de un solo hilo de perlas alrededor del cuello, un sencillo «jumper» blanco y una pálida falda verde, bien arriba de las rodillas. Los zapatos eran de cuero blanco con tacones altos y finos. Era lógico que hubiera otro par más cómodo en el auto, pensó.

Se puso de pie (era casi tan alta como él), y dijo:

—Espero no haberlo molestado. Mrs. Hamilton me dejó entrar para esperarlo, puesto que ella ya se iba. Además... este... —rió de una manera nerviosa que armonizaba con la voz, un poco vulgar a pesar del esfuerzo que hacía por disimularlo—. Me serví un poco de su «whisky». ¿Usted es Raikes, no es así? ¿Andrew Raikes?

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Belle Vickers. Por lo menos siempre me han llamado así. Mabel, para ser precisa. Espantoso, ¿no es cierto?

—Oh, no lo sé. Es un nombre agradable. —Le sonrió y sintió que el nerviosismo de la muchacha comenzaba a ceder. Pasó frente a ella para dirigirse al bar, se sirvió un «whisky» y con el sifón en la mano preguntó:

—¿En qué puedo serle útil, Miss Vickers? Por favor, tome asiento. —Con un gesto le indicó una silla, y luego vertió soda en su vaso.

La muchacha se sentó, tomó un trago y respondió:

—Bien, tengo algo así como un mensaje para usted.

—¿De qué se trata?

Él se acercó y se colocó frente a la silla de ella.

—¡Cristo! —dijo Belle de pronto—. Es espantoso. No me gusta tener que hacerlo. Sólo me dijo que tenía que darle el mensaje y también esto, para que comprendiera que lo que digo es verdad.

Raikes se sentó, descansando los codos sobre las rodillas y sosteniendo el vaso con ambas manos, observándola revolver en su bolso.

La muchacha le tendió un grueso sobre de papel manila, sellado con cera roja en cinco lugares. El sobre no llevaba ninguna inscripción.

—No sé lo que es. Tengo que entregárselo a usted, sellado como está y también... —siguió revolviendo en el bolso— me tiene que dar un recibo donde conste que le ha sido entregado el sobre con los sellos intactos. Tome.

Le tendió un pedazo de papel y un bolígrafo. Él los puso en la mesa que tenía al lado y abrió el sobre. Dentro había una pequeña hoja de papel blanco. En ella estaba escrito... «John E. Frampton». Se quedó mirándola fijamente durante un momento, luego levantó el vaso y lo vació. Belle Vickers lo observaba nerviosa.

Raikes se puso de pie y se dirigió a la chimenea. Cogió su encendedor y quemó el papel, sosteniéndolo por una punta mientras se quemaba y luego arrojó las cenizas a la chimenea y las removió con el atizador. Volvió, firmó el recibo y lo entregó a Miss Vickers junto con el bolígrafo. Ella evitó su mirada. Él la sonrió afablemente y le cogió el vaso.

—Creo que a ambos nos vendría bien otro trago, ¿no le parece?

Ella asintió y nuevamente comenzó a revolver dentro de su bolso. Ahora buscaba los cigarrillos y el encendedor. Él la dejó hacer y volvió a llenarle el vaso. Era nerviosa Belle Vickers. Algún día la iba a matar.

Le trajo el vaso. Ella esbozó una sonrisa de disculpa, la mano le temblaba un poco al coger el vaso.

—¿Y el mensaje?

—Mañana por la mañana tengo que llevarle a una cita. Tardaremos alrededor de tres horas.

—Perfectamente.

El impacto que recibió Raikes fue profundo, pero lo disimulaba bastante bien.

Todos aquellos largos años a sus espaldas habían estado preparándolo para aquel momento, que había esperado que no llegara nunca. Hubiera apostado que no llegaría, porque él y Berners habían sido muy cuidadosos. En alguna parte debía haberse producido una coincidencia de tiempo, lugar y personalidad, que nunca habían previsto.

—Vendré a buscarlo después de las nueve.

—¿Dónde pasará la noche? —Durante un estúpido momento tuvo la idea de que si algo había de hacerse, lo mejor era hacerlo en seguida. Pero luego rechazó la estupidez.

—En Eggesford. En el «Fox and Hounds».

Mabel sonrió. Ahora se sentía más cómoda. Levantó una mano para alisar un mechón de pelo castaño. Luego, no tanto por simpatía, pensó él, sino por una especie de solidaridad en la desgracia, Mabel continuó:

—Lamento haber tenido que traerle la noticia. No crea que no sé cómo se siente. Por lo menos creo que lo sé. Algo parecido me sucedió a mí.

—¿Es un hombre, naturalmente?

—Sí. Pero no me haga más preguntas respecto a él. Ni respecto a nada. Sólo tengo que llevarlo hasta él. Quizá no sea tan malo como se imagina. Quiero decir... bien, en mi caso no lo fue. En cierta forma resultó una cosa buena, excepto... —Su voz se perdió.

—Excepto, ¿qué?

—Excepto que desde entonces... por buenas que hayan sido algunas cosas... jamás he vuelto a ser yo misma. Es decir, eso me ocurrió a mí. Pero quizá sea distinto con usted. Usted es un hombre y los hombres no son fáciles de manejar, ¿no es así? No es como con una mujer... En cierto sentido, es casi lo que deseamos ser... ¡Oh, no lo sé! Supongo que estoy hablando por hablar, porque sé cómo debe sentirse. Y también dadas las circunstancias de que he sido yo quien he tenido que venir aquí.

Ella estaba tratando de consolarlo. Él no lo necesitaba. Estaba por encima de lo que pudiera ser un consuelo. Era una pérdida de tiempo. Ahí estaba nada menos que el futuro deslizándose hacia su persona, y él, de pie, preparándose para recibirlo, seguro de que inclinaría la balanza a su favor.

La miró con su cálida sonrisa, automáticamente, sabiendo que ella pensaría que estaba agradecido a su consuelo, y se acercó para ayudarla a ponerse de pie.

—No se preocupe por mí. Pero mañana no venga hasta aquí. Estaré abajo, en la carretera, esperándola.

La acompañó al auto y abrió la portezuela de delante. Cuando ella se inclinó para entrar, su nuca, indefensa y vulnerable, quedó expuesta debajo de la mirada de Raikes. Un golpe seco con el perfil de la mano podía matar. Pero ahora no serviría de nada. Ella en ese momento no era la indicada, no sería la primera víctima.

La muchacha buscó la llave de contacto, con la cabeza hacia un lado, con su cara pálida, demasiado maquillada, llena de comprensión y simpatía mientras le repetía las

acostumbradas palabras de consuelo que creía que podrían ayudarlo:

—Realmente sé cómo se siente. No es que los hombres exterioricen sus sentimientos como las mujeres. Cuando me sucedió casi me dejé llevar por el pánico. Pero al fin resultó bastante bien. De cualquier manera, mejor de lo que podría haber sido.

Raikes observó alejarse el auto y entró en su casa.

Estaba tendida en la cama del hotel, recordándolo a él y a la habitación. Al principio pensó que Raikes no iba a agradarla. Él la había mirado y eso fue suficiente. Ella no le gustaba o quizá no aprobara su conducta. Conocía su tipo, conocía esa voz, esos modales que tienen algunos hombres, seguros de sí mismos, ese algo que tienen desde el principio y que jamás pierden ni cuando caen muy bajo en la vida, ni siquiera si se encuentran sirviendo detrás del mostrador. Pero, a pesar de todo, había sentido lástima por él. Probablemente estaba pasando un momento espantoso en aquel mismo instante. Ella lo sabía, había pasado por todo eso. Cualquier persona en la situación de Raikes tendría miedo. Si entrara ahora en su habitación, lo invitaría a su cama y le daría el consuelo de su cuerpo y el calor de unos pocos minutos de olvido. Entonces, moviendo sus largas piernas debajo de las sábanas, advirtió que era una embustera. Al diablo con el consuelo y el olvido... le gustaría tenerlo allí como hombre. Lo que deseaba era la reciedumbre de un macho, los largos, violentos espasmos de pasión. Era su tipo de hombre. No era el primer hombre a quien había entregado un sobre sellado. Pero era el primero que lo había abierto sin mostrar ni un asomo de debilidad. Sí, éste era diferente y porque era diferente, sabía que había muchas cosas que le gustaría darle. Pensó en el cuerpo de Raikes, alto y fuerte, en la expresión inteligente, serena, impasible, con esa sonrisa que lentamente abrazaba y en los ojos tranquilos, azules, que rara vez pestañeaban.

Se sentó en la cama, encendió la luz y buscó un cigarrillo. Fumando, miró sobre el desordenado tocador, fijando sus ojos en el espejo.

Mabel Vickers. Nacida el 7 de febrero de 1945. Era de Acuario. Ese día, en el «Daily Mail», su horóscopo decía: «Hay armonía en el aire; hará nuevas amistades y reanudará viejos lazos». Le importaba un comino reanudar viejos lazos, pero los nuevos amigos siempre eran bienvenidos si tenían algo que dar, algo que uno quisiera.

Su padre, artillero en el Regimiento AA, había muerto en un accidente en Italia un mes antes de que ella naciera, lo que en realidad no era una desgracia tan grande porque, demasiado tarde para que a ella le importara, había sabido que no era su padre. Con todo, seguía pensando en él como en su padre, aunque no era más que un nombre y un rostro en las fotografías y en las conversaciones vagas y contradictorias de su madre. Esta se había vuelto a casar en 1947; una mujer vigorosa con un cuerpo bien desarrollado que no dedicaba mucha atención a nada que no fuera ella misma; una mujer alegre, feliz, era el alma de cualquier reunión que girara alrededor de un

cajón de cerveza y un par de botellas de gin. Se había casado con un tabernero y se habían mudado a un pequeño bar en Headington, un pueblecito próximo a Oxford. Cuando tenía diecisiete años, después de haber hecho el ciclo escolar sin mayores alternativas, y luego de seis difíciles meses en una escuela de secretariado, Belle trabajó durante algunos años como dactilógrafa en Morris Cowley Works. Seis meses después su padrastro tomó la costumbre de visitar su dormitorio de noche, generalmente un poco bebido, para charlar con ella, gastándole bromas con alegres payasadas que lentamente se fueron convirtiendo en algo sucio. Cuando se quejó a su madre, ésta, muy divertida, pero queriendo evitar problemas, le dio cincuenta libras de su caja y ella se fue a Londres.

En 1962, compartió un apartamento con otras dos muchachas y trabajó en las oficinas de la Prudential Assurance en Holborn y comenzó, sin saber por qué, a hacer algunas raterías en las tiendas en su hora de almorzar. Al principio había sido en «Marks and Spencers» y en «Woolworths», porque era fácil, y luego en tiendas más exclusivas. La mayor parte de las mercancías se las había vendido a sus compañeras de apartamento y a sus amigos, explicando que tenía contactos en el comercio y conseguía las cosas más baratas. Nunca la atraparon. Su primera relación sexual realmente completa y satisfactoria había sido a principios de 1963 con un hombre casado. Una vez por semana alquilaban una habitación en un hotel del West End, llegaba a las seis, se desnudaba, hacía sus ejercicios frente a la ventana, y luego hacía el amor hasta las siete. Entre los dos, en el siguiente cuarto de hora, se bebían media botella de «whisky», y luego él desaparecía. Consideraba sus raterías en las tiendas como una broma bastante productiva, la había estimulado, y tomó a su cargo la parte final de la comercialización. A mediados de 1963, había cambiado de empleo trabajando como secretaria en las oficinas de la City Overseas Mercantile Bank en Cannon Street. Un mes más tarde abandonó el negocio de las raterías porque de pronto descubrió que tenía facilidad para las cifras y las cuentas, y una mano derecha extraordinariamente hábil para falsificar. Su amante estaba deslumbrado con su nuevo talento, y la premió quedándose una noche completa por semana en el hotel y llevándola cada dos meses a pasar un largo fin de semana en Brighton. Entre ellos se fijaron un objetivo de veinte mil libras para luego marcharse al Líbano donde él tenía contactos. Se mostró un poco molesto cuando ella insistió en guardar su dinero, fraudulentamente ganado, en su propia cuenta. Durante aquel período ella le fue infiel con frecuencia, más que nada por curiosidad y porque pensaba que la experiencia de una mujer no debería estar estrechamente limitada. No sabía nada del amor, pero maduraba muy rápidamente. A principios de 1964, su amante casado desapareció de la faz de la tierra. Siempre pensó, y todavía pensaba, que tenía que ver con «Él», pero jamás pudo confirmarlo. Él, entre muchas otras cosas, era el presidente del Overseas Mercantile Bank. Un día la llamó a su despacho privado, cerró la puerta con llave, y la felicitó por su habilidad con números y cuentas y por el talento que poseía en su mano derecha... Su momento de pánico no duró demasiado y aceptó el contrato que

le ofreció. El endoso se hizo, después que ella se quitó las bragas, sobre la gruesa alfombra de la oficina, en presencia de una larga hilera de fotografías de los anteriores presidentes del Banco que colgaban de las paredes. No se le pasó por la cabeza, ni siquiera por un momento, tomar la otra alternativa que significaba simplemente levantar el teléfono que estaba junto a él. Fue promovida a secretaria privada y personal, una de tantas, y cambió su lugar de trabajo. Desde entonces hasta ahora, le había servido con eficiencia y lealtad, se había sometido a él cuando la necesitaba, y rara vez se detenía a considerar si era o no feliz. Durante los últimos cuatro meses él no había demostrado necesidad de su cuerpo, pero su consideración, afecto y disciplina sobre ella permanecían inalterables. No era el tipo de hombre que arrojara por la borda nada que pudiera tener alguna utilidad.

Mañana le llevaría a Andrew Raikes. Podría no llegar a saber nunca cuál era el contrato que pudiera existir entre ellos, pero sabía que Raikes, quienquiera que fuese, jamás volvería a ser el mismo.

La encontró en la carretera que pasaba por debajo de la casa, poco después de las nueve. Belle vestía un traje azul marino con cuello y puños color tostado. Sobre su pecho izquierdo llevaba prendida una moneda de plata antigua de dos francos convertida en broche. Todavía estaba demasiado maquillada.

Conducía de prisa, pero con habilidad, y él observaba las carreteras, reconociéndolas. No hubo ningún intento de ocultarle el punto de destino. Cuando iban atravesando un lugar al este de Exeter, de improviso Raikes, con una voz que se elevó por encima del volumen de la radio que Belle había encendido cuando la insulsa conversación había decaído, preguntó:

—¿Qué sabe de mí?

—Muy poco. Su nombre, dónde vive. Antes de venir a verlo, algunas fotografías... descripción. Pero de usted, realmente, nada.

—Sea quien sea el hombre, me parece que ha esperado mucho tiempo...

—Es probable. Tiene ese tipo de talento. Saber esperar.

Al pasar frente a un poste indicador supo que Winchester estaba algo más delante. Se le representó la imagen de arroyos blancuzcos, lechos con hierbas ondulantes, renacuajos, tallos de apios de aguas duras y la comba de una trucha marrón jugueteando un poco más abajo de la superficie del agua. Por supuesto, pescar había sido su pequeño nirvana. Siempre había sido así. Algo para olvidarse del mundo exterior. Para su padre, simplemente, había sido la persecución apacible, el tranquilo y alegre complemento de una vida campestre. Su padre, un tranquilo anciano, había dejado que el mundo lo atrapara y lo engañara y luego hizo lo que tenía que hacer; despojarse de sí mismo y una vez conseguido esto, se había dejado morir. Sin un ataque, sin una enfermedad, simplemente de puro desprecio por un mundo que ya no tenía nada que ofrecerle.

Una hora después, desde una carretera secundaria, Belle giró hacia los portones abiertos de un sendero lateral. Allá en el parque, a lo lejos y por entre los olmos pudo



vislumbrar una gran mansión de piedra gris. Vio que la muchacha echaba un vistazo a su reloj de pulsera. Tenía instrucciones de llegar con él a tiempo. Delante de ellos apareció un pequeño lago. Ella lo bordeó. La superficie estaba llena de nenúfares. A diez yardas de la orilla una gallinácea se abría paso entre las flores acuáticas.

—Hay una cascada al final del lago —dijo ella—. Suba los escalones que hay a su lado. Arriba encontrará una glorieta. Allí estará él.

—¿Y usted?

—Me quedaré aquí esperando que vuelva.

Descendió del auto y se alejó, metiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta de «tweed». Al subir por el sendero junto a la cascada, vio que el sol formaba un pequeño arco iris en el agua pulverizada y sintió el rocío traído por la brisa que salpicaba su cara. La glorieta estaba construida con un techo estilo pagoda. Una vereda de teca corría a lo largo de la parte delantera.

Cruzó la vereda y se detuvo al pasar la puerta. Todo el piso era una única habitación. Grandes ventanales quebraban las cuatro paredes y en los espacios entre ellas había un mural de un largo diseño que corría a lo largo de las paredes: un panorama tropical, verde, una jungla espesa florecida, los colores azul, amarillo y rojo de los guacamayos y de los loros; la piel chocolate de los monos y los cueros leonados y las rayas blancas y negras de diferentes animales. Una mesa de cristal con patas de hierro pintadas de blanco ocupaba la mayor parte del centro de la habitación. Había otra mesa más pequeña de diseño similar contra una de las paredes, con botellas, copas, una pila de revistas, un paquete envuelto en papel madera y cajas de cigarrillos. Un reloj eléctrico, de esfera grande, con manecillas y estrellas de bronce indicando las horas pendía frente a él en lo alto de la pared opuesta. Sus ojos recorrieron todo, memorizando, registrando, para jamás olvidarlo.

De pie cerca de una de las ventanas de un lado, observándolo, había un hombre de alrededor de cinco pies de altura. Llevaba una camisa de seda blanca, pantalones azules de hilo y zapatos blancos. La cara del hombre era fea, la piel rojiza, los rasgos aplastados como si alguna vez una inmensa mano le hubiera estampado un golpe apretando y deformando las facciones. Algunas zonas de la piel tenían un brillo intenso y lampiño, y las orejas estaban muy separadas del cráneo. El pelo, entre gris y blanco, corto y escrupulosamente peinado sobre la parte superior de su voluminosa cabeza, como una alfombra sucia, ordinaria, que una vez fuera blanca y ahora estuviera aplastada y gastada. Quebrando los irregulares planos de su rostro había un bigote marrón, descuidado, hirsuto, teatral y cómico. Debajo del brazo llevaba un portafolio de cuero amarillo.

Sin moverse dijo:

—Tome asiento, Mr. Raikes.

Raikes se sentó en una silla al extremo de la mesa. El hombre abrió el portafolio y por encima de la mesa deslizó una carpeta a Raikes.

—Puede estudiar eso mientras le preparo un trago.

—¿Quién es usted? —preguntó Raikes.

—Mi nombre es Sarling. John Eustace Sarling. ¿Ha oído hablar de él?

—Sí.

—Entonces no necesitamos preocuparnos por nada de eso por el momento. Como nombre es bastante bueno. Lástima que responda a una cara tan fea. Revise esa carpeta. Usted generalmente bebe brandy con cerveza a esta hora del día... ¿correcto?

—Así es.

La voz de Sarling era tranquila, pausada. Podía haber sido un médico provista de infinito tacto y habilidad ahuyentando la alarma de un paciente.

Raikes abrió la carpeta. Había unas hojas de papel de oficio rayado grapadas. La primera página estaba cubierta, en tinta roja, con una escritura a mano, cuidadosa, los párrafos muy separados uno de otro.

Raikes leyó:

«Andrew Ferguson Raikes. Tercer hijo y único superviviente de Anthony Banks Raikes y de Margaret Raikes (nacida Ferguson). Nació el 14 de mayo de 1930 en Alverton Manor, Eggsford, N. Devon. Escuela preparatoria. Dragón Oxford, Bachillerato en Tiverton, del condado de Blundell».

Todo estaba allí, claramente expresado. Dos hermanos mayores, ambos muertos en la Segunda Guerra Mundial, en la Marina Real, servicio de Submarinos. Muerte de la madre, 1945. Venta de Alverton Manor, 1947. Muerte del padre, 1948. Lo leyó mecánicamente, sin dejar que los recuerdos ni la emoción tomaran parte alguna.

Cerca del codo le pusieron un vaso con brandy y cerveza. Siguió leyendo, levantando los ojos una vez para mirar a Sarling, que estaba sentado en el otro extremo de la mesa, con un vaso de leche frente a él.

El último párrafo de la página decía:

«Dos años en el Departamento de Análisis de Inversiones de Grubb, Sarkes & Pennell, Moorgate. Lo abandonó en enero de 1950, voluntariamente. Desde entonces jamás tuvo un empleo o negocio legítimo y jamás utilizó su verdadero nombre en ninguna operación».

Raikes hojeó las páginas que seguían. Cada una estaba encabezada en letras mayúsculas con uno de sus alias o el nombre de una de las compañías, negocios o proyectos que había organizado. Martin Graham, el P. P. Trading Company (que había sido un negocio manejado por correo, exclusivamente), John Hadham Properties (poco después de haberse unido a Berners), Félix S. Snow, Beauty Pack Ltd., John E. Frampton, Billings, Hurst & Brown, Silverton Suppliers (que había sido su primera empresa en el negocio de vinos), Angus Homesteads... casi todos los papeles que había representado acudieron a su memoria y con ellos el recuerdo de la oficina manejada por un solo hombre, espacios alquilados para depósitos, lotes vacíos, lotes abandonados... Berners que iba a primera hora de la mañana para poner un anuncio falso, y él que llegaba por la tarde con algún cliente con quien había almorzado y a quien había hecho beber demasiado, y el muy cándido pensaba que se

le estaba brindando una oportunidad para hacer una compra barata. En un momento dado él y Berners utilizaron quince lotes distintos sin el menor derecho o título a ellos.

Sin volver a mirar a Sarling, se puso a leer en detalle una o dos de las cuentas. Alguien había trabajado bien para Sarling. Leyó los detalles de John Hadham Properties. Se mencionaba el nombre de Berners, pero no se daba ninguna información sobre él. Siguió hacia delante, registrando las otras. A Berners se lo mencionaba una y otra vez, pero no se hacía comentario alguno contra su nombre, ni se citaban hechos biográficos. Como si Sarling hubiera estado leyéndole el pensamiento, su voz llegó desde el otro extremo de la mesa.

—Aquí tengo una carpeta separada de Berners. —Tamborileó con los dedos sobre el portafolio que tenía delante—. No se apresure, léalo todo.

Raikes cerró la carpeta.

—No hay necesidad. Usted ha logrado su objeto. Y ahora, ¿de qué se trata?

—Bien, parece que empezamos a entendemos. Déjeme aclarar las cosas, Mr. Raikes. Primero le diré que siento un enorme respeto y admiración por sus facultades, su ingenio y su inteligencia, pero sobre todo por su capacidad para organizar no sólo gente sino asuntos. —Señaló con la cabeza la carpeta—. Este informe debe ser único. Cualquier otro hombre brillante jamás hubiera logrado ni la mitad de lo que usted ha hecho. Por eso lo necesito. En segundo lugar, permítame asegurarle que no intento perjudicarlo. Pero usted debe saberlo, de otra manera hubiera sido la policía quien lo hubiera visitado y no Miss Vickers. —Sonrió y la cara resultó grotesca, pero había algo cálido, casi bondadoso en los ojos castaños opacos—. Dígame..., a causa de la ley de Bancos no pude calcularle, ¿a cuánto alcanza lo que ha ganado en los últimos catorce o quince años?

Raikes también sonrió, la sonrisa profesional, el primer paso hacia una vinculación que iba a servirle a él mejor que a Sarling. No mostraba alarma ni ansiedad. Todo lo que le quedaba era el dominio de la situación y esa tenía que marchar sólo en una dirección, en su propio beneficio. Había muchas cosas que necesitaban saber antes que plantear su primer paso positivo.

—Alrededor de trescientas mil libras.

—¿Cuánto pagó por Alverton Manor?

—Treinta y cinco mil...

Sarling señaló con un gesto la carpeta.

—Y por eso hizo la mayor parte de las cosas que ahí se consignan. ¿No es cierto?

—La mayor parte, sí. Mi padre confió en sus amigos, particularmente en sus amigos de la City, creyó lo que le decían porque creía en la amistad. Aun en el desastre aceptó sus explicaciones y sus soluciones para recuperar las pérdidas. Al fin lo perdió todo, hasta la casa donde había vivido su familia durante más de cuatrocientos años. No soy sentimental a ese respecto, pero es un hecho. Perdió cuanto tenía y luego murió. ¿Qué motivo tenía para vivir? Me prometí recuperar todo

de la gente que se lo había quitado. No lo razoné ni lo discutí. Sólo lo consideré una cosa que tenía que hacer antes de poder empezar a vivir la vida que realmente deseaba.

—¿Y cuál es...?

—Ser un hombre rico, volver a vivir en la casa que era nuestra, disfrutar de las cosas simples, sabiendo que puedo permitirme los lujos que de tanto en tanto se me antojan. Creo en la continuidad, Mr. Sarling. Una cosa muy distinta de la supervivencia.

—¿Nunca se le ocurrió pensar que ha hecho todo esto por otras razones? ¿Que lo ha hecho simplemente porque es el tipo de hombre que no puede encontrar satisfacción en la vida, salvo que ésta le ofrezca algún peligro? ¿Nunca ha considerado eso?

—Lo he considerado.

—¿Y...?

—Deseo exactamente lo que he dicho que deseo. Volver a Alverton y vivir a mi modo. ¿Por qué cree que me he tomado semejante trabajo con todo esto? Si la policía me hubiera visitado, me hubiera matado. Ahora, quizá usted responda a algunas preguntas que quiero formularle.

—Mientras pueda...

—¿Cómo logró conocer mi pasado? ¿Qué error cometimos Berners o yo?

—En cierto sentido no hubo error. Sólo fue el resultado de dos manías... la suya y la de otro hombre. El otro murió hace seis meses. Pero compiló sus datos, los de Berners y los de algunas otras personas. Personas que tienen algo que ocultar, personas que jamás han sido interrogadas por la policía, de las cuales la policía jamás sospechó... algunas personas a las cuales he utilizado, algunas que utilizaré... y otras pocas que quizá jamás utilizaré y que jamás se enterarán de que podían haber sido utilizadas por mí. Vea usted, Mr. Raikes, colecciono cierto tipo de gente de la forma en que otros hombres de gran fortuna coleccionan pinturas, esculturas, libros raros, lo que sea. Lo he encontrado muy provechoso. El hombre que lo investigó a usted para mí era un simple empleado mío. Era alemán. Se llamaba Wurther. Llegó a Londres después de la guerra. Durante la guerra trabajó para la Gestapo. Tenía manía por los detalles. Si se le planteaba un problema estaba desesperado hasta que lo resolvía y cuando lo había resuelto estaba desesperado buscando otro para resolver. Murió a los cincuenta y cuatro años, agotado. ¿Sin duda recuerda el caso de Silverton Suppliers?

—Por supuesto. —Raikes se puso de pie y se dirigió a la pequeña mesa para servirse otra copa, sin esperar a que se la ofrecieran. Sabía que su vinculación ya había adelantado mucho más allá de las cortesías preliminares.

—Vendió esa firma a la Astoria Wine Company... fue un fraude brillante y desvergonzado, libros falseados, recibos y contratos fraudulentos, una existencia sobrevaluada en un trescientos por ciento. La Astoria estaba en rápida expansión y tenía prisa por atrapar pequeños beneficios antes de que lo hicieran sus competidores.

La codicia vuelve descuidados a la mayoría de los hombres. Bien, la Astoria Wine Company era una subsidiaria de un gran conjunto de firmas del cual yo era presidente. Cuando se descubrió el fraude le ordené a Wurther que investigara el asunto de Silverton Suppliers. No en forma oficial, sino como mi enviado personal. ¿Recuerda aquella pequeña oficina suya, en Duke Street, Mr. Raikes?

La recordaba bien. Una buena situación y todo el sólido y costoso mobiliario de una oficina alquilada, pero vendido luego como parte del negocio. Un depósito en Camberwell y el 75% de las existencias constituido por desechos. Tanto él como Berners habían trabajado durante setenta y dos largas horas, para acomodar la exhibición de las existencias.

Volvió a su copa:

—¿Cometimos un error?

—Ninguno que la investigación oficial pudiera revelar. Pero en uno de los cajones del escritorio, entre toda la correspondencia oficial fraudulenta, falsificada y lo demás, había un ejemplar del Catálogo de Anglers de aquel año de la Casa Hardy. No creo que lo dejara a propósito. Debe haber quedado oculto entre otras cosas. El catálogo había sido bastante manoseado. A Wurther nada le gustaba más que esos detalles triviales para dar principio a su tarea. Sólo una marca en el catálogo y esa era un pequeño punto rojo hecho con un bolígrafo indicando una caña de pescar. Un hombre que hace una marca al lado de un artículo como ese es porque lo desea, y probablemente lo adquiriera. La Casa de Hardy está en Pall Mall, a cinco minutos de Duke Street. Todo lo que tenía que hacer era conseguir una lista de todos los que habían comprado ese año aquel tipo de caña de pescar y luego comenzar a investigar entre veinte, quizá cincuenta nombres. Era la clase de trabajo que le agradaba, en realidad se alimentaba de él.

—Estoy seguro de que una firma como Hardy no le daría acceso a sus libros. — Sabía muy bien a qué caña se refería. Había sido una Hardy-Wanless con «reel». Hasta recordaba los detalles de la página con una fotografía a un lado de una trucha Spey Spring de diez libras pescada por... debe haber sido J. L. Hardy. Un punto hecho con un bolígrafo rojo, y un hombre llamado Wurther, huroneando.

—No. Ni siquiera pidió los libros. A Wurther le gustaban las cosas difíciles. Su entrenamiento en la Gestapo le había enseñado que siempre había maneras y medios. Cierta vez violentó la oficina de un corredor de bolsa tres noches seguidas para conseguirme fotocopias de los negocios de un determinado mes que yo necesitaba. Nadie en la oficina se enteró jamás de que alguien había entrado subrepticamente. En su caso le llevó cinco meses conseguir lo que quería... y jamás supe cómo lo logró. Pero consiguió una lista de nombres y luego comprobó cada nombre y fotografió cada persona, por supuesto sin que ellos lo supieran. Tenía cuatro descripciones de usted, no todas coincidían. Wurther fue eliminando nombres de la lista hasta que no quedaron más que seis posibles. Usted estaba entre ellos. Para un hombre como Wurther entonces sólo fue cuestión de tiempo lograr aislarlo. ¿Diría

que un punto rojo hecho con un bolígrafo fue un error de su parte? Supongo que sí. Para divertirse Wurther lo rastreó en algunas de sus operaciones anteriores. Lograr los antecedentes de Berners fue comparativamente un asunto fácil después de eso.

—¿También ha atrapado a Berners?

—No. Eso se lo dejo a usted. Los necesito a ambos.

—¿No puede prescindir de él?

—No. Los necesito a ambos.

—¿Para qué?

—Por el momento no me propongo decírselo. Permítame aclararle que se trata de una sola operación. Después que la hayan realizado, ambos quedarán en libertad para volver a la vida que desean llevar y jamás los molestaré otra vez. Asimismo, serán bien remunerados. Quizá necesiten ayuda. Para eso pueden elegir las personas que figuran en mis archivos.

—¿Se trata de una operación ilegal?

—Naturalmente.

Raikes se movió en su asiento y sorbió un trago. A través de la ventana, podía ver a lo lejos un repliegue del parque, en el que pastaban algunas ovejas, y más allá una larga pared de ladrillos rojos que marcaba el límite de la propiedad. Dejó el vaso encima de su carpeta y dijo tranquilamente:

—Usted tiene la carpeta de Berners en su portafolio. La mía está aquí. El resto me importa un comino. Podría matarlo mientras está sentado ahí, y luego matar a Miss Vickers, quemar las carpetas y desaparecer. —Sacó la mano derecha del bolsillo de su chaqueta y dejó una automática encima de la mesa.

Sarling se pasó una mano por la cara, flexionando la boca para alisar la piel sobre su mentón:

—¿Haría eso?

—Sí.

—¿Alguna vez ha matado a alguien?

—No.

—¿Sin embargo sabe que puede hacerlo?

—Sí. Para mí no tendría más importancia que golpear con una trucha la cabeza de un pastor.

—Bien. Para su tranquilidad, sepa que tengo fotocopias de todos los registros. Están en un sobre dirigido a mis abogados, con un mensaje estableciendo que en el caso de muerte violenta o en circunstancias ambiguas, debe abrirse el sobre. Si muero de muerte natural el sobre con su contenido debe ser quemado sin abrir. Como ve, estoy bien cubierto.

—Sólo un trabajo... ¿eh? ¡Pero el resto de nuestras vidas estaremos en sus manos!

—Excepto que sabrán lo que hemos hecho juntos, de manera que también yo estaré en sus manos. Considero que es un arreglo equitativo.

—¿Lo es?

—¿Tiene sospechas en cuanto a eso?

—Sabe que las tengo. Es más, no necesita que se las enumere.

—Debe creer en mi palabra. Soy la excepción que confirma la regla. —Se puso de pie—. Creo que es todo lo que tenemos que decirnos por el momento. Me pondré en contacto con usted muy pronto. —Se dirigió a la mesa del lado.

Detrás de él, Raikes preguntó:

—¿Qué sabe de mí Miss Vickers?

—Nada de lo que está en esa carpeta.

—¿Sabe lo que usted quiere que hagamos?

—No —Sarling se acercó—. El verdadero nombre de Berners es Aubrey Catwell. Vive en Princess Terrace Núm. 3, Brighton. Es mejor que se ponga en contacto con él. Tome. —Le tendió el paquete envuelto en papel madera que Raikes había visto sobre la mesa.

—¿Qué es esto?

—Un obsequio. Algo que pensé que le agradecería. No se moleste en abrirlo ahora. —Salió a la glorieta delante de Raikes, y sin volver a despedirse, se alejó de la cascada, tomando un pequeño sendero que desaparecía en un camino de grava. Raikes lo observó hasta que se perdió de vista, y entonces volvió al auto.

Belle Vickers estaba detrás del volante, esperando.

—¿De vuelta?

—De vuelta.

Puso el auto en marcha y después de un momento ella le dijo:

—Sucede algo curioso con la cara de Sarling. Después de un tiempo uno se acostumbra.

Repentinamente colérico Raikes respondió:

—En lo que a mí respecta, estará fijada en mi mente hasta el día en que lo vea muerto. ¡Y usted no necesita decírselo porque él ya lo sabe!

A las cinco estaban de regreso. Ella lo dejó en la entrada de su casa. Encontró un mensaje de Mrs. Hamilton informándole que Miss Warburton lo había llamado por teléfono. No le importaba quién lo había llamado. Estaba en un estado de ánimo de verdadera cólera, y sabía que no había nada que hacer sino esperar a que se le pasara antes de poder pensar.

Abrió el paquete de Sarling, Era un ejemplar del «Tratado sobre pesca con caña», de Juliana Berners... el primer libro sobre pesca en lengua inglesa y también el primer libro sobre pesca con mosca. Este era un facsímil de la edición de 1496, publicada en 1880. En el interior, encontró un pedazo de papel escrito de puño y letra de Sarling. Decía: «Le ruego recoja sus instrucciones el próximo lunes (27) en el apartamento 10, Galway House, Mount Street W. 1.»

El miserable de la cara espantosa podía haberle dicho esto durante su visita, pensó. Se sirvió un vaso de «whisky» y la cólera rugió en su interior. Hasta ese día se

había pertenecido a sí mismo. Ahora pertenecía a otro y eso le enfurecía. Sacó un volumen de «Quién es quién» del estante y golpeándolo lo abrió, pasando con ira las páginas hasta que encontró lo que buscaba. Bien, bien, estalla, desahógate aquí en tu casa pensó en su interior, y cuando te serenes, comienza a pensar.

Allí estaba. John Eustace Sarling. Su amo y señor. ¡Y todo por un punto rojo en un catálogo! Dejar el catálogo había sido su error; era evidente. El «único» error en más de quince años. Todavía tenía esa caña de pescar. La primera vez que la había utilizado sacó una trucha de seis libras en Colleton Weir, en las aguas del «Fox and Hounds». Había sido traicionado por lo que más amaba. Era irónico. Bien, John Eustace Sarling, nacido el 21 de diciembre de 1908 también debía tener algo que ocultar. Algo que amaba lo traicionaría, algo que permitiera a Raikes apoderarse de los registros y fotocopias y luego meterle una bala en esa frente arrugada. No había nada que hiciera referencia al lugar de su nacimiento, no se mencionaban los padres, ni la educación que había recibido, ni si tenía hijos, o esposa, nada. Un salto directo de nacimiento a presidente de: «Sarling Holdings; Stanforth Shipbuilding Co. Ltd; Suburban & North Investments Ltd; Overseas Mercantil Bank Ltd»; seguía una larga lista de compañías, hasta un párrafo que decía: «también es director de diversas compañías dedicadas a empresas comerciales e industriales». Dirección: «Downham House, Park Street». Quizá fuera donde guardaba las fotocopias o quizá estuviera en Meon Park, Wiltshire, la dirección de su casa de campo.

Apartó el libro y se quedó sentado, mirando fijamente hacia delante.

Oyó abrirse la puerta de la calle y pasos en el vestíbulo.

La cara de Mrs. Hamilton se asomó en el vano de la puerta.

—De manera que ha vuelto. —Miró el vaso que tenía en la mano—. ¿No es un poco temprano para eso?

De pronto, Raikes se sintió tranquilo y sereno:

—No empiece a torearne.

—Eso es lo que haré. ¿Llamó a Miss Mary?

—No.

—Entonces, hágalo.

—Está bien.

Mrs. Hamilton salió para la cocina, dejando las puertas abiertas y Raikes la oyó comenzar a trajinar. Tenía sesenta y cinco años y en su pelo oscuro se veían algunas canas. Cuando él tenía siete años y ella era cocinera en Alverton, le había bajado los pantalones y zurrado las nalgas porque en un momento de cólera la había llamado «maldita bruja»; y el viejo Hamilton, su marido, lo había llevado a su casa la primera vez que se emborrachó con sidra, durante una cosecha.

Descolgó el teléfono y llamó a Mary. La noche siguiente la llevó a comer al Exeter y le dijo que desde principios de la otra semana estaría en Londres durante un tiempo. No le dio detalles, ni le ofreció explicaciones; jamás lo había hecho con ella. Antes, cuando se iba para atender sus distintos asuntos con Berners, simplemente le



decía que estaba en Londres por negocios, donde Mary sabía que tenía gran cantidad de intereses. Ella no mostraba curiosidad por su vida londinense, en especial porque pertenecía a ese tipo de familia en que los hombres rara vez discuten asuntos de negocios con las mujeres. Asimismo, antes de eso cada vez que iba a Londres, aun cuando utilizaba hoteles, también tenía una habitación en su club y pasaba allí algunas noches y siempre iba durante el día para ver si había algún mensaje para él. Si quería hablar con ella lo hacía desde el club.

El lunes por la mañana mientras se dirigía en tren a Paddington todo estaba resuelto en su mente. Sarling tenía que morir y después de Sarling, Belle Vickers. No habría paz ni seguridad para él ni para Berners hasta que los dos estuvieran muertos. Pero primero había que encontrar la forma de conseguir los registros y las fotocopias.

Tomó un taxi para ir al Connaught Hotel y luego anduvo lentamente hasta Mount Street. Galway House estaba casi enfrente del Restaurante Scott. Entró y subió las escaleras con alfombras color ciruela, hasta el segundo piso. El número 10 estaba en el extremo del corredor de la derecha y a mano derecha. Antes de entrar sabía que sus ventanas principales darían a Mount Street. En la puerta de entrada había un portatarjetas de bronce. La tarjeta decía: «Mr. y Mrs. Vickers».

Tocó el timbre y Belle Vickers abrió la puerta. La presencia de la muchacha lo hizo sentirse agresivo y descortés.

—Pensé que llegaría a esta hora —dijo Belle—. Consulté los horarios de los trenes de Tauton.

Fue delante de él y le mostró el apartamento. Era como tantos otros; un pasillo, un vestíbulo, una gran sala de estar y en un rincón de ésta un pequeño comedor próximo a una ventana que daba a la calle, dos dormitorios, un cuarto de baño y una ducha anexa. Además, una pequeña cocina. Para cualquier persona que supiera hacerlo y tuviera dinero podría haber sido completamente amueblado en una visita de una hora a Harrods. Volvió de su inspección y comenzó a prepararse un trago en el bar de la sala.

Belle dijo:

—Tomaré gin y agua tónica. Prepararé carne fría y ensalada por si tiene hambre.

—Gracias.

Raikes le alcanzó la copa y se preparó un brandy con cerveza. El brandy era Hines y era un sacrilegio ponerle cerveza, pero no había otro. Sólo lo mejor para el colega de Sarling.

Recorriendo la habitación con los ojos, catalogándola, inspeccionando todo preguntó:

—¿Lo alquiló amueblado?

—Sí.

—¿Por cuanto tiempo?

—No lo sé.

—¿A nombre suyo?

—Sí.

—Dígale a Sarling cuando lo vea que quiero todos los detalles del acuerdo.

—Si usted continúa enfadado, la cosa se va a poner difícil.

—Es un lujo que me concedo hasta que sepa qué es lo que se espera que haga...

¡Hasta que sepa en qué debo convertirme!

Raikes fue hasta la pared de enfrente. Había un cuadro representando un grupo de caballos blancos, contra un fondo achaparrado. Lo enderezó una media pulgada y dijo:

—¿Qué hay detrás?

—La caja fuerte.

Belle comenzó a buscar la llave en su bolso.

—No se moleste. Puede dárme la más tarde. Se dirigió al teléfono y miró el número que estaba en el centro del disco. Dándose la vuelta preguntó:

—¿Cuándo llega Sarling?

—Que yo sepa, no vendrá.

—¿Qué quiere decir?

—Hay una carta sellada escrita por él en la caja fuerte. Tendrá que darme el recibo correspondiente. Después de eso, si hay algo que desee saber tendrá que preguntármelo a mí.

—¿Y con cuánta frecuencia vendrá usted aquí?

Ella vaciló un momento y luego respondió:

—Las instrucciones que he recibido son de vivir aquí con usted, y ponerme a sus órdenes. Puedo buscar mis cosas esta tarde.

Raikes la miró. El cuello de la muchacha, largo y estrecho, estaba un poco levantado con desafío, pero no en forma muy convincente. Inmediatamente se dio cuenta de que desde el momento en que entró, ella se había perturbado, pero no le importaba. Podía solucionar eso en pocas horas si lo deseaba, y casi seguramente lo haría. No estaba tan maquillada como la vez anterior, pero llevaba el pelo tan cardado en la parte superior de la cabeza, que parecía un ridículo nido de pájaro. Vestía un «jumper» negro ajustado que dejaba los brazos desnudos debajo de los hombros, y unos pantalones rosa muy ceñidos. Observó la larga línea de sus piernas, advirtió el estómago chato, el ligero abultamiento de la pelvis y la presión de sus pechos grandes contra el «jumper». Tenía buen cuerpo.

—¿Y si me opusiera?

—Esas son mis instrucciones. Tendría que arreglárselas con él. ¿Desea comer aquí... quiero decir solo si lo prefiere? Puedo ir ahora a buscar mis cosas.

—No es necesario. Puede buscarlas después de almorzar. —Se acercó a ella—. Lo lamento si la he molestado. Pero este tipo de situación puede ponerme en un estado de ánimo de los mil demonios, ¿comprende? —Sonrió, cogió su maleta y la llevó a uno de los dormitorios.

Ella se dirigió a la cocina, se puso un pequeño delantal y comenzó a aderezar la ensalada. En su interior advirtió que se estaba preguntando si a Raikes le agradaría la forma en que lo estaba haciendo. Ese hombre la había perturbado hasta la médula. El miserable de Sarling le había dicho: «vive con él, haz lo que él quiera y vigílalo». ¿Qué era ella después de todo, detective, o una mujer que sólo deseaba salir de aquella asquerosa trampa? Miró su rostro reflejado en un pequeño espejo sobre la mesa de la cocina. Vio una cara tan desdichada que se rió de sí misma. ¡Vaya, Belle! Nunca es más negra la noche que antes de amanecer... Cristo, ¿por qué será que nada que haga me sale en la forma que he imaginado? Mira mi pelo. ¡Ese maldito peluquero... dijo que me quedaría muy bien! Y me da el aspecto de un monstruo. Comenzó a pelar dos huevos que había cocido para agregar a la ensalada. Uno, todavía blando, se le rompió en la mano y le ensució los dedos con la yema. El maldito que estaba allí dentro la hacía sentirse un pigmeo... Quería que él fuera amable con ella y ella quería ser amable con él. Cualquier tipo de amabilidad, la que él quisiera. Pero todo lo que tenía, sin oportunidad para dar nada... era ese estúpido nerviosismo que la poseía.

### 3

ANTES DE QUE ELLA SE FUERA, le dio un recibo por el contenido de la caja. Había una carta sellada de Sarling y un voluminoso paquete envuelto en papel madera. El paquete contenía dos mil libras en billetes de una, cinco y diez. No se preocupó de comprobar el monto. En lo referente al dinero estaba seguro de que tanto ella como Sarling serían meticulosos.

Cuando la muchacha se fue se sentó, encendió un cigarro —había una caja de Bolívar Regentes sobre el bar— y abrió el sobre. Prendidas con un clip había unas cuantas hojas de papel de oficio escritas con la letra grande de Sarling. Decía:

Conducción de operaciones y comunicación desde Mount Street. Miss Vickers tomará a su cargo el comisariato y los aspectos financieros ocasionales. Las comunicaciones conmigo se harán a través de ella. Los pagos a terceros por gastos operacionales o retenciones pendientes por los mismos, se harán en efectivo de las dos mil libras suministradas.

Cadena de mando. Algunas medidas de seguridad. En ningún momento, tratando con subordinados, dejará saber que nadie tiene autoridad sobre usted. En ningún momento tratando con subordinados utilizará su verdadero nombre ni revelará su dirección en Mount Street. Las únicas personas que nos conocemos personalmente somos usted, yo, Berners y Miss Vickers.

Selección de operadores. Están disponibles en Park Street —Dowham House— los registros de más de cincuenta personas, hombres y mujeres, que tienen (para utilizar una palabra que lo abarca todo) ciertos «errores» en su pasado. Indicándole a Miss Vickers el tipo de persona requerida ella le proporcionará una selección de carpetas donde usted puede elegir.

Raikes se echó hacia atrás en la silla y arrojó una nube de humo en dirección al cuadro de los caballos. Siguió leyendo casi aburrido; la cólera y la agresividad hacía rato que habían desaparecido.

Había algo más sobre detalles de seguridad y la necesidad de aparecer lo menos posible en público con Miss Vickers. ¿Por qué esa limitación cuando todo Galway House sabría a los quince días que estaban viviendo juntos allí? ¿Acaso Sarling no sabía que en el mundo existían porteros, mujeres de la limpieza y vecinos entrometidos?

La última hoja se titulaba «operación preliminar» y decía:

1. Los hechos importantes que constituyen esta operación están enumerados más abajo. El éxito de esta operación es vital para la que sigue. Estará planeada por usted y por Berners. Sólo impongo una condición. La operación debe llevarse a cabo dentro de las dos próximas semanas.
2. Hay un depósito de materiales del ejército en M. R. 644550. Hoja núm. 171 de la Inspección de Artillería (mapa de una pulgada). La cabaña 5 contiene seis cajones de madera, pintados de verde, con las marcas usuales del Departamento de Guerra, y están señaladas con pintura blanca con la identificación BATCH Z/93. Serie GF 1. Uno de los cajones debe ser robado. Sus contenidos son similares. El cajón debe ser depositado en algún lugar seguro.

3. La operación debe ser llevada a cabo con un mínimo de violencia. Usted o Berners tomarán parte activa en ella.

Raikes dobló con cuidado las hojas de papel y las puso dentro del bolsillo interior de su chaqueta. BATCH Z/93. Serié GF 1. Sonaba completamente diferente a la clase de operaciones que él y Berners habían llevado a cabo.

Salió y compró el mapa de Artillería. El depósito militar estaba en Kent, cerca de Wrotham. Casi en seguida de volver, llegó Belle Vickers con una gran maleta. Él se puso de pie, cogió la maleta de las manos de ella y la llevó al otro dormitorio. Belle se quitó el abrigo y Raikes vio que se había puesto un vestido verde con el franco de plata prendido en el pecho.

—Si prepara una taza de té, podemos charlar un rato —le dijo—. Hay ciertas cosas que quiero aclarar.

Mientras tomaban el té le preguntó:

—¿Dónde fue a buscar su equipaje... a Park Street?

—Sí. Estoy allí o en Wiltshire. En cierta forma era más interesante cuando estaba en la City con él.

—¿Se acuesta con él?

—Solía hacerlo antes. Ahora, no. —Era algo tan poco importante que no despertaba ningún sentimiento en ella.

—¿Qué le pasó en la cara a Sarling?

—Sólo sé que se quemó cuando era muy joven. No sé cómo ocurrió.

—¿Tiene idea de lo que se propone hacer? ¿Esto de coleccionar gente y utilizarla?

—Creo que comenzó como una especie de negocio. Usted me entiende... conoce las debilidades de alguien y luego las utiliza para sacarle provecho.

—Y de eso... ¿ha pasado a algo más?

—Si usted lo dice...

—Por supuesto, le advirtió que trataría de hacerla hablar.

—Sí.

—Y le dirá que lo he hecho.

—Sí.

—Le gustaría librarse de él, ¿no es cierto?

—Sí.

—Lo mismo me pasa a mí. Podríamos hacer algo juntos.

—También me advirtió que usted me lo sugeriría.

—Bien, ¿y cuál es la respuesta?

—No lo sé.

—Pues piénselo. Ahora vamos al grano. ¿Tiene alguna idea de las instrucciones que he recibido?

—No. —Ahora se sentía más cómoda con él aunque no podía evitar cierto

laconismo en su tono; y, de cualquier manera, desconfiaba de él, tenía que hacerlo. A él no le importaba un comino ella. Sólo pensaba en sí mismo. Lo único que le preocupaba era la forma de librarse de la trampa en que había caído.

—Hábleme de esos registros. ¿Puedo sacar lo que quiero de ellos?

—Eso fue lo que él dijo. Pero sabrá cuáles son los que usted elige.

—De acuerdo. ¿Usted tiene una buena memoria?

—Sí.

—Necesito un hombre de alrededor de cuarenta años. Inglés, y que haya estado en el ejército o en la marina. Una persona que pueda utilizar un uniforme y que conozca las rutinas militares. Alguien que entienda de automóviles y que no sea un tipo culto. Alguien que pueda defenderse en una pelea. ¿Me entiende...?

—Sí. ¿Lo necesita hoy?

—No. Mañana será lo mismo. Tengo dos semanas para trabajar. Comenzaremos mañana. Eso nos deja el resto del día para nosotros. ¿Es buena cocinera?

—No. Nada me sale bien.

—Entonces la llevaré a cenar fuera.

Con una pizca de alarma, ella respondió:

—No puede hacer eso. Él dijo que no deben vernos juntos en público.

Raikes sonrió:

—Sus propias palabras fueron: «aparecer juntos en público lo menos posible»: Una vez es lo menos que puede hacerse.

Se puso de pie y se dirigió a su dormitorio. Desde la puerta exclamó:

—Si hay alguna película que le gustaría ver, podríamos ir antes.

Fueron a ver «Sonrisas y lágrimas», por elección de ella. A los pocos minutos la muchacha estaba totalmente absorbida por la película. Eso le agradó a Raikes. Cualquier cosa que hubiera hecho en el pasado para caer en manos de Sarling (y debió ser algo que despertara el respeto de Sarling, lo que significaba que tenía coraje y temple), en el fondo era romántica. No iba a tener ningún problema con ella. Quizá este fuera el gran error de Sarling, ponerla a trabajar junto a él.

Después la llevó a la «Pastoría» en St. Martin's Street; comieron boquerones, un bistec y una botella de «Chateau Beychevelle» de la cual él bebió muy poco.

Luego, andando por Leicester Square para encontrar un taxi, Raikes le dijo:

—Quiero un auto para mañana a las diez. Debe ser una camioneta rural. Alquílela a su nombre, pero no utilice Galway House como dirección. Será mejor que diga que la necesitamos por lo menos un mes. Volveré a primeras horas de la noche. ¿Podría tener los registros para que los revise?

Ella asintió y él la cogió del brazo para cruzar la calle. Raikes pensó que probablemente Belle todavía estaba bajo el hechizo de la película, bailando y cantando en su imaginación como Julie Andrews, la protagonista. Pero en realidad ella estaba diciéndose que él había decidido ser amable con ella, y entretenerla, y eso, por supuesto, significaba que había decidido ponerla de su lado contra Sarling. Le

gustaba que fuera amable con ella. Se había mostrado divertido y amable... de cuando en cuando un toque de laconismo, como cuando habló del auto y los registros. Si iba o no a seguirle el juego a aquel hombre, era algo que no sabía. Sarling podía ser absurdo, pero no era tonto. Tenía dinero, poder, su propia inteligencia y el cerebro de otros hombres con los cuales podía contar. Aquel hombre podía no tener la menor oportunidad en contra de Sarling, y ella, para salvar su propio pellejo, tenía que estar del lado adecuado. Tendría que pensar en todo eso. De cualquier manera todavía no había necesidad de tomar una decisión.

Él se sentó y tomó una copa mientras ella se fue a acostar. En Devon, Raikes tenía una infinidad de relaciones y de amigos, pero en realidad ningún amigo íntimo, desde la época del colegio. Berners fue su único amigo. Eran dos tipos similares. Sonrió al recordar el primer trabajo que habían realizado juntos. Una simple operación dirigida desde una habitación en el Strand... «La Guía de Deportistas Internacionales»; compraron a una agencia autorizada una lista postal de celebridades deportivas por unas pocas libras, y luego un folleto de primera calidad para atraer los ojos y un formulario para llenar los detalles autobiográficos... para ser devueltos con una suscripción de tres guineas que cubría la entrada y un ejemplar de la guía cuando fuera publicada. Un juego de niños, por el que habían recogido dos mil libras, y desaparecido en tres semanas. ¡Santo Dios! Su padre se habría revuelto en la tumba.

Belle volvió con el auto a las diez y diez. Tranquila, eficiente, sin alboroto; a él le gustó eso. En el apartamento, antes de que se fuera, Raikes le entregó veinte libras.

—Cómprase un anillo de bodas de segunda mano. No conviene que murmuren de nosotros sin necesidad. Charle con el portero algunas veces y mencione a su marido. Y dos veces por semana envíe algunas cartas a esta dirección. Dirigidas a ambos, a los dos juntos o por separado, Mr. o Mrs. Vickers, quiero decir. No necesito advertirle que cambie la letra y los sellos, ¿verdad?

Con dureza, ella le respondió:

—No había pensado en el anillo, pero sí en las cartas. ¿Le gustaría que le dijera algo amable en las que estén dirigidas a usted?

Él rió:

—En papel común será suficiente. Lamento ser un poco brusco, pero conoce la razón. A nadie le gusta ser manejado por nadie, ni que lo tiren de cabeza al barro.

Se dirigió con la camioneta hacia Kent, a lo largo de la autopista A. 20 a Maidstone. Al llegar a Wrotham Heath dobló hacia la derecha, bordeando el campo de golf por la carretera de Mereworth. El depósito del ejército estaba a dos millas de distancia por aquella carretera a mano derecha, en un pequeño bosque cuyos árboles y arbustos estaban cortados formando un área despejada de aproximadamente veinte yardas de ancho alrededor del perímetro alambrado. Cruzó con lentitud el portón de entrada echó un vistazo a las cabañas de Nissen decoradas con mangueras de incendio y pequeñas bombas de mano, a las carreteras bordeadas por piedras blancas,

y a una pequeña cabaña inmediata al portón de entrada. El portón estaba cerrado y no había señales de centinela, ni de ningún ser viviente.

Pasó de largo hasta llegar a un bar llamado «Beech Inn». Retrocedió y pasó de nuevo. A cien yardas del portón escudriñó con cuidado, para asegurarse de que no había autos en la carretera. Aminoró la marcha todo lo que pudo, y dejó caer las ruedas laterales del auto en la cuneta cavada cerca de la alambrada. Con los frenos, hizo girar las ruedas de atrás hundiéndolas más en la tierra blanda.

Descendió e inspeccionó el auto. Estaba muy inclinado, y bien hundido en la cuneta. Se acercó un auto, aminoró momentáneamente la marcha como para detenerse y ayudarlo, y luego aceleró y pasó de largo. Raikes se alegró. No tenía necesidad de ningún buen samaritano. Se arrodilló junto a las ruedas traseras, tomó un poco de tierra blanda, la restregó contra sus pantalones y su cara, se ensució las manos y entonces se dirigió a la carretera del portón principal del depósito de pertrechos del ejército.

No tenía el menor nerviosismo. Le ocurría lo que siempre les había ocurrido a él y a Berners cuando iniciaban algo; una fría sensación de confianza en su propia capacidad, y una actitud natural que le daba cariz de verdad a cualquier engaño.

En la oficina encontró a un empleado vestido de civil, de mediana edad. Raikes le dijo que se había atascado en el barro y que quería hablar con un garage para que trajeran un remolque y lo sacaran. El empleado le indicó el número del garage más próximo y señaló el teléfono. Raikes se dirigió a él y llamó al garage. Al mismo tiempo tomó mentalmente nota del número del teléfono que había sobre el disco. Mientras esperaba encendió un cigarrillo, habló por encima del hombro con el empleado y, muy naturalmente, estudió el plano del lugar que estaba colgado en la pared. Indicaba las carreteras del depósito y las cabañas y, para su mayor satisfacción, cada cabaña estaba numerada. La cabaña 5 estaba en la carretera principal entre los árboles de la entrada, la 3 a la izquierda. Las cabañas del lado derecho tenían números pares.

Consiguió hablar con el garage y convino en que vinieran a sacarlo de la cuneta. Colgó, se volvió al empleado, le mostró las manos sucias y le dijo:

—¿Hay algún sitio donde pueda lavarme?

Sabía que era así. Estaba marcado en el plano. Una cabaña para baños entre los números 6 y 8, subiendo por la carretera principal. El empleado le dijo donde estaba y se dirigió hacia allí.

Se lavó en la cabaña. No había nadie. Desde la ventana estudió la cabaña núm. 5 que quedaba enfrente. Estaba situada en un extremo de la carretera y se entraba por una puerta de tamaño normal. Pequeñas ventanas flanqueaban los lados de la puerta. No tenían rejas y la puerta tenía una cerradura simple. Pasó un soldado con uniforme en bicicleta silbando y luego se perdió de vista.

Raikes salió por la puerta de detrás de la cabaña y pasó por la parte posterior de la núm. 6 que era una Nissen del mismo tipo que la núm. 5. Tenía una puerta delante y



otra detrás. Volvió por la carretera a la cabaña del portón.

Dió las gracias al empleado por su amabilidad, y se dirigió por la carretera hasta el auto, a esperar que llegara el remolque del garage.

Estuvo de vuelta en Londres a las cuatro y media.

Belle Vickers estaba allí. Había tres carpetas de color naranja sobre la mesa. Encima de ellas, dos billetes de dos libras y una moneda de dos chelines.

Raikes recogió el dinero:

—¿Qué es esto?

—La vuelta del anillo. —Extendió su mano izquierda, con una alianza en el dedo anular—. Se alegraría de saber que fue una ceremonia muy simple, presenciada sólo por el ayudante del joyero, que me palmeó el trasero una vez. Estaba totalmente seguro, por supuesto, de que lo quería para un fin de semana ilícito. Sarling también lo advirtió. Se rio. Por lo menos eso me pareció, aunque es difícil saberlo.

Raikes le entregó el dinero que ella le había devuelto con un gesto de malhumor.

—Compre un brandy más barato. No me gusta usar el Hines con cerveza.

—De manera que así están las cosas. Nos hemos casado y ya empezamos a economizar.

—Le sorprendería todo lo que tenemos que hacer... una vez terminada la luna de miel —replicó Raikes con una sonrisa.

Se sentó y cogió las carpetas. Además de Berners, que por el momento podía quedarse en paz, necesitaba otro hombre.

Fue a visitarlo a la mañana siguiente.

George Gilpin arrojó a la hoguera un viejo neumático, retrocedió esperando que la goma negra comenzara a rizarse, a quemarse y a romperse en una llama sulfurosa, espesa, amarillenta, humeante, con negras y oleosas espirales de humo que giraban hacia el cielo. Alguien llamaría por teléfono desde los «bungalows» de la carretera dentro de un momento, quejándose. Siempre lo hacían, los jueves cuando hacía su hoguera. Bien, que lo hicieran. En un garage hay desperdicios que quemar; cartones, cajones, neumáticos viejos, trapos sucios con aceite. Una llama como una lengua en forma de espada surgió repentinamente desde el borde del fuego. La observó crecer; la fascinación se pintaba en su cara roja y sudaba. ¡Cosa maravillosa, el fuego!

Su mujer apareció por la esquina frente al patio del garage y vino hacia él, que estaba en el terreno despejado. Una ola de humo, hinchándose en el viento lo hizo retroceder unos pasos. La vio venir. Alguien debía haber telefoneado. Ella tenía puesto su mono color azul cielo con el nombre «Garage de Gilpin» bordado en rojo delante. Hasta los monos le quedaban bien. Tenía formas, eso era lo que tenía, formas; y con cualquier cosa con que se vistiera se ponía en evidencia provocativamente. Una regordeta alegre, juguetona, un poco más rolliza de lo necesario en algunas partes, pero el tipo de formas que era una de las delicias de la vida de George. Apoyó su mano grandota en el trasero de ella cuando se detuvo junto

a él y luego la deslizó por su cintura. Su pelo grueso y rubio jugueteaba en la cara de él.

—¿Quién es, muchacha? ¿Una de esas solteronas chismosas que tienen tendida la ropa? Todas sus bragas de lana tiznándose. Jamás les sucederá otra cosa a esas bragas.

—No. Hay un individuo en la puerta. Se interesa por un auto.

—¡Formidable!, entonces dile a Dickie... oh, ha salido, ¿no es cierto? ¿Por qué auto?

—La camioneta rural Zephyr.

—Me alegra quitármela de encima. ¿Y...? ¿Qué me dices del fuego, eh? Tenía que eliminar estos desechos. —Le apretó los pechos—. ¡Reserva un poco de esto para esta noche, amor!

Ella le retribuyó con una palmada en la mitad de su amplia espalda y él se dirigió a la parte de detrás del garage. Se lavó en el lavabo, enderezó su corbata roja con lunares blancos y se puso la chaqueta. Sacó un poco más el pañuelo del bolsillo de arriba para que se viera y se echó una mirada de satisfacción en el espejo. El buenazo de George, con un bonito negocio, una cartera con billetes de cinco para gastar en el bar, que todos tomen una copa y conozcan a su mujer, pero que no le acerquen las manos, no es que normalmente le importara mucho, pero acababan de llegar de Mallorca y ella estaba un poco demasiado tostada por el sol en algunas partes... ¿El Zephyr, eh? Trescientas cincuenta libras, quizá; de costo doscientas setenta y cinco. De cualquier manera ni un penique menos de trescientas veinticinco.

Movió la cabeza, increpándose en el espejo. Estás viviendo demasiado bien, George; comiendo demasiado bien; apenas llegando a los cuarenta años y aumentando de peso. Debe ser la cerveza.

El hombre estaba junto a la camioneta. Era un individuo muy agradable, al parecer. Elegante. No tenía aspecto de preocuparse por cien libras más o menos. Nada de regateos. Algunos llegaban al extremo, de regatear medias coronas y al final pretendían que tomara como parte del pago un par de viejos cochecitos para niños y una Lambretta, y además... ¿quién tenía que pagar por los trámites de la venta? Casi todos estos señores vivían gastando más de lo que les permitían sus entradas, para guardar las malditas apariencias. Si había una televisión en color en la casa número uno a principio de mes, al terminar había televisión en color en todas las casas a lo largo de toda la avenida. Las mujeres daban vueltas por los supermercados para ahorrar unos peniques, malditas acosadoras, preparándose para pegarles cuatro gritos a los chicos cuando llegaban del colegio. Sí, una vida muy dura para algunos, y generalmente la culpa la tenían ellos mismos.

—¿Mr. Gilpin?

Una buena voz, educada. Eso es algo que no se puede comprar en la vida.

—Yo soy Gilpin. Es un auto con buen aspecto, ¿eh?

—Me llamo Smith —dijo el hombre alargando la mano.

—Me alegra conocerlo, Mr. Smith —le tendió la mano rápidamente—. ¿Es el tipo de auto que busca? No hay muchos. Pero usted sabe, y yo también, lo que eso significa a veces. Sin embargo, usted ya lo ha visto. Todo va bien.

—¿Podría probarlo?

—¿Por qué no? Hasta lo de John O’Groats y de vuelta si quiere.

Riendo, George Gilpin quitó el cartel que estaba en la parte de fuera del parabrisas y que decía: «oportunidad de la semana £ 400. Sólo tuvo un dueño».

Partieron, Mr. Smith iba al volante.

George Gilpin parloteaba. Lo hacía porque generalmente había algo que ocultar y se quiere apartar la atención del cliente del auto. Pero con aquel auto no era necesario. El hábito lo hacía comportarse así.

—Sólo tuvo un propietario. Un maestro en Watfor. Lo cuidaba como si fuera un niño. Su escuela estaba al dar vuelta a la esquina, rara vez lo usaba, salvo una vez al año que solía llevarlo al extranjero durante un mes. Muy amigo de hacer «camping». Solía dormir en la parte de detrás. Iba a agregar, «probablemente con una muchacha francesa cada noche», pero decidió no hacerlo. Aquel individuo no era de ese tipo.

Subieron por la carretera hacia Hemel Hempstead, luego dieron la vuelta hacia la izquierda, George Gilpin indicaba una dirección de tanto en tanto, y al fin llegaron a un lugar despejado en Chipperfield. George hizo un gesto con la cabeza señalando el bar que estaba al borde de la carretera, y dijo:

—Hace calor esta mañana. ¿Quiere una cerveza? Tienen buena cerveza en los «Two Brewers».

—Una buena idea.

Ah, entonces era un individuo accesible. No demasiado orgulloso para beber con una persona del pueblo.

Smith se sentó en un banco en el jardín del bar y George Gilpin fue a buscar las cervezas. Levantó su copa a Smith, diciendo:

—Bien, aquí está.

—¡Salud!

—¿Qué le parece el auto?

—Me parece bastante bueno. Pero no para ganar 400 libras. —Mr. Smith sonrió y continuó—. Si realmente lo quisiera le daría de 320 a 350. Nada más. Pero no lo quiero.

—¿Cómo que no lo quiere? ¿Entonces por qué...? —¿Qué clase de individuo era aquel, algún loco, un cliente extraño, haciéndole perder el tiempo?

—Lo que realmente quería era tener una conversación tranquila con usted... lejos de su mujer y del garage.

—¡Ah...! ¿Y sobre qué quiere hablar?

—Sobre usted.

—¿Sí...? —Ahora se mostraba cauteloso. Nadie tenía nada contra él, sus antecedentes eran limpios y el garage era un negocio limpio... eso era algo que había

decidido desde el comienzo. Pero aquel individuo de pronto le produjo una sensación de intranquilidad. Allí sentado, sereno con su traje de «tweed», sacando una pitillera de plata y encendiendo un cigarrillo, sin la menor prisa.

—Usted solía vivir en Wolverhampton, ¿no es así, Mr. Gilpin?

George Gilpin decidió proceder con cortesía hasta saber de qué se trataba:

—Sí. Era un buen mecánico. Todavía lo soy. ¿Qué es lo que necesita de mí, Mr. Smith? El tiempo es oro, ¿sabe?

Mr. Smith asintió con la cabeza.

—Supongo que recordará una firma llamada Nardon Baines Ltd., en Birmingham. Fabricantes de pintura y barnices.

—El nombre me suena familiar. Pero no conocí bien a Brum.

—Debería recordarlo, Mr. Gilpin. Estaba Harris y Leach Distribuidores, Ltd. y la West Midlands Furnishing Company.

El pánico se apoderó por un momento de George Gilpin y sintió que la cerveza se le volvía amarga en el estómago.

—Escuche, ¿dónde demonios quiere llegar?

—Era un buen mecánico, Mr. Gilpin. Sus manos eran hábiles para cualquier cosa: motores, relojes, fusibles... y explosivos. Las tres firmas que he mencionado se incendiaron en un período de un año. Nardon Baines fue la última, pero ésa no resultó. Sólo se incendiaron las tres cuartas partes. El sereno y un bombero perdieron la vida en el incendio y uno de los tres dispositivos que usted fabricó para comenzar el incendio al mismo tiempo en tres lugares distintos, no funcionó.

George Gilpin se puso de pie. Si tenía miedo también había demasiadas otras cosas para preocuparse por eso. Respondió:

—Está buscando problemas, maldito Mr. Smith. No sé de qué está hablando, pero sé una sola cosa: en cuanto a mí concierne lo llevaré a su auto en el garage y después de eso, si vuelvo a verlo, pagará las consecuencias. Está loco.

Mr. Smith hizo un gesto con la cabeza.

—Tome asiento y no llame la atención. La policía de Birmingham todavía tiene un pequeño dispositivo y además un registro muy bueno de sus impresiones digitales en él. Era un artesano tan eficiente, Mr. Gilpin, que jamás creyó que nada de lo que hacía dejaría de funcionar... de manera que no utilizó guantes. Sé que no tiene antecedentes, de lo contrario no estaría aquí, pero todo lo que tengo que hacer es formular una llamada a la policía y usted tendría problemas. Sólo usted, porque el hombre que lo contrató y trabajó con usted está muerto. Se llamaba Herbert Finkel. Y usted nunca supo para quién trabajaba. Estaba ansioso por cobrar dos mil libras por los tres trabajos, y venir al sur para instalar su garage.

George Gilpin se sentó. Era un hombre práctico. Sabía cuando las cosas no tenían remedio y no se molestaba en lamentarse por ellas.

—Está jugando a un juego peligroso. ¿Cuánto quiere?

Smith sonrió:

—Quiero dos días, tal vez un poco más de su tiempo: le pagaré quinientas libras y luego me olvidaré de que existe.

—¿Va a pagarme...?

—Sí.

—No, gracias. Prefiero pagarle a usted. Tengo un buen negocio, una mujer atractiva, muchos amigos. No hago trabajos, sólo hice esos tres y creo que estuve loco al aceptarlos, pero necesitaba dinero en efectivo para poder empezar. Espero que Finkel esté en el infierno.

—Hará un trabajo para mí, Mr. Gilpin. No tiene nada que ver con provocar un incendio. Es algo muy simple. Y recibirá quinientas libras.

No había salida. Lo sabía. Una llamada telefónica a la policía y sería el fin de todo, y no quería ningún maldito final. Todavía tenía muchos años de placer por delante y se proponía gozarlos. Respondió con tranquilidad.

—Bueno, parece que me tiene atrapado; ¿no es cierto? ¿Cuál es el trabajo?

—Volvamos, hablaremos en el auto.

Dos horas después George Gilpin y su mujer estaban sentados en la sala de su apartamento en el piso superior del garage, con una botella de «whisky» sobre la mesa. George Gilpin estaba en mangas de camisa, había arrojado su corbata de pajarita y abierto el cuello.

—Te digo, querida... no sé nada del trabajo ni de él. Me telefonaré cuando esté listo para que entre en escena. Todo lo que me dijo fue que consiguiera un Land-Rover como los del ejército, que lo pintara de color verde kaki y que lo condujera un poco. —Con los dedos golpeó una hoja de papel que tenía delante—. Y quiere que le ponga estos números y marcas. De la Artillería Real. Vuelvo al maldito ejército.

—¡Oh, no! ¡Eso, no! Sabes lo que tienes que hacer, ¿no es cierto?

—¡Por supuesto! No voy a tenerlo a mis espaldas durante el resto de mi vida. Primero este trabajo y luego otro. Conozco a los de su calaña. Voy a hacerme el bobo. Puede obligarme a hacer este trabajo, pero jamás me forzaré a hacer otro.

—George... tienes que tener cuidado. ¿Cómo vas a hacerlo?

—No lo sé. Tengo que pensarlo. Depende de cómo se presenten las cosas. Pero lo mataré. —Vaciló su vaso de «whisky» y se lo tendió a ella para que volviera a llenarlo.

Ella negó con la cabeza:

—Ya has bebido bastante.

—Quizá. Eso ocurre porque uno tiene lástima de sí mismo. —Se puso de pie y se dirigió hacia su mujer, deteniéndose detrás de ella. Deslizó su mano por el escote de su blusa y acarició uno de sus grandes pechos—. No te preocupes, querida. George dará cuenta de él. —Se inclinó y la besó en la frente—. Un hombre puede estar sumergido en la desesperación, pero teniéndote y sintiéndote cerca, el mundo se convierte en un sitio agradable.

Aquella tarde, Belle Vickers volvió al apartamento un poco después de las seis. Raikes estaba sentado cerca de la ventana. La saludó con la cabeza, observándola entrar en el dormitorio para quitarse la ropa de calle. Había desaparecido el peinado de nido de pájaro, el pelo en su forma natural la favorecía extraordinariamente. Después de un momento vino a la habitación y se dirigió al bar a servirse una copa.

—¿Quiere que le prepare algo?

—Todavía no, gracias. ¿Dónde ha estado?... ¿en casa de Sarling?

—Sí. Volví a llevarle los registros. También encontré un garage donde podemos guardar el auto. Tiene un pequeño desván arriba con una de esas escaleras... sabe, de esas que bajan desde una rampa cuando se tira de una cuerda, Pagué seis meses de alquiler por adelantado bajo el nombre de Smith. Está al dar vuelta a Edgware Road. Una buena caminata.

—Bien. ¿Cómo está Fu Manchú?

Lo miró sorprendida por un momento, luego rio:

—¿Así es como lo ve?

—¿Por qué no? No es un ser real, ¿o sí...? Parece tener algún tipo de fluido verde en sus venas en lugar de sangre.

—Quiso saber qué hombre había elegido usted.

—¿Sí...? Pero no pienso decírselo.

—¿Quiere decir que piensa protegerlo, por si acaso no cumple su palabra?

—Podría ser. Pero también podría ser sólo por crueldad.

—Podrían ser ambas cosas. Aunque por lo que he visto, me inclino a pensar lo último.

—¿Así es como me ve?

Ella se sentó y bebió un trago:

—De cuando en cuando. No me importa. Supongo que algunas veces yo también debo parecer así. Ambos estamos atrapados... eso nos hace susceptibles, difíciles.

—Si le pregunto cómo la atrapó, ¿me lo dirá?

—Ahora, no. Alguna vez, podría ser. ¿Y en lo que se refiere a usted...? ¿Me lo dirá alguna vez?

—No. De cualquier manera, sabe bastante de mí. Estaba dispuesto a quedarme donde estaba... y usted llegó con un sobre sellado. Allí en Devon está mi verdadera vida. Esto... —se puso de pie e hizo un gesto con la mano señalando la habitación—, es una pesadilla. Y será una pesadilla que durará mientras duren Sarling y sus registros.

—Y las fotocopias.

—¿Dónde las guarda? ¿En la casa de campo, en Meon Park?

—Sí.

—¿Alguna vez se le ocurrió dejarlo..., simplemente desaparecer?

—Supongo que sí. Pero no dio resultado. He dejado de pensar en eso. Algún día

morirá.

—La gente rica puede vivir mucho tiempo. Tiene dinero para comprar el tiempo de los médicos y sirvientes..., de ir a sitios donde hay sol. A ciertas personas habría que precipitarles la muerte.

—¿Supongo que habla en serio... respecto a eso?

Se volvió y se quedó de pie frente a ella. El vaso que Belle tenía en la mano parecía plateado por las burbujas que subían desde el fondo del agua tónica; la misma mano que llevaba el anillo de boda, una argolla de oro ancha y opaca. Había momentos en que la forma en que ella hablaba con sus «supongo» y sus «bien, algo así como...», lo irritaban, en que sólo verla le provocaba disgusto. Pero tenía que superarlo. La necesitaba.

—Ya verá lo seriamente que hablo. ¿Cree que Sarling no sabe qué clase de hombre soy? Lo sabe mejor que yo mismo. Hasta se lo ha comentado a usted, ¿no es así?

Ella no respondió. Le cogió la barbilla, con una mano firme que le hizo levantar la cara:

—¿No es así?

—Sí.

—Entonces, seamos sinceros. Quiero que muera. Si sólo fuera eso sería fácil. Pero necesito esos registros y las fotocopias. Todo. Quiero verlos quemarse. Matarlo sin hacer eso sería inútil. —Sonrió—. ¿Le gusta tanto su hermosa jaula?

—No es tan mala, particularmente ahora que no viene a mi jaula con sus sucios jueguitos. En realidad no habla en serio... ¿o sí?

—¿Sobre matarlo?

—No. Sobre pensar que... bueno, que le ayudaría en algún modo.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? Es una cosa obvia.

Su sorpresa era sincera. Ella podía advertirlo. De pronto tuvo una sensación de miedo al verlo allí alto, inflexible, toda fuerza y salud, hablando de muerte... de asesinar, como si estuviera discutiendo el resultado de las carreras del día. Asesinato no, por amor de Dios. Si llegaba a tener en su poder los registros y las fotocopias, lo mataría. Aplastaría a Sarling como a una mosca contra el cristal de una ventana.

Belle dijo alarmada:

—¡Pero sería un asesinato!

—¿Quiere permanecer atada a él hasta que muera de muerte natural? Sarling está un poco loco. Podría empeorar. Podría obligarla a hacer algo que terminara destruyéndola. De cualquier manera, no le pido demasiado. Sólo un poco de información.

Se dirigió al bar y comenzó a prepararse un trago. Ella lo observaba. Todo lo que él decía era verdad. Sarling había cambiado desde que lo había conocido. Dios sabía que ella deseaba ser libre. Pero hasta para eso podía haber un precio demasiado alto. Allí era donde disentía con aquel hombre. Él quería libertad, y no le importaba lo que

tuviera que pagar ni lo que tuviera que hacer. Se debía a la propia confianza que Raikes tenía, a la certeza absoluta de su propia fuerza e inteligencia. Belle pensó: Dios mío, ¿por qué estiré la mano y cogí aquel primer tarro de talco de Marks y Spencers? Un primer paso en falso... y sin saber dónde había de llevarme...

—¿Y qué tendría que hacer? —preguntó.

—Muy poco. —Él se acercó y rozó suavemente con los nudillos la larga línea de su mentón. Estaba seduciéndole deliberadamente, y ella lo sabía. En el fondo, quería que la sedujera... no tenía nada, no tenía a nadie... sólo una especie de urgencia, que la estaba aniquilando, por entregarse a alguien, porque alguien la tomara, que se ocupara de ella y le diera paz.

—Antes que nada tendremos que ser leales el uno con el otro. —Él le sonrió, con una sonrisa que disipaba todo temor—. Ponernos uno en manos del otro. ¿Le parece razonable?

—Bien... sí...

—¿Entonces, lo hará?

—No sé. ¿Qué tendría que hacer?... quiero decir, ¿además de serle leal?

—No mucho. Pero podría significar su libertad. No piense —rio— que voy a pedirle que envenene la leche que va a beber Sarling, ni que le clave un cuchillo. No sabría hacer ninguna de esas cosas.

Ella se puso de pie de pronto, y al hacerlo, la bebida rebosó por el borde del vaso.

—No quiero oír ni una palabra más. ¡Está hablando de asesinar!

Él se encogió de hombros:

—Lo lamento. No quería perturbarla. Olvidémoslo. Será mejor que quite esa mancha de su vestido.

Ella bajó los ojos a la mancha del líquido, y luego entró en el dormitorio y cerró la puerta.

Nada se logra con facilidad, inmediatamente, pensó Raikes. Cualquier cosa que se obtiene demasiado rápido es sospechosa. Pero ella terminaría haciendo lo que él quería. La explosión marcaba una etapa. Ella tenía que acostumbrarse a la idea de matar. Más tarde se convencería, lo ayudaría y Sarling sería asesinado... y después de Sarling... Belle tendría que morir. Allá en Devon, Alverton y Mary lo estaban esperando. Su tierra natal por derecho de nacimiento, su mujer, esperando engendrar hijos de él... su destino, marcado más fijamente en su mente que cualquier otra cosa. Sarling era lo único que se interponía.



AL DÍA SIGUIENTE PARTIÓ temprano en dirección a Brighton. Aubrey Catwell, N.º 3, Princess Terrace. Nunca podría pensar en él como en otra persona que Berners. Recordó la primera vez que se conocieron. Una tarde estaba sentado en el bar del Hotel Dorchester, acababa de urdir uno de sus negocios sobre opciones falsas de propiedad, cuando Berners se le acercó. De esto hacía quince años; Berners era mucho más joven entonces, con apenas la sombra de esa media luna de calvicie que comenzaba a devorarle el pelo. Sin ninguna presentación, con sólo un atisbo de sonrisa de tímida disculpa, Berners había dicho de pronto:

—Apostaría que es el tipo de hombre que pondría su mano sobre dos o tres mil libras.

—Podría ser.

—Si estuviera dispuesto a pagarme un diez por ciento podría mostrarle cómo lograr un beneficio del 50% sobre tres mil libras, dentro de las dos próximas semanas.

—Si pudiera mostrármelo, quizá me interesara. —Ya había encasillado a Berners como a un embaucador, algún tiburón vacilante y tranquilo, haciendo un cruceo a través de las ricas aguas del Dorchester.

Berners conocía una compañía de importadores y exportadores de productos químicos, con oficinas en la City, cuyas acciones estaban a 30 chelines. Dentro de la semana se haría una oferta para adquirirlas y la compañía, dado que los directores poseían la mayoría de las acciones y deseaban venderlas, aceptarían la oferta que sería de 45 chelines por acción. Todo lo que tenía que hacer Raikes era comprar ahora y vender cuando las acciones subieran con el anuncio de la propuesta.

Después, Raikes advirtió que Berners había estado con él menos de diez minutos, dándole al fin el nombre de la compañía, y se había marchado diciendo:

—Si lo hace, estaré aquí dentro de quince días. Ese día y a ésta hora. Si no está aquí, por supuesto...

Era la primera vez que había visto esa vaga sonrisa amorfa y el suave y vacilante movimiento de sus hombros y manos, expresando resignación. No se habían intercambiado sus nombres. Berners lo había elegido a él, había confiado en él y se había marchado. Más tarde habría de saber que Berners era un acertado juez de hombres. Podía sumar sus cualidades en porcentajes exactos, aceptando o rechazándolos con la indiferencia de una computadora.

A la mañana siguiente se informó sobre la compañía. El precio de sus acciones era bajo comparado con el porcentaje de sus beneficios, de manera que comprar acciones no significaba ninguna pérdida.

Dos semanas después, en el bar, le entregó a Berners doscientas libras en billetes. Berners dijo:

—No pueden ser más de 150 libras.

—¿Cuánto gana por semana ahora?

—Quince —respondió Berners.

—¿En la oficina de Allied Chemicals Ltd.?

—Sí.

—¿Gana tan poco dinero que no pudo especular sobre esto usted mismo? ¿Qué significa eso? Los cincuenta extra son el salario de su primera semana de trabajo conmigo. Lo haré mi socio... al 25% de los beneficios. El trabajo es simpático, interesante, pero enteramente heterodoxo. No quiero saber su nombre. No le diré el mío. Si no le interesa, lo único que tiene que hacer es devolverme las 50 libras.

Berners puso las 200 libras en su bolsillo. Comieron juntos, se convirtieron en Berners y Frampton, y establecieron su primera operación juntos. Jamás le preguntó a Berners cómo había conseguido los detalles de su compañía. Trabajaban juntos y eso era todo. No sabían uno del otro nada más que lo necesario para su trabajo. Pero ahora iba a ver a un hombre que se llamaba Aubrey Catwell. Le molestaba porque era como mirar la desnudez de un extraño.

Brighton. El sol brillaba juguetón sobre el azul del mar más allá del espigón. El horizonte era una línea nebulosa que unía el cielo con el mar. A lo largo de la costa de color avena, las olas de un oliva sucio, bordeadas de espuma, se desparramaban sobre la suave arena, lamiendo y jugueteando con unos recipientes de plástico y un montón de algas marinas muertas. Sobre todo eso, encima del paseo y de los jardines de tamariscos y verónicas, estaba Princess Terrace, una construcción de elegante color cremoso, extendiendo sus brazos al mar, al cielo y al sol invernal. El número 3 tenía un pequeño toldo de metal con rayas rojas y blancas sobre las ventanas del primer piso para dar sombra a sus estrechos balcones; la puerta era blanca, flanqueada por una baranda de hierro pintada de negro para marcar el ascenso de los escalones. El buzón era de bronce pulido, lo mismo que el número 3. Al pulirlos ni siquiera se había rozado la pintura blanca que los rodeaba. Tocó el timbre. Después de un rato largo, una mujer abrió la puerta. Tendría unos sesenta años, vestido negro con el cuello alto, su carne firme, el pelo gris con algunos mechones blancos y permaneció en el umbral exactamente en la misma forma en que lo hubiera hecho Hamilton, cortés, preparada e inmovible ante cualquier cosa que ocurriera.

—¿Si Mr. Catwell está en casa y no está ocupado, quiere preguntarle si es tan amable de concederle a Mr. Frampton unos momentos? —Le entregó una de sus viejas tarjetas.

Minutos después la mujer lo llevaba a la sala del primer piso. Cerró la puerta tras ella dejándolos solos y Berners se volvió desde la ventana. Exceptuando el traje, era el mismo Berners, la misma media luna de calvicie, la misma cara tranquila y, aún ahora, inexpresiva, los ojos de un gris desvaído y sobre todo esa expresión de gentileza casi dolorosa. Pero la vestimenta anónima, mal confeccionada, había desaparecido. Tenía un traje gris, con un chaleco de color vino clarete, una corbata de color perla sobre la cual se reflejaba el resplandor del sol, cuando Berners se

adelantó. Llevaba zapatos de gamuza marrón. ¡Él, que siempre había usado toscos zapatos negros, de suela gruesa!

—Acabo de abrir una botella de vino del Rhin, cosa que generalmente hago a esta hora del día, si el tiempo es bueno —dijo Berners—. Angers se alegrará de que la comparta conmigo. Ella cree que una botella es mucho para beberla solo. —Era la misma voz, pero el ordenamiento de las palabras, su cadencia y su control sobre ellas, eran totalmente distintos.

Se dirigió a una pequeña mesa redonda sobre la que había una bandeja de plata, la botella y una copa de cristal de Venecia. Viendo que había una sola copa, se volvió hacia un mueble de laca colocado sobre un estante con tallas doradas y lo abrió. Dentro centelleaba la cristalería.

Raikes dijo:

—Lamento mucho esto.

Sin volverse, limpiando con una servilleta la segunda copa que había sacado del mueble, Berners respondió:

—Primero disfrutemos del vino. Por favor, tome asiento.

Raikes, que entendía mucho de muebles por haberlos comprado para decorar Alverton, se sentó en un sillón de caoba tapizado que hubiera apostado a que era un Hepplewhite. Las tallas del centro del respaldo formaban la silueta de un pájaro. Próxima al sillón, había una mesa Regencia de caoba redonda. Contra el extremo de la pared, frente a la ventana, había un aparador de laca inglesa, cuyo dibujo frontal hacía juego con el del mueble que guardaba la cristalería.

Berners trajo su copa y bebieron. Después del primer sorbo, Berners hizo un movimiento de cabeza que abarcaba la habitación:

—¿Le gusta?

—¿A quién no?

La araña de cristal que colgaba del artesonado era probablemente de Murano, antigua, y toda la policromía de las flores de cristal devolvían la luz del sol en un reflejo coloreado.

Berners asintió con la cabeza.

—Es verdad. Me crié en un instituto municipal, y viví en dormitorios miserables hasta un año después de conocerlo a usted. Me prometí que tendría algo así... una casa, muebles y decoración, todo hecho por artesanos, por hombres que aman lo que hacen. No venga a decirme ahora que podría perder todo esto.

—No. Pero tiene que protegerlo. No hemos terminado de trabajar juntos. Si hubiera podido hacerlo solo, créame que lo hubiera hecho. Pero no estaba en mis manos. Tenemos que protegernos... pero para hacerlo debemos matar a dos personas. ¿Eso le estropea el sabor de su vino del Rhin?

Sin vacilar, Berners respondió:

—¿Por qué habría de estropearlo? Si la policía tocara el timbre de mi casa me mataría. Lo mismo haría usted. Si uno puede quitarse la propia vida, entonces es un

paso fácil quitar la vida a otro. —Se alejó y se sentó en una silla próxima a la ventana.

—Antes de hablarle de ello, si lo desea, estoy preparado para hablarle de mí, decirle mi verdadero nombre y antecedentes.

—No los quiero saber.

—Puede descubrirlo... hay otras personas comprometidas en esto que lo saben.

—Entonces lo descubriré. Pero dejémoslo así. ¿Quiere quedarse a almorzar? Tendría que avisar a Angers.

—No. No nos tomará mucho tiempo. ¿Quién es Angers?

—La conseguí en una agencia hace cinco años. Toda su vida ha estado sirviendo. Es honesta, leal, y algunas veces hasta agresiva en favor mío. No sabe nada respecto a Berners, sólo conoce a Mr. Catwell. Sírvase un poco más de vino, si lo desea.

Raikes comenzó a relatarle la historia de Sarling, del punto rojo en el catálogo de las cañas de pescar, el asunto de la irrupción en el depósito, todo; su relación con Belle y por qué tenía él que ser utilizado, y Berners permanecía sentado, escuchando, sin hacer preguntas, sentado como en los viejos tiempos cuando Raikes traía una nueva proposición y se la explicaba; escuchando sin formular preguntas hasta que todo quedara expuesto ante él.

Cuando Raikes terminó, Berners siguió pensando durante un momento. Al fin dijo:

—Lo primero es lo primero. ¿Qué es ese asunto del depósito del ejército?

—Lo tengo todo pensado. Me encontraré con usted en el apartamento el día indicado. Antes hay algunas cosas que quiero que me consiga. Aquí tiene la lista. — Raikes le entregó unas notas que había escrito.

Berners las leyó con lentitud, luego asintió:

—Aquí no hay ningún problema. Puede hacerme entrar en escena en cuanto las tenga. —Puso la lista en su bolsillo—. ¿Cuál es su opinión respecto a Sarling?

Raikes se puso de pie:

—Creo que está completamente loco. Estoy dispuesto a apostar que cuando desarrolle su gran plan, será un esquema retorcido que ponga los pelos de punta, y que no tendrá la menor probabilidad de éxito. Debe morir. Pero antes de que muera tenemos que apoderarnos de los registros y de las fotocopias. —Raikes, que ahora andaba por la habitación, se detuvo frente a un cuadro. Era un óleo que representaba un río tranquilo y apacible, con un barco de vela navegando corriente abajo; a lo lejos la torre de una iglesia velada por la niebla de las primeras horas de una mañana de verano. La paz que había en el cuadro y la satisfacción de estar otra vez con Berners, le produjeron la sensación de bienestar más completa que había experimentado desde hacía mucho tiempo.

—¿Es delicioso, no es cierto? —comentó Berners—. Es un John Varley. Lo compré en una subasta en el campo hace dos años. —Luego, pasando a la verdadera corriente de sus pensamientos y dejando a un lado las trivialidades, dijo—. Estoy de

acuerdo. Tiene que morir. Comenzaré a trabajar en el asunto, pero hay muchos datos que deseo obtener... y será usted el que me los proporcione. Tendrá que lograr la mayor parte de esas informaciones por Miss Vickers. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—No lo sé. Diría que un par de meses por lo menos, por la forma en que andan las cosas. No se podría organizar nada a lo grande en menos tiempo.

—¿Hasta dónde confía en Miss Vickers?

—Le tiene miedo a Sarling y quiere librarse de él. Pero no le gusta la idea del asesinato.

—A la mayoría de las personas les pasa lo mismo.

—La muchacha también morirá. Pero ese es asunto mío. No se preocupe por ello.

—No lo haré. Pero eventualmente tenemos que obtener mucha información básica a través de ella.

Repasó cuidadosamente lo que necesitaban saber: Meon Park. Un plano completo de la casa y los jardines. Cantidad, nombre y costumbres del personal. La rutina de Sarling en su casa. Las precauciones de seguridad, alarmas contra ladrones, situación de la caja fuerte. Y lo mismo respecto a la casa de Park Street. Además quería una lista completa de los principales objetos del guardarropa de Sarling. Sus preferencias en materia de camisas, corbatas, pañuelos, echarpes, sus costumbres de comida, detalles sobre su salud, enfermedades y malestares habituales. Excentricidades. Su médico y su dentista. Las costumbres de la oficina. Nombres de sus principales directores, de las otras secretarías. Diversiones. Costumbres con las mujeres. Tipos de mujer que prefiere. ¿Cómo duerme? Idiomas que habla, viajes al extranjero, casas o apartamentos que posee en el extranjero... Todo. Para él, Sarling era un gran interrogante, hasta que no hubiera una respuesta para cada pregunta sabía que no podía ser asesinado. Para asesinar a un hombre, hay que conocerlo, hay que llegar casi a amarlo y luego conducirlo con suavidad a la muerte sin dejar rastros detrás. Sí, él, Berners (porque en presencia de Frampton no podía pensar en sí mismo como en ningún otro) sabía todo esto porque asesinar no era una cosa extraña para él. Un año antes de haberse puesto en contacto con Frampton y su proposición financiera, había elegido de la misma manera a un extraño en el bar de Dorchester. El hombre lo había llevado a su apartamento mostrándose interesado, por lo menos así pensó Berners, en su negocio. Allí el hombre lo había drogado y atacado sexualmente. Berners no era ni homosexual ni heterosexual, sólo neutro, y tranquilamente egoísta. Luego el hombre lo había echado. La violación había producido en él un ligero deterioro de su yo íntimo. Berners, sin saberlo su atacante, lo había estudiado y vigilado en detalle y profundidad, durante dos meses. Finalmente una noche regresó en el momento exacto, cuando todas las circunstancias, los hechos ya conocidos, las observaciones ya realizadas, hicieran que el asesinato fuera una cosa segura sin correr demasiados riesgos. Luego se había ido andando y se había sentado a tomar café con una rosquilla y a leer el «Evening News» en el local más próximo al lugar del hecho; concediéndose sólo esa vanidad: estar diez minutos más cerca de la escena del

crimen, antes de que el espectro de la última angustia del hombre lo abandonara para siempre. Para Sarling el proceso debía ser el mismo; Sarling, el hombre a quien debía conocer íntegramente, casi hasta llegar a amarlo para luego convertirlo en nada, de manera que él, Berners, pudiera volver a esta casa y habitar otra vez su paraíso.

—Cuando esté seguro de la muchacha, déle una cámara Minox —dijo Berners—. Quiero fotografías de todo y desde todos los ángulos. Particularmente de la caja fuerte en Meon y de la que tiene en Londres. Dígale que jamás saque una fotografía cuando él esté con ella en la casa. Adviértale que no la lleve cuando él ande por allí, ni en el sujetador ni en la parte superior de la media. Es un hombre con apetitos. Ahora no la desea, pero en algún momento un movimiento del brazo o de la pierna, una provocación inocente podría despertar su deseo. Nunca debe llevar la cámara cuando esté con él.

Raikes comentó:

—Lamento lo que ha sucedido. ¡Todo por un maldito punto rojo en un catálogo!

—Lo mismo podría haberlo hecho yo. Una marca roja en un catálogo de Sotheby. Las manías de un hombre son las cosas que más lo traicionan, en el mundo. ¿Nunca observó los cuadros de nuestra oficina cuando teníamos que causar buena impresión a alguien?

—No.

—No eran reproducciones. Todavía tengo un par de ellos en esta casa. De darse las circunstancias, podrían habernos traicionado.

Cuando Raikes se marchó, Berners se sentó a almorzar: lenguado ligeramente asado a la parrilla y espinacas frescas (en aquella casa no se comían verduras de lata o desecadas). Comió en uno de los seis platos de un juego de mesa hecho en la fábrica imperial rusa en 1843, pintado con una guirnalda de flores y mariposas multicolores y con un exótico pájaro en el centro. Había comprado el juego incompleto en Francia tres años atrás. Recordó, con una emoción casi infantil, el momento en que había dado la vuelta al plato y visto a través de la superficie pulida la inicial «N», en verde, y encima la corona imperial de Nicolás I. Atrapado en la ensoñación, espoleado por la palabra «imperial», repetida como un eco en su mente, consideró la riqueza que se necesitaría para instalar una casa en grande (no algo pequeño y único en sus perfectas proporciones en miniatura). Una gran casa con un parque; un pequeño mundo del que sería el dueño, una mesa y unos terrenos por donde poder andar sin ser empujado por una marea de visitantes; cruzar solo un paisaje, sabiendo que si el paisaje no le agrada puede alterarlo y remodelarlo. Un hombre como Sarling podía darse ese lujo. Se preguntó cómo estaría amueblado Meon Park. En algún momento lo sabría por las fotografías de la muchacha. Curioso el asunto de Frampton y su pesca. ¿Cómo podía eso darle satisfacción a un hombre? Pero aunque pensaba en esa manía de Frampton, no había ni rastros de resentimiento en su mente porque les hubiera ocasionado aquel problema. De todas las personas que había conocido bien, y eran unas cuantas, su relación con él era la que menos

problemas le había traído, la más segura.

Cuando Raikes volvió al apartamento, Belle Vickers no estaba, pero encontró a Sarling sentado en una silla próxima a la ventana esperándolo. Tenía un cuello duro que le llegaba hasta el mentón, dando la impresión de que le ayudaba a sostener su cabeza. Su traje color castaño oscuro parecía recién puesto, las rayas de su pantalón a lo largo de sus piernas delgadas no se alteraban sobre las afiladas rodillas. La luz que entraba por la ventana, cayendo sobre el lado de su cara, le daba a la piel contorsionada el color de la carne cocida.

Raikes, después que se saludaron con una leve inclinación de cabeza, dijo:

—¿Tiene llave de este apartamento?

—Sí.

—¿Cree prudente venir?

—¿Por qué no? Cientos de personas entran y salen todos los días. Uno de mis directores tiene un apartamento en el piso de más arriba. No lo usa demasiado. ¿Ha ido a ver a Berners?

—Sí.

—¿Cómo lo tomó?

—Si mi aparición le estropeó su vino del Rhin, no lo demostró.

—¿Discutieron la manera de librarse de mí?

—Naturalmente.

—¿Y cuál fue la decisión?

—La hemos postergado... para nuestro próximo encuentro.

Sarling rió:

—Avíseme lo que decidan. Entre tanto, ¿en qué han quedado sobre el depósito del ejército?

—Se hará.

—¿Cuándo?

—Me parece que es mejor que usted no lo sepa. Miss Vickers le avisará cuando el cajón esté en un lugar seguro.

—De acuerdo —respondió Sarling.

—Cuando tenga el cajón, ¿cuánto tiempo pasará antes de que nos necesite para el trabajo final?

Sarling se atusó el bigote.

—Tiene vía libre para este trabajo y estoy de acuerdo en que no me dé detalles. No puedo decirle nada respecto a su trabajo final. —Se puso de pie y cogió un bastón de malaca con empuñadura de plata que estaba junto a una silla.

Raikes preguntó:

—¿Cómo se enteró del asunto del cajón? —No esperaba una respuesta clara. Hablaba mientras lo acompañaba para abrir la puerta del apartamento.

—Por una conversación que oí cierta vez. Usted menos que nadie puede sorprenderse de lo indiscretos que suelen ser los hombres importantes en sus

conversaciones, cuando beben y comen bien. Generales, coroneles, capitanes de marina, comandantes, comisionados de policía, jefes de distrito... todos son hombres y muchos tienen la lengua muy suelta. No son como nosotros, Raikes. Nosotros no decimos nada. ¿De qué otra manera podríamos asegurar el éxito? ¡No me niegue que parte de su placer en su pasada carrera se debió al desprecio que siente por la mayoría de los hombres y las mujeres! —Se detuvo en su camino hacia la puerta—. Ahí es donde radica nuestra fuerza, Raikes. En nuestro desprecio por ellos. Ocúpese de que Miss Vickers me informe inmediatamente cuando el cajón esté en lugar seguro. —Contorsionó su cara en una fea mueca de sonrisa—. Y siga odiándome, Raikes. Así es como me agrada... y realmente le digo que me agrada... un peligroso animal que tiene que obedecer el látigo del domador, esperando un momento de descuido para retorcerle el cuello. A usted realmente le gustaría matarme un día, ¿no es cierto?

—Sí, me gustaría —sonrió—. Pero, por supuesto, no desestimo las dificultades.

Sarling rió:

—Jamás pensé que lo haría. —Luego, levantando una mano para evitar que Raikes abriera la puerta, dijo—: Puesto que sé que abrirá el cajón para ver lo que contiene, debo rogarle que maneje el contenido con cuidado.

Cuando Sarling se marchó, Raikes se dejó caer en una silla y encendió un cigarrillo. Animal peligroso... y Sarling el domador. Así es como se ve a sí mismo... dominando, intimidando a sus criaturas. En eso residía su placer. ¿Por qué demonios se había convertido en eso? ¿Sería su cara y figura de gnomo lo que hacía que la gente se apartara de él? La gente odia a los físicamente deformes. Para la mayoría de las personas hay algo impío en ello. Pero ninguno de los que rechazaban a Sarling sabía jamás con cuánto odio les retribuía él. No le había parecido bastante destruirlos, interviniendo en sus industrias, finanzas y comercios. Necesitaba más que eso... había que tener más que eso... sólo Dios sabía qué... pero allí estaba dentro de su gran cráneo, atormentándolo.

Raikes tenía que deshacerse de Sarling. Para eso necesitaba a Belle, necesitaba que se convirtiera en su criatura y dejara de pertenecer a Sarling. Ella era el primer pez gordo que tenía que pescar. El pensamiento le hizo sonreír... y el recuerdo volvió a una de sus primeras lecciones sobre paciencia; se necesitaba inteligencia y perseverancia para lograr el pez deseado. Sucedió en el río Haddeo, que corre hacia Exe cerca de Duberton, un río estrecho con muchas hierbas donde no iba mucha gente a pescar y donde las truchas eran pequeñas, se necesitaban tres o cuatro para lograr una libra. Era en agosto, el agua estaba baja y de un color ámbar claro. Estaba con su padre. Contaba entonces catorce años y había estado protestando por lo escaso de la pesca, cualquier cosa de cierto tamaño se veía a una milla de distancia; hasta había resultado inútil arrastrarse hasta la orilla. Su padre le había asegurado que podían pescarse truchas grandes de hasta dos libras, si se sabía hacerlo, si se tenía la paciencia necesaria, si se era un pescador digno de llamarse así. Las malas condiciones hacían buenos pescadores. ¿Cuántas veces le oyó decir eso? Al caer las



primeras sombras, el padre estaba mucho más abajo en el río y él permaneció solo durante una hora detrás de un roble, observando la hoya en el agua y de pronto vio, al otro lado, bien profundo el breve relampagueo de oro viejo de un flanco y una panza que se daba la vuelta. Tenía la ambición de pescar una presa grande, para demostrar que podía hacerlo contra todas las probabilidades. Así como algunos hombres ambiciosos se empeñan en ascender a las más altas posiciones, él estaba empeñado en lograr una presa grande. El pez subió una vez atraído por algo, pero no alcanzó a ver bien lo que era, no veía ni anzuelo ni mosca en el agua que pudiera engañarlo. El agua no le dijo nada. El pez tampoco insinuó nada. Sabía que arrojar el sedal desde detrás del árbol podía significar un rechazo de la trucha, que la haría sumergirse en el agua y huir. Había que ofrecerle a la muy maldita algo grande, que la hiciera subir, que la maldita creyera que era su única oportunidad de conseguir un bocado excepcional. En aquellos días Raikes era el campeón de las malas palabras. ¿Acaso Hamilton no le había calentado el trasero por eso, más de una vez? Enganchó en el anzuelo una «White Moth» a la que su padre había atado unas plumas de lechuzón blanco, una mosca grande color crema, y las hebras de un avestruz blanco... un verdadero bocado de cardenal.

Raikes recordaba todo. El suave movimiento del sedal, y la única táctica que según él tendría éxito. De un golpe arrojó la mosca, con un «band», a dos pies corriente arriba de la trucha y con un movimiento de la muñeca la manipuló, luchando en la superficie, pataleando como una verdadera mariposa tratando de evitar hundirse en el agua. La trucha había venido en pos de ella como si la llevara el diablo, a toda velocidad, arqueando el cuerpo sobre ella, atrapándola con la boca y llevándosela abajo, mientras él, todavía detrás del árbol, de pronto se sintió liberado de toda excitación y nerviosismo. Por lo bajo cantó «God Save the King» y luego sostuvo con fuerza la caña y sintió que el anzuelo volvía hacia la orilla, sintió la fuerza y el pulso del ahogo de la trucha a través del sedal, que estaba fuera del agua. Diez minutos más tarde estaba sobre la orilla. Dos libras y cuarto. Cuando su padre apareció, le comentó:

—Ahí la tienes. Te lo dije. —Nada más. Pero había visto el orgullo en la cara de su padre. Y había conocido el orgullo dentro de sí mismo. También había aprendido una lección. Si se quiere conseguir algo de las personas, lo primero es saber qué es lo que más desean, esperar el momento y luego dárselo, engancharlas en el momento de su deseo y pescarlas. Con frecuencia esas personas jamás se enteran de que lo que les ha ofrecido sólo era una colorida imitación de lo que realmente desean. Con Belle, ya que tanto la necesitaba, lo que tendría que ofrecerle era su persona. Todo lo que quedaba era una cuestión de escoger el momento oportuno.

La puerta se abrió detrás de él, y entró Belle con una bolsa de compras. Se puso de pie sonriendo, le cogió la bolsa y la ayudó a quitarse el abrigo.

Sábado. Cuatro de la tarde. Hacía dos horas que Raikes había partido con la

camioneta. Estaba lloviendo. A través de las ventanas, Belle podía oír el ruido que hacían las cubiertas sobre el pavimento mojado. Estaba sentada junto al teléfono. Se sentía nerviosa, no podía evitarlo. No es que tuviera mucho que hacer. Pero ante su sorpresa, estaba nerviosa pensando en Raikes, bajo la lluvia camino de una empresa peligrosa. A pesar de que él lo había tomado con naturalidad, sin preocuparse demasiado, como si sólo saliera para una entrevista de rutina.

Detrás de ella estaba aquel otro hombre, Berners, que le había presentado un par de días antes cuando había sido aleccionada por ambos. Él tampoco mostraba ansiedad, ni nerviosismo; un hombre tranquilo, casi suave, que no le ofrecía nada más que cortesía, y como Raikes, totalmente incommovible por el asunto que tenían por delante. Los dos tan odiosamente seguros de sí mismos.

Desde detrás de ella Berners dijo:

—Bien. Llame ahora.

Belle apretó el cigarrillo con torpeza, y lo quitó todavía encendido de la boquilla de ámbar, luego descolgó. Comenzó a marcar una llamada de larga distancia, terminó de hacerlo y respiró profundamente mientras el teléfono sonaba en el otro extremo.

El ruido cesó y una voz de hombre dijo:

—¿Diga...? —era una voz inexpresiva, amorfa, indiferente.

—¿Es el depósito de Mereworth?

—Sí.

—Un momento. Por favor no cuelgue. Hablan del Ministerio de Defensa, Whitehall, el coronel Shrimpton quiere hablar con usted...

—¿El coronel qué...?

—El coronel Shrimpton —respondió en forma breve, sin nerviosismo alguno, como cuando iba a Woolworth, en el momento en que había decidido lo que iba a robar. Añadió—. De la oficina del Director General de Artillería. Le pongo.

Con la uña arañó el disco perforado del micrófono una o dos veces, y cambiando el tono de la voz, que ahora se mostraba deferente con la autoridad dijo:

—Su llamada, coronel.

Le dio el teléfono a Berners.

—¿Depósito de Mereworth? —preguntó Berners.

—Sí, señor.

—Supongo que el capitán Kelly todavía no ha llegado. Está en camino con algunos importantes suministros.

—No, señor. No ha llegado ningún oficial de ese nombre. En realidad no ha venido nadie.

—Correcto. Esté atento, quiero que cuando llegue le dé un mensaje.

—Sí, señor.

—Dígale que me llame enseguida a Whitehall 7022. El conoce el número del teléfono directo. Al coronel Shrimpton. En seguida que llegue. ¿Lo ha comprendido?

—Sí, señor.

—Gracias.

Berners colgó y sonrió a Belle. Con la mano derecha le tiró suavemente del lóbulo de su oreja, al tiempo qué comentaba:

—Lo hizo muy bien. Ahora esto seguirá su curso. Whitehall, director general de Artillería. Los magnetiza, les borra cualquier otro asunto de la cabeza. Y a todo esto, ¿quién es el director general de Artillería?

Él se volvió, tomando su sombrero y sus guantes.

—El general *Sir Charles Richardson* —respondió Belle recordando con facilidad por haberlo buscado en la 100ª edición del *Whitaker's Almanac*, encuadernado en color púrpura. Luego la pobrecilla agregó, tratando de impresionarlo (¡qué infantil y ansiosa podía ser a veces!)— CCB, CBE, DSO, ADC.

Cerca de la puerta, Berners dijo:

—Tiene buena memoria. Ahora recuerde. Dentro de treinta minutos vuelva a llamar y pregunte por Kelly. No estará. Diga que he tenido que salir, déle mi mensaje para Kelly, dígame que vaya a Maidstone. Eso pondrá el merengue sobre la tarta, y se tragarán de golpe lo de la llegada de Kelly. ¿Comprendido?

Ella asintió con la cabeza.

Se detuvo con la mano en la puerta, diciendo:

—No hay de que preocuparse... quiero decir en cuanto a él concierne. Sabe cómo cuidarse. Y tenemos que admitirlo, hay una fascinación en el uniforme... como dice la antigua canción. Adiós.

Salió como si se marchara de la oficina temprano, porque los negocios no fueran bien, y de pronto se sintiese atraído por la comodidad del hogar, y Belle se quedó sentada diciéndose: ¡Hombres, malditos hombres... tan seguros de sí mismos!

Se dio cuenta de que nada de lo que hiciera o dijera los alteraría. Se saldrían con la suya. Asesinarían a Sarling tan tranquila y eficientemente, sin experimentar emoción alguna, como estaban realizando esta operación.

No hubo problemas. Raikes llegó por Wrotham Hill a un desvío y luego giró a mano izquierda hacia la carretera de Gravesend, ascendiendo la colina, la llovizna ocultaba trechos de la planicie de Kent a su derecha. En el bar «Vigo» dobló hacia la izquierda a un pequeño camino. Vigo... ¿Qué batalla fue esa? La marina inglesa estaba por todas partes. Rochester, Chatham, Gravesend... el Támesis donde antes que el hombre lo atestara con sus desperdicios, el gran salmón se movía con tanta libertad que los aprendices de Londres estipularon que sólo debían ser alimentados con él una vez por semana. Por supuesto. Vigo... sobre la costa de España. Dos veces saqueada por *Sir Francis Drake*. Oh, Drake era un hombre de Devon. Lo mismo que sus dos hermanos, ambos enterrados en tumbas de acero en el lecho del mar.

Gilpin, con traje de militar e insignias de sargento, estaba esperando en una carretera lateral con el Land-Rover, éste tenía matrícula del ejército, y en la parte de detrás llevaba un cajón verde grisáceo, marcado con su Z/93 GF1 y las flechas del Departamento de Guerra.

Gilpin lo recibió con un gruñido. Raikes subió a la parte de detrás y cambió su traje por uno de campaña de capitán de la Royal Army, partieron en el auto de nuevo hacia Wrotham Hill y luego hasta A. 20, al desvío del depósito de Mereworth.

Entraron en el depósito y se detuvieron fuera frente a la casilla de la oficina, y allí la secuencia de los acontecimientos fluyó tranquila, sin sobresaltos, tal como se había previsto; sin problemas porque el problema siempre aparece cuando no se está seguro de sí mismo, cuando las cosas no han sido preparadas y cuando la confianza en la inevitable respuesta de las otras personas flaquea. Capitán Kelly. Sí, señor. Sí, señor. No sé nada de este cajón, pero es posible que las cosas se hayan confundido. Señor, hay un mensaje para usted de Whitehall. Lo acabo de recibir. ¿A Maidstone? El ceño fruncido. ¡Qué fastidio! ¡Están estropeando mis planes para el sábado! Ah, bien... El breve trayecto en automóvil a la casilla número 5, la puerta abierta con la llave del empleado. No había muchas personas en las últimas horas de la tarde de un sábado. Permisos de fin de semana, citas con las chicas, partidos de fútbol... y luego el suave golpe en la nuca cortando su conversación, tirándolo y casi desmayándolo, tres grandes bufandas para la boca, los pies y las muñecas, lo bastante para mantenerlo el tiempo suficiente, para depositar un cajón y retirar otro y cargarlo en el Land-Rover. El capitán Kelly y su sargento salieron tranquilamente en el automóvil fuera del depósito sin intercambiar una palabra, mientras hacían el trayecto de vuelta a la camioneta que los estaba esperando, los limpiaparabrisas quejándose artríticos contra la llovizna, la operación terminada. Ahora no faltaba más que que se reconocieran los méritos: Dirección y planeamiento de Raikes, uniformes de Berners, Land-Rover y el falso cajón de Gilpin, los diálogos adicionales de Miss Vickers... sin una huella digital sobre el cajón en Mereworth o el Land-Rover, que sería abandonado allí, porque ambos habían utilizado guantes... si Gilpin no había tomado la misma precaución mientras trabajaba en el cajón y en el auto en su garage, entonces Raikes habría juzgado mal a Gilpin. Además sabía con certeza que Gilpin no había terminado con él, porque Gilpin era Gilpin y tenía que hacer lo que se había propuesto.

Descendieron en el camino, y Raikes se dirigió a la parte de detrás del auto para descorrer el toldo y sacar el cajón. Gilpin se acercó para ayudar; sus insignias de sargento estaban un poco sucias con arcilla y la chaqueta un poco desabrochada, mostrando la camisa kaki, la corbata kaki, manchada de grasa en el nudo... una precaución de Berners.

Gilpin dijo:

—Todo salió como una maldita maravilla. —Dio un paso, colocándose en el borde del camino, cogió con su mano izquierda las argollas de los toldos para ayudar, y deslizó la mano derecha dentro de su chaqueta abierta. Raikes sabía que el hombre había estado esperando durante días aquel momento. Se volvió con rapidez y se apoderó de la mano de Gilpin cuando salía de la chaqueta, apretando sus dedos con violencia sobre la muñeca y en un feroz movimiento hizo saltar la pistola de manos

de Gilpin.

—¡Imbécil!

Gilpin se retorció, dio un puntapié, se cogió la rodilla y arrojó todo su peso sobre Raikes. Este perdió el equilibrio y cayó sobre la tierra mojada, en cuclillas tocando con la punta de los dedos el césped suave y mojado. La bota de Gilpin golpeó como un latigazo su mejilla.

Raikes, colérico y disgustado por haberle dado esa pequeña ventaja, se levantó sabiendo que si hubiera servido de algo, podría asesinarlo aquí y ahora; pero sabiendo también que los límites de lo necesario eran más estrechos, se controló. Golpeó a Gilpin en el cuello con el borde de su mano derecha, lo que le hizo perder el equilibrio. Castigó con la rodilla el cuerpo voluminoso que se inclinaba hacia delante, haciéndolo girar, llevándolo otra vez al borde del camino. Cayó de bruces, aplastando las ortigas, las hojas mojadas esparcidas sobre su traje de campaña.

Raikes recogió la pistola y se la metió en el bolsillo. Sentía manchas de sangre en la cara, y dolor en la rodilla. La cólera había desaparecido.

—No trate de hacer ninguna otra cosa porque podría matarlo —dijo Raikes—. Venga y ayude.

Gilpin se levantó, tosió, casi vomitando del dolor en el estómago.

Llevaron el cajón al auto, deslizándolo por las puertas de detrás, sobre los flejes metálicos del suelo.

—Ponga esa manta encima.

Raikes retrocedió, observando a Gilpin tapar el cajón con la manta que estaba en la parte de detrás del auto.

Se dirigió al Land-Rover, todavía con guantes, y lo registró. Volvió con una pequeña maleta de Gilpin con los trajes de civil de ambos y la arrojó en el auto.

Con Gilpin al lado, condujo el automóvil por la carretera lateral, girando hacia la derecha, continuó por los caminos, el mapa claro en su memoria, sabiendo con exactitud en qué punto se encontraría con la autopista A. 20; la cruzaría, y entonces por otras carreteras laterales, se introduciría en el gran laberinto de los suburbios al sur de Londres.

Se detuvo en la mitad de la ladera de una colina, junto a un pequeño estanque, bajo la ventanilla y sacó la pistola de su bolsillo.

—¿No tiene huellas digitales?

—No. ¿Piensa que soy estúpido? —respondió Gilpin.

—De cuando en cuando, no dista mucho de serlo. —Arrojó el arma al agua—. Empiece a cambiarse.

Ambos se pusieron sus trajes detrás de unos arbustos en un extremo del estanque, Gilpin, con dedos impacientes, terminó de hacerse el nudo azul con motas blancas. Raikes lo hizo avanzar unas diez yardas por un campo, cavar superficialmente junto a una gavilla de heno, meter los uniformes y luego tapar el hoyo. Volvió chapoteando barro.

Mientras iban en el auto, Raikes le dijo:

—Matarme no le hubiera reportado ningún beneficio. Las pequeñas pulgas tienen a sus espaldas pulgas más grandes que las muerden. Hubiera sellado su sentencia de muerte. ¿No sabía eso?

—Todo lo que sé es que hubiera estado bien matarlo.

Raikes se enjugó la cara con el pañuelo:

—Tiene un bonito negocio. La vida que quiere. Nadie va a venir a molestarlo.

—Bien... —Entonces se percibió en su voz un dejo de admiración—. ¿Cómo diablos supo lo que planeaba...?

—Porque ha estado dando todos los indicios. Lo voy a dejar en Camberwell. —Sonrió, no ofreció el perdón sino que insistió en olvidar el incidente—. ¿Qué coartada arregló con su mujer?

—Voy a encontrarme con ella en Chandos, en la esquina de Saint Martin's Lane. Hemos estado en el cine. Luego comeremos en Jo Lyons, y a su casa. Hermética.

Antes de que descendiera en Camberwell, Raikes dijo:

—Su dinero está en el bolsillo que está frente a usted.

Gilpin abrió la guantera y sacó un grueso sobre. Sin abrirlo preguntó:

—Quinientos, más un recargo por el Land-Rover y otros gastos.

—Novecientos en total. ¿Es suficiente?

—Sí. Compré el Land-Rover en una subasta de automóviles, camino de Leicester. Nadie podría seguirle el rastro.

—Jamás me preocupé; estaba seguro de que usted se ocuparía de eso. Era su pellejo el que estaba en juego.

Cuando lo dejó en una calle lateral, caía la llovizna, como pequeñas cuentas doradas, por las luces de la calle. Gilpin, inclinado hacia la ventanilla, hizo un amago de tenderle la mano y la retiró diciendo:

—Lo lamento, compañero. Es un buen tipo.

Levantando el cuello de su impermeable se alejó por el pavimento, se detuvo en una esquina, se volvió, levantó la mano y desapareció convirtiéndose en un recuerdo.

Treinta y cinco minutos más tarde Raikes llevó el auto al garage fuera de Edgware Road. Cerró la puerta con llave y sacó el cajón. Él y Gilpin se habían sorprendido de lo ligero que era. Bajó la escalera de la trampa y luego, cogiendo el cajón por una de las manijas del extremo, lo arrastró por los largueros de la escalera hasta el suelo. La tapa estaba sostenida por dos fuertes abrazaderas de resorte en cada extremo. Corrió el pasador y abrió el cajón. El contenido estaba envuelto en serrín. Con los dedos apartó el serrín, luego metió las manos dentro. Sacó un pequeño envase de plástico marrón que cabía cómodamente en la mano. Hurgó con los dedos. Había más envases, todos eran iguales. Se guardó uno en el bolsillo, luego cerró la tapa.

En Edgware Road tomó un taxi hasta Berkeley Square. Desde allí fue andando hasta su apartamento.

Belle no estaba. Sabía que no iba a estar. Se cruzó con ella en la esquina, cuando se dirigía al garage. En aquel momento estaría allí con una camisa limpiando, puliendo el interior del auto, quitándole todas las huellas digitales. Ahora, con los guantes puestos, estaría llevándolo de nuevo a la compañía donde había alquilado el auto; la compañía permanecía abierta hasta la medianoche del sábado. Terminaba así esa falsa etapa de su vida: el nombre falso y la dirección falsa que había dado cuando lo alquiló; no quedaría nada que permitiera rastrear el auto hasta ellos aunque en la tarde lluviosa algún transeúnte lo hubiera visto, vinculándolo con el Land-Rover, y hubiera memorizado el número de la matrícula.

Guardó el envase plástico bajo llave en la caja fuerte, y se preparó un «whisky» con soda. Se sentó tranquilamente a beberlo. Media hora después entró en el cuarto de baño, se desnudó y se metió en el agua. El corte de la cara, se había secado, pero el agua y el vapor lo hicieron sangrar de nuevo.

La oyó entrar y moverse por la habitación.

La llamó:

—¿Belle? —Era un nombre horroroso, pero él lo hacía cálido. Así era cómo tenía que ser. Sentirlo, no simularlo. Belle era un nombre musical, precioso, lleno de promesas.

—¿Cómo está? ¿Le fue bien? —preguntó ella.

—Sí. No hubo ninguna dificultad. ¿Devolvió el auto?

—Sí. Supongo que me pedirá que le consiga otro... mañana o el lunes.

No hay que suponer nada. Basta de suponer, pensó.

—El lunes. Tome una copa. Le llevo dos de ventaja. —Tendido en el agua se la imaginaba en el bar. Belle era hermosa. Su cuerpo, toda ella, la cara alargada a lo Burne-Jones y el peinado ridículo, las suposiciones y el nerviosismo. Todo en ella debía ser hermoso, deseable, porque tenía que hacerla suya.

Salió de la bañera y comenzó a secarse. La sangre de la cara manchó la toalla. Todavía medio mojado revisó el botiquín buscando esparadrapo y no pudo encontrarlo.

—¿Belle?

Ella vino al dormitorio.

—¿Sí?

—¿Podría conseguirme esparadrapo? Me he cortado la cara.

Ella no respondió, pero la oyó alejarse y, después de un momento, volver.

—¿Lo quiere ahí dentro?

—Por favor. ¿Puede ponérmelo?

La puerta se abrió y entró Belle.

Él estaba sentado en un banco, con la toalla enrollada cruzando sus muslos.

Ella se quedó parada, con su traje negro y el collar de perlas que había usado la primera vez que la vio. Estaba inmóvil sosteniendo en alto una caja de esparadrapo como si fuera una cruz, una coraza sagrada, invulnerable, entre ella y el Mal.

Él torció la cabeza a un lado para que pudiera ver el corte.

—Sea un ángel, póngamelo.

Ella se acercó evitando sus ojos, abrió la caja y cortó el trozo de esparadrapo adecuado. Puso la caja sobre un lado de la bañera.

Él advirtió el leve ceño de concentración mientras extendía el esparadrapo.

Raikes intentó dar una explicación convencional, sabiendo que no le creería una palabra, pero era lo que ella esperaba de él:

—Me lastimé en el depósito mientras arrastraba el cajón.

Belle asintió, se inclinó y comenzó a aplicar el esparadrapo sobre la mejilla, con sus dedos largos, firmes y expertos en trabajos femeninos. Mientras lo hacía él estiró las manos hasta el dobladillo de su vestido y le cogió los muslos, deslizó sus manos más arriba de sus medias, sobre la carne tibia y desnuda. Percibió un lento e involuntario temblor en el cuerpo de ella, un estilizado abedul sintiendo el primer sople de una brisa creciente. Belle no dijo nada; él podía sentir su respiración contra su oído mientras los dedos alisaban el esparadrapo sobre la herida.

Apartándose de él dijo con voz ronca:

—¿Está bien?

—Sí. Muy bien, gracias.

Ella bajó la mirada hasta las rodillas de él e hizo un gesto con la boca torciendo el arco rojo oscuro:

—¿Y qué le pasó a la rodilla?

La rodilla de Raikes estaba muy lastimada por el puntapié de Gilpin:

—También debo haberme golpeado ahí. Me lastimo con facilidad, ¿sabe?

Se puso de pie y terminó de secarse como si ella fuera su mujer y lo hubiera visto desnudo mil veces. Ello lo observó un momento, y luego volvió al dormitorio.

Cuando Raikes salió de su dormitorio vestido, ella estaba sentada, con la copa a un lado, leyendo un «Evening Standard».

—¿Cree que podríamos cenar en casa esta noche? Prefiero no salir con esto — Raikes se tocó la cara.

—Hay carne y coliflor.

—Espléndido. ¿Qué nos ha preparado Fu Manchú en cuanto a vinos? —se inclinó y abrió la puerta del aparador, y por encima de su hombro dijo:

—De paso puede decirle que todo salió bien.

—Está en Malta hasta el lunes.

—Cuando vuelva, entonces.

Comenzó a silbar despacio mientras inspeccionaba las botellas de vino.

Belle estaba tendida en la cama y Raikes dormía junto a ella.

Desde el momento en que había entrado en el cuarto de baño con el esparadrapo, viéndolo desnudo y sintiendo las manos del hombre sobre sus muslos, había



comprendido que estaba perdida. Lo que él quería ella lo había querido a pesar de sí misma. (Se dice que no se hará tal cosa... y luego se hace. ¿Qué sentido tiene eso?). Si no hubiera habido nada más que desnudez, sexo, sus dos cuerpos y nada más que eso, entonces no se sentiría tan indefensa ni atemorizada. (Sabía demasiado bien que quería utilizarla... y no quería ser utilizada. Su cuerpo, sí..., pero no esta otra cosa que estaba sintiendo. Y, sin embargo..., en realidad, ¿importaba tanto? Estar bajo el dominio de Sarling no era tan agradable. Caer bajo el de Raikes, por lo menos le daría un tipo diferente de esperanza). Se volvió de espaldas, preguntándose por qué luchaba tanto consigo misma.

Pasaron la velada cómoda y agradablemente, y ni siquiera una vez por accidente o por deseo había vuelto a tocarla. El recuerdo de las manos masculinas en sus muslos duraba, y Raikes sabía que iba a durar. Dos horas después había llegado hasta ella, cruzó el baño y entró en el dormitorio oscuro, Belle lo oyó desde el momento que la puerta se había abierto haciendo «click».

Él se había acostado a su lado, sin decir una palabra, y sus manos la habían tocado otra vez, deslizándose bajo la seda de su camisón, demorándose, con el lento movimiento de los animales, sobre las suaves curvas del cuerpo de ella.

Su boca había sido cálida, generosa, llena de deseo y de entrega y no había poder humano en ella que pudiera retener la respuesta de sus propios labios y de su lengua... sólo un débil grito de advertencia que iba retrocediendo en alguna parte, a millas de distancia detrás de ella. La había tomado con rudeza, forzándose dentro de ella, forzando su voluntad en ella, reclamándola, poseyéndola, y ella había salido a su encuentro con una brutalidad instintiva, igual, arañando la curva de su espalda, arqueándose para salir a su encuentro, desplegándose para él, sintiéndose derribada, barrida y sin importarle; muriendo en la oscuridad, consumida, porque de esa oscuridad la había recobrado y arrojado a otra muerte, y a otra, y a otra, hasta que el cuerpo, la mente y el tiempo fueron consumidos y se sintió inerte y vacía. Entonces, sabiendo que ella no tenía fuerzas para hacer otra cosa que lo que él quisiera, la había llenado de sí mismo, con la pasión y la seguridad de que cualquier cosa que le pidiera ella lo haría, cualquier cosa que él quisiera que fuera, ella lo sería. Sabiéndolo, se había perdido en el sueño para despertarse ahora y sentir el calor de él todavía acostado a su lado, con un brazo y una mano sobre sus pechos desnudos, los dedos encogidos hasta en el sueño con una firmeza posesiva y suave sobre su carne, el calor seco de la palma de su mano acariciando el duro pezón, reclamando una unión que ella necesitaba y recibía con alegría.

La mano sobre su pecho bajó y encontró la plácida y suave redondez del estómago, los dedos se extendieron y bajaron y ella supo que ahora estaba despierto y también supo que ella estaba despierta. Él se volvió, atrayéndola suavemente. La mano y el brazo posesivos, la mano tomando su rodilla derecha, deslizando su pierna sobre él. La necesidad que él tenía de ella igualaba los movimientos de la necesidad que ella tenía de él y entonces, en un mágico instante, sin anuncio previo, estuvo

dentro de ella, orgulloso, pero suave, distinto a lo que había sido hasta entonces. Se sintió florecer en calidez, un florecimiento lleno de pétalos húmedos, como jamás había sentido antes, entregándose a un largo y hambriento espasmo de abandono, lo sintió llegar al mismo espasmo, siguiéndola, amándola...

Él debía haber ido a Devon al día siguiente, domingo, pero se quedó con ella. Durmió con ella otra vez aquella noche y hubo ternura y firmeza en él y ella se entregó, deseando ambas cosas y advirtió que estaba enamorándose de Raikes. Sabía que eso no la conducía a ninguna parte, pero estaba contenta de abandonarse a eso una y otra vez.

Débil y cansada en la plenitud de su pasión, esperó que él hablara, pero Andrew no dijo nada, se volvió hacia ella, la acurrucó en su brazos y se durmió.

EN EL TREN LEYÓ los diarios de la mañana. No había habido ninguna noticia el domingo respecto al robo del depósito. Pero todos los diarios habían publicado en alguna parte, como una noticia de segundo orden, un informe sobre el asalto a un depósito del ejército en Kent, donde no se había robado nada de importancia. Raikes tuvo la impresión de que las autoridades habían decidido echar tierra sobre el incidente. Se puso a leer «The Times» y se olvidó del depósito y de todo lo que se refiriera a Londres. Lo relacionado con Belle Vickers lo había dejado detrás en el momento en que cerró la puerta del apartamento.

Estaba tomando su primera copa antes de comer, cuando sonó el teléfono. Era Belle. Sarling había vuelto y ella se había puesto en contacto con él, informándole que el asunto del depósito había sido un éxito. Sarling dijo que no quería ver a Raikes durante una o dos semanas, pero que ella, Belle, tenía que permanecer en el apartamento. Cuando terminó de transmitirle el mensaje, Raikes tuvo la sensación de que Belle quería seguir hablando, que quería mantener contacto a través del hilo el mayor tiempo posible. Contando con su comprensión, él le dijo que tenía invitados, y que no podía seguir hablando. Volvió a su bebida. Cualquiera que fuera el papel que tuviera que desempeñar con ella en Londres, no quería que ni el más mínimo eco de aquel asunto lo siguiera hasta aquí. Pero a medida que comenzó a apartarla de su mente, se le hizo más vivo el recuerdo de su cara cuando le había hecho el amor la mañana siguiente a su segunda noche. Los ojos cerrados, los labios entreabiertos, apenas respirando, una expresión tan frágil y muda como la de un niño dormido; la cara de una extraña bajo la suya: sin arrugas, sin tensiones, bañada de una inocencia nueva. Durante unos cinco segundos se había sentido curiosamente conmovido, sin esa fiebre de posesión, sintiendo surgir una lenta urgencia de proteger y amparar lo que transmitía aquella cara bajo la suya. Recordándolo ahora, pensó que la próxima vez tenía que mirar la cara de Mary. Quizá fuera algún rocío trascendental que las bañaba a todas cuando caían en una cálida e irreflexiva bienaventuranza. «Rocío trascendental», por amor de Dios... ¡eso era algo nuevo para él! Todo lo que deseaba era que ella se le entregara, que estuviera de su parte contra Sarling... y sabía que cuando volviera a Londres lo obtendría. Belle estaría dispuesta a ayudarlo.

La mañana siguiente, después de telefonar a Mary, se dirigió a Alverton Manor a hablar con el propietario que se iba. Se quedó sentado en el auto, en la mitad de la entrada, mirando la casa de piedra, las paredes y columnas de las ventanas. Conocía cada una de las ventanas, cada uno de los bordes, cada chimenea y espacio del techo. Había trepado por todos ellos, se había caído de algunos, conocía los agujeros en la mampostería donde hacían sus nidos las cornejas, y el punto exacto en que se entrecruzaba la enredadera de Virginia donde los cazadores de moscas tenían dos crías por año. Conocía la parte externa y la interna como se conocía a sí mismo, a su piel y a sus entrañas. El maldito dueño actual había agregado un techo bajo de cristal,

algo así como una moderna «loggia» en un extremo. Lo primero que haría cuando tomara posesión de la casa sería echar abajo aquella «loggia», porque estaba en el sitio donde su madre tenía una pequeña huerta. La huerta tenía que volver a estar donde siempre había estado, para Mary. Pasó una hora recorriendo y haciendo un inventario de los muebles que le gustaría conservar, sin aceptar nada más que los muebles que habían pertenecido a su padre y se habían subastado. En la casa que habitaba ahora tenía algunos de los que habían quedado, y un intermediario en Exeter estaba rastreando y comprando para él los que todavía le faltaban.

Mientras se dirigía en automóvil hacia la casa de Mary aquella tarde, llevaba en un maletín el pequeño envase plástico que había sacado del cajón Z/93. Iba a salir con Mary a comer fuera, y luego a bailar a casa de unos amigos, pasando la noche con ella. Pero, antes de eso, elaboró un plan: hizo un largo desvío, sabiendo exactamente dónde quería ir.

Se dirigió a Dukery Beacon desde el lado sur, sobre Porlock Road. En la parte superior del páramo había una pequeña carretera lateral que llevaba desde la cima al valle profundo en el que se había construido un dique para formar una reserva de agua. Salió de la carretera antes de doblar. Era un día gris, las nubes estaban bajas y un viento continuo esparcía una especie de velo de fina niebla que hacía que la retama, el brezo y el lúpulo parecieran rociados con gotas de agua plomiza. El mundo existía hasta unas cincuenta yardas, luego desaparecía.

Sentado en el auto, sacó el envase de plástico de su maletín y lo examinó. Cabía en su mano, no como una granada sino como si su forma hubiera tenido como base un rollo de arcilla de unas ocho pulgadas, sostenido y apretado suavemente por los dedos y el pulgar para darle una conformación natural. Las únicas marcas en relieve en la baquelita decían Z/93. Serie GF 1. El cuerpo del envase había sido moldeado en rombo, en relieve, de la misma forma que el cuerpo de una granada, para fragmentarse al explotar. La base era ligeramente cóncava. Arriba, nivelada con la superficie chata, había una tira fina de metal ligero, una lengüeta delgada, la punta de la cual estaba apretada hacia abajo por un pequeño puente. Un alfiler de acero corría a través de la parte de arriba de los soportes laterales para mantener la lengüeta baja. Manteniendo la lengüeta en su sitio con un dedo, Raikes trató de sacar el alfiler. No pudo moverlo. Entonces vio que un extremo del alfiler estaba achatado en forma de un pequeño disco, con los bordes estriados. Dio la vuelta al disco y el alfiler giró y se movió una fracción. Lo volvió a poner en su sitio y descendió del auto.

Avanzó por la carretera lateral unas cincuenta yardas hasta un pequeño sendero que formaba como una herida a través de la ladera. El viento golpeaba su espalda. Después de un momento se detuvo y escuchó. Desde alguna parte delante de él, y arriba a la derecha, llegaba el balido ronco y bronquial de una oveja. Abandonó la carretera y se dirigió hacia el sitio de donde provenía el sonido, andando despacio a través del brezal que le llegaba a las rodillas. El terreno formaba una depresión delante de él. Pastando junto a una gran roca de granito, del lado que soplaba el

viento, había un par de ovejas y tres corderos crecidos. Una de las ovejas levantó los ojos, lo miró y se movió nerviosa durante un momento, y luego volvió a pacer. Raikes se chupó un dedo y lo levantó para ver de dónde soplaba el viento, subió un par de yardas por la colina para estar de espaldas al viento y luego, sosteniendo la lengüeta de metal firmemente hacia abajo, comenzó a desenroscar el alfiler.

Las ovejas estaban a cuarenta yardas, y una y otra vez se perdían en la niebla. Liberó la aguja y arrojó el envase a unas veinte yardas, oyendo el «click» del seguro de la lengüeta cuando saltó. El envase cayó sobre un cuadro de césped, rodó y se detuvo contra los tallos de unos helechos. Retrocediendo despacio, comenzó a contar en voz baja. Las ovejas seguían comiendo tranquilas. Al llegar a diez escuchó un suave «plop» y el envase saltó a un pie de altura en el aire y debió hacerse añicos porque no lo volvió a ver. En realidad no podía ver nada. No podía advertirse ningún escape de gas.

Miró las ovejas. Todavía estaban pastando. Si hubiera algo en el envase, pensó, el viento tendría que haberlo llevado hasta ellas. Entonces sucedió. Durante un momento la oveja más próxima levantó los ojos y cayó, las patas cedieron bajo su peso. Como si fuera una representación o una prueba circense ensayada con belleza y precisión, al mismo tiempo las otras ovejas cayeron. No se tambalearon, ni trastabillaron, ni protestaron, sólo cayeron, cediendo su peso a la fuerza de gravedad. Cayeron y no se levantaron más. Mientras observaba el cuadro, vio venir coqueteando por el aire un pájaro a cuatro pies del suelo ascendiendo para posarse en un saliente de la roca de granito. De pronto, a mitad de vuelo, aquella ave nacida para volar, para coquetear con el viento, cayó como un montón de plumas rojas, blancas y negras, reclamado por la tierra, como si fuera de una piedra.

Raikes dio la vuelta y se dirigió al auto.

Mary vino aquella noche a su habitación como siempre lo hacía, aunque sus padres estuvieran en la casa, y se quedó con él hasta que las primeras luces comenzaron a aparecer. Mientras yacía bajo de él, en la plenitud del primer amor de la mañana, Raikes, antes de separarse, le miró la cara. Era el rostro de Mary, el rostro que conocía tan bien, el rostro de la muchacha que iba a llenar de niños Alverton. No había ni rastros del «rocío trascendental». Mary, sintiendo que la estaba mirando, abrió los ojos y le hizo un guiño.

—¿Me amas? —le preguntó.

Él asintió con la cabeza.

Ella se incorporó un poco y lo besó diciendo:

—No fue una de tus mejores actuaciones. Bebiste demasiado anoche.

Cuando Raikes volvía en el automóvil, tomó un desvío hacia Dunkery, estacionó el auto y fue al sitio donde estaban las ovejas. Ahora no había peligro. Cualquier cosa que hubiera contenido el envase hacía rato que se habría disipado por el viento.

No había niebla aquella mañana, sólo un sol brillante que caía sobre los bronceados helechos.

En la sombra de la roca de granito yacía muerta una de las ovejas. El pájaro también estaba muerto. Pero junto a la oveja muerta, alejándose mientras él se aproximaba, estaba uno de los corderos, que se volvió para mirar balando, pero no para alimentarse, porque hacía mucho tiempo que no mamaba. De la otra oveja y los corderos no había señales, ni indicio de que los hubieran retirado. Por más que los buscó, no los pudo encontrar, tenía la seguridad de que estaban bien. Nadie había subido al páramo desde ayer. El punto más próximo a que podría llegar un tractor era la carretera que estaba a cien yardas de distancia y habría señales si los hubieran retirado. En los brezales y helechos cerca de donde había explotado el envase encontró algunos fragmentos de baquelita, pero los dejó donde estaban, sin tocarlos.

Volvió en el auto, preguntándose por qué habían muerto la oveja y el pájaro y los otros no. Llegó a su casa a tiempo para descolgar el teléfono que sonaba. Era Mary.

—¿Cuánto bebiste anoche? —le preguntó.

—No sé. ¿Por qué?

—Porque te has ido sin tu maletín. Te lo llevaré yo misma. Tengo que pasar por ahí más tarde.

Telefoneó a Berners desde Devon, y dos días después se encontraron en R.A.C. y le contó lo del envase.

—¿Para qué diablos pensará utilizarlos Sarling?

—Sólo Dios lo sabe. Se me ocurre que forman parte de algún depósito para control de motines, lo tienen a mano para una rápida distribución a la policía o al ejército en Kent y Sussex.

Raikes comentó:

—No me gustaría ver caer a una multitud de la forma en que lo hicieron esas ovejas. Algunas personas jamás volverían a levantarse. ¿Qué demonios será eso?

—Tendrá que preguntárselo a los muchachos de Porton o Fort Detrick, en Maryland. Parece ser un producto militar, o un gas que afecta al sistema nervioso. La mayoría son letales en un espacio cerrado. —Berners se acarició la calva—. Es una gran civilización y ni usted ni yo le hacemos ningún honor. Trataré de descubrir qué demonios es.

—Tenemos que hacer algo respecto a Sarling antes que nos obligue a cometer una locura utilizando ese material.

—Lo único que necesitamos para eso es la ayuda de Miss Vickers. Ella puede conseguirnos la información que necesitamos.

—Y lo hará. —Raikes se puso de pie—. Hablaré con ella cuando vuelva y le telefonaré mañana.

Llevó a Belle a cenar fuera aquella noche y a la mitad de la cena comenzó a hablarle del envase, refiriéndole lo que había pasado en Devon. Era mejor hablar con ella de aquel asunto allí, rodeados de gente para que no se impresionara demasiado, ni protestara con demasiada violencia. Se lo propuso como si fuera un negocio, una

discusión corriente.

—Nos va a comprometer con el uso de ese material. Podría significar que mucha gente va a morir. Sólo Dios sabe qué locuras está imaginando. ¿No creerás que me quedaré mirando y dejaré que suceda? ¿Tú serías capaz? ¿Dejarías que muera una gran cantidad de gente por culpa de Sarling? Lo único que hay que hacer es librarse de él. Tiene que morir, y tú tienes que ayudarnos, Belle. ¿No lo comprendes?

—Realmente no sabes si va a utilizar esos envases.

—Por supuesto que lo sé. No me los hizo robar como una prueba de «boy scout». Sarling jamás pierde el tiempo en esas cosas. Belle, sé que es pedirte mucho..., pero no puedes dejar de hacerlo. Tienes que elegir entre la muerte de Sarling o la de otras personas. Lo uno o lo otro. ¿Y qué nos importa Sarling a ti y a mí, cuando podemos salvar a otras personas y librarnos nosotros? ¿No comprendes eso?

—Bien, sí. Supongo que sí. Cuando lo enfocas de esa manera...

—Así es como es. De cualquier modo, no tienes que hacer nada especial respecto a Sarling. Lo que necesitamos es información. Piensa en ello de esta manera. Algunos datos. Nos los das y luego te olvidas de todo.

Ella bajó los ojos a la copa de vino, asiéndola y haciéndola girar con lentitud:

—Este asunto me da miedo.

—Si nos ayudas no puede fracasar. Berners y yo nos encargaremos de ello. Belle, te necesito para esto. Te necesito más de lo que jamás he necesitado a nadie... ¿Vas a ayudarme...?

Pasó un largo rato antes de que ella lo mirara. Había cientos de cosas que quería decir, pero sabía que ninguna le serviría para nada, que ninguna evitaría que él se saliera con la suya. Todo lo que tenía que hacer era ponerse de pie y alejarse de él y de Sarling y dejar que los acontecimientos siguieran su curso. Pero sabía que no tenía fuerzas para hacerlo. Él la necesitaba. Ella quería estar con él. Levantó la cabeza y asintió.

Raikes estiró la mano por encima de la mesa buscando la de Belle:

—No te arrepentirás. Ahora olvidémoslo y divirtámonos. Te diré más tarde lo que necesitamos que hagas.

Aquella noche, tendida en la cama con él, lo escuchó hablar en la oscuridad y sus palabras fueron fantasías, cada frase de él, sin oposición de su parte, la comprometía más y más. Le estaba diciendo lo que necesitaban saber. Tal y cual cosa referente a Sarling y a sus casas, tales y cuales detalles... esto y lo otro. Por el amor de Dios, ¿por qué quería saber cosas respecto a su ropa? Dos feos trajes de «tweed» gris oscuro, del color del granito mojado de los pavimentos, dos trajes de franela gris pizarra. Luego ella agregó su propio comentario, enumerando las cosas que no estaban en la lista como si fuera un juego mental, para ver quién podía enumerar más cosas... ¿Le interesaba también el movimiento del vientre de Sarling? ¿Si era regular o no?, ¿y respecto a su duración? ¿La pasta de dientes que utilizaba y el color del cepillo? El orden que seguía para vestirse y desnudarse, zapatos y calzoncillos y

«luego» los calcetines, o primero se ponía los zapatos y luego los pantalones. Y una cámara pequeña, que no tenía que esconder entre los pechos, ni debajo del portaliñas... nunca se sabe, Belle, cuando las manos de un bastardo van a desmandarse... Ni en ningún orificio del cuerpo, la idea le vino a la memoria porque la había leído en un artículo sobre los nativos que esconden diamantes... Y ella yendo a Meon y a Park Street como una turista inquieta, tomando instantáneas como una boba. «Click», el ángulo de la cama y la mesita de noche con una jarra de agua, píldoras para dormir y una Biblia sin abrir; «click», una instantánea mal enfocada de la alfombra del estudio, color chocolate con una línea blanca a su alrededor a seis pulgadas del borde... ¡Por amor de Dios, era un juego! Tenía que ser un juego, estar tendida en la oscuridad, junto a aquel hombre que, en seguida de hacer de ella una mujer, y todavía con una mano sin pasión pero posesiva moviéndose sobre ella, establecía el contacto para mantener las líneas de comunicación abiertas. Un juego. Todos esos malditos hombres juegan. Por muy serio que fuera, todo lo convertían en un juego, un juego serio, pero un juego de todos modos. «Suprima a Sarling»... eso, en estuche de colores, cualquier número de tres para arriba puede jugar... Agite los dedos y recoja los resultados y los premios, y el primero que gane tiene el placer de disparar, apuñalar, envenenar, estrangular o sólo con un dedo empujarlo por el parapeto de manera que caiga dando vueltas. Después que se estrelle en el pavimento, un cambio de sillas y entonces: «¿Qué hacemos ahora? ¿Jugamos a otra cosa o tomamos una copa y charlamos?».

Raikes, tendido junto a ella, le preguntó:

—¿Me escuchas con atención?

—Sí.

Su voz tranquila era importante para ella. Era una voz decidida y llena de aquella seguridad que Belle sabía que jamás podría lograr, que jamás tendría el acento correcto, el derecho a entrar, hablar, exigir y preguntar en cualquier parte, en cualquier momento y a cualquier persona. Y en el mismo instante en que él estaba diciendo aquellas cosas, ella se decía a sí misma «lo que quiero es amar y ser amada». ¿Acaso él no lo sabía? Aun en el caso de que no lo supiera, ¿no había una especie de magia en el deseo en sí, el deseo que tenía que llegar hasta él? El amor era un hábito. Ella estaba llena de amor; seguramente algo de su amor se derramaría sobre él, germinaría en él... ¿Sería posible?

Raikes dijo:

—Belle, lo que tienes que evitar de cualquier manera es que se dé cuenta de lo que estás haciendo. Eso nos llevaría al diablo a los dos.

—Comprendo. —Aquella era su voz de secretaria, cerrando el cuaderno, poniéndose de pie y arreglando con una mano las arrugas de la falda. Respondió deliberadamente porque las manos de él la habían abandonado por el momento y sabía que para Raikes era un asunto muy serio.

Hablando un poco para sí mismo, Andrew dijo:



—Tiene que morir. Tiene que marcharse de este maldito mundo con un certificado médico como un salvoconducto... para nosotros. —Luego dirigiéndose a ella, la mano volviendo a rozarla—. Casi todo depende de ti. —La mano la aproximó a él. La cara de ella sintió la de él en la oscuridad:

—Me estoy poniendo en tus manos. Si lo deseas puedes traicionarme, y seguir segura tú misma. ¿Sabes eso, no es cierto?

—Sí. Pero no me gusta que lo digas.

—No lo volveré a decir.

Luego, acuciada por una atrevida malicia, preguntó:

—¿Y qué sucederá cuando todo haya terminado? ¿Quiero decir entre tú y yo?

Sin vacilación, sin un titubeo en la caricia de sus manos, que otra vez provocaban la aparición del deseo, respondió:

—Hablemos cuando hayamos salido de este problema y estemos libres.

Y mientras se acercaba a él, preparada y ansiando ser utilizada, se dijo que se lo merecía, que había preguntado y había obtenido exactamente la respuesta que sabía iba a obtener. El momento fue diferido «sine die».

DESPUÉS DE UNOS DÍAS de estar totalmente entregada a Raikes, Belle no sentía nerviosismo, ni ansiedad por el temor de cometer algún error con Sarling que pudiera traicionarlos a ella o a Raikes. Había insistido en tener dos Minox para evitar tener que ir con la cámara entre Park Street y Meon Park. Aquellos viajes generalmente los hacía en compañía de Sarling. Lo conocía lo suficiente para saber que si él tuviera la menor sospecha de ella, sería capaz de detener el auto en la autopista y hacerla pedazos. La presencia del chofer no sería un obstáculo.

Cuando no las utilizaba, las cámaras estaban bien ocultas. La que estaba en Meon Park la escondía en su habitación, pegada con cinta adhesiva a la parte inferior del mármol de la chimenea, que nunca se utilizaba. La otra la escondía en Park Street pegada a la parte interior de la cubierta desmontable de su máquina de escribir eléctrica Olympia, en la pequeña oficina que tenía junto al estudio de Sarling.

En dos semanas fotografió y registró los detalles que le había pedido Raikes, dibujó planos de las dos casas y le proporcionó los honorarios de los sirvientes, y también las costumbres de Sarling cuando estaba en cualquiera de las dos casas. Esperaba hasta estar en Mount Street para anotar algo en un papel, y aún entonces sólo apuntaba lo absolutamente necesario. Reforzaba su propia eficiencia y su precaución natural porque deseaba hacer su trabajo de forma impecable, para ganar la estima y satisfacción de Raikes. Completamente entregada, se sentía más cerca de él, y comenzó a imaginar que encontraba la misma respuesta en Andrew. Una cosa muy distinta a hacer el amor. Raikes parecía haberla admitido en una relación más íntima, siempre serio sobre el asunto que tenía entre manos, pero afectuoso, buscando pequeñas vulgaridades y bromas, en fin, los signos naturales de un nuevo entendimiento. Algunas veces, mientras Raikes estaba sentado allí, comentando algunos detalles, deslizaba su mano por la parte superior de la pierna de ella y la acariciaba con la mente ausente, por hábito, con la naturalidad, así lo sentía ella, de una pareja perfectamente integrada y contentos uno con otro. En aquellas semanas disfrutó de una forma de felicidad desconocida hasta entonces.

Una noche en el apartamento de Mount Street, Raikes le dijo:

—Descríbeme otra vez el estudio de Sarling en Park Street. —Se reclinó en su silla, mirando el techo, escuchándola. Lo había hecho antes más de una vez y lo hizo nuevamente. Raikes casi podía ver la habitación: al subir las escaleras en el primer descansillo estaba la puerta del estudio a la derecha, la del dormitorio de Sarling a la izquierda. La puerta del estudio era de paneles de roble con herrajes de bronce muy brillantes. Dentro del estudio, forrado de la misma madera, una alfombra color chocolate con una guarda blanca. Ventanas en el extremo de la pared, que daban a un pequeño patio y jardín, y cada una tenía una alarma contra ladrones. El escritorio de Sarling contra la ventana: un escritorio estilo Chippendale de caoba, con cajones con molduras y manijas doradas cinceladas (esto lo supo por Berners después que estudió

una de las fotografías tomadas por Belle) y en la pared una biblioteca de caoba. Luego, la puerta que daba a la oficina de Belle. Podía haber andado por la casa en la oscuridad... El alto reloj de nogal en el rincón a la izquierda desde la puerta principal, un escritorio también de nogal contra la pared de la izquierda y la mesa del centro, el sillón y dos sillas; dos cuadros en los espacios libres de la pared, uno de Stubbs representando un lacayo sosteniendo una yegua negra, el otro un retrato al óleo de Sarling por Graham Sutherland y, en el centro, a la izquierda de la pared, la puerta de roble que conducía a la habitación del tesoro.

Raikes dijo:

—Bien. Ahora repíteme los pasos de rutina cuando Sarling quiere dirigirse a la habitación del tesoro.

—¡Ya lo hice...!

—Hazlo otra vez. —La voz de Raikes era casi cortante—. Cierra los ojos y repítelo. Trata de recordar todo lo que hace... normalmente, quiero decir.

—Está bien... me avisa que quiere ir a la habitación del tesoro. Eso significa que me retire a mi oficina hasta que haya abierto la puerta.

—¿La puerta común de roble?

—No. La puerta que está detrás de ésta, la de la habitación del tesoro.

—¿La puerta de roble está cerrada?

—No.

—De manera que entras en tu oficina. ¿Cierras la puerta?

—Al principio solía hacerlo. Pero ahora con frecuencia la dejo entreabierta.

—¿Lo has visto dirigirse a la puerta del tesoro?

—Una o dos veces. Y no me preguntes cómo es la puerta. Está en una fotografía.

Ese era el problema. Tenían fotografías de las puertas, de la de Park Street y de la de Meon, y eran idénticas. No había disco, ni combinación, ni manijas, ni cerraduras, nada, excepto a tres cuartos de la altura del gran rectángulo de acero del borde izquierdo una placa cuadrada de bronce de seis pulgadas.

—¿Te da la espalda, pero puedes ver lo que hace?

—Sí. No manipula llaves ni nada de eso. Sólo levanta la mano y corre la chapa de bronce.

—¿Qué mano?

—Supongo que la derecha.

—No supongas. Cierra los ojos y vuelve a ver lo que hace. ¿Qué mano?

—La derecha.

—¿Y luego...?

—La puerta se abre.

—Pero tú sabes que no es así. Tú misma has corrido la placa de bronce y no pasa nada.

Era verdad, lo había hecho siguiendo sus instrucciones sólo hacía una semana. Detrás de la placa de bronce de seis pulgadas no había nada, excepto otra placa de

metal liso que no era acero, sino un tipo de cromo, muy brillante. La presión de sus dedos también había corrido aquella para desvelar el acero limpio de la puerta que había detrás. Después de unos segundos la placa interior había vuelto a su posición original, probablemente activada por algún resorte oculto, pensó, Belle.

—También debe correr la placa interior. Pero lo hice, ya lo sabes, y volvió a su sitio.

—Lo sé. Ve a la pared, simula que es la puerta y repite los movimientos. Los movimientos de él. Conviértete en él, repite lo que le viste hacer.

Obediente, ella hizo lo ordenado, dirigiéndose a la pared, imaginándose Sarling y repitió lo que le había visto hacer una o dos veces, desde detrás.

Raikes preguntó:

—Cuando va andando, ¿no busca algo en sus bolsillos... llaves, algo?

—No. Sólo levanta una mano así. —Belle se sumergió en Sarling, se convirtió en él, trasladándose en el recuerdo a los movimientos del hombre, e hizo la representación... corrió la placa de bronce y luego la de cromo. Terminó la mímica.

Detrás de ella, Raikes ordenó:

—Hazlo otra vez.

Volvió a repetirlo.

—Muy bien.

Ella se volvió, descubrió una expresión de satisfacción y supo que algo había pasado.

—¿Qué hice?

—¿No lo sabes?

—No. Supongo que hice lo que Sarling hace. Pero esto lo he hecho... ya.

—No lo has hecho antes de esta manera. Te convertiste en Sarling. Fue espléndido. Y levantaste la mano derecha para correr la placa de bronce. Pero cuando simulaste correr la placa que está debajo, ¿sabes lo que hiciste?

—La corrí.

—La corriste, pero con la mano izquierda.

—¿Hice eso?

—Sí.

—¿Es importante?

—Sólo Dios lo sabe. Pero es algo para poder trabajar. ¿Por qué no la corriste con la mano derecha? Estaba levantada y lista para accionar. Pero Sarling utiliza la izquierda.

Se puso de pie, quería tomar una copa. Su cara tenía una expresión pensativa. Por encima del hombro dijo:

—Trata de observarlo la próxima vez que abra la puerta. Observa su mano izquierda. Tiene que estar al alcance de tu vista. Quiero saber exactamente qué hace. ¿Comprendido?

—Sí, pero... —rió satisfecha de haberle agradado, contenta de que en alguna

forma hubiera logrado algo que él necesitaba—, se lo podrías preguntar tú mismo. Viene a verte mañana. Me pidió que te lo dijera hoy. Mañana antes de almorzar. Aquí.

Para sorpresa suya, Raikes ignoró su broma diciendo:

—Ahora dime cuál es la secuencia desde el momento en que corre la segunda placa. La puerta de acero se desliza y se introduce en la pared de la derecha, ¿correcto?

—Sí.

—Cuando se vuelve, ¿qué sucede? ¿Cómo la cierra?

—Ya te lo he dicho. Hay una especie de timbre en la pared fuera de la puerta. Lo aprieta y la puerta vuelve a ponerse en su sitio. No me preguntes si he tratado de apretarlo cuando la puerta está cerrada. Lo he hecho, no sucede nada. ¿Qué te parece si me das una copa? —Este era el tono familiar, íntimo, suave, que ahora podía reclamar.

Él comenzó a prepararle un trago, y preguntó:

—¿El procedimiento en Meon es el mismo?

—Exacto. Sólo que su estudio es diferente. Pero abre la puerta del tesoro de la misma manera. —Cogió el vaso—. Personalmente no veo cómo podrán entrar alguna vez en uno de los dos tesoros. ¿Por qué no le sigues el juego hasta hacer lo que quiere que hagas? Jamás volverá a molestarte. Te ha dado su palabra.

—¡Ese miserable tiene que morir! —respondió colérico—. Tiene que morir para que tengamos paz. ¿No puedes comprenderlo? Sarling nunca nos dejará en libertad. Ahora hacemos una cosa y mañana otra, y luego otra, y otra. Quizá te dé un descanso entre una y otra tarea, pero no por mucho tiempo. Le gusta ser dueño de la gente y utilizarla. ¡Bien, a mí no va a utilizarme!

Se acercó y le pasó un brazo alrededor de los hombros, los dedos apretándose contra su carne. Belle tenía la sensación de que el amor y ansiedad que ella sentía se los estaba transmitiendo a él. Belle se acercó, buscándolo, queriéndolo, provocándolo. Él la besó entre la mejilla y la oreja, luego se alejó diciendo:

—Otras dos cosas. Si Sarling estuviera en Park Street o en Meon a altas horas de la noche, ¿sería extraño que cambiara de idea de pronto y decidiera ir en automóvil hasta o desde Londres? ¿Porque sí?

—No. Es como todos los hombres ricos. Sin importarle un comino el problema que ocasiona a otras personas. Ha dejado Londres a media noche... algunas veces sin telefonar de antemano a Meon. Lo he visto hasta salir de viaje muy tarde y cambiar de opinión en el camino.

—¿Siempre lleva al chofer?

—No. Con frecuencia conduzco yo. Sea en el Rolls o en mi auto, o en uno de los otros.

Más tarde, en la cama, satisfecha, con Raikes durmiendo pesadamente a su lado, mientras tenía los ojos fijos en la oscuridad, recordaba lo que había dicho con voz colérica y amargada: «Le gusta poseer a la gente y utilizarla». Pero eso también era

cierto respecto a él. Cualquier cosa que hubiera pensado de ella al principio, y sin importarle mucho que su presente relación le hubiera sido impuesta, a Raikes le agradaba poseerla y utilizarla a ella. Ahora le pertenecía a él de una forma en que jamás había pertenecido a Sarling. Andrew y Berners iban a asesinar a Sarling. Iban a librarse de él. Eso significaba liberarla también a ella. Y cuando ella estuviera libre, ¿qué pasaría? ¿Todavía querría poseerla? Tenía el suficiente sentido común como para comprender que Andrew jamás se casaría con ella. Él tenía una vida en Devon. Tenía que haber, o eventualmente habría alguien allá que se convirtiera en su esposa. De acuerdo... ¿y qué importaba? No era el tipo de hombre al que una esposa pudiera satisfacer por completo. Podría conservarlo, él la desearía, querría que alguna parte de su vida fuera de ella. Al igual que Sarling, tampoco Raikes dejaría del todo algo que le perteneciera. Podría no necesitarla durante semanas, meses..., pero jamás la dejaría por completo.

Sarling estaba sentado en un sillón próximo a la ventana, con las piernas bien separadas, el cuerpo inclinado hacia adelante y las manos descansando en la parte superior de su bastón. Algunas veces bajaba aquella desagradable cabeza cuadrada y roma, hasta que el mentón descansaba en los nudillos, una postura de gárgola, con sus ojos castaños fijos en Raikes; el pálido sol color limón que entraba por la ventana aclaraba su pelo gris.

Después de unos minutos Raikes había comprendido que Sarling estaba en un estado de ánimo completamente distinto a los que le había conocido. Se mostraba tranquilo, confidencial, hablando como si fueran antiguos compañeros.

Sarling estaba diciendo:

—Fui el séptimo hijo de un séptimo hijo. Quizá eso tenga algún significado.

—En Devon significaba que ese hombre tiene el poder de encantar a los peces, pero si alguna vez mata a uno, su poder se pierde.

—Interesante. Cuatro de mis hermanos murieron antes de cumplir veinte años. Dejé mi hogar cuando cumplí los dieciséis, y jamás volví. Era una pequeña aldea en Huntingdonshire. Esto —dejó correr un mano despectivamente a lo largo de su cuerpo fofo— se lo debo a un padre enano y a un adefesio de madre a quien le sacaron el jugo mis seis hermanos mayores. Y esto —se tocó la cara— sucedió cuando tenía veintiún años. Había hecho mis primeras cincuenta mil libras. Lo celebré con una copa y una hermosa aristócrata a quien codiciaba y que me costó quinientas libras que entrara en el dormitorio. Dejó un cigarrillo encendido sobre una caja de fósforos en el tocador, y la habitación se incendió. Me desperté pensando que estaba en el infierno, literalmente me encontré en un lecho de llamas. Desde entonces jamás he vuelto a probar el alcohol ni el tabaco. Los cirujanos jugaron con mi cara durante años. Y el resultado fue grotesco. He estado viviendo en este personaje grotesco desde entonces, me he aficionado a él y he tratado de hacer cuanto puedo por él. ¿Sabe por qué le digo todo esto?

—No creo que esté buscando simpatía, ¿verdad?

—¿De usted? —Sarling rio.

—Quizá esté tratando de justificarse. Eso también sería una pérdida de tiempo.

—¿Usted cree? Un psicoanalista le aseguraría que el resto de mi vida, desde que sucedió esto —se llevó los dedos a la cara— ha sido nada más que una compensación por tener un cuerpo pequeño y feo. Francamente todo eso es una tontería. Lo único que me sucedió a los veintiún años fue que mi cara se quemó y comprendí que la vida sería mejor sin beber y sin fumar. Aunque pudiéramos cambiar los cuerpos, estaría sentado aquí quieto, contándole mi vida, la verdad de mí mismo.

—¿Y cuál es esa verdad?

—Que cualquier forma ordinaria de vida me aburre y me deja insatisfecho. Soy un jugador. Tengo que poner en peligro mi persona y mis ideas para sentirme vivo. Después de haber hecho las primeras cincuenta mil, tenía que ser un idiota para no tener un millón en diez años, y todo sin transgredir la ley. Hice eso y no fue suficiente. De manera que de tanto en tanto comencé a apartarme de la ley. Me arriesgué de todas maneras y obtuve satisfacción y dinero. En cierto sentido soy como un hombre que siente una compulsión que no comprende, para arriesgarse en público una y otra vez. Conmigo sucede... bueno que necesito correr mayores riesgos. En esta ocasión va a ser un riesgo audaz. Por eso lo necesito a usted. Un riesgo que en años futuros, cuando los dos estemos muertos, si alguna vez se sabe la verdad, nos convertirá en leyendas.

—¡Ni muerto ni vivo quiero ser parte de ninguna maldita leyenda!

—No tiene elección. Pero como compensación ganará mucho dinero. —Levantó el bastón y apuntándolo a Raikes continuó—. Puedo garantizarles a usted y a Berners por lo menos medio millón entre los dos.

—No queremos más dinero.

—Usted no sabe lo que necesita. Jamás se ha puesto a pensarlo.

—Sé exactamente lo que necesito. Necesito tener en mis manos sus carpetas y fotocopias, y verlo muerto, y luego volver a donde pertenezco.

Sarling rio y frotó la empuñadura de su bastón contra la parte inferior de su mentón:

—Todavía no se conoce. ¿Qué cree que lo impulsó a hacer lo que hizo? ¿Vengar a su padre? ¿Recuperar la vieja casa familiar? ¿Sentir las raíces de una familia llamada Raikes más hundidas en la tierra? ¿Realmente cree eso?

—¡Lo que creo es asunto mío!

—Y mío. Si estuviera libre ahora, en el mejor de los casos duraría en libertad dos años. Entonces echaría a andar otra vez por esos mundos. Usted es un saqueador, un aventurero... no es un colonizador. Y en el fondo de su alma lo sabe tan bien que odia la idea. Cuando la verdad entra en su mente, la espanta con palabras como Alverton Manor, Mary Warburton, Devon y su familia. Aunque se libre de mí no tendría escapatoria. Por eso lo escogí entre los hombres de mis archivos. Porque es como

yo... lo único que lo mantiene realmente vivo es el juego en gran escala, el riesgo en serio.

—Está loco.

—Por supuesto. Ambos lo estamos. Es una manera de decir que no somos como el 95% de los hombres. Tenemos diferentes sueños. No pertenecemos a la vida, sino a las leyendas que la vida crea.

Raikes se encogió de hombros:

—Muy bien. ¿Cuándo empezamos a convertir este sueño en realidad?

—Dentro de unos meses.

—¿Y en qué consistirá?

Sarling se puso de pie.

—Se lo diré a su tiempo.

Sarcásticamente Raikes dijo:

—Me parece que toda esta charla de su amor por correr riesgos realmente se reduce a mirar cómo los corremos Berners y yo.

—Si se refiere a la parte física, sí. Pero sabe tan bien como yo que los riesgos no sólo son físicos. Hay riesgos que un hombre puede correr en su mente, por el sólo hecho de hablar por teléfono. Arriesgarse uno mismo, su alma, su destino, su espíritu... ahí está el verdadero goce.

Raikes repentinamente aburrido por la dramaticidad de ese lenguaje, le respondió:

—Necesita un tratamiento... y sé cuál le daría si tuviera la oportunidad.

Sarling sonrió, o por lo menos hizo una fea contorsión de los músculos faciales que parecía una sonrisa. Estaba encantado.

—Eso también. Eso es parte de mi riesgo, que me impulsa más aún a estar vivo de lo que muchos hombres pueden sentir... saber que sólo tengo que cometer un error y me matará. Se lo agradezco.

—No se preocupe por agradecermelo. Cometa ese error y le prometo que el día que lo asesine me sentiré más vivo de lo que jamás puedan estar la mayoría de los hombres.

Sarling saludó levemente con la cabeza y se retiró, y Raikes permaneció pensando en sus palabras. ¡Por el amor de Dios, un aventurero, no un colonizador! Corriendo grandes riesgos con el fin de recibir un «shock» de adrenalina. El hombre estaba loco. Pero al negar en su alma las palabras de Sarling, tenía conciencia de tener que hacerlo con más vigor del que hubiera sido necesario. Para olvidarse de las palabras de Sarling, se concentró en el problema de librarse de Sarling. Más temprano aquel mismo día se había encontrado con Berners en el R.A.C., donde habían tenido una larga discusión sobre los detalles preliminares, que ahora conocían, y ya habían bosquejado entre ambos un plan. No podía hacerse ningún proyecto final hasta que se hubiera resuelto el problema de las cerraduras de las dos cajas fuertes.

Antes de que Berners se fuera, Raikes le había preguntado:

—¿Descubrió algo sobre el gas de esos envases?



Berners asintió con la cabeza.

—Sí. Se sorprendería cuánta información es de dominio público ...si se sabe dónde buscarla.

Continuó refiriéndole a Raikes detalles sobre el gas. El año anterior había habido una conferencia sobre Guerra Química y Biológica, en el Bonnington Hotel de Londres, auspiciada por la Biblioteca de Paz de J. D. Bernal, que era una institución educativa organizada para recoger material y suministrar información de asesoramiento en la lucha para asegurar el desarrollo de las plenas potencialidades de la ciencia, con el fin de construir un mundo próspero y sin guerras. El objetivo de la conferencia había sido comentar el presente nivel de desarrollo de las armas químicas y biológicas y discutir la responsabilidad ética de los científicos en relación con su desarrollo y utilización. Los trabajos que se habían leído en la conferencia habían sido publicados en forma de libro.

—Sólo por si acaso —dijo Berners—, los llamé y les pregunté qué sabían sobre un gas llamado Z/93 GF 1. Dijeron que era un gas que actuaba sobre el sistema nervioso. Lo que los norteamericanos llaman un agente V o G, conocido como CMPE, o por el nombre completo ciclohexil-metilfosfonofluoridato. Utilizado al aire libre sirve para controlar una multitud, tirando a un hombre en pocos segundos... incoloro, inodoro. Se disipa muy rápidamente. En un espacio cerrado, donde puede persistir durante más de pocos minutos, es letal. Cualquier médico, sin saber que se había utilizado el gas, atribuiría la muerte a un fallo del corazón. Y en realidad así sería. Qué agradables científicos hay en torno nuestro, ¿verdad?

¡Y tenían un cajón de eso! Recordó cómo habían caído las ovejas. Y la oveja madre había recibido todo el impacto.

Se incorporó y fue a prepararse un trago. De pronto se sintió cansado, agotado. Cuando Belle volvió, se dio cuenta en seguida que estaba áspero y un poco bebido; un cenicero lleno de colillas sobre el suelo a su lado, una mano sosteniendo el vaso de «whisky» sobre el brazo del sillón. La miró y le dijo:

—Dime algo agradable. Dime que se ha caído por las escaleras y se ha roto el cuello.

—Si así hubiera sido no serviría de nada. Todavía están los registros y las fotocopias. —Se acercó y lo besó ligeramente en la frente—. ¿Cuál es el problema?

—Ninguno. Estoy esperando despertarme de la pesadilla.

—Lo sé. —Ella se dirigió al dormitorio, se quitó el abrigo, y se retocó los labios.

Podía verlo, reflejado en el espejo a través de la puerta abierta del dormitorio, sentado en su sillón, levantando una mano y rascándose la nuca, un movimiento de exasperación que indicaba la frustración que sentía. Sabía cómo se sentía. Ahora conocía por anticipado los estados de ánimo de él. Conocía sus gestos y movimientos y frecuentemente sabía lo que ensombrecía su mente. Eso era algo que jamás había pasado entre ella y ningún otro hombre.

Volvió a Andrew, se sentó en el brazo del sillón, sabiendo que estaba guapa y

advirtiéndolo que hasta en su abstracción los ojos de Raikes siguieron el movimiento de sus largas piernas cuando las cruzó y luego advirtió, pero sin hacer comentarios, su vestido nuevo color naranja.

Ella le hizo un gesto arrugando la nariz y él le guiñó el ojo.

—Tengo algo para ti —dijo Belle.

—Sabía que lo tenías.

—¡Qué detective astuto!

—Descubriste algo respecto al tesoro.

—Lees el pensamiento. —Ella estaba complacida, le agradaba sentir que existían aquellas corrientes íntimas de entendimiento entre ellos.

—Sí. Sarling se quedó en la casa la mayor parte del día. La utilizó dos veces y logré observarlo y verlo bien. Corre la placa de la parte superior con la mano derecha, utiliza sólo dos o tres dedos. Pero para la placa de abajo, levanta la mano izquierda y le pone el pulgar. Así —ella imitó el movimiento—. Lo mantiene allí con firmeza durante algunos segundos y luego corre la placa apoyando la punta de los dedos sobre el borde de la misma. Después de unos cinco segundos la puerta se abre. Evidentemente tiene algo que ver con la forma en que apoya el pulgar.

—¿Trataste de hacerlo tú?

—Sí. Después que se fue. Pero no sucedió nada cuando lo hice. Puse el pulgar izquierdo sobre la placa y la empujé y esperé. Pero después de unos cinco segundos la placa volvió a su posición anterior. ¿No te parece curioso?

Se enderezó:

—Sí, desde luego que sí. Pero tiene que ser así.

—Además hice otra cosa. Sarling había permanecido mucho tiempo en Meon Park, pero sólo estuvimos en Mount Street cuatro años. Hizo hacer muchas cosas allí antes de mudarse. Instalar la habitación del tesoro fue una de ellas. Las facturas de los trabajos y reparaciones de la casa, como lo que se hizo en Meon Park, gastos de combustibles y todo eso... las tengo guardadas. Es parte de mi trabajo. De manera que volví a revisarlas... y ¿qué supones que encontré?

Él sonrió, estiró la punta de su dedo anular hasta ponerlo sobre la pierna de ella. El contacto fue como una pequeña corriente eléctrica que la recorrió.

—Encontraste el recibo por la instalación del tesoro.

—Sí. Fue instalada por una firma de Londres. «Finch and Lyle», Compañía de Cajas fuertes. En Fitzroy Square. El recibo dice: por la instalación, etcétera, etcétera, como estaba especificado respecto al tesoro en Meon Park. La misma firma instaló ambos tesoros.

—¿No hay ningún detalle del mecanismo del cerrojo?

—No. Pero hay otra cosa además. «Finch and Lyle» es una subsidiaria de una de sus compañías más importantes. No sé si eso tiene algún interés, pero pensé que te gustaría saberlo. Es bastante curioso, ¿no te parece? ¡Tantos años con él y jamás lo advertí! Pone el pulgar de la mano izquierda sobre ella, la empuja y se abre. ¿Qué

tipo de cerradura será esa?

—No lo sé. Pero voy a averiguarlo. —Se puso de pie y la atrajo hacia sí, la besó y le dijo—: ¿Qué haría sin ti?

—¿Encontrar alguna otra, tal vez...?

Raikes le rozó la mejilla con los nudillos de la mano derecha, un afectuoso contacto de su piel contra la de ella, una sensación que la conmovía profundamente.

—Sabes por qué dices eso... ¿no es cierto?

—¿Lo sé...?

—Sí. Ambos queremos salir de esto. Para lograrlo, haría cualquier cosa. Utilizaría a cualquiera. Seré sincero. Al principio decidí que te utilizaría. Que sería amable contigo para que te pusieras de mi lado. Pero no importa cómo empezó... ahora no es así. Y tú lo sabes. Lo sabes cuando te tomo en mis brazos, cuando estoy acostado contigo, o cuando estamos sentados tranquilamente en nuestros sillones leyendo, ¿no es verdad?

—Bueno... sí. Supongo que sí...

—No supongas más.

La acercó y la besó. Sintió que ella se adhería a él, con todo el cuerpo temblando, con una patética y abierta necesidad de él. La apretó como si la misma necesidad existiera en su persona. Pero en el frío y remoto laboratorio de su mente sabía que había llegado a una etapa en que podía contar con ella como con un factor constante, inmovible, un módulo que sería de toda confianza en los cálculos de él y de Berners hasta que Sarling estuviera muerto... y entonces tendría que morir ella. En su mejilla sintió el cálido contacto de una lágrima de felicidad que corría por el rostro de Belle, mientras él consideraba la mejor manera de manejar aquel asunto de «Finch and Lyle». Todavía no tenía por qué molestar con aquello a Berners.

Raikes tomó una habitación bajo otro nombre, en el Brown's Hotel en Dover Street. Desde allí llamó a «Finch and Lyle» y habló con el director de ventas. Explicó que era socio de una firma de arquitectos en el norte de Inglaterra, diseñadores de una nueva fábrica que instalarían para una firma de alfombras muy conocida en Irlanda del Norte. Estaba consultando distintas firmas sobre el equipamiento de un tesoro para dicha fábrica. Especialmente estaba interesado en modelos de puertas, cerraduras, manivelas y seguros. El contrato sería por varios miles de libras... El director de ventas se mostró muy interesado. Raikes tuvo la impresión de que el gerente estaba procediendo como aquel timalo de invierno en el río, que surgió de pronto, atrapó la mosca, se tragó el anzuelo y se hundió otra vez.

A la mañana siguiente pasó dos horas en las oficinas de «Finch and Lyle» repasando sus catálogos e inspeccionando muestras de sus productos; luego invitó al director de ventas a almorzar, preparándolo con tres grandes «pink gins» para llevarlo luego a un estado de excelente disposición y bonhomía con una botella de borgoña y dos «brandys» con el café. Raikes dejó deslizar que al día siguiente almorzaba con un representante de otra firma...

—«Naturalmente, amigo, uno tiene que estudiar el terreno, pero sus dispositivos parecen ser lo que estoy buscando», sabiendo que un matiz de ansiedad hacía que una víctima predispuesta se precipitara.

Almorzó con el hombre nuevamente y esta vez habló sin mayor entusiasmo de la otra firma que había visitado e insinuó que «Finch and Lyle» tenía prácticamente el contrato... «Estrictamente sobre una base competitiva, amigo, usted sabe», con un guiño... entonces no había razón alguna para que no se insinuara algo, si las cosas iban bien. Dos días después, pasados ostensiblemente en una excursión a las Midlands, invitó al director de ventas a comer. Se granjeó su amistad con comidas y bebidas, y luego comentó que el presidente de la compañía de alfombras deseaba un pequeño tesoro junto a su despacho:

—Algo de un matiz especial. Siempre anda en busca de cosas nuevas, me gustaría encontrar algo que realmente le agradara, algo de lo que pudiera alardear.

Vencido, dominado, como el pez panza arriba, como si fuera a caer en la red, el mismo pez se dejó atrapar.

—¿Sabe que podríamos tener exactamente lo que busca? Todavía no se producen en escala, pero hemos hecho algunas muestras. Son muy ingeniosas. En realidad, están en nuestra lista secreta. Le diré quién tiene un par de ellas. El presidente de nuestro Grupo. Usted comprende, la dificultad está en bajar los costos, para un mercado masivo.

Le dijo a Raikes todo lo que quería saber. A medianoche, puso al hombre en un taxi, y se separaron como dos buenos amigos. Raikes volvió al norte. Dos días después, con Belle como secretaria, regresó dando muestras alternativamente de decepción y de ira, diciendo que todo el maldito proyecto se había ido al diablo, que habían tenido problemas con las autoridades de Irlanda del Norte con respecto al lugar y a la financiación, que aunque el asunto no estaba definitivamente desechado, no le gustaba el giro que habían tomado las cosas:

—Lo llamaré en el momento en que surja alguna novedad... —Por supuesto, la llamada jamás se produjo.

Acomodándose con un vaso en la mano mientras Belle estaba ocupada en la pequeña cocina, pensó que era precisamente la información que necesitaban para enviar a Sarling tranquilamente al otro mundo y poner a buen recaudo las fotocopias de Meon y los registros de Mount Street. Una cerradura con las huellas digitales del pulgar. Las patentes provisionales estaban aprobadas, pero el proyecto presentado, aunque no era un secreto total, todavía no estaba listo para la producción en masa. Se aplica el pulgar en el limpio metal, haciendo una huella digital clara. Se desliza la placa y en una parte interior, una célula fotoeléctrica controla los resortes y combinaciones, ajustando la nueva impresión digital con la maestra instalada. Si ambas coinciden, otros resortes hacen retroceder las grandes barras del cerrojo y la puerta se abre. Si se aplica un pulgar diferente sobre la placa, la célula fotoeléctrica lo

rechaza y vuelve a poner la placa en su sitio, corriéndola automáticamente, y la puerta permanece cerrada. Berners se mostró fascinado cuando se lo explicó. Era el tipo de dispositivo que Berners adoraba, por mucho que prefiriera el siglo XVIII al siglo XX. Lo que venía ahora, no era más que rutina. Sarling moriría, Raikes y Berners estarían libres y entonces tendrían el problema comparativamente menor de deshacerse de Belle, atareada ahora en la cocina, canturreando contenta, como si llevaran años casados.

En la cocina, preparando la comida, Belle se inclinó sobre una pequeña mesa donde estaba abierto un libro de recetas, mientras dos corrientes de pensamiento cruzaban por su mente. El libro decía: «Hierva los pescados en vino blanco durante diez minutos, luego córtelos en cuartos...». Él había dicho: «Se abre con el pulgar de Sarling, no comprendo del todo la parte técnica del asunto. Pero así funciona». Y el libro: «Sumérjalos en un poco de mantequilla con champiñones y perejil. Agréguese un poco de harina y bastante líquido de la cocción hasta formar una salsa espesa». Oh, Dios, ¿por qué no tendría el sentido de la cocina como otras mujeres? ¿Qué quería decir eso de sumergirlos en mantequilla? Andrew estaba cambiando. No cabía duda. Y había sido franco al decirle lo que le había dicho. Que había pensado utilizarla. Ella siempre lo había sabido. Pero ahora no era lo mismo, algo estaba pasando. «Fría todo junto durante unos minutos». Y esperemos que salga bien, los pescados y lo que había entre ellos. ¿Vino blanco? ¿A qué tipo de vino se refería? ¿Dulce o seco? Se enderezó quitándose el pelo de los ojos. Tenía de ambos vinos. Mejor sería mezclarlos por partes iguales.

Berners estaba sentado cerca de la ventana, con papeles, fotografías, notas y planos esparcidos delante sobre una pequeña mesa Reina Ana. El día estaba brumoso, con una luz dorada que se filtraba por una ventana baja. Mañana, pensó Berners, iré a Meon Park para estudiar sobre el terreno lo que ahora tenía ante él en los planos y las fotografías. Conocía Park Street, podía cerrar los ojos y deambular por dentro de la casa con la seguridad de un gato en la oscuridad, podía entrar desde la calle en el comedor sin ser visto y llegar hasta el aparador para coger el botellón de jerez sin la menor vacilación. Meon Park comenzaba a ser una cosa vivida para él, pero hasta que realmente lo hubiera visto con sus propios ojos sabía que no lo poseería completamente. Sorbió con un suave placer su vaso de vino del Rhin, un placer que, cosa curiosa, no había experimentado desde que se había retirado de los negocios con Frampton.

Con minuciosidad repasó el amplio plan que había ideado a raíz de que Frampton le hubiese comentado lo de la cerradura a presión del pulgar. La operación tendría que empezar en Meon Park. (Esto se debía a que en Park Street había menos sirvientes que en Meon, y cuando menos sirvientes hubiera tanto menor sería el riesgo de ser observado o perturbado en la fase final de la operación). Sarling tenía que estar en Meon, tenía que ser vencido y sorprendido, cuando la puerta del tesoro

se abriera, con la presión de su pulgar izquierdo..., Sarling amordazado o inconsciente, Sarling sabiendo exactamente lo que le esperaba, comprendiendo el plan de ellos y su propia impotencia. Se alegraba de que el plan fuera tan complejo y peligroso. No hubiera habido placer, sino tedio, en una tarea que pudiera lograrse con facilidad. Con el tesoro abierto en Meon y las fotocopias en sus manos, Sarling tendría que cambiar sus planes, pedir un automóvil y anunciar que partía para Londres. Excéntrico, arbitrario, bajando por las grandes escaleras de nogal, hasta un auto que los esperaba con Miss Vickers al volante, las luces de detrás alejándose por el sendero flanqueado de olmos, un débil hilo de humo flotando blancuzco durante un momento detrás del auto... Sólo que no sería, no podía ser Sarling. Tenía que ser él, Berners. La altura y la conformación física eran muy parecidas... Berners no sentía ni temor ni aprensión al pensar en aquello.

En alguna parte de la carretera el auto tendría que detenerse para recoger al verdadero Sarling y a Raikes. Dejó correr sus pensamientos, imaginando todo, modificando de cuando en cuando algún aspecto del procedimiento, haciendo los inevitables ajustes, buscando los fallos. Los envases de gas no hacían mucho ruido cuando explotaban, pero los fragmentos tendrían que ser recogidos. Vivo o muerto las huellas de su pulgar quedarían impresas en Mount Street... Ingeniosa la cerradura con las huellas del pulgar... pero suponía ciertos peligros. Todas las cerraduras los tenían. No había una cerradura que el hombre no pudiera romper o darle la vuelta. Sus divagaciones le trajeron a la memoria una cerradura que había visto cierta vez en el Victoria and Albert Museum. Buscó el nombre del fabricante. Una antigua cerradura con detector... Sí, era Johannes Wilkes de Birmingham... Siempre le había gustado eso de «de Birmingham... Johannes Wilkes de Birmingham Fecit». Bien, la muerte de Sarling podía estar firmada «Aubrey Catwell Fecit»; Sarling muerto, la muerte confundiendo con el sueño; la cara desapacible, roja, manchada y fea convertida en una máscara yerta. Luego a la mañana siguiente, el criado corre las cortinas, mira fijamente al bulto sobre la cama, ese bulto que una vez fue algo vivo, y siente sorpresa pero no piedad, ni tampoco dolor, porque los hombres como Sarling no se abren camino hacia el corazón de otros hombres.

Estaba sentado planeando hasta los menores detalles, porque esa era la diferencia entre él y Frampton. Frampton estaba fuera, al otro lado, aportando confianza y seguridad, la palabra exacta y la manera de llevar a cabo sus contactos con el público; los dos formaban una combinación que sólo una vez mostró un fallo insignificante en su fabricación y ejecución. Aunque había sido culpa de Frampton, no lo condenaba ni sentía cólera ni pesar. En cierta forma se había alegrado. Le había proporcionado el problema que ahora lo absorbía. Quizá, después de todo, se estaba empezando a cansar de su breve estancia en Brighton.

A la mañana siguiente a las diez, Sarling llegó al apartamento de Mount Street. Raikes estaba solo. Permaneció durante quince minutos sentado en el sillón próximo

a la ventana, y habló con muy pocas interrupciones por parte de Raikes. La voz precisa, autoritaria, el presidente revisando una situación, una vez tomada la decisión, impartiendo instrucciones para el programa de trabajo, y respondiendo con destreza a las pequeñas interrupciones. No había ningún ablandamiento momentáneo de su personalidad, ningún toque de cordialidad o reconocimiento del antagonismo entre ellos. Raikes estaba oyendo una exposición y luego órdenes.

Cuando se levantó para irse, Raikes preguntó:

—¿Y de dónde proviene este material?

—Eso lo sabrá más tarde.

—¿Y mi tarea será conseguirlo?

—Por supuesto.

—¿Por qué no puede darme los detalles ahora?

—Todavía no es necesario que los sepa. Primero tenemos que ocuparnos del mercado. Tiene los datos que necesita para eso.

—¿Y también en esto debo aparecer como el principal?

—Sí.

—Pero este hombre, si tiene un poco de sensatez, sabrá que no lo soy.

—Por supuesto que lo sabrá. Él tampoco es el principal. En este tipo de negocios los principales jamás aparecen. En realidad, rara vez se los conoce. Todo lo que tiene que hacer usted es presentarse a él, y hablarle del negocio.

—Puede desear saber de dónde viene el material.

—Si le hace esa pregunta, levántese y váyase.

En la puerta, Raikes le dijo cortante:

—¿Sabe? Algunas veces tengo ganas de mandarlo a usted al infierno. De decirle: que le vaya lo peor posible, yo me retiro.

—Naturalmente, pero es sólo una fase emocional. Sabe que no puede hacerlo.

Cuando Sarling se marchó, Raikes se dirigió al teléfono y marcó un número. La voz de un hombre se oyó en el otro extremo:

—¿Sí?

—Tony ha vuelto y quiere una cita —dijo Raikes.

—¿Cuál Tony? —No había ni emoción ni curiosidad en la voz.

—El de Applegate.

Raikes oyó que colgaban y la línea quedó muerta. Colgó también, fue hacia la ventana y encendió un cigarrillo. Era una pesadilla, fría, desolada, y él era el principal protagonista.

Cinco minutos después sonó el teléfono.

La misma voz en el otro extremo exclamó:

—¿Tony?

—Sí.

—Hoy a las cuatro. En el Ritz. Habitación 97. Suba directamente. No llame. Entre.

—Gracias.

La línea en el otro extremo quedó muerta.

A las cuatro de la tarde. Raikes entró en el Hotel Ritz. Había una boda en el vestíbulo principal; hombres en trajes de calle con claveles en las solapas, chicas con tacones altos, vestidos de seda y un torbellino de elegantes sombreros... así sería cuando él y Mary se casaran... chisteras, flores, los «flashes» de los fotógrafos y el ruido de los corchos de champaña... la mitad del condado y la misma charla y risas en voz alto... Raikes llevando a su novia a Alverton... Raikes ahora, pensó, subiendo en un ascensor para hacer un trato... oro en barras que aún tenía que robar. «Tony ha vuelto y quiere una cita». ¿En qué mundo lo estaban precipitando?

Abrió la puerta del número 97, atravesó un pequeño vestíbulo hacia la puerta abierta de una sala. Estaba amueblada en tono verde: alfombra verde, diván y sillas verdes. Las cortinas eran verdes y blancas. Un florero de crisantemos sobre una mesa, en grandes copos de amarillo, bronce y rojo. Un hombre estaba sentado en un pequeño escritorio, escribiendo. Se volvió, sonrió a Raikes y saludó con la cabeza señalando una silla con la mano, un movimiento que hizo vislumbrar un puño blanco duro y el resplandor del gemelo de oro. Tendría unos treinta años, piel tostada por el sol, pelo oscuro y su aspecto era limpio, como recién lavado y planchado. Sus dientes brillaban y el blanco de sus ojos era saludable, la expresión sonriente y amistosa. Todo en él respiraba la calidez del sol mediterráneo; hasta sus menores movimientos eran tranquilos y seguros, sabiendo de dónde venía y a dónde iba, contento con su mundo secreto; reposado, con un suave aire de conocer los arcanos rituales que se le exigían, como si hubiera nacido totalmente equipado, adulto desde niño, destinado para llenar su nicho a la lujosa media luz del submundo donde gobernaba el oro.

—Hay cigarrillos en aquella caja, si fuma. Discúlpeme un minuto. —Volvió la espalda y continuó escribiendo. Era una pausa psicológica, de amistosa comprensión, como para dar a Raikes un momento para tranquilizarse.

Raikes reconoció con sorpresa que estaba nervioso y poco preparado para la entrevista. Cogió un cigarrillo de su propia pitillera y lo encendió. El hombre se volvió al oír el ruido que hizo el encendedor y luego hizo girar su silla hasta ponerla frente a Raikes.

—¿Quiere que vayamos directamente al asunto? ¿Sin una cortés charla preliminar?

—Sí. —Su voz ocultó el resentimiento que sentía dentro de él. El hombre se mostraba amable porque sabía que Raikes estaba nervioso.

—De acuerdo. ¿Cuál es la oferta?

—Quiero un precio, en especial para barras de oro. De cuatrocientas onzas. También podrían haber barras de un kilo.

—¿Cuántas de cada una?

—No es nada seguro. Pero cualquier cosa desde cincuenta a cien barras grandes. Las barras de kilo..., no lo sé. Pero eso no es obstáculo para que se fije un precio.



El hombre sonrió:

—Nada es obstáculo para que se fije un precio cuando hay buena voluntad por ambas partes. A 35 dólares la onza, que es el precio del Tesoro de Estados Unidos, las de 400 onzas valen alrededor de 14 000 dólares la pieza. Las de un kilo, digamos 1120. Ese no es nuestro precio, por supuesto. En el mercado libre el precio oscila entre bastante más de 40 dólares la onza, para arriba. Las barras grandes tendrán que ser fundidas. Para nuestro negocio nos gustan las de un kilo o las barras pequeñas, como ésta.

Metió la mano en el bolsillo y arrojó algo a Raikes, éste lo tomó en el aire. Era una pieza de oro de la forma de una tableta de chocolate grande.

—Una barra de 10 tolas. Las están almacenando por millones en lugares como la India, y todos los países del Este. Esa gente no tiene mucha fe en el dinero papel. El oro es el oro. Jamás cambia. ¿Su material procederá de Londres?

—Probablemente.

—¿Fecha de entrega?

—En abril.

—¿Dónde? Afecta el precio.

—Me gustaría que me diera un precio para Inglaterra y otro para el continente.

—Bajaría mucho si la entrega es en Inglaterra. Se lo daremos, pero «preferimos el continente». Eso elevará su costo operativo pero no tanto como la diferencia de precios. ¿Y en cuánto al pago?

—¿En dólares?

—Como diga. —Sonrió—. Piastras vietnamitas, o «riels» camboyanos, si lo desea.

—Dólares. Depositados en el extranjero.

—Cuando se haya fijado el precio, me indicará los detalles. Cualquier banco que desee; Suiza, Beirut... pero cuidado con lo que elija, porque si nuestro precio es en dólares tendremos que estar atentos a los índices de cambio. No le importa que le diga eso, ¿verdad?

—¿Debería importarme?

—Es que tengo la impresión de que es la primera vez que maneja este tipo de mercadería. Puede ser un negocio traicionero. Pero no tiene que preocuparse respecto a mí. Fijamos un precio, usted entrega y nosotros pagamos. En este negocio si defrauda a alguien una vez, no consigue más negocios. Se corre la voz. Alguna vez los muchachos más jóvenes, agentes y corredores trataron de hacerlo... y bien, tuvieron que dejar el negocio durante el resto de sus vidas. Los encontramos y arreglamos las cuentas donde quiera que vayan. De manera que para su tranquilidad le advierto que dentro de su propio marco, sea estrictamente honesto. Sólo somos hombres de negocios operando en un mercado que los mismos gobiernos han creado con sus reglamentaciones, como la fijación del precio del oro o incluso rehusando a sus ciudadanos el derecho de comprar o conservar oro. El precio oficial es 35 dólares

la onza. Puede lograr cualquier cosa entre 40 y 60 dólares y más en el mercado negro, pero de las diferencias sacamos todos los gastos y pérdidas que tenemos. He conocido al capitán de un «dho» del puerto de Dubai que, en la travesía desde el golfo de Persia hasta la India, echó su cargamento por la borda en una emergencia y jamás lo recuperó. Hicimos frente a la pérdida... eran 130 000 dólares. Pero el capitán hizo lo que debía hacer y todavía trabaja para nuestra organización. Lamento si charlo demasiado, pero no quiero que se haga ideas equivocadas. Puede confiar en nosotros.

Los dientes blancos relucieron:

—¿Y usted puede confiar en mí?

—Alguien nos dio su número de teléfono, y usted pronunció la palabra «Applegate» y un número de teléfono. Ahí radica la confianza. —Se puso de pie—. Llame al número que sabe dentro de un par de semanas, y entonces tendremos algo para usted.

—Gracias. —Raikes se puso de pie y le tendió la barra de diez tolas.

El hombre negó con la cabeza:

—Quédese con ella. Désela a su novia. Como ciudadano del Reino Unido no le está permitido tener oro, pero dudo de que le traiga alguna molestia.

Acompañó a Raikes hasta la puerta, le tendió la mano y agregó:

—No se ocupe de comprobar el nombre cuando llegue abajo. Estoy registrado como Benson. Muy inglés, ¿no?

Por primera vez en la vida Raikes se sintió incompetente, casi humilde. Se sintió como un empleado nuevo, inexperto, realizando las cosas que le ordenaba el patrón sin comprenderlas por completo. Para él era una novedad e inmediatamente se sintió molesto. Estaba acostumbrado a ser su propio amo y a navegar en aguas que conocía bien. Nada de lo que acababa de suceder le parecía real. Era un juego de engaños donde tenía que simular que un día estaría completamente involucrado en una operación concebida en la mente de Sarling. Pero no iba a dejarse involucrar en nada. Sarling iba a morir, y él volvería a Devon. No podía interesarse realmente en el mundo del contrabando de oro porque sabía que jamás se metería en él. Cincuenta barras de 400 onzas cada una a 14 000 dólares... 700 000 dólares, cien de aquellas barras sumarían 1 400 000 dólares; casi llegaría a tres cuartos de millón de libras. ¿En qué clase de locura estaría pensando Sarling? Aquel hombre tenía que ser derrotado. Se detuvo a medio camino de Bond Street y sin preocuparse por la gente ni el tránsito, dejó caer la barra de diez tolas en una alcantarilla... eso iba por Sarling y Benson...

Cuando se encontraron en el R.A.C. Berners dijo:

—No puede ser tan estúpido como para pensar en asaltar un banco. ¿Quizá en asaltar a uno de los negociantes en barras de oro? ¿O acaso mercancía en tránsito?

Tranquilo ahora, serenado por la presencia de Berners, otra vez dueño de sí

mismo, sabiendo exactamente dónde pisaba, Raikes respondió:

—No sé qué es lo que Sarling está pensando. Simplemente no voy a tomar parte en ello. ¿Ha estado en Meon? ¿Cuándo podría estar listo?

—Estoy listo. Sólo necesitamos que nos avisen con unas cuantas horas de anticipación que Sarling va a pasar la noche en Meon Park. Con el tiempo suficiente para llegar allí antes que él.

—Mañana sale para el extranjero. Para tres semanas, según Miss Vickers.

—Mejor. Eso nos da tiempo para que tengamos una reunión final en la que le daré los detalles. Luego podrá aleccionarla a ella.

Raikes meneó la cabeza:

—Me preocupa este asunto del oro. Ese Benson sentado ahí, como si estuviera conviniendo la entrega de alfombras... un negocio correcto y a la vista de todos.

Berners sonrió, echando para atrás su pelo claro:

—Usted hizo lo mismo, sólo que a una escala menor y con distinta mercancía. Obviamente fue Sarling quien lo metió en esto. Para él nada era difícil. La mayor parte de estos millonarios internacionales guardan oro en alguna caja de caudales en el extranjero. Por muy respetable que sea tendrá contactos, probablemente algún magnate del petróleo o naviero griego que no tendría más que darle un número de teléfono y algunas frases en código y luego olvidarse del asunto. Por lo que sabe, Sarling puede tener interés en el contrabando de oro a Oriente. Estaría tan lejos del verdadero campo de las operaciones que jamás podrían relacionarlo con ellas. Debo decirle que me gustaría saber cuál es su proyecto antes de terminar con él.

—¿Por qué?

Berners jugueteó con unas migas que habían quedado sobre la mesa.

—Porque podríamos pensarlo bien y decidir hacerlo... por nuestra cuenta.

—¡Por mi parte no! Solo tengo deseo de eliminarlo para poder volver al sitio de donde vine. ¿No le pasa lo mismo a usted?

—Sí... supongo que sí.

—Bien, entonces eliminémoslo.

—¿Y la muchacha?

—A ella también. Pero eso tendrá que esperar, y parecer un accidente. Además, no le estoy pidiendo que intervenga en eso. Lo haré yo.

Berners movió la cabeza:

—Lo haré con usted. En este asunto lo haremos todo juntos. —Consultó su reloj —. Tengo que alcanzar el tren.

RAIKES FUE A DEVON a pasar la Navidad y se quedó hasta después de Año Nuevo. Mientras permaneció en Londres se mantuvo en contacto con Mary a través de cartas y algunas llamadas telefónicas desde su club. Tenía mucho que hacer en Devon. Pronto tomaría posesión de Alverton. Tenía que aprobar los presupuestos de los constructores para las modificaciones que quería llevar a cabo antes de mudarse, todavía tenía algunos muebles que comprar a través del intermediario en Exeter para el momento de su reingreso a la casa paterna. Además había que completar una cantidad de detalles. Pasó mucho tiempo con Mary hablando de los arreglos y haciendo distintas compras. Aunque no estaban comprometidos oficialmente, estaba sobreentendido que se comprometería tan pronto la casa fuera suya otra vez. Quería que el compromiso se realizara en la casa paterna de Alverton.

Mary se quedó dos días con él en su residencia actual; deshacía la cama en la habitación de huéspedes para cuando llegara Mrs. Hamilton a la mañana, una cortesía que ésta agradecía, pero que no la engañaba; tampoco lo hacían con esa intención. Fueron juntos a hacer compras, hicieron visitas, y pasearon por la orilla del río o por los páramos. Sarling, Mount Street y aquel mundo aparte que significaba Londres, parecían estar muy lejos de él. Aquella era su tierra natal y el sitio adecuado para él, le bastaba volver unas cuantas horas para sentir que lo reclamaba de forma total, como siempre lo había hecho. Pero esta vez había una diferencia que no pudo dejar de advertir. Había un cambio en su relación con Mary y le era imposible descubrir si procedía de él o de ella. En su fuero interno se lo explicaba por la invisible presencia de Belle. No importaba lo impuesto y forzado por las circunstancias que hubiera sido, ni lo auténtico que lo hubiera hecho aparecer ante Belle, el recuerdo de su relación persistía en él, también allí. Tenía la sensación de que de algo se percataba Mary. Había momentos en que cuando él se volvía, la encontraba mirándolo, pensativa. Andrew simulaba no advertirlo, y ella, como prestándose a una conspiración, cambiaba su estado de ánimo a una efervescente alegría y hablaba para tratar de convencerlo, si podía, de que no había sucedido nada.

Pero había momentos en que aquella simulación la traicionaba a sí misma. Una noche Andrew se despertó y sintiéndola próxima, estiró la mano en la oscuridad buscando su cara y acarició la línea de su mejilla. Para su sorpresa sintió la humedad de lágrimas. En la oscuridad se acercó y la besó suavemente en los ojos.

—¿Por qué? —preguntó.

Después de un momento, para que el tiempo y la oscuridad le permitieran esgrimir una defensa, ella respondió:

¿Por qué no? Porque soy feliz. Porque estás aquí y tenemos tantas cosas por delante. Cuando una muchacha es feliz puede elegir entre la sonrisa o las lágrimas. A mí me gusta llorar porque soy feliz... pero no me gusta mucho que tú veas las lágrimas. Los hombres siempre pensáis que sólo se llora cuando se es desdichado.

—Si algo fuera mal ¿me lo dirías?

—Si es algo que tuvieras que saber, sí.

La luna, en cuarto menguante, pintaba una gran espada árabe de luz fría, desde la ventana a través de la pared del fondo. Fuera había helado mucho y el césped estaría blanco, crujiente bajo los pies en la mañana.

—Tendrías que decirme cualquier cosa que fuera mal entre nosotros. —Movi6 su mano, deslizándola sobre la curva de un pecho, con la punta de los dedos acariciando con delicadeza el pez6n, jugueteando, apenas rozándolo hasta que se levant6, endurecido.

—Tengo todo lo que deseo. No tengo problemas. De manera que déjame llorar.

La atrajo hacia sí y le hizo el amor; una extraña suavidad los guiaba y poseía a los dos. Después, mientras Mary dormía, él observaba la hoja de luz de luna sobre la pared, que había dejado de ser una espada árabe para convertirse en una espada romana, y supo que tenía casi todo lo que quería. Las cosas que le faltaban ya vendrían...

Otro día, volviendo de una venta en una casa de campo próxima a Minehead donde había estado comprando platería antigua con Mary, se detuvieron para tomar una copa al atardecer en el Anchor Inn, en Dulverton. Sentados juntos en el bar, decorado con cabezas de zorros sobre la chimenea y una trucha descomunal embalsamada en una vitrina detrás de ellos, Mary le dijo de pronto:

—Si tuvieras que hacer una lista de las cosas más importantes para ti en orden de prioridad, ¿qué pondrías primero?

—Tú, por supuesto.

—¿Porque me amas? Oh, ya sé que tienes tus propias ideas sobre lo que significa exactamente el amor. Pero dime, ¿es porque realmente me amas, pase lo que pase?

—Sí, a ti. Pero ¿qué quiere decir «pase lo que pase»?

—En realidad no lo sé. Creo que significa verdadero amor por mí. No sólo porque me necesitas como parte de un cuadro forjado en tu mente. Tú sabes; nosotros dos, Alverton, los hijos, la buena vida...

—Desde luego, quiero todo eso. Pero sobre todo eso, te quiero a ti. ¿Qué es lo que te hace preguntarlo?

Ella rio:

—Supongo que dos martinis secos...

—Toma otra copa. Esa te llevará al otro extremo —respondió Raikes riendo a su vez.

Pero ya de vuelta, en el auto, seguía recordando una y otra vez la conversación... ¿Qué está tratando de decirme? Antes ella aceptaba, lo mismo que él, el amor como un hecho. No podía estar celosa de otra mujer. Sabía perfectamente bien que él las tenía ocasionalmente. También sabían bien que cuando se casaran no tendría ninguna otra mujer más que ella... no desearía ninguna otra. En aquel momento se le ocurrió pensar que tal vez no estuviera tratando de decirle nada, sino esperando que él dijera

algo. Tal vez algo de aquel asunto de Sarling se reflejara de alguna forma y ella quería estar segura de que él era el que siempre había sido.

Los faros iluminaron algo que cruzaba la carretera.

Mary preguntó:

—¿Zorros?

—No, una nutria viajera. Probablemente viene desde Barle y se dirige a Exe.

El bulto del cuarto trasero del animal en movimiento, le trajo algo a la memoria. Allá en el río de su propiedad, cuando llegaba la época de la nieve había una orilla que las nutrias convertían en un tobogán. Cuando tenía ocho años, una vez había estado de pie, oculto por un árbol cubierto de nieve, con la mano en la de su padre, y por primera vez las había visto jugar, hasta que al fin, incapaz de reprimirse, había soltado una carcajada cuando una vieja, nutria se tiró por el tobogán de espaldas, con las patas en alto y la cola moviéndose. Su risa había puesto fin a la exhibición. Tenía ocho años. Dentro de ocho años le gustaría estar allí, con una pequeña mano en la de él.

Volvió a Londres un miércoles por la noche. Aunque se sintió decepcionada de que no le hiciera el amor esa noche, Belle no lo demostró. Andrew llegaba de un mundo a otro. Necesitaba tiempo para adaptarse.

El jueves se encontró con Berners en el R.A.C. y completaron los detalles para ocuparse de Sarling en el momento en que les diera una oportunidad después de su regreso.

Después de la reunión en el club, Raikes volvió a Mount Street y aleccionó a Belle en los pormenores de su plan. Desde aquel momento vivieron pendientes del regreso de Sarling y su primera visita a Meon Park.

Aquella noche, Raikes hizo el amor a Belle, y en lo que a él respectaba no fue diferente de ninguna de tantas otras noches. Raikes la necesitaba; los dos la necesitaban; tenían que conservarla como su criatura hasta que no la necesitaran más.

Hubiera vuelto a Devon para pasar el fin de semana, pero Belle recibió una llamada de Sarling desde París, diciendo que probablemente volvería el sábado, y que ella podría llevarlo más tarde, aquel mismo día, para pasar el fin de semana en Meon.

A las ocho de la mañana siguiente sonó el teléfono en el apartamento de Mount Street. Belle contestó. Era Sarling desde París. Cuando Sarling terminó de hablar con ella, Belle volvió al dormitorio donde estaba Raikes a medio vestir, en camisa y pantalones. Cepillándose el pelo, se volvió con la corbata sin anudar sobre la camisa y sonrió. Observándolo de pie, grande y sólido, el hombre que ella amaba, sus dudas quedaron disipadas. Él se acercó, le cogió la cara con las manos mirándola, le acarició el pelo y le obligó a levantar la cara hasta la de él.

—¿Quién era?

—Sarling. Vuelve.

—¿Cuándo?

—Mañana a la hora de almorzar. Tengo que estar en Park Street para buscarlo. Luego lo llevaré a Meon. Pasará allí el fin de semana.

Él permaneció junto a ella, pero sin embargo muy lejano. Luego, sin una palabra, entró en la sala. Belle se quedó en el dormitorio, lo oyó marcar y supo que llamaba a Berners. Escuchó las cautelosas palabras que disfrazaban su verdadero significado, y que sin embargo eran captadas con perfecta claridad por el hombre que estaba al otro extremo de la línea. Ella entró en la habitación en el momento en que él colgaba.

—¿De veras, vais a hacerlo?

Raikes se volvió; su silueta maciza se recortó contra la ventana, cogió la corbata y comenzó a hacerse el nudo, diciendo sin emoción ni énfasis:

—Dentro de dos días el maldito estará muerto.

Herida por su frialdad, ella le respondió:

—Yo podría advertirle...

—Hazlo. Estropea todo. —Replicó con la misma voz tranquila—. Pero encontraré otra forma. No seguiré dependiendo de él ni un día más de lo necesario.

Se acercó a ella, la rodeó con sus brazos, la estrechó y ella supo que esta vez no iba a intentar engatusarla ni atraerla. Sabía que ella le pertenecía, sabía que jamás se lo diría a Sarling. Él la besó y se alejó diciendo:

—Sé como te sientes, es la hora antes de amanecer. Siempre es la hora más fría de la noche. Prescribo café caliente.

—Lo lamento. Supongo que no ha sido más que una reacción... Sarling que habla por teléfono y luego, de pronto, tú y Berners... y yo...

—Café... y deja de preocuparte —dijo brevemente, rozó su mejilla y se volvió a su dormitorio. Ella se dirigió a la cocina a preparar el café, dejando las puertas abiertas y lo oyó silbar. Comprendió que, por primera vez desde que lo había conocido, él se sentía realmente feliz. La llamada de Sarling era el comienzo de su liberación... estaba como quien baja las escaleras a toda velocidad, como alguien escapándose del colegio, de la prisión, silbando como un pájaro, porque los días futuros están llenos de libertad.

Sarling llegó al aeropuerto de Londres poco después de mediodía. Lo esperaba un automóvil con el chofer del Overseas Mercantile Bank. Cuarenta minutos después entraba, en el apartamento de Mount Street. Raikes, sentado en una silla junto a la ventana, leía el diario.

Sarling preguntó:

—¿Belle está en Park Street?

—Sí.

—No he almorzado. ¿Podría tomar un vaso de leche?

Durante un momento Raikes estuvo tentado de decirle que se lo sirviera él mismo. Luego, viéndolo como un muerto, decidió que sería cortés ofrecerle algún último servicio, la primera moneda colocada en los párpados de un muerto. Trajo la

leche de la cocina.

Sarling se sentó y la bebió.

—Sé que tiene compromisos en Devon. Por eso pensé que era mejor venir, hablar y aclarar las cosas de manera que pueda sentirse libre durante un tiempo. Libre para hacer lo que quiera, y también para pensar en lo que quiero.

—¿En su famosa operación?

—Precisamente. —Sarling se bebió la leche y puso el vaso sobre la mesa; la nata manchó el interior del vaso con una película de un color gris blanquecino—. ¿Qué sucedió con el asunto del oro?

—Pronto me darán un precio y los detalles de la entrega.

—Bien. Hay un punto que quiero establecer con claridad. La mitad de las ganancias que obtengamos son para usted y Berners.

—¿A usted sólo le interesa lo espectacular? ¿El gran riesgo?

—Así es.

—¿No se vendrá al suelo todo esto? Berners y yo tenemos que planearlo y realizarlo. Usted sólo estará montado en nuestras espaldas, agitando la banderita.

—Ha comprendido mal. Lo que quiero de ustedes es la realización. El plan es mío.

—Es una salida cómoda para usted, ¿no es cierto? Si algo sale mal, y no me diga que no lo ha pensado, nada lo comprometerá. Estará muy lejos, un eminente financiero internacional, al que nadie sería capaz de tocar ni aunque por un momento sospecharan que debería ser interrogado. Sin embargo, dígame cuál es la tarea que debo realizar durante las vacaciones y me pondré en seguida en marcha para hacerlo.

—Muy bien. Vamos a robar oro en barras.

—Me lo imaginaba.

—No vamos a robar un banco, ni el tesoro de ningún negociante de oro en la City, tampoco un camión blindado. Vamos a robarlo en alta mar, de un barco. ¿Lo atrae?

—No. Pero podría haber atraído a uno de mis antepasados. Fue capitán con Drake. ¿De qué barco?

—De los más nuevos y más hermosos del mundo, el último de una famosa línea.

Sarling abrió el portafolio que tenía sobre las rodillas y sacó un gran folleto. Se lo tendió a Raikes. Era un folleto grande, grueso, con una cubierta blanca de papel satinado. Arriba en letras rojas decía: El nuevo «Queen Elizabeth II» de la línea Cunard.

Raikes abrió el folleto al azar. Había una fotografía a doble página de tres hombres, medio cuerpo, con uniformes de la línea Cunard: el capitán, el jefe de máquinas y el primer comisario del «Queen Elizabeth II»... Gorras blancas con la parte superior amarilla, coronada por el emblema de la línea Cunard, un león sosteniendo el mundo. Vestían camisas blancas, corbatas negras, galones sobre los hombros, ocho botones de bronce brillando en las chaquetas azul marino, cuatro galones dorados en las mangas del capitán y la cara de éste tostada por el mar y el sol,



con barba, curtida por la intemperie, una cara impregnada, de personalidad, algo parecida a la de *Sir Francis Drake*, o quizá se debiera a la barba. La mirada de Andrew se posó en el epígrafe de la fotografía... Capitán William Eldon Warwick: «¿Qué es lo que me gusta de ese empleo?». Y la respuesta impresa, que parecía la respuesta del propio ego de Raikes: «Supongo que es una de las últimas formas de vida que quedan en que se depende de uno mismo, y se es su propio patrón». Su propio patrón... Miró a Sarling. Sarling no dijo nada.

Todavía poseído por la magnitud de la fantasía del hombre que estaba frente a él, pasó las páginas del folleto. Las imágenes saltaban ante sus ojos; una muchacha rubia vestida de rojo tirada sobre la cama de un camarote de lujo; una hélice de bronce, como de oro viejo, las seis hojas curvadas formaban algo parecido a la cabeza de algún animal prehistórico.

—Está loco —dijo Raikes.

—Al contrario, soy un hombre realista.

Andrew siguió mirando otra ilustración a doble página del nuevo barco, la obra de un artista: las frondosas palmeras del Caribe, un color amatista, y la larga y hermosa silueta del transatlántico; el casco oscuro desde la proa, la brillante marca roja de la línea de flotación; resplandecientes cubiertas y superestructuras blancas y los botes salvavidas festoneando la cubierta de botes como capullos de gusanos de seda debajo de la aerodinámica línea de la chimenea.

Raikes arrojó el folleto a Sarling. Se había recuperado por completo, su secreta rebeldía se mostraba triunfante porque al día siguiente Sarling estaría muerto, pero ni siquiera aquella certeza fue suficiente para disimular la autenticidad de su protesta:

—¡Es la cosa más disparatada que he oído!

—Por el contrario, es una proposición bastante viable.

—¡Por amor de Dios, Sarling! —Ahora estaba colérico—. ¿Qué es esto? ¿El capitán Blood y las Joyas de la Corona? ¿El hombre que robó el banco en Montecarlo? ¿El gran robo del tren correo? Me parece que se ha pasado de la raya.

—Vamos a hacerlo. Mi plan y su realización. —Sacó otros papeles de su portafolio, los metió dentro del folleto y puso el folleto sobre la mesa—. Ahí tiene material para leer. Algunos papeles sólo son informaciones de prensa corrientes y material de publicidad. Otros son notas que he redactado siguiendo la información que me ha llegado a través de mi vida de negocios. Nada es secreto. Cualquiera lo hubiera podido conseguir. Léalo.

—¿Por qué? Desde ahora puedo decirle que necesitará un ejército. Más hombres de los que tiene en sus registros. Olvídelo. ¿Por qué no me pide que le consiga las joyas de la corona? Eso quizá lo lograra.

Sarling negó con la cabeza:

—Puede hacerse. Por el momento, como probablemente ha leído en los diarios, el barco todavía no está en servicio. Está en Southampton y ha habido problemas con sus turbinas, de manera que la gente de Cunard ha tenido que cancelar las reservas.

Eso significa que por el momento no podemos fijar ninguna fecha, pero lo que vamos a hacer es quitarle el oro en su primer viaje regular a través del Atlántico norte hasta Nueva York.

—Entonces es mejor que contrate un barco de guerra para que lo detenga. ¡Sarling, sea razonable! Está bien, quizá haya tenido una infancia desdichada, comprendo la forma en que se quemó la cara... pero esto es demasiado a manera de compensación. Consérvelo como un sueño...

—El oro sale del tesoro de ese barco en su viaje inaugural al exterior. No necesitamos un buque de guerra ni un ejército de hombres. Puede hacerse con dos hombres a bordo, sin violencia ni alboroto. Lleva tres mil pasajeros y tripulación. No habrá más que un par de docenas de espectadores confiados, la mayor parte curiosos, que vean la operación. Tiene mucho tiempo. Váyase y cuando vuelva me dirá cómo cree que puede hacerse. Me divierte pensar y calcular si pueden o no estar a la altura de mi plan. Dos personas, nada de violencia y el oro desaparece. —Rio, la cara fea se contorsionó, su alegría parecía infantil, se frotaba las manos con un ruido de piel seca, como podría hacerlo un maestro de ceremonias que hubiera preparado una adivinanza aparentemente imposible de resolver... «Hay tres hombres y un bote en la orilla del río, ¿cómo pasan a la otra orilla dejando el bote en la orilla dónde lo encontraron?».

Pero a Andrew nada de aquello lo divertía. Nada. En realidad, había un elemento sacrílego en él. Raikes era un hombre de Devon, el mar y sus barcos eran parte de la herencia de todo hombre de Devon. Hombres de su familia que mucho tiempo atrás habían estado con Raleigh, Hawkins y Drake, con Fisher y Beatty; sus dos hermanos habían pertenecido a submarinos, un barco era su féretro y el mar su tumba. El recuerdo de un libro de láminas de su infancia volvió a su memoria como el repentino salto iluminado por el sol de un salmón, cada detalle grabado, vivido y claro durante un segundo, el cuadro de un barco con una chimenea roja, movido por una rueda de paletas, el «*Britannia*», el primer *Cunarder* que había navegado por el Atlántico norte por primera vez en 1840 hasta Halifax, Nueva Escocia, sus pasillos alumbrados por velas y una vaca en la cubierta para proporcionar leche fresca a los pasajeros. Pasando las hojas de la memoria todos estaban allí... el «*Mauretania*», que tuvo durante veintidós años el «record» del Atlántico, y luego los «*Queens; Queen Mary, Queen Elizabeth*»... La guerra podía saquearlos, destruirlos, pero robarlos sería un acto de profanación, como llevarse los candelabros de plata de un altar.

Raikes respondió colérico:

—No me mezcle en eso.

—Lo hará. Es mejor que se acostumbre a la idea. —Sarling se puso de pie—. Se entusiasmará con el plan. Lo conozco. Volverá dentro de un mes y tendrá su propio plan. Puede llegar a ser tan bueno como el mío. Dése una vuelta por Cunard House, en Regent Street, en algún momento. Hay un modelo del barco en el escaparate. Con frecuencia voy a mirarlo. Un nuevo barco, el mejor que se ha construido jamás. Y

vamos a arrancarle su corazón de oro en su primer viaje a través del Atlántico.

Se dirigió a la puerta, se detuvo, miró hacia detrás y esperó a que Raikes hablara. Dándole la espalda, Raikes se dirigió al bar. Dos gorriones se enzarzaron en una lucha en el antepecho de la ventana, dejando oír sus gritos agudos y escandalosos. Un auto frenó en la calle, las cubiertas chirriaron en agonía en su breve y violento roce contra el pavimento. Raikes cogió una botella de brandy, sirvió el líquido ámbar que giraba en su copa atravesado por el sol. Se volvió y levantó la copa a Sarling; sonrió, las arrugas que se formaron alrededor de la boca y en las mejillas parecían un acto de desafío. Inclino la copa y bebió, vaciándola en un gesto que podía haber sido de saludo o de despedida.

Por un momento, la frialdad atravesó la euforia del estado de ánimo de Sarling, luego se volvió y abandonó el apartamento. Pero mientras bajaba las escaleras, el calor de su sueño volvió a embargarlo. Raikes le pertenecía.

Dos minutos después de que Sarling se retirara, Raikes llamó a la casa de Park Street. Belle respondió.

—Ha estado aquí. Ahora va para allá. ¿Te acuerdas de todo?

—Sí, querido... sí, sí.

Estaba nerviosa, pero sabía que tenía que ser así antes de que los acontecimientos realmente comenzaran a ocurrir.

Puesto que tantas cosas dependían de ella, él se mostró generoso.

—No te preocupes, mi amor. No hay nada que no podamos hacer entre los dos. Ahora me voy a buscar a Berners. Estaremos vigilando el sitio, los veremos llegar. Cuando haya oscurecido y él esté en su estudio (la primera vez, exactamente) asómate a la ventana. Quédate allí, dándole la espalda. Estaremos vigilando. ¿Entendido?

—Sí.

—¡Bravo, muchacha!

—Andy... Andy... supongamos que...

—No supongas nada. Saldrá como lo hemos planeado. Tranquilízate y recuerda que estaré pensando en ti cada minuto. Adiós, querida...

Colgó. «Andy». Ella había comenzado a llamarlo así últimamente, y algo enmohecido y áspero parecía rechinar dentro de él cada vez que lo oía.

Se dirigió a la caja fuerte y sacó uno de los envases Z/93, GF 1. En la cocina buscó en la alacena una pequeña cesta de merienda, la abrió, y comprobó su contenido; un rollo de treinta pies de soga de alpinista, un pañuelo grande, dos cuerdas finas de manila de seis pies de largo, dos pares de guantes de algodón negros y un par de guantes de cuero.

Mientras andaba por el apartamento, cambiándose rápidamente la ropa, y reuniendo las cosas, Raikes pensaba: ¿Para qué me molestaría en discutir con él? ¿Para evitar que tuviera sospechas? «Le arrancaremos su corazón de oro». No se dijo

en un impulso. Oro en barras apiladas en el suelo del tesoro, bien abajo de las cubiertas del buque. Dos personas y sin violencia... y Berners esperándolo ahora en Wiltshire, luciendo un bigote al estilo del de Sarling, abrigo a lo Sarling, bufanda de seda y un sombrero Homburg negro... Esperando para desempeñar su breve papel como Sarling.

El folleto de la Cunard atrajo su mirada. Lo levantó y lo rasgó por la mitad dejando caer los dos trozos en la papelera.

Salió, llevando la cesta de merienda, detuvo un taxi y se dirigió a su garage y a su auto. Diez minutos más tarde atravesaba Londres hacia el oeste, camino de Wiltshire, evitando la autopista que sabía que tomaría Belle con Sarling. Tenía que preverse hasta la coincidencia de un encuentro en el camino. Porque Sarling tenía que morir.

Encendió la radio del auto y la voz de un hombre, precisa, neta, técnica, estaba diciendo: «...costó alrededor de cien mil libras y está diseñada sobre la base de una computadora Ferranti Argus 400. Sus principales funciones serán registrar datos conectados con el motor principal e imprimir el libro de bitácora de la sala de máquinas, y también hay un sistema de alarma para detectar temperaturas y presiones indebidas en la maquinaria. En resumen, no hay duda de que la computadora del “Queen Elizabeth II” es la más sofisticada de cualquier barco mercante. Otro punto interesante es...».

Raikes soltó una maldición y apagó la radio.

ESTABA RECLINADO EN SU SILLA, como un pequeño muñeco, que parecía más pequeño aún por la amplitud del escritorio que tenía delante, de pulido cuero marroquí rojo con guarda en oro. La lámpara del escritorio arrojaba sombras oscuras desde el tintero y el pisapapeles de alabastro tallado a mano. Sarling tenía los ojos fijos en algún punto más allá de la cabeza de Belle mientras dictaba, según unos apuntes, los detalles de una conferencia que pronunciaría en París.

En las páginas del cuaderno de taquigrafía que Belle sostenía apoyado en sus rodillas, blancas contra los pliegues del vestido verde, los signos Pitman surgían de su lápiz. Sarling se detenía de cuando en cuando jugando con su hirsuto bigote, buscando alguna frase, formándola en su mente antes de seguir hacia delante; la piel debajo de su mentón levantado estaba roja y contorsionada como la de la cara; su mano estirada hacia un vaso de leche, con el índice y el pulgar deslizándose lentamente como una garra de arriba abajo a lo largo del cristal tallado.

Ella sabía muy bien que la conferencia de París ocupaba sólo una parte de sus pensamientos. Desde el instante en que habían subido al auto, hasta la hora de comer y durante la comida, hasta este mismo momento, sabía que él tenía algo más en su mente. En la comida, mientras saboreaba las espinacas y los huevos «poché», parecía un niño pequeño que sabe algo y se debate entre decirlo o no. Sarling jamás bebía vino, pero había insistido en que ella aceptara una botella de Chablis con el lenguado asado. Se había mostrado bondadoso, considerado, casi anormalmente gentil, y cuando se levantaron para tomar el café en la sala, la había cogido del brazo, sus dedos se deslizaron hacia arriba por el interior del brazo, cerca de la axila, con una presión que podía parecer una caricia o el sostén confiado de un guardián amistoso. Sí, algo tenía en la cabeza y sabía que cuando saliera a la luz podría ser acompañado por una bofetada o por un abrazo.

Sarling dictaba:

«Hablé con *Monsieur* Lacouvre sobre el retraso en la instalación de Nantes. Su opinión era que no podía esperarse que entrara en funcionamiento antes de marzo próximo, pero que la producción en firme dependería de la disponibilidad de los abastecimientos al por mayor de los componentes que proveyeran los contratistas de los accesorios principales...».

Belle pensó: fuera hay dos hombres esperando para entrar. Sarling jamás verá el mes de marzo. Están ahí fuera en la oscuridad del parque, entre los arbustos, las nubes sobre sus cabezas, y la neblina rodeándolos con dedos húmedos. Dos hombres que están absolutamente seguros de sí mismos, de su plan y de su propia capacidad. Pero hasta que ella no fuera a la ventana, se asomara y luego cerrase, tenían que permanecer en la oscuridad. Si Belle no fuera a la ventana, esperarían y luego se retirarían y aquel hombre seguiría viviendo durante más tiempo... pero no mucho más, porque los dos hombres que estaban fuera volverían a intentarlo una y otra vez.

¿Cómo ella había llegado a aquello? Se había educado en una escuela de religiosas; había trabajado en un bar en Headington; después comenzó a caer lentamente, primero robando un frasco de talco barato en «Mark and Spencers», luego haciendo el amor a un hombre casado en un hotelucho de West End, después los fines de semana en Brighton; más tarde el sometimiento a Sarling; y ahora la completa sumisión a uno de los hombres que estaba fuera. ¿Cómo había llegado a aquello? ¿A estar sentada allí, esperando para dejar entrar a la muerte? La muerte no, el asesinato. Cientos de titulares en los diarios, y párrafos leídos alguna vez flotaban en su memoria como una nube de pájaros, y el mismo interrogante del pasado volvía insistente a su memoria. «¿Cómo pueden hacerlo? ¿Cómo se llega a este punto?». Y ahora ella misma estaba en aquel punto y todavía no sabía cómo había llegado a él.

—Eso es todo. —Sarling terminó el dictado. Se inclinó hacia delante en la silla y puso los codos sobre el escritorio, apoyando la cara en la punta de los dedos, la estropeada piel estirada hacia arriba, estrechando los ojos.

—¿Quiere que lo pase a máquina ahora?

—No. Cuando volvamos a Londres, mañana.

—¿Mañana...?

—¿No te gusta trabajar los domingos?

—No, sabe que no me importa. Pero pensé que nos quedábamos aquí.

—Volvemos esta noche.

—Comprendo.

—¿Lo comprendes realmente, Belle?

—¿Quiere que le pida el auto?

—Dentro de un momento. Puedes conducir tú. Iremos a la City primero.

—Muy, bien. —Había un inesperado alivio en ella, pero no lo demostró en la voz. ¿Cuánto tiempo duraría el alivio? Los dos hombres que estaban fuera se irían, pero algún día volverían.

Sarling la miró en silencio con sus ojos arrugados, perturbándola, quizá preparándola para que dijera la verdad mediante un rápido ataque.

—¿Belle, hasta dónde han llegado Raikes y Berners con su plan de asesinarme?

—No sé de qué está hablando. —El nombre de Raikes fue la llave para una respuesta fácil e inmediata. De ella no saldría nada que pudiera perjudicar a Raikes. En una fracción de segundo, como el rápido resplandor del sol en un lejano espejo, su mente y su corazón se inundaron con las imágenes de él: sus dedos entre el pelo, su cuerpo cubriendo el de ella en la posesión, los brazos de ella rodeándolo, brindándole una protección que él podría no saber que necesitaba o que recibía; Raikes en ella con toda su pasión de dueño, pero sin deberle nada porque ella estaba allí, ocultándolo, queriéndolo y protegiéndolo, sabiendo que la protección también era una manera de pertenencia.

—Belle, te he preguntado hasta dónde han llegado.

—¿Le parece que me lo diría?

—Si quisiera tu ayuda, sí.

—No me la ha pedido... ¡y no la obtendría si me la hubiera pedido!

Sarling sonrió:

—Eso me pregunto... de cualquier manera, no importa. Raikes me quiere muerto, pero no puede tocarme mientras no tenga los registros y las fotocopias. —De pronto se echó hacia atrás, sosteniéndose con sus grandes manos velludas en los brazos del sillón y habló por encima de la cabeza de Belle, ignorándola, prescindiendo de ella. Su diálogo era con un hombre ausente... el hombre que estaba esperando fuera aunque no lo supiera, pero que estaba en aquella habitación real y amenazador; más aún, el gran antagonista, sintiendo que el desafío entre ellos le producía un extraño placer.

—He de morir, pero antes tiene que apoderarse de los registros y las fotocopias. Cumplido eso, sigue mi muerte. Pero necesito a Raikes y no lo dejaré libre hasta que me haya ayudado a hacer lo que quiero.

Sarling dejó que el sillón volviera a su posición natural y meneó la cabeza.

—No puedes engañarme, Belle. Lo proteges porque estás enamorada de él. Por eso esta noche me llevo las fotocopias de aquí. Irán a la caja fuerte de la oficina de la City hasta el lunes por la mañana, y luego al tesoro de un banco. Los registros tienen que estar a mano porque Raikes los necesitará pronto.

Hazlo, pensó Belle. ¡Por favor, hazlo, cierra la puerta y que no se produzca el asesinato! Ni siquiera Raikes y Berners podían abrir el tesoro de un banco, aunque Raikes trataría de hacerlo... Alguna autorización falsificada de Sarling. Pero aquello estaba muy lejos y apenas rozó su pensamiento.

Sarling se puso de pie:

—¿Le dijiste cómo funcionaban las cajas fuertes, aquí y en Park Street?

—Aunque me lo hubiera preguntado, ¿cómo podría decírselo? No lo sé. —Sentía cólera y eso disimulaba su engaño, mientras lo observaba moverse por la habitación. Tenía arrugada la espalda del batín de terciopelo debido al respaldo del sillón.

Se volvió hacia ella sonriendo, con una mueca siniestra que mostraba los dientes desiguales.

—Eres una chica inteligente. No tendrías más que observarme y detallar mis movimientos. Él lo descubriría. ¿Lo ha descubierto ya?

—No sé nada de lo que ha hecho.

—Mentirosa. Sabes todo respecto a él. Te posee y te gusta ser poseída, te alegra darle tu amor aunque nada le importas. Te ha convertido en una mujer estúpida, Belle. Te has enamorado de un hombre que, si tiene motivos, pensará en matarte de la misma manera que piensa en matarme a mí. De manera que —había cierta calidez en el tono casi paternalista con que redondeó la frase— tengo que protegerte. La próxima semana te envío a Norteamérica. A la oficina de Nueva York. Estarás allí seis meses. ¿Te gusta? Siempre te ha gustado Nueva York cuando lo has visitado.

—No me importa donde me envíe. Es privilegio suyo. Pero me duele que piense

que... bueno, que tengo algo que ver con una cosa como esa...

—¿Como qué, Belle?

—Como ayudar a ningún hombre a asesinarlo. Por el amor de Dios, ¿quién cree que soy?

Tranquilamente, apartándose de ella y dirigiéndose hacia la puerta de nogal que ocultaba el tesoro, respondió:

—Exactamente lo que eres. Una mujer deseando brindar su amor al primer hombre que le ofrece la oportunidad de liberarse. Deberías darme las gracias, Belle. El no te hubiera dado nada a cambio. Excepto quizá la muerte. Oh, sí, estoy seguro que ha pensado en matarte una vez que se libre de mí. Tendría que hacerlo. Es esa clase de hombre. No estaría satisfecho hasta no tener una completa seguridad para la vida que está planeando en Devon. ¿Nunca has pensado en eso, Belle?

Ella se puso de pie.

—No, nunca lo he pensado.

Dándole la espalda, abriendo la puerta de roble, Sarling continuó:

—Llama y diles que traigan el auto. Tú conducirás. Y es mejor que le hagas saber a Baines, en Park Street, que volvemos. Dile que llegaremos tarde. No necesita separarnos.

La puerta de roble estaba abierta. Belle se alejó, pasando por el escritorio hasta el teléfono que estaba en una pequeña mesa junto a la pared. Lo vio levantar su mano derecha y retirar la placa protectora de la puerta del tesoro. Luego levantar su mano izquierda y presionar el pulgar sobre la superficie pulida de la placa interior. Antes de que se corriera donde estaba la célula fotoeléctrica, el pequeño ojo preparado para dar la alarma, se volvió hacia ella y levantó el pulgar izquierdo sonriendo.

—Dile, cuando lo veas el lunes, que ya no soy una llave ambulante para que él la robe. Dentro de cuatro horas tendrá que asaltar el tesoro de un banco. Obsérvale la cara cuando se lo digas. No dejará traslucir ninguno de sus pensamientos. Pero sé lo que pensará: «¿Cómo podrá hacerse?». «¿Cómo?». Esa es la clase de hombre que es. Ese es el tipo de hombre que necesito.

Sarling se volvió e hizo retroceder la placa interior. Unos segundos más tarde, la puerta del tesoro volvió a deslizarse dentro de la pared de la derecha haciendo un ruido como el suspiro largo y lento de un viejo cansado.

Belle permaneció allí y lo observó entrar en la caja. A dos pasos de ella estaba la ventana del estudio. Todo lo que tenía que hacer era acercarse, correr las cortinas, abrir brevemente la ventana, detenerse de espaldas un instante, y luego dirigirse al teléfono y pedir el auto.

No puedo hacerlo, pensó. Ahora no puedo, porque Sarling está muy cerca de la verdad, muy en guardia. No lo hagas, Belle, no lo hagas. Raikes comprenderá, estará de acuerdo en que el riesgo es demasiado grande. Otra vez, otro sitio o quizá porque eso era lo que realmente deseaba ninguna otra vez, ni en ningún otro sitio. Jamás. Jamás pasar del plan y del deseo a la acción. Dos pequeños pasos hacia la ventana.



Eso era lo que le había pedido. No, no podía hacerlo. Ahora supo que jamás había pensado realmente en hacerlo. ¡No, no, no, no! La silenciosa protesta era vehemente mientras se dirigía a la ventana.

Los dos hombres permanecían en la oscuridad, silenciosos, inmóviles, absorbidos en su vigilancia. La confianza que tenían en el plan tantas veces ensayado era como un imán que los fijaba en la tierra húmeda. Podían oír, a sus espaldas, en los arbustos, el revoloteo intranquilo de los pájaros nocturnos, los estorninos agrupados buscando comodidad, los faisanes con los músculos tensos durante el sueño que mantenían las garras y las patas rígidas sobre la áspera corteza. De tanto en tanto se oía una lenta sacudida de plumas, para quitarse la silenciosa acumulación de gotas de humedad. Sobre sus cabezas, en lo alto, pasó un «jet» invisible a través de las nubes, planeando en busca de un aeródromo distante, silbando con alivio ante un viaje casi terminado. El reloj que tenía en el cerebro dijo a Raikes que deberían ser las nueve. Confirmándolo, desde el otro lado del parque y de los campos, oyó la campana del reloj de una iglesia que llegaba a través del aire cargado de humedad.

Hacía una hora que estaban allí parados sin hablar. Entre ellos no había necesidad de palabras. Se habían dicho todo lo que había que decir. Conocían la casa, el parque y la noche con la familiaridad de alguien que hubiera nacido allí. En la oscuridad lo que se veía más negro era el edificio de la casa, a unas cien yardas de distancia. Ni forma ni detalles visibles, pero podían dibujar de memoria cada uno de los trazos de las ventanas separadas por columnas, las cornisas desgastadas por el tiempo, el parapeto con pilastras y huecos, los pesados caños de plomo de los desagües eduardianos, las viejas y retorcidas ramas color ciruela de la planta trepadora que se adhería como una red sobre las paredes, llegando hasta el balcón del primer piso. Dormitorio principal, cuarto de baño, dormitorios de huéspedes, cuarto de baño, el vestíbulo bañado por la luz que entraba por una gran ventana, estudio... Sólo esperaban una clara señal de luz en el estudio para entrar en acción Berners a su lado, con hongo, abrigo, una bufanda de seda blanca puesta descuidadamente alrededor del cuello, la cara en sombras, bigote hirsuto, era la imagen de un Sarling familiar.

Hacia la derecha en la oscuridad, donde estaba la casa, cerca del techo se encendió una luz y una silueta se adelantó y corrió las cortinas. En el apartamento de servicio, alguna criada, sentándose en su cama, se quitaba los zapatos y buscaba con la mano una radio de transistores, los cigarrillos y el encendedor, para tumbarse a soñar con los ojos abiertos en alguna estrella fugaz. Cincuenta años antes, en el apartamento de servicio de Alverton, Mrs. Hamilton, en aquel entonces Jennie Jago, había soñado con Mr. Right y veinte años después lo sorprendió a él, Andrew, con una de las criadas, y la había dado una bofetada primero a ella y luego a él y después, en la intimidad de su cama con Hamilton, habría meneado la cabeza riéndose por lo bajo y diciendo: «El pequeño bastardo, sólo tiene trece años y ya está metido en el asunto. ¡Los hombres, sois todos iguales!».

Entonces, a través de la oscuridad, llegó la señal. Se corrieron las cortinas en el estudio, apareció un breve rayo de luz que se difundió y murió en la bruma, vieron el movimiento de una figura y de una mano que conocían y luego la figura se volvió de espaldas, una silueta momentáneamente inmóvil. En seguida las cortinas volvieron a correrse. La luz murió, dejando en la retina una sombra gris.

Tanteó en el bolsillo los guantes de algodón. Tocó a Berners y sin pronunciar una palabra comenzó a andar poniéndose los guantes, siempre por los canteros para evitar los senderos de grava hasta las últimas cuatro yardas frente a la casa. Estaba bastante cerca ahora para distinguir el volumen del arco de la gran ventana con columnas de la planta baja. Más allá de la ventana estaba el comedor. Podría haber hecho una lista de los muebles, plata, pinturas y cristalería que había adentro.

Se dirigió hacia la derecha de la ventana. Había grava hasta la pared misma, no había canteros de tierra removida que recogieran las huellas de los zapatos. El tronco principal de la planta trepadora tenía treinta centímetros de diámetro y al crecer se retorció como una culebra, y sus gruesas ramas laterales formaban como escalones muy adecuados para trepar. Subió, sintiendo las ramificaciones color ciruela, que parecían dedos artríticos, rozar su cara. Pasando sobre la balaustrada que corría delante de la ventana, quedó sobre el techo del balcón esperando a Berners, que lo seguía. Berners subió: los lentos movimientos de sus manos enguantadas semejaban un leve ectoplasma en la oscuridad. Permanecieron allí juntos e inmóviles durante un momento, dejando que la oscuridad de la noche los rodeara, paladeando da sensación de peligro, y luego comenzaron a andar por el techo. Las ventanas del dormitorio principal, del baño, habitación de huéspedes, la ventana del vestíbulo y un hilo de luz en el extremo de una de las ventanas del estudio. Las ventanas centrales tenían dos pies y medio de ancho y cuatro de alto. Una tenía el cerrojo de bronce corrido y estaba entreabierta.

Raikes puso un dedo bajo el marco de metal y abrió de par en par la ventana, entrando de golpe en la habitación, apartando la cortina a un lado, moviéndose con familiaridad, cegado durante un momento por las luces, recuperándose y viéndolo todo como en un cuadro vivo.

Belle estaba de pie junto a una revista, vuelta a medias hacia él, con una mano sostenía el teléfono, la cara pálida, paralizada de ansiedad, los labios entreabiertos. La puerta del otro extremo que daba al descansillo superior estaba cerrada, había papeles con notas manuscritas sobre el secante del escritorio, el pisapapeles esférico de alabastro, de un color leche grisácea, descansaba sobre el cuerpo rojo como un planeta muerto. Un gran vaso de azaleas color fuego alegraban un mueble de caoba próximo a la puerta de roble del cuarto del tesoro.

Oyó que Berners entraba detrás de él y luego sintió el roce de su manga al pasar a su lado, cruzando la habitación para cerrar con llave la puerta principal; era un Sarling en forma y apariencia que comenzaba a suplantar al verdadero Sarling.

Belle colgó y con la cabeza señaló el cuarto del tesoro. Raikes se cruzó hacia ella

y se encontró con Sarling que salía, llevando bajo el brazo una caja color verde del archivo. Raikes deslizó su brazo alrededor de los hombros de Sarling, sacando ventaja de su sorpresa, y lo apartó de la puerta haciéndolo entrar en la habitación.

—Si grita —dijo Raikes—, nadie lo oirá.

Como sin importarle, Sarling respondió:

—Sin duda sabe que esta habitación es a prueba de ruidos.

Berners, desde la puerta, dijo:

—Puedo decirle qué firma le hizo el trabajo y cuánto pagó. —Le quitó la caja a Sarling y la dejó sobre la mesa.

Belle dijo:

—Las fotocopias están en la caja. Las iba a llevar a Londres esta noche, a la caja fuerte de la oficina. Acabo de pedir que traigan el auto. Voy a conducirlo yo.

Sarling, con las nalgas apretadas contra el borde del escritorio, sin mostrar temor, aunque tenía miedo, miró a Belle diciendo:

—Mientras hablábamos... ¿sabías que estaban fuera?

—Sí.

Se encogió de hombros, y miró a Raikes diciendo con su grotesca sonrisa:

—Lo sirvió bien. Espero que la recompense de forma adecuada.

Raikes buscó en el bolsillo de su impermeable y sacó los guantes de cuero, tendiéndoselos a Sarling.

—Póngaselos.

—¿Tiene otro tesoro que abrir?

—Sabe que sí. Con cualquier borde afilado podría mutilarse el pulgar izquierdo.

—Había pensado en eso.

Sarling se puso los guantes y Raikes le ató las manos juntas por delante, afirmando la argolla pero sin dañar el cuero. Cuando Sarling muriera, no debía mostrar ninguna herida, ni la piel lastimada.

En el escritorio, con la caja verde entre las manos, Berners observó:

—Está cerrada.

—La llave está en mi bolsillo derecho.

Raikes buscó en el bolsillo del «fumoir» de Sarling y tendió la llave a Berners.

—Compruebe si están el suyo y el mío.

Berners abrió la caja y comenzó a examinar un montón de pequeños sobres, cada uno con un nombre escrito.

—También el mío —reclamó Belle.

Sarling rió.

—Se quedarán con él. Sólo estas cambiando de amos, Belle. Para ti no hay escapatoria.

Berners sacó un sobre del paquete y, sin mirarla, se lo tendió a Belle.

Sarling comentó:

—Pero todavía tienen el registro.

Los dedos de Belle deban vueltas al sobre mientras decía:

—¿No puede hacerse de otra manera? Andy... estoy segura de que ahora puedes llegar a un acuerdo con él.

Raikes ahogó una súbita cólera al oír el «Andy». ¡Qué estúpida mujer!

—Se han previsto todos los acuerdos.

Apartó a Sarling del escritorio, se quitó la cuerda que se había atado a la cintura para subir y comenzó a preparar un aparejo para Sarling, una especie de red para bajarlo en la oscuridad.

Berners comentó:

—Aquí están los nuestros.

—Coja todos. Póngalos en su portafolio. Deje la caja aquí. —Luego a Belle—. ¿Cuánto hace que pediste el auto?

—Ahora mismo.

—¿Dónde están su sombrero y su abrigo?

—En el dormitorio.

—Ve a buscarlos.

La observó irse por encima del hombro de Sarling. La vio cruzar la habitación con Berners, para abrir y volver a cerrar la puerta tras de ella. Ni Belle ni nadie despertaba en Andrew ningún sentimiento de compasión. Estaba actuando como siempre había actuado, atento únicamente al plan, sin que jamás surgiera el menor atisbo de sentimentalismo, ni nada que se mezclara con su yo íntimo. Quizá por eso lo de «Andy» le disgustaba tanto. Berners lo comprendería. Berners y él habían actuado antes de aquella manera. Sin duda, del mismo modo habrían actuado Sarling y Wurther.

Sacó el pañuelo de su bolsillo cuando Berners volvió de la puerta. Lo puso frente a Sarling:

—Esto es sólo hasta que lleguemos al auto.

Sarling asintió, casi con tristeza:

—Llegaron un poco antes de lo que esperaba.

Raikes dobló el pañuelo y lo aplicó sobre la boca de Sarling.

Se oyó un golpecito en la puerta. Berners la abrió. Entró Belle con el sombrero y el abrigo de Sarling. Se los dio a Berners y luego apagó la luz del cuarto del tesoro, cerrando la puerta.

Raikes dijo:

—Me voy. Écheme una mano para salir al techo.

Raikes pasó primero por la ventana, y luego con Berners ayudaron a Sarling. Lo llevaron al extremo del techo. Raikes bajó por la enredadera, y se quedó abajo mientras Berners descendía a Sarling. En el momento en que las piernas del hombre se balanceaban libremente, Raikes lo cogió por los tobillos. No quería que Sarling diera puntapiés a los lados tratando de romper los cristales de la ventana.

Sarling llegó a tierra, se balanceó y fue sujetado por Raikes. Berners dejó caer la

cuerda, el sombrero y el abrigo de Sarling al suelo. Raikes colocó sobre los hombros de Sarling el abrigo y le puso el sombrero. Envolvió la cuerda enlazada sobre su brazo, tomó a Sarling por el hombro y se internaron en la oscuridad.

Cruzaron el parque, desandando el camino andado por Raikes y Berners, bajo un grupo alto de pinos; las agujas muertas debajo de sus pies susurraban como las aguas de un lago tranquilo, cruzando una amplia extensión de un pastizal recién cortado, donde la oscuridad se vio momentáneamente agitada por el pánico de un puñado de ovejas, y luego a través de un matorral impregnado de olor de hojas mojadas, hasta un pequeño portón que daba a una carretera lateral. Raikes se quedó detrás del portón y desató la red de cuerdas que llevaba Sarling.

Esperaron, la humedad se asentaba sobre las ramas encima de ellos, el lento gotear del agua caía a tierra. Un auto pasó rápidamente por la carretera, sus faros platearon los parches de líquenes sobre el viejo portón frente a ellos. Marcando el tiempo en la oscuridad el distante sonido del reloj de la iglesia dio las diez. Estarían en Londres pasada la una de la mañana. Era una hora apropiada, no habría demasiado tránsito, ni amontonamiento de autos en los cruces donde ojos curiosos pudieran observar a los lados los otros autos y sus ocupantes.

Sarling tosió de pronto contra su mordaza, sus hombros se sacudieron en el espasmo. Raikes lo sostuvo y pensó... mañana, mañana.

Llegó un auto por la carretera, los faros disminuyeron su potencia, aminoró la marcha y se detuvo. Los faros se apagaron. Las luces laterales quedaron encendidas, iluminando pequeños conos de llovizna.

Atravesó con Sarling el portón. Berners descendió de la parte de detrás del auto y entraron a Sarling. Belle se sentó al volante mirando directamente hacia delante.

Raikes le dijo a Berners:

—Traiga el otro auto.

Sin pronunciar una palabra, Berners volvió a la carretera.

Belle conducía. Los limpiaparabrisas se movían lentamente, apartando la llovizna que a veces se hacía más intensa. Detrás de ella, mirando por el espejo retrovisor vio a Sarling, la boca sin mordaza, arrinconado en el asiento mirando fijamente hacia delante. A su lado, Raikes con el impermeable desabrochado, estaba reclinado tranquilamente, con un cigarrillo en la mano, pero el cuerpo tenso, alerta, su mente concentrada en el hombre que estaba a su lado. ¿Por qué habría ido a la ventana, descorrido la cortina y abierto? Otra Belle la había poseído, otra mujer, desconocida, ante quien había protestado, pero que siguió hacia delante, oyéndola sin prestarle atención.

Durante una hora había estado al volante y ninguno de los dos hombres que iban detrás había hablado después de los primeros segundos al subir al auto, cuando Raikes había advertido a Sarling que si hacía un movimiento para atraer la atención lo pondría contra el suelo cubierto con la manta del auto. Winchester había quedado

muy detrás y las luces del tránsito de una noche de sábado se hacían más espaciadas. Durante largos trechos la noche les pertenecía exclusivamente a ellos.

Desde el asiento de detrás, Sarling dijo con calma:

—Belle...

Ella le echó una mirada por el espejo retrovisor, luego volvió sus ojos a la carretera. Vio las indicaciones en el asfalto que brillaban anunciando una curva. Los neumáticos pasaron rítmicamente sobre ellas.

—¿Sí...?

—Te he dejado cincuenta mil libras en mi testamento.

—¿Y...?

—A ningún hombre le agrada morir. Sé que no sirve de nada hacer ninguna clase de arreglo con Raikes. Pero contigo podría ser distinto.

Raikes interpuso:

—Estaba preguntándome cuánto tiempo tardaría en hacer esto...

—Contigo, Belle, debería ser diferente. Necesito tu ayuda. Quizá en cierta forma me la debas. Si hubieras seguido por el camino que ibas, hubieses ido a parar a la cárcel.

—Tal vez.

En el espejo, fugazmente, vio a Sarling levantar una mano enguantada y frotarse el bigote, con la cara oculta en las profundas sombras bajo su sombrero.

—Lo que tienes que hacer, Belle, es tan simple. Por tu propio bien y por el mío. ¿No querrás verte mezclada en un asesinato?

Por supuesto que no quería, pero estaba mezclada. ¿Qué respuesta podía dar sentada allí, sin desear estar donde estaba, pero sabiendo dónde iba...? ¡Sólo deseando que aquella maldita noche terminara de una vez! Apretó los labios, concentrándose en la carretera para no pensar, no queriendo tener nada que ver con ninguno de los dos hombres que estaban detrás de ella, fijando su atención en los detalles de la carretera que aparecían desde la oscuridad a la luz de los faros: la protuberancia de un puente de ferrocarril, las pulidas y negras chapas del parapeto de hierro, cabezas y remaches medio plateadas por la luz, un largo trecho de línea blanca perdiéndose en el oscuro horizonte.

Raikes intervino con tranquilidad:

—Por supuesto que no quiere mezclarse en un asesinato. Tampoco yo. Pero ambos lo estamos... y usted nos ha metido en esto. Usted y Wurther hace tiempo, cuando comenzaron a coleccionar hombres y mujeres. Debía haber coleccionados viejos maestros, cualquier cosa... menos hombres y mujeres. —Emitió un gruñido de desprecio—. ¿Quiere que le diga a Belle cuál será su proposición? Te dará cien mil, Belle. Será lo primero que haga el lunes por la mañana. Tienes que sacar el auto de la carretera. Desobedecer una regla de tránsito en el momento en que llegemos a los suburbios. Patinar... destrozarse el auto... Chocarlo con un camión estacionado... Cualquiera de esas cosas... y él estará libre. —La voz continuó sin cólera, sin

levantar el tono, a un mismo nivel, sin la menor emoción—. Y el lunes por la mañana, Belle, serás rica. Te dará tu libertad. Lo primero que tendrás el lunes por la mañana será tu registro para agregar a las fotocopias. Si quisieras, podrías lograr mejores condiciones: doscientos mil. Meon Park... el mundo, Belle. Te ofrecerá todo lo que hayas soñado... el lunes por la mañana. Pero el lunes por la mañana sabrás exactamente dónde estarás, ¿no es cierto? Sentada frente a una máquina de escribir copiando los informes de su compañía. Y el lunes por la noche, para agregar miel a las hojuelas, irá a tu dormitorio y aunque no quieras abrirá tus piernas para poseerte. Sin embargo, si eso es lo que quieres, ¿quién puede detenerte?

Belle exclamó:

—¡Cállate! ¿Oyes? No quiero oír hablar más de mí.

Los hombres detrás de ella permanecieron en silencio.

Luego, mucho después, tanto que Belle tuvo que buscar en su mente la relación con la última conversación, Sarling dijo riendo:

—Tiene razón, por supuesto, Raikes. Le he ofrecido el mundo y adornado el trato... pero no tanto como imagina.

—Cállese y déjela en paz. Belle no puede conducir si la pone nerviosa.

Desde entonces Belle se convirtió en autómatas, siguiendo las reglas de aquel oscuro juego de asesinato, establecido entre ellos. Una y otra vez los oía hablar, pero sin escuchar. Deliberadamente cerró su mente a todo pensamiento de lo que vendría después. Llevaba a Sarling a Londres. Nada más. Irían al garage del fondo de la casa, Sarling subiría las escaleras hasta su dormitorio y por la mañana lo encontrarían muerto. Así sería para ella, y puesto que tenía que ser así, estaba convirtiéndolo en realidad en su mente. Sarling iba a morir durante el sueño.

Era la una menos veinte cuando el auto se detuvo frente a la puerta del garage. El viaje a través de Londres había sido tranquilo e ininterrumpido. Belle descendió, abrió las puertas y luego entró con el auto en el garage.

Cuando volvió a cerrar las puertas del garage, Berners, todavía con el abrigo y el sombrero a lo Sarling, surgió de las sombras y entró en el garage, trayendo en la mano la cesta de Raikes. Sin pronunciar una palabra cogió el portafolio de Andrew y le entregó la cesta.

Berners y Belle entraron en la casa. Una tenue luz piloto azul brillaba sobre la puerta que cerraron detrás de ellos. Raikes se volvió hacia Sarling, sacando el pañuelo de seda de su bolsillo. Antes de que comenzara a atarlo, Sarling dijo.

—¿No hay nada que pueda ofrecerle?

—Nada.

—Cualquier otro hombre hubiera dicho: «Lo siento, nada».

—Y cualquier otro hombre hubiera hecho un intento de gritar o huir.

—Lo hubiera hecho con cualquiera menos con usted. Está bien. Me resigno. No me resigno a morir, sino a su impiedad y a mi acierto al juzgarlo. Por eso debe dejarme hablar antes de ponerme esa mordaza. Va a quitarme la vida. Eso lo

convierte en mi deudor. ¿Sabe cómo tiene que compensarlo?

—No.

—De dos maneras. La primera, tal vez sea de poca importancia para mí. Un asunto sentimental. Si puede, encuentre una forma de evitar a Belle lo que se propone. Sin ella usted no estaría aquí. Sea bondadoso con ella, si puede. La gente como usted o como yo, le deben a la vida, aunque sólo sea eso, una buena acción. Déjela marcharse y hágalo por usted y por mí.

—¿Y la segunda? —No había verdadera curiosidad en su voz, solo era una pregunta simple, casi impaciente.

—Lo sabe. Ni siquiera se lo exijo, no estoy en condiciones de exigirle nada. Pero incluso usted lo hará. Sé que lo hará.

Raikes no respondió. Puso la mordaza sobre la boca de Sarling, sabiendo que en último momento Sarling podría gritar, que debía tomar precauciones ante cualquier posibilidad. Le hizo un nudo al pañuelo y aflojó el borde debajo de la nariz para que pudiera respirar.

Descendió del auto, subió la ventanilla del lado del conductor, comprobó que las otras estaban levantadas y luego se acercó a la portezuela de detrás. Sacó de dentro la cesta y de ella un envase plástico Z/93 GF 1. Destornilló el dispositivo del disparador y sostuvo el resorte presionado bajo su dedo, observando a Sarling, sabiendo que trataría de escapar, pero sin verlo como Sarling, sin pensar en él como Sarling sino como una persona cualquiera; una cosa sin importancia para él, excepto que era la última barrera entre él y la libertad. Sus ojos se encontraron con los de Sarling, algo ocultos por el sombrero. Vio moverse el cuerpo del hombre y sus manos atadas forcejear contra la cuerda, vio las locas sacudidas de su cabeza, que arrojó de pronto el sombrero, cómicamente, sobre las cejas. Raikes soltó el dispositivo y dejó caer el envase dentro de la cesta. Cerró la tapa, empujando ligeramente el centro para que entrara bien. Cerró la puerta de detrás poco antes de que el envase explotara suavemente.

Dando media vuelta se dirigió a la puerta interior, andando bajo la tenue luz azul, con la misma seguridad y decisión que hubiera tenido si el lugar hubiera estado oscuro. Sin mirar hacia detrás oprimió una llave en la pared que estaba junto a la puerta. Un extractor de aire comenzó a girar sobre la puerta del garage produciendo un zumbido constante. Atravesó la puerta y entró en la oscuridad de un pequeño vestíbulo posterior... oscuridad que estaba consignada en las fotografías hechas por Belle, en líneas y símbolos sobre papel blanco trazados por Berners, y en aquella misma oscuridad dio dos pasos sobre un felpudo de yute y luego se sentó en una silla, comprobando su posición con los dedos.

Se sentó y esperó. Y como no tenía curiosidad respecto a lo que estaban haciendo arriba Belle y Berners, ni a lo que ocurría en el garage con Sarling, porque antes se había sentado muchas veces y lo había imaginado hasta en los menores detalles, permitió que su mente se apartara de aquel lugar, dejando allí sólo su cuerpo y sus



sentidos atentos y preparados para la vigilia, mientras pasaba la larga espera de una hora hasta que el gas tóxico se deteriorara y descompusiera, hasta que perdiera estabilidad y persistencia. Y mientras su cuerpo esperaba, su mente volvió a Alverton, planeando tranquilamente la restauración del vivero abandonado.

Una hora después apareció Berners en las sombras y puso una mano sobre el hombro de Raikes.

—¿Y bien...? —Su palabra sólo fue un susurro.

—Baines vino a ver si Sarling deseaba algo. No vio más que mi espalda. Miss Vickers lo despidió.

Entraron en el garage y se dirigieron al auto, uno a cada lado y sin apresurarse abrieron las dos portezuelas de delante. Volvieron al vestíbulo, cerraron la puerta y esperaron otros quince minutos en la oscuridad, uno junto al otro, sin moverse, sin correr el menor riesgo gracias al detallado conocimiento que Berners había adquirido del GF 1, sin embargo confiando únicamente en ellos mismos para decidir los límites del peligro en aquella empresa.

Cuando volvieron, el garage únicamente olía a aceite y a gasolina. Sarling estaba hundido en el asiento de detrás. Lo levantaron, Raikes lo colocó sobre sus hombros y Berners pasó delante, llevando el sombrero de Sarling en la mano.

Pasaron de la oscuridad del vestíbulo a la oscuridad del pasillo y cruzaron el vestíbulo principal iluminado por una pequeña luz. Con el ruido de sus pisadas amortiguado por la alfombra en el tramo principal de la escalera, subieron al primer piso. Las dependencias de servicio estaban en la parte superior de la casa. Una vez arriba, entraron en el estudio por la primera puerta de la derecha, bajaron las cortinas, Berners cerró la puerta tras ellos y luego encendió la luz; la puerta de roble del tesoro estaba abierta.

Descargando a Sarling de su hombro, como si fuera una bolsa de maíz, Raikes lo levantó, frente a la puerta de acero del tesoro, sosteniéndolo desde detrás con las manos por debajo de los brazos. Berners corrió la placa protectora y luego tomó la mano izquierda de Sarling, le quitó el guante, alzó el brazo con cuidado y presionó el pulgar izquierdo contra la placa maestra.

Raikes retiró a Sarling, y la cabeza del hombre cayó sobre el hombro, el peso del pequeño cuerpo pudo ser fácilmente sostenido por sus manos. Berners corrió la placa maestra. No había ansiedad en Raikes mientras esperaba unos segundos para que el dispositivo aceptara los datos y trabajara. Desde el momento en que entró en Meon por la ventana, lo que hacía se había convertido en rutina mecánica, pasando de una pequeña operación a otra sin cometer un fallo.

La puerta se deslizó hacia un lado.

—Ayúdeme con él. Luego recoja los registros.

Berners se dirigió a la puerta y la abrió. Luego cogieron a Sarling entre los dos, lo llevaron por el estrecho tramo hasta el dormitorio y lo dejaron caer en su cama. Berners salió.

Belle se acercó desde las sombras más allá de la lámpara de la mesilla de noche al otro lado de la cama, se dirigió a la puerta del dormitorio y la cerró con llave. Cuando se volvió, vio que Raikes estaba inclinado sobre Sarling y empezaba a desnudarlo.

Raikes volvió a medias la cabeza, diciendo:

—Ayúdame...

—No puedo. No podría tocarlo.

Había borrado a Sarling de su mente. Aunque había dispuesto su pijama, su bata de cama y los calcetines para dormir que siempre usaba, lo había hecho para alguien sin nombre.

Tranquilamente Raikes insistió:

—Ven acá —se volvió y la acercó a la cama—. Míralo. No es nada. No es un hombre. Sólo es algo que tenemos que arreglar. —Con la mano derecha le cogió el mentón, los dedos firmes contra su piel, y la zamarreó un poco—. Puedes hacer cualquier cosa que te pida. Quítale los zapatos.

Él la soltó y ella se inclinó junto a la cama y comenzó a quitarle los zapatos a Sarling. Una hoja de roble mojada había quedado adherida a una de las suelas. Automáticamente la quitó de la suela y la puso en el bolsillo de su vestido donde la encontraría seca una semana después, convertida en crujientes fragmentos, desaparecida la savia y quedando únicamente el esqueleto de las venas.

Lo desnudaron, le pusieron el pijama y los calcetines y lo metieron entre las sábanas. Raikes lo acomodó arrugando las almohadas, el cuerpo de Sarling todavía se mostraba dócil bajo sus manos. En aquel momento volvió a su memoria una conversación con Berners en el Royal Automobile Club, sobre el enfriamiento del cuerpo y el «rigor mortis». Un cuerpo abrigado pierde calor a un promedio aproximado de dos grados y medio por hora en las primeras seis horas... el cuerpo de Sarling todavía estaba caliente al tacto, Raikes aún sentía la sensación de calor en sus hombros, donde lo había cargado. El «rigor mortis» empezaría a producirse cuando Baines viniera a despertarlo. Muerto durante el sueño. Hora: alrededor de la una de la madrugada. Todo natural, excepto la muerte misma y tal vez hasta aquella fuera natural para un hombre como aquel, que había querido manejar a él y a otros como si fueran marionetas. Cuando un hombre trata de dominar a otros corre sus propios riesgos.

Se volvió hacia Belle. Estaba arreglando las ropas como lo hubiera hecho el mismo Sarling si hubiera llegado tarde.

—Termina rápido —dijo Raikes—. Vete a la cama y toma tres pastillas para dormir. —Se acercó a ella que estaba de pie con la camisa de Sarling en las manos, quitando los gemelos de los puños como una autómatas, la rodeó con sus brazos y la besó. Los labios secos de él sobre los labios secos de ella. Se apartó, con una mano le acarició la mejilla, luego se fue.

Bajó y se dirigió al garage. Berners, sin bigotes, estaba esperándolo, llevando bajo el brazo un montón de carpetas rosas. Raikes sacó la cesta del auto, la abrió y

vio los fragmentos del envase plástico sobre el fondo, luego miró en la parte de detrás del auto, para comprobar que no quedaba nada. Con los guantes puestos cogió el contenido de un cenicero y lo echó en su pañuelo, las colillas y cenizas de tres cigarrillos que había fumado durante el viaje.

Pusieron las carpetas en la cesta. Berners salió del garage y Raikes se quedó para cerrar la puerta. Eran las tres menos cuarto. Cualquier hombre cruzando las caballerizas traseras por calles laterales llevando una cesta podría ser detenido por la policía. Berners fue a pie en busca de su auto; yendo solo no provocaría curiosidad ni despertaría sospechas aunque fuera detenido. Diez minutos después oyó llegar el automóvil. Salió, cerrando con suavidad la puerta automática detrás de él y recorrió cincuenta yardas hasta el auto, subió y se fueron. Sobre el asiento, junto a Raikes, estaba el portafolio con las fotocopias de Meon.

Pocos minutos después estaban en Mount Street. Berners subió llevando la cesta y el portafolio, y con la llave de Raikes entró en el apartamento. Raikes llevó el auto a su garage y cogió un taxi para volver. Los guantes de Sarling, la cuerda y las ligaduras quedaron en el auto cerrado con llave.

Berners estaba sentado en una silla con una copa en la mano. Raikes se sirvió un «whisky», medio vaso, y se sentó frente a él. Levantó el vaso hacia Berners, asintió con la cabeza y bebió. Permanecieron en silencio. La comunidad de intereses y la firmeza del sólido lazo de su asociación no requería palabras. Permanecieron sentados. Todo lo que necesitaban era la sensación de la presencia del uno junto al otro.

Después de un rato largo, Berners dijo:

—No sé lo que Sarling habrá pagado por el escritorio de Meon. Por las fotografías pense que era un Chippendale. Pero es una reproducción. Buena, pero una reproducción.

En Park Street, en su cama, Belle estaba mirando con los ojos abiertos la oscuridad, sabiendo que las píldoras para dormir no le servirían de nada.

DOMINGO POR LA MAÑANA, las ocho en punto y Berners sentado en un sillón con los pies sobre una banqueta, totalmente vestido y sin querer acostarse después de la noche pasada, satisfecho, insistiendo en permanecer sentado esperando el primer tren para volver a Brighton. Fuera, los ruidos habituales de una mañana de domingo en Londres. Tacones altos gruesos golpeando el pavimento con un ritmo más lento que los demás días, gente que vuelve de una misa o un servicio religioso temprano; un hombre silbando; el repentino sonar de la sirena de un barco en el Pool alejándose del muelle; una mujer llamando a su perro; el limpio rechinar de un vehículo repartidor de leche y el «clanc» de las botellas sacudiéndose dentro de las cestas de alambre, al subirlas por los escalones; el agudo sonido de un timbre de bicicleta... callada durante toda la semana, pero saliendo a relucir el domingo.

Desde el cuarto de baño llegó el ruido que hacía Raikes mientras se vestía. Entró en la habitación recién bañado y afeitado, alerta, fuerte, lleno de seguridad, sin orgullo ni vanidad. Cuatro horas de sueño le habían bastado, habían pasado sobre él como una marea, llevándose todo y sin dejar rastros del día anterior. Estaba de pie mirando a Berners. Vestía una camisa de «sport» recién planchada, pañuelo blanco de seda al cuello, pantalones de franela azul marino y unos mocasines que brillaban como caoba vieja, los ojos azules relucían vivaces, su pelo castaño claro se había oscurecido sobre las sienes por la humedad del baño. Raikes sabía, y también Berners, que por diferentes que fueran las apariencias y la diferencia de orígenes, eran hermanos. Ambos sabían que entre ellos había un vínculo más fuerte que el amor y carente de mezquindad.

—¿Café?

—Si hay...

—¿Tiene tiempo?

—Mi tren no sale hasta dentro de una hora, y de cualquier manera siempre hay otro.

Raikes entró en la cocina dejando la puerta abierta y comenzó a preparar las cosas para el café.

A través de la puerta abierta, comentó:

—Cuando veníamos en el auto, Sarling le dijo a Belle que le dejaba cincuenta mil libras. ¿Cree que es cierto eso?

—No. ¿Qué vamos a hacer con ella?

—Nada, todavía. Tiene que haber un intervalo prudente. La desaparición del jefe y de la secretaria en un breve espacio de tiempo podría despertar sospechas. Además hay unas cuantas cosas que quiero aclarar aquí y en otras partes, y voy a necesitarla.

—Bien; cuando llegue el momento, avíseme.

—Puedo hacerlo solo.

—No. Siempre hemos hecho las cosas juntos.

—No le hubiera gustado lo que Sarling quería que hiciéramos juntos.

—Podría haberme gustado hace cinco años.

Raikes se acercó hasta la puerta y lo miró sorprendido. Berners hizo un gesto con la cabeza indicando la mesa que tenía al lado. Las dos mitades del folleto de Cunard estaban aún allí.

—Anoche las encontré en la papelera. Algunas de sus anotaciones son interesantes.

—No las he leído. Quería que sacáramos del barco más de un millón de libras en barras de oro. Dijo que dos personas podían hacerlo con un mínimo de alboroto. ¡No me diga que realmente hubiera aceptado eso!

—He dicho que lo hubiera aceptado hace cinco años. Estaba pensando en eso mientras usted dormía. Me hubiera comprado una propiedad como la de Sarling sólo que en Francia. Un gran muro alrededor del parque, uno de esos castillos con techos de pizarra, lleno de muebles maravillosos, una habitación con las paredes tapizadas de cuero de un color castaño aterciopelado y repujado en oro viejo. Siempre he querido una cosa así desde que lo vi en alguna parte —sonrió—. Me hubiera amurallado con todo lo que me gusta.

Raikes sonrió y volvió a la cocina diciendo:

—A usted lo que le interesa son los objetos, las cosas, ¿no es así?

—Sí. Las cosas buenas, de calidad.

—¿Y respecto a los seres humanos?

—Todos tenemos nuestras locuras íntimas. Feliz el hombre que puede permitirse elegir su propio y lujoso asilo.

—Es mejor que tome café.

Raikes llegó con la bandeja, minuciosamente ordenada: la crema, el azúcar, las cucharillas de plata, la cafetera y tazas, y platos de porcelana.

—Usted también lo habría hecho —comentó Berners.

—¡Yo... no! Ni cinco ni diez años atrás. No estoy en esa línea.

—Sin embargo creo que lo hubiera hecho. El problema es que llegó a través de Sarling. Para que lo hiciese, tendría que haber sido suya la idea y suyo el desafío. No le gustan las cosas de segunda mano. Para Frampton, el plan únicamente tiene que surgir del mismo Frampton.

—Se trata de Raikes, no de Frampton.

—Frampton y Berners. Esas son las personas reales. Esta es la primera vez que me ha preparado café.

—Espero que esté bueno.

—No tan bueno como lo hace Angers. Sin embargo... —se estiró y cogió las dos mitades del folleto—. ¿Quiere conservar esto?

—No.

Berners tiró las mitades a la papelera.

Media hora después Berners se despedía. Desde la puerta dijo:

—Póngase en contacto conmigo por lo de Miss Vickers.

Belle llegó aquella tarde, a las seis y media. Él le cogió el sombrero y el abrigo, le preparó un trago y le encendió el cigarrillo, atendiéndola con suavidad, cada movimiento deliberadamente planeado porque sabía lo nerviosa que estaba; actuaba como un médico con una paciente acosada por temores injustificados.

—No quise llamar ni nada... tú sabes, podría haber sido indiscreto. En realidad, por supuesto —rió nerviosa— no fue tan espantoso como creí que sería. Pero cuando se sabe que va a suceder, se piensa o se cree que es una cosa evidente, que todo el mundo lo advierte, que hasta se refleja en su cara. Pero no es así, ¿verdad?

—¿Si la etiqueta de la botella dice «gin», no se te ocurre probarlo en la tienda? Tranquilízate y cuéntame lo que pasó.

Se sentó frente a ella, muy cerca, estiró una mano y la apoyó sobre la rodilla de Belle. La muchacha se inclinó hacia delante, deseando un contacto mayor; tenía el pelo caído a un lado de la cara, el espeso maquillaje de sus ojos era desigual cuando se miraba de cerca, como si se la estuviera viendo a través de una lente de aumento. La besó sabiendo que aquel era el momento álgido después de veinticuatro horas de tensión, que a partir de mañana ella comenzaría a adaptarse y a convertir en un hecho normal lo que había sido una rutina para él y para Berners, desde el momento en que atravesaron la ventana de Meon.

Ella se apartó de él y le dijo:

—Gracias, Andy.

—Quiero que me cuentes.

—Bueno. Baines lo encontró. Vino a buscarme. Yo no había dormido, tú lo sabes. Supongo que habré dormido algo, pero no del todo y estaba un poco dopada por las píldoras. De cualquier manera llamé a su médico. Eso fue espantoso, esperarlo y luego seguir esperando mientras él estaba en el dormitorio de Sarling. Salió al fin, y le tenía preparado café... y, Dios... todavía lo estoy oyendo... dijo que le había fallado el corazón. No era una cosa inesperada. Había tenido problemas con el corazón desde hacía unos años. Le pregunté si vendría más tarde. Se limitó a asentir... dijo que se ocuparía de todos los detalles, y que me pusiera en contacto con el abogado de Sarling y le informara de su muerte, lo mismo que a algunos de sus codirectores.

—¿No habló de un «post mórtem» o de algo por el estilo?

—No. Se sentó, extendió un certificado de defunción y me dijo que se lo entregara a sus abogados. Ni siquiera preguntó por sus parientes ni nada. En cierto sentido me dio rabia. Ha recibido cientos de libras de Sarling, pero no le importó su muerte y era como si diera por seguro que a mí tampoco me importaba.

—Probablemente le estropease su partida de «golf» de esta mañana en Wentworth.

—Quizá por eso me tocó el trasero cuando se fue. Una especie de compensación. Sí, lo hizo. Se quedó parado en la puerta y luego me plantó la mano en las nalgas.

¡Cristo!

Belle comenzó a reír y él no la interrumpió.

La muchacha guardó silencio, bebió un poco y continuó:

—Lo lamento. Contigo me olvido de todo. Pero no te he traicionado en ningún momento, te lo juro. ¿Lo hice bien? ¿Hasta en el auto, cuando comenzó a ofrecerme cosas?

—Lo hiciste maravillosamente.

—Me alegro.

Raikes se levantó y le sirvió otra copa. De pie junto a ella le dijo:

—Olvida a Sarling. Piensa en él como si no fuera nada más que un gran cero. Pronto saldrás de esa casa. Entre tanto tenemos cosas que hacer, que aclarar. En primer lugar olvida que oíste hablar de Berners. —Dejó caer la carpeta rosa con el informe de ella sobre su regazo—. Toma esto y hazlo desaparecer junto con las fotocopias. No lo he leído y no quiero leerlo.

—Aquí no hay nada respecto a mí, respecto a la que soy ahora. Nada de la Belle que tú conoces, Andy.

Era difícil aceptar sus palabras, pero Raikes no mostró señales de desagrado. Mientras esperaba que Belle volviera comprendió que su experiencia compartida en el asunto de Sarling le daría a Belle la sensación de una identificación más próxima y más cálida. Lo que de ninguna manera Raikes podía hacer era dejarla sentir o entrever que deseaba verla lejos de él lo antes posible, eliminarla de sus pensamientos y de su vida.

—¿Hasta cuándo se pagó el alquiler de este apartamento?

—Hasta fines de mayo.

—Todavía no hay necesidad de hacer nada respecto a eso. Me quedaré aquí hasta después del funeral. Luego tengo que volver a Devon, pero regresaré. Tengo que encontrar la forma de quitarme de encima esos envases plásticos. No puedo tirarlos al agua, son demasiado peligrosos. Pero no los quiero en el garage ni un momento más de lo necesario. Con todo, ese es mi problema. Y tú, ¿no podrías quedarte a dormir aquí?

—Puede ser, pero no esta noche ni las siguientes. Quiero saber lo que está sucediendo en Park Street. Pero por supuesto, siempre puedo venir a verte, Andy.

—Será mejor que lo hagas —le sonrió, acariciándole la nuca—. También hay que ocuparse del auto. Será mejor que lo conservemos hasta que haga desaparecer los envases. Entonces podemos devolverlo junto con el garage. Deshacernos de todo lo que ha tenido conexión con él. ¡Dios, cuánto me alegro de haberme librado de Sarling!

Se dirigió al bar a prepararse un trago. Al volver la vio observándolo, y advirtió que se aproximaba aquello que, desde la primera luz de aquella mañana, cuando Belle había despertado de su semisueño drogado, había estado agazapado en su mente, apenas sumergido entre los miedos, y que ahora, disipados aquellos miedos, afloraría

reclamando su atención. Sabiendo que tenía que afrontarlo la invitó a hablar:

—¿Qué te pasa?

—Sabes lo que me pasa.

—¿Sí...? —Ahora que había empezado no le ofrecía ayuda.

—Sí, te has librado de él. Estás satisfecho porque te has librado de él. Pero... ¿y yo, Andy? ¿También te vas a librar de mí y vas a estar alegre?

Andrew meneó la cabeza, sonriente, lleno de una comprensión y simpatía amplia y cálida, la abrazó y después de que una cantidad de recuerdos pasaron por su mente como en un caleidoscopio, le dijo con tranquilidad:

—Dos personas no pasan por este tipo de experiencia juntas y luego se dicen cortésmente adiós. Sean cual sean nuestras circunstancias individuales... cualquiera que sean las obligaciones que tengamos con otras personas, por muy difícil que nos resulte en el futuro, tú y yo no podemos evitar lo que sentimos el uno por el otro, ni lo que hemos hecho juntos. No tenemos que usar palabras respecto a eso... —Pero las estaba ensartando como cuentas y amuletos y talismanes contra los temores de ella, ofreciéndoselas como un presente barato y tomando en cambio la rica generosidad de ella, exactamente valuada y pesada en su favor en una balanza especial—. Sabemos lo que somos uno para otro. Por el momento es lo que importa.

La atrajo hacia él, sin darle oportunidad de hablar, y lo hizo con un impulso sincero, más allá de las palabras, porque el entendimiento entre un hombre y una mujer tiene que terminar con la ceremonia ritual y silenciosa del amor, el contacto y las caricias. La besó, mientras el peso de ella se desmayaba en sus brazos, y la llevó al dormitorio, la desnudó sin decir una palabra, se quitó la ropa y la amó; participaba tan intensamente de su propio engaño que él también estuvo engañado mientras duró y cuando ella quedó exhausta en sus brazos, acurrucada contra él, continuó en su propio engaño, fascinado y de pronto asombrado de que el amor, aunque siempre estuviera fuera de su alcance, llegara a algunos hombres y mujeres sin pensarlo, sin proponérselo.

El martes siguiente «The Times» publicó un artículo necrológico a dos columnas de media página sobre Joseph Sarling. El mismo día en que Raikes fue a su garage y trasladó los envases plásticos del cajón de madera a una caja grande de cartón. Quedaban treinta y ocho envases. Envolvió el cajón en una manta y se dirigió en el auto a Epping Forest y lo arrojó detrás de algunos arbustos, donde cuatro días después lo encontraron dos muchachos que lo llevaron a su casa y construyeron con él una conejera. Fue el mismo día que Belle llegó al apartamento mientras él estaba fuera y lo arregló, poniendo sábanas limpias en la cama y llenando la despensa de provisiones. En la papelería a medio llenar encontró el folleto de Cunard, rasgado. Al sacarlo advirtió las dos páginas de notas escritas por Sarling. Este comenzaba a entrar en un cómodo olvido. Su muerte fue aceptada en Park Street, en la City y en la prensa. Hacía dos días que lo habían cremado. De pronto, Belle sintió curiosidad por



el folleto. Lo reconstruyó, como también las notas de Sarling, con cinta adhesiva transparente y los puso en la mesilla de noche junto a su cama, debajo de algunas revistas, para leerlo después. Media hora más tarde, cuando Raikes entró, se había olvidado del folleto. Fue aquel día, el primero desde la muerte de Sarling en que ella se quedó toda la noche con Raikes.

A la mañana siguiente Andrew tomó el primer tren para Tauton, recogió su auto y se dirigió a Londres, llegando de noche, tarde. Al día siguiente era el funeral de Sarling y Belle estuvo presente. Andrew permaneció todo el día en el apartamento, telefoneó a Berners para comunicarle las novedades y le dijo que durante los quince días siguientes podía ponerse en contacto con él a través de Belle. Llenó una maleta con su ropa y otra con los registros y fotocopias de Sarling. La calefacción central en Devon estaba alimentada por una antigua caldera a carbón de coque, y pensaba quemar todo allí.

Belle volvió a la seis. Vestía un traje negro y un pequeño sombrero blanco y negro, la pintura de sus labios lo mismo que su cara era muy pálida seguramente por respeto a Sarling. El pelo estaba peinado hacia detrás, recogido en la nuca con una severidad que la hacía distinta, la convertía casi en una extraña, y a Andrew le agradó mucho el cambio. Quitándole sus «supongo», «pienso que...» y «algo así como», remodelada así, en pocas semanas podría alternar fácilmente con el tipo de gente que frecuentaba Mary. Tenía una cierta calidad, el problema era que rara vez la ponía en evidencia. La besó y abrazó. Cuando viajara, mañana tendría que pensar en ella. Sabía demasiadas cosas respecto a él. Trazar un plan para eliminarla sería más fácil que eliminar a Sarling. Pero el instante mismo de la ejecución sería mucho más duro. A Sarling lo había odiado. Aquella muchacha a veces lo atraía, hasta le gustaba... casi la necesitaba...

—Uno de los albaceas me habló después del funeral. Quiero decir, sobre el testamento. ¿Qué crees tú?

—Creo que en el auto, Sarling exageró.

—No demasiado. Me dejó veinte mil libras... Pero... estaba pensando. No debería cogerlas.

—No seas tonta. No fue un regalo. Has ganado hasta el último penique.

—Quiere que me quede allí durante uno o dos meses para aclarar las cosas... aparentemente va a tardar años. También hay algunos familiares. Conocí a uno de los hermanos de Sarling. No se parece en lo más mínimo a él, es un hombre grande, con aspecto saludable, del tipo de un granjero.

—Debe serlo. Sarling era un enclenque. El más débil de la camada.

—¿El más débil?

Raikes rio y reteniéndola, le puso una mano en el seno:

—El más débil de los lechones. Siempre empujado a puntapiés por los demás, a un extremo de la madre donde la leche escasea.

Andrew se dirigió al bar para preparar una bebida y a sus espaldas, Belle

comentó:

—Los funerales perturban bastante, ¿no es cierto? Es curioso, sigo pensando que debía sentirme culpable... un poco impresionada por lo que hicimos. Y así me sentí durante un rato aquella primera noche. Pero ahora, no... ya no puedo sentir nada.

Él se volvió:

—No tienes por qué sentir nada. Sarling no es más que un puñado de cenizas.

Al día siguiente se dirigió en el automóvil hasta Devon. Antes de llegar a Salisbury había imaginado, salvo algunos pequeños detalles, una forma de librarse de Belle. Los detalles podían esperar. Tendría que dejar pasar unas semanas antes de que pudiera hacerse algo. Cuando llegó a su casa, llevó la caja de cartón con los envases plásticos a la bodega del sótano y cerró la puerta con llave. Nadie entraba allí, sólo él. Después de comer, cuando Mrs. Hamilton se había ido, sacó las carpetas rosas y las revisó. Una o dos veces mientras las leía, tuvo la tentación de conservarlas, de guardarlas en su caja fuerte por si alguna vez en el futuro las necesitaba. Pero finalmente las llevó abajo a la caldera y las quemó, revolviendo las llamas con un hierro hasta que todo fue rescoldos y cenizas. Ahora faltaba deshacerse de los envases plásticos. Eso significaba un viaje a los páramos para encontrar un lugar seguro.

Al día siguiente guardó seis envases en los bolsillos de su abrigo y se dirigió al páramo. No iba a arriesgarse llevando la caja de cartón llena de envases en su auto. Podría suceder cualquier cosa. Un accidente provocado por otras personas... envases desparramados por la carretera... por más que las posibilidades fueran una entre mil, no iba a exponerse. Tampoco iría al mismo lugar todas las veces para hacer explotar los envases. Los granjeros, pastores, policía ribereña, o cazadores que vuelven tarde de una reunión, tenían ojos penetrantes y muchos lo conocían y cualquiera sentiría curiosidad, pues en el mes de enero no debían haber turistas en los páramos. Durante la semana encontraría distintos lugares para deshacerse de todos, por tandas. Eligió un amplio trecho de ladera, examinó los alrededores con sus prismáticos y luego hizo explotar los seis envases retrocediendo en contra del viento unas cincuenta yardas entre uno y otro. Eran las últimas horas de la tarde, la luz comenzaba a desaparecer de un cielo alto, sin nubes, el neto perfil redondeado de los páramos se recortaba contra el color granate, rojo y amarillo del horizonte hacia el poniente. Un gavilán llegó volando, bajó cerca de la colina, se levantó, revoloteó escudriñando el terreno que quedaba entre él y el último envase arrojado. Andrew esperó con un envase en la mano, observando el ritmo de las alas y la cabeza baja del pájaro hasta que se alejó a favor del viento. Arrojó el envase, dio media vuelta y oyó la suave explosión, un «plock» débil contra el viento sobre el brezal.

En aquel momento, mientras Raikes volvía su cara al viento y comenzaba a andar por el brezal y por el duro césped de las laderas hasta su auto, Mary Warburton estaba

sentada en su dormitorio, pocos minutos después de haber vuelto de hacer unas compras en Exeter, sosteniendo en la mano una carta que le había llegado por correo durante la tarde. El contenido de la carta le había planteado un problema que desde hacía tiempo sospechaba que existía. Abandonó su dormitorio y bajó las escaleras hasta el teléfono.

Y también en aquel mismo momento, un hombre estaba sentado en una habitación en París. Acaba de leer la nota necrológica de Sarling en «The Times». Era un hombre de más de mediana edad, pelo rubio, canas sobre las sienes, cara larga, repulsiva, la nariz de gancho le daba cierto parecido con Wellington. Puso el diario sobre la mesa y se quedó mirando a través de la ventana sin cortinas al Sena que corría allá abajo. La claridad del día casi se había apagado en el cielo y las luces que se extendían a lo largo del río parecían formar un collar de cuentas amarillas. Un grupo de barcazas se deslizaban río abajo hacia el Pont de L'Alma. Apretó el botón negro de su intercomunicador.

Una voz de mujer respondió:

—¿Señor?

—¿Tiene un registro sobre Applegate?

—Es un registro de Londres, señor. Pero tenemos una copia.

—Envíemela. También quiero hacer una llamada a Benson.

Desconectó el interlocutor antes de que la muchacha pudiera responderle y volvió a los diarios sobre su escritorio.

Raikes y Mary habían comido juntos. Mrs. Hamilton se había ido y Mary se quedaba a pasar la noche. Los leños de abedul en el fuego se encendieron y formaron una espesa llama amarilla y azul, con pequeñas erupciones de humo que brotaban de la corteza plateada.

Raikes dejó a un lado el ejemplar de «The Field» y se acomodó en su cómodo sillón. Casi había olvidado a Mary, estaba recordando un arroyo blancuzco en Hampshire y la forma suave en que una trucha se apoderó de una crisálida, corriente arriba.

Mary dijo:

—Doy un penique por saber lo que estás pensando.

Él volvió de su ensoñación y sonrió.

—No te gustará saberlo.

—Haz la prueba.

—Estaba pensando en un pez.

—Oh, Andy... —rio.

Él también se rio y en la tranquilidad en que estaban se preguntó por qué el «Andy» dicho por ella eran tan diferente. Mary estaba recostada en su sillón, con las piernas enfundadas en unos pantalones rojos, encogidas sobre una pequeña banqueta, con un «jumper» de lana angora amarillo verdoso. Andrew pensó que era

precisamente del color de un pezón azulado. Ella deslizó las manos hacia detrás por los lados de su cuello, a través de su pelo que caía suelto e hizo con la cabeza un pequeño movimiento. Era un movimiento que él conocía muy bien, la había vista hacerlo allí en aquella sala y arriba en la cama cuando habían terminado de hacer el amor, cuando él se separaba de ella; ese movimiento familiar de sus manos seguido por la flexión de los brazos y hombros desnudos. Andrew cogió la caja de cigarrillos y le ofreció uno, y cuando ella negó con la cabeza, tomó un cigarrillo para él.

Mary lo observó encenderlo, la mano morena firme sosteniendo el encendedor, la llama quieta en el aire quieto de la habitación. No decírselo, pensó, sería un engaño.

Y porque era directa, porque no era ese tipo de personas que tratan de sacar una conversación, decidió (aun antes de bajar de su habitación al teléfono para decirle que vendría a comer y a pasar la noche) que el momento adecuado sería después de comer, después del brandy, cuando estaba próximo el momento de irse a la cama. Se lo diría sin rodeos, sabiendo que el amor de ella por él era de una naturaleza distinta del amor de él por ella; el amor de él, basado en tantas cosas periféricas, como Alverton, una esposa y familia, una tradición Raikes, y el de ella un amor despojado de todo lo que no fuera él, deseo de él y también aquel otro deseo de darle todo lo que Andrew quería.

De manera que llanamente se lanzó al tema, pensando: Dios, espero que no salga mal y sobre todo espero no llorar, ni llanto ni lágrimas, porque eso hace que un hombre prometa algo y a la mañana siguiente se arrepienta.

—Andy, hay algo que quiero decirte.

—¿Sí...?

La sonrisa perezosa, sin sospecha alguna, lo hacía aún más difícil.

—¿Sabes una cosa? Durante los últimos seis meses no he utilizado el dispositivo ni he tomado la píldora —cosa que había estado haciendo para evitar riesgos.

Él se incorporó de golpe:

—Diablos. ¿No es peligroso?

—¿Te hubiera importado si hubiese pasado algo? Podríamos casarnos y que Alverton esperara.

—Supongo que sí. Pero esa no es la forma en que lo planeé. De cualquier manera, ¿por qué lo hiciste?

—Porque quería saber si podía tener un hijo. —Siguió hablando de prisa—. ¿Sabes cuántas veces hemos estado juntos en estos seis meses? Por supuesto tú no lo sabes, pero yo sí, con exactitud. Treinta y siete. Y no ha sucedido nada.

—Tampoco prueba nada. Los Bostock estuvieron cinco años casados y luego adoptaron un niño y dos meses después ella se quedó embarazada.

—No me interesan los Bostock ni las intimidades de nadie. Estoy pensando en nosotros. Quizá más en ti, porque sé cuánto significa para ti tener hijos. Y el hecho simplemente es que es muy probable que jamás los tenga. Bien, ya te lo dije.

Ella apretó la boca, dominándose. ¡Por amor de Dios, no te pongas sensiblera!

¡Hay que afrontar la realidad! Buscó en el bolsillo de su pantalón, advirtiendo que los ojos de él seguían cada movimiento que hacía y sacó la carta.

—Lee esto.

Andrew cogió la carta, la desdobló, la dio la vuelta, observó el dorso en blanco como pensando que cualquier retraso en leerla sería beneficioso.

—Es de un ginecólogo en Plymouth —le oyó decir a Mary—. Nos conoce desde hace años...

El informe hecho a máquina decía:

«Con referencia a su visita de la semana pasada a mi consultorio para un examen interno con motivo de su próxima boda: Recordará que estuvimos bastante preocupados por su apendicitis hace seis años. Como se lo expliqué a sus padres, tenía entonces un absceso pélvico bastante voluminoso que debía ser eliminado. En el momento de la operación de apéndice también debieron sacarle el ovario derecho y una gran parte del tubo de Falopio derecho. También estaba afectado el izquierdo...».

«Me temo que esta fue una medida extrema que tenía que hacerse para seguridad de su propia vida. Aunque lamento tener que decirle esto, debo hacerlo puesto que me lo ha preguntado. En mi opinión las posibilidades de que se quede embarazada por concepción normal son remotas...».

Andrew bajó la carta hasta sus rodillas, mirando a Mary. Podía advertir que estaba al borde de las lágrimas, pero luchando por retenerlas. Se sintió invadido de compasión por ella, compasión que en parte lo incluía a él mismo, y lleno de admiración por su honestidad pensó, como si fuera un testigo extraño en la habitación: Si supiera lo que es amor y realmente la amara no me hubiera importado nada. En voz alta dijo:

—¿Tus padres nunca te hablaron de esto?

—Sólo vagamente. Apenas había salido del colegio. En cierta forma no quedaron huellas en mí, o tal vez no quisieron que me impresionara.

Le devolvió la carta, diciendo:

—No es absolutamente seguro.

—¿Tiene que serlo?

—¿Dónde quieres llegar?

—Andy, tú sabes y yo sé cómo sentimos uno respecto al otro. Seamos sinceros... Lo importante para ti es Alverton y la familia Raikes. Quieres una mujer que te llene la casa de niños. Posiblemente yo no pueda hacerlo.

—Bien, será un riesgo que tendremos que correr, ¿no es cierto?

Él se levantó y se acercó a ella arrodillándose a su lado, cogiéndola de la mano.

—¿Crees? Sé cuanto significan los hijos para ti. No creo que sea un riesgo que pueda pedirte que corras.

—¿Qué tipo de hombre crees que soy? ¿Un tratante de sangre, que anda por ahí eligiendo la mejor yegua para procrear? ¿Creés que la primera vez que nos amamos en los páramos pensaba en eso?

—No, creo que no. Entonces no pensabas en el futuro. Pero ahora el futuro está ahí, con toda claridad. Alverton, hijos, un par de niños yendo a Blundell, donde han ido todos los hombres de la familia Raikes... ¿Crees que no la sé? ¿Crees que no sé

lo qué piensas cuando estás en el río? Te estás imaginando con un hijo, enseñándole las cosas sobre el río y el campo que tu padre te enseñó a ti.

—De acuerdo, pero si no ha de haber un hijo, no lo habrá y se terminó. Te he pedido que te cases conmigo y tú aceptaste. ¿Y qué piensas que voy a decir porque me has mostrado esto? —Sacudió la carta que estaba en el regazo de ella—. ¿Lo lamento, pero debo comprar otra yegua? ¡Mary, por amor de Dios!

—No, no espero que lo digas. Ahora, no. Pero sé lo que vas a sentir más adelante. No podrás evitarlo. Por eso quiero que sepas que no voy a obligarte a nada, Andy. A nada.

—¡No seas tonta! —Se puso de pie y la atrajo hacia sí, abrazándola—. ¿Crees que me importa lo que dice un maldito médico? Médicos, abogados... ¡Esos profesionales... no saben nada!

La retuvo apretada, besándola los ojos, sabiendo cuánto le había costado decirlo, conociendo sus temores y sabiendo que tenía que desvanecerlos, pero sabiendo también que ella tenía razón, que lo que más anhelaba era tener hijos, sus propios hijos, niños con la sangre de Raikes en las venas.

Ella apartó la cara. Los brazos de él todavía la rodeaban, y la miró de frente:

—Has sido bueno, Andy. Pero lo sostengo. Tú sabes que soy sincera... y lo que es más, no quiero que me hagas promesas ahora.

—Y yo no quiero oír hablar más de esto. Ni una palabra. Te lo vas a quitar de la cabeza y lo mismo haré yo.

Mucho después, en la cama, en la oscuridad, pasado su momento de amor él supo que no había manera de apartarlo de su mente. La conversación podía ser controlada pero sus pensamientos no, y en la oscuridad, con Mary caliente a su lado, era difícil quitarse de la cabeza una amarga protesta. Durante años había trabajado, corrido cien riesgos, para poder volver y comprar Alverton y llevar a su esposa a vivir allí. Pero ahora parecía, en el silencioso desorden de sus pensamientos nocturnos, que había algo allá que lo rechazaba, que deseaba impedir que volviera, que quería romper la continuidad familiar que tanto significaba para él. Había vuelto una vez, sólo para ser citado por Sarling. Se había librado de eso y volvió otra vez. A Sarling había podido manejarlo, pero Mary era una cosa distinta. Contra su sinceridad, sabiendo el dolor que significaba su ofrecimiento de liberarlo, al menos por el momento, no tenía armas que estuviera dispuesto a utilizar. Hubiera sido cien veces mejor si Mary fuera menos sincera, si hubiera guardado sus dudas para ella misma, si no hubiera ido nunca al médico de Plymouth. De aquella manera él no hubiera tenido la responsabilidad de tomar una decisión. Hubieran pasado los años hasta que el asunto se pusiera en evidencia... ¿y entonces? ¿Qué habría hecho él? ¡Sólo Dios lo sabía! Lo único que Andrew sabía era que, si no podía volver a Alverton según sus propios proyectos, prefería no volver... ¿Por qué era tan importante para él volver a Alverton y tener hijos? ¿Acaso tenía miedo de algo y sabía que en Alverton podía ocultarlo y olvidarlo? ¿Sería verdad que él era realmente Frampton y no Raikes? ¿Sería verdad

que lo que había hecho con Berners no había sido para pagar una deuda por la vida de su padre, ni para establecerse en Alverton a restaurar el nombre de Raikes, sino porque estaba en su naturaleza hacerlo? ¿Qué aquel tiempo en que había añorado y trabajado por una vida bucólica y segura había estado negando su verdadero impulso..., disfrazando aquella terrible compulsión que vive dentro de algunos hombres para desafiar los convencionalismos y jugarse ellos mismos y su inteligencia contra una sociedad, porque esa sociedad no tenía una verdadera felicidad que ofrecerle?

ANTES DE BAÑARSE Belle había lavado alguna ropa interior, bragas y medias, y la había tendido en un cordón de nylon que había en el baño. Ya bañada se puso talco, y el camisón. Desde su dormitorio llegaba el sonido de la radio que mantenía encendida de noche para que le hiciera compañía cuando estaba sola. Sacó la bata de detrás de la puerta y entró en el dormitorio, tirando la bata a los pies de la cama. Cruzaba la habitación para apagar la luz principal, cuando se abrió la puerta.

Se abrió con un movimiento suave y regular, pero no obstante Belle dio un salto asustada, el corazón le latía con violencia y lanzó un pequeño grito.

La mujer que estaba junto a la puerta dijo con suavidad:

—Lo lamento. No quería asustarla.

Belle no respondió, pero permaneció de pie allí, luchando por recuperar el aliento.

La mujer continuó:

—No se preocupe. Nadie va a hacerle daño. Póngase la bata y salgamos de la habitación.

—¿Quién es? ¿Qué está haciendo aquí? ¿Cómo entró?

La mujer sonrió.

—¡Cuántas preguntas! Pero ya tendrá las respuestas. Póngase algo encima y venga.

Con los ojos fijos en la mujer, Belle recogió la bata. Debí haber gritado, pensó. ¿Por qué no grité? Alguien me habría oído... La mujer la observaba con una sonrisa agradable en la cara. Era baja, muy delgada, vestía un traje a cuadros blanco y negro y llevaba gafas con una montura que subía en las puntas como pequeñas orejas; una mujer pequeña, morena, agradable, de unos treinta y tantos años. La mujer dijo:

—Iba a tocar el timbre, pero él me explicó que usted podría no contestar. De manera que entramos, lamento haberla asustado. Yo en su lugar hubiera gritado. Me llamo Ethel Saunders. Y él es Benson. John Benson.

Se adelantó como si hubieran sido amigas desde hacía años, cogió el cinturón de la bata y lo ató alrededor de la cintura de Belle y luego le puso una mano en el hombro y la empujó con suavidad hacia la sala.

Había un hombre de pie mirando el cuadro de los caballos. Se volvió y sonrió a Belle, haciendo un gesto con la cabeza indicando el cuadro:

—Cierta vez vi un rodeo. Es un cuadro bastante malo. Espero que nos perdone por entrar sin anunciarnos, Miss Vickers.

Algo recuperada, Belle respondió:

—En realidad, esta no es manera de comportarse. De cualquier modo, ¿qué quieren?

—Hacerle algunas preguntas —respondió Ethel Saunders—. Trataremos de ser justos y contestar algunas de las tuyas, y luego usted responderá a las nuestras. Pero será más fácil si nos sentamos. —Estiró la mano, invitando a Belle a sentarse.



El hombre dijo:

—Soy Benson y ésta es Miss Saunders, mi secretaria por el momento. No deseábamos decir nada más respecto a nosotros. Abrimos la puerta con esto. —Sacó un puñado de llaves. Belle vislumbró un puño blanco inmaculado, un gemelo de oro y una sonrisa que apenas ensombrecía la oscura piel de su cara. Era un hombre alto, limpio, parsimonioso, seguro de sí mismo... parecía extranjero... quizá, pensó Belle, demasiada brillantina en su pelo rubio oscuro. Oh, Dios, ¿qué tenía que ver aquello con lo que sucedía en aquel momento? ¿Qué hacían esos dos allí? De pronto, el impacto que le habían producido, el miedo ante la aparición de la mujer se desvaneció, pero otro miedo ocupó su lugar. Oh, Cristo, ¿qué ocurría?

Quizá el hombre leyera su pensamiento porque indicó a Miss Saunders:

—Sírvale un «brandy». Es bueno para los nervios.

—No, gracias —dijo Belle. Si bebía algo en aquel momento se descompondría.

—Como quiera. Hablemos, entonces.

Estúpidamente, Belle preguntó:

—No van a robar nada, ¿verdad? Quiero decir que aquí no hay nada que pueda interesarles.

Ambos rieron.

—Hemos venido únicamente a hacerle algunas preguntas —respondió Benson—. Preguntas ordinarias, simples. ¿Usted es Belle Vickers?

—Sí, pero...

—No, no... ya le llegará el turno. Miss Belle Vickers. Pero en la puerta hay una tarjeta que dice «Mr. y Mrs. Vickers».

—¿Y qué importa? —Aunque su miedo no disminuía, comenzaba a recuperar el coraje. Por lo menos no iban a robar nada ni a mostrarse violentos.

—De manera que comprendemos perfectamente. Mr. y Mrs. Vickers, pero no a los ojos de la ley. Después de todo, ¿a quién le importa? ¿Dónde está Mr. Vickers?

—Fuera.

—¿Dónde?

—No lo sé. Viajando. Eso es lo que hace... viaja. Para una firma, quiero decir.

—Comprendo. —Benson asintió con la cabeza. Luego se volvió a Miss Saunders—. Ethel, eche un vistazo. Registre todo. Comience con el dormitorio de Mr. Vickers.

Belle protestó:

—Eso no me gusta.

—No se preocupe —respondió Miss Saunders—. No voy a llevarme nada. Y no desordenaré nada. —Se dirigió a la puerta del dormitorio.

Benson preguntó a Belle:

—¿Cuántos años tiene Mr. Vickers?

Ahora Belle no dudaba de que el verdadero interés de aquella gente se dirigía a Raikes y tampoco tenía dudas en cuanto a la manera de manejar el asunto.

—Alrededor de cincuenta años.

—¿Cómo es? Quiero decir, ¿qué aspecto tiene?

—Vaya... no lo sé. Supongo que es un poco bajo y gordo, y que comienza a ponerse calvo. Mire ¿por qué no me dice qué significa esto?

—¿Por qué no me dice la razón por la cual, sin saber de qué se trata, piensa que es necesario mentir respecto a Mr. Vickers? Lo he visto, lo conozco. No es bajo, ni gordo, ni se está poniendo calvo. Sin embargo, no nos preocupemos por ese detalle. ¿Usted fue secretaria de Mr. Sarling?

—Sí. ¿Y qué hay con eso?

—¿Sabía él que usted vivía aquí con Mr. Vickers?

—Yo trabajaba para Sarling. Él no tenía interés en mi vida privada.

—Eso parece razonable. ¿Se impresionó mucho cuando él murió?

Belle apretó los labios. Contrólate, Belle, contrólate, se dijo:

—Naturalmente. Y en verdad insisto en que ambos abandonen mi casa en seguida, de lo contrario llamaré al portero... o a la policía.

Benson se encogió de hombros:

—Bien. No nos vamos a ir todavía, de manera que haga lo que quiera. Personalmente sugeriría la policía. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el teléfono.

Belle permaneció sentada. ¿Por qué habría dicho eso? ¡Era una tontería! No quería que viniera ni el portero ni la policía.

Benson sonrió:

—Le doy la oportunidad y no quiere aprovecharla. Me pregunto por qué. Cuidado, tengo mi propia teoría, pero aún no hablaremos de eso. Dígame, ¿quién guarda la llave de la caja fuerte detrás del cuadro?

—Mr. Vickers, y se la llevó con él.

—Hombre sensato. Ahora dígame y deseo que lo haga sin vacilación, cuál es el nombre de Mr. Vickers.

—Bob. Robert.

—Gracias. Bob, diminutivo de Robert. Ahora, puesto que ya no está interesada en llamar a la policía ni al portero, trate de responder a unas cuantas preguntas más con la misma, digamos, buena voluntad. ¿De acuerdo?

Belle se puso de pie:

—Creo que tomaré ese «brandy» —se dirigió al bar y comenzó a servírselo.

—No se moleste en servirme una copa. No bebo y no fumo. Lo mismo que Sarling. ¿Se ha acostado con él con frecuencia?

—Sí, en el pasado.

—¿Le ha dejado dinero?

—Veinte mil libras.

—Me alegro por usted. ¿Vino aquí alguna vez?

—No.

Belle volvió a la silla con el «brandy». Cuando se sentó pudo oír a Miss Saunders que estaba en su dormitorio.

—Pero sabía que usted tenía este apartamento.

—Sí.

—¿Sabía que había un Mr. Vickers?

—Si estaba enterado nunca me lo comentó.

—¿Y no conoció a Mr. Vickers?

—No, que yo sepa.

—¿Usted es una muchacha leal?

—No. Ahora que sé que no va a robar ni a golpearme, estoy deseando contestar sus preguntas y librarme de usted.

—Se ha recuperado pronto. Dígame, su apellido es Vickers. Pero es inconcebible que el de él también sea Vickers. ¿Cuál es el apellido de él?

Belle lo miró por encima de su copa:

—Usted dijo que lo conoce. ¿Qué nombre le dio?

Benson sonrió:

—El nombre que me dio fue Tony Applegate... pero por supuesto sabía que no era su verdadero nombre. ¿Cuál es?

—¿Por qué quiere tantas cosas? ¿Por qué está tan interesado?

—Tardaría demasiado tiempo en contárselo. Pero así como no queremos hacerle a usted ningún daño, tampoco se lo deseamos a él. Lo que queremos es encontrarlo otra vez y hablar de un negocio. Dígame ahora, ¿cómo se llama y dónde podemos encontrarlo cuando no está aquí?

—No le diré nada. Y no trate de obligarme porque gritaré.

—De acuerdo, no la obligaré a hablar. En realidad apruebo su lealtad. Sin embargo espero que haga algo por mí.

—¿Qué?

—Cuando vuelva Vickers, o si sabe cómo ponerse en contacto con él, dígame que vine y que deseo ponerme en contacto con él. Dígame que vino John Benson, que quiere saber algo de Tony Applegate. Con eso basta. Sabrá cómo encontrarme.

—Tendrá que esperar. Se ha ido al extranjero seis meses.

Benson meneó la cabeza sonriendo:

—No, eso no sirve de nada.

Ethel Saunders volvió a la habitación. Belle vio en seguida que traía el folleto de la Cunard que ella había reconstruido.

Ignorando a Belle, Miss Saunders entregó el folleto a Benson:

—No hay nada más que esto. Dentro hay una página con notas.

Benson abrió el folleto, pasó las páginas, llegó a las notas y comenzó a leerlas.

Belle lo observaba. Algo había salido mal. Algo había salido muy mal. De eso estaba segura. Aunque aquellas dos personas ya no la asustaban, sabía que podían hacerlo y lo harían si se les daba la oportunidad. Pero en el fondo de sí misma estaba su propio miedo que la aconsejaba no perder la cabeza, no decir nada que Andy no hubiera querido que dijera. Pero ¿cómo podría adivinar o imaginar lo que debía o no

debía decir? Vio a Benson frotarse el mentón con la mano izquierda, una mano grande, moderna, cuidada por la manicura, con un anillo de oro liso. De pronto miró por encima del folleto y le sonrió.

—¿Ha leído esto? —Su mano señaló el folleto y las notas.

—En realidad, no.

—¿Quién lo rompió?

—No lo sé.

—¿Quién lo reconstruyó?

—Yo.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Sólo porque sí?

—Sí.

—¿Realmente no es importante para usted?

—No.

Se puso de pie y se dirigió lentamente a la puerta:

—En ese caso me lo llevo.

—Puede hacer lo que quiera. No me interesa.

Ethel Saunders sonrió:

—Pero lo guarda junto a su cama.

—Lamentamos haberla molestado —dijo Benson—. Le ruego que nos perdone. Y no se olvide de darle a Mr. Vickers el mensaje. Dígale que nos hemos llevado el folleto. Le gustará saberlo.

Se fueron, y ella se quedó en la silla y así permaneció sabiendo que todo lo había hecho mal, que no cabía duda de que algo había salido mal. Maldito folleto. ¿Para qué lo guardaría?

De pronto se puso de pie y cogió el teléfono. Llamó al número de Raikes en Devon. Al otro extremo el teléfono sonaba, llamando pesadamente como el ruido que hace un animal en el extremo de un túnel oscuro. Lo dejó sonar durante media hora y no respondieron.

Aquella mañana Raikes había llevado algunos envases más a los páramos y los hizo estallar. Se había ido antes de que llegara el correo. A su regreso, precisamente antes de almorzar, se encontró con su correspondencia. En ella había una carta de Mary Warburton. Decía:

Querido Andy:

No te disgustes si te digo esto muy brevemente, y limitándome estrictamente a los hechos. En los últimos días, desde que te hablé del informe del ginecólogo, he tomado una decisión. Sé que tu lealtad y afecto por mí te harán negar en el fondo de tu corazón la decisión que realmente querrías tomar... y que algún día tomarías... Para ayudarte lo hago yo por ti. Cuando leas esta carta estaré en viaje hacia Chipre, a la casa de unos amigos. He dicho la verdad a mis padres y están totalmente de acuerdo con lo que hago. No sienten más que cariño y comprensión hacia nosotros dos. Te libero de nuestro compromiso, todavía no oficial. No importa lo que puedas sentir al leer esta carta... Insisto en lo que te digo.

Durante unos minutos se quedó sentado donde estaba, releendo la carta. Luego se puso de pie, se preparó un trago y permaneció mirando por la ventana, sintiendo que lentamente iba invadiéndole una sensación de alivio. La lógica de sus verdaderos deseos había sido ineludible. Lo que decía Mary era verdad. Hubiera luchado durante un tiempo contra el deseo de apartarse de ella, pero al fin lo hubiera hecho. Ella había tomado la iniciativa por él, con la exquisita caridad de una mujer que lo amaba y lo comprendía. Para vivir la vida que deseaba y que estaba determinado a llevar, había asesinado a Sarling, había planeado la forma de deshacerse de Belle y, eventualmente, también se hubiera deshecho de Mary. Encaraba la verdad sobre sí mismo con toda franqueza y la aceptaba. Pero en el caso de Sarling —y lo mismo sucedería con Belle cuando llegara el momento— no estaba en juego su sensibilidad. En cambio la ruptura con Mary lo había perturbado. Sabía que la mayor parte de su perturbación consistía en una forma de compasión hacia sí mismo y eso para él era una emoción poco usual, ¡Mary era tan apropiada para él, para Alverton, para la vida que había planeado! Ahora tenía que encontrar alguna otra.

Salió a buscar su auto. Era el día en que Mrs. Hamilton hacía las compras en Barnstaple y le había dejado un poco de comida fría para almorzar. Fue a Exeter y decidió entrar en un cinematógrafo. Volvió alrededor de las siete; tomó un par de tragos, comió, y luego, incapaz de permanecer en la casa, salió a pasear. Como volvía tarde entró en Alverton Manor con su llave y vagó por la casa. Otra mujer y no Mary, sería ahora la señora del lugar. Se sentó en el repecho de la ventana de su antiguo dormitorio... que ahora estaban empapelando, el papel que había elegido se parecía bastante al que recordaba de treinta años atrás. Junto al sitio donde estaba sentado encontró una hoja del «Daily Mail» arrugada, en la que algún obrero había traído sus «sandwiches», y un titular atrajo su mirada. Había una reseña sobre las dificultades con una turbina que había bloqueado el nuevo barco de la línea Cunard, el «Queen Elizabeth II». Colérico, cogió el diario y estrujó la hoja. Casi era como si Sarling de pronto hubiera entrado en la habitación.

Volvió a su casa tarde, haciendo ruido con los pies sobre la carretera helada. La nieve colgaba como un plumaje gris de las ramas desnudas de los sauces y las hayas. Desde las plantaciones de pinos del otro lado del río llegó el agudo aullido de un perro.

Entró en el vestíbulo y oyó el teléfono en la sala. Cuando llegó, había dejado de sonar.

De pie junto al teléfono, comprendió de pronto que lo que menos deseaba hacer durante los próximos días, era estar allí, en Devon, cerca de Alverton Manor, cerca de todo lo que le recordaba a Mary. Subió, colocó su ropa en la maleta y se dirigió en el auto hasta Tauton.

Tomó el tren de las 2,30, sin importarle que fuera un tren lento y llegó a Paddington a las 7. Al chofer del taxi le dio el nombre de su «club», pero a mitad de camino cambió de idea y le pidió que fuera a Mount Street. Sabía exactamente por qué había cambiado de idea. No tenía sentido sentir lástima de sí mismo respecto a Mary. Tarde o temprano encontraría otra Mary. Pero el problema de Belle persistía, y el mejor antídoto a su actual desengaño era trabajar y planear. Antes de que Berners y él pudieran disponer de Belle, ésta tendría que haber dejado el apartamento y haber eliminado todo rastro de Mr. y Mrs. Vickers. Su primer paso era convencerla para que alquilara otro apartamento donde le prometería reunirse con ella —aunque nunca lo haría— y desde donde un día, no muy lejano, Belle caminaría hacia su muerte.

Entró con su llave, puso la maleta en su dormitorio y cruzando el baño lleno de medias y bragas colgadas, se dirigió al dormitorio de ella. Belle se despertó cuando Andrew entró, y se quedó mirándolo como si formara parte de un sueño que se desvanecía. Entonces, cuando él se sentó en el borde de la cama, le arrojó los brazos al cuello, hundió su cara en el hombro de Andrew y comenzó a llorar. Raikes advirtió en seguida que algo había pasado. Después de un momento, Belle se calmó y comenzó a relatar la visita de Benson.

Envuelta en su bata, estaba sentada frente a Raikes como lo había estado durante la visita de Benson. Sus manos sostenían una taza de café que él había preparado, y superadas las incoherencias de la muchacha, él comenzaba a pensar con claridad y a sacar conclusiones. Mary había desaparecido, arrinconada en los confines de su mente. Sólo existía esto. Benson había estado en aquella habitación, Benson, como Sarling y como Belle, tenía que ser liquidado. Quizá, pensó, era una ironía de los dioses. Conseguiría lo que quería, pero los dioses no permitirían que lo lograra con facilidad. Quizá en algún momento en aquellos años debería haber reconocido el poder de esos dioses, y derramado una libación en su honor para agradecerles su suerte y su éxito. Tal vez en aquellos años él y Berners, sin saberlo, habían estado tentando al destino y se habían vuelto demasiado arrogantes de sus poderes... Dios, ahora estaba pensando como solía pensar su madre. Para ella la mala suerte había sido una cosa tan real como la lluvia. Jamás había que poner dentro de casa espinos en flor. Jamás había que poner un par de zapatos sobre la mesa. Jamás había que pasar debajo de una escalera. Había que tocar madera. Arrojar sal sobre el hombro izquierdo. Bueno, reconocía que en todo lo que él y Berners habían hecho había influido la suerte. Pero ahora estaba esto... y la claridad de pensamiento tenía que preceder a la suerte.

—No tienes por qué alarmarte —dijo Raikes—. El asunto tiene una explicación muy simple.

—Oh, Andy... traté de no decir nada... tú sabes, de no decir lo que no debía.

—Sí. Sí, lo sé. Pero déjame explicarte. Lo que el hombre quería era ponerse en contacto conmigo. He estado en comunicación con él sobre una entrega de oro en

barras. Teníamos que ponernos de acuerdo en cuanto a la fecha, el lugar de entrega, precio y todo lo demás y tenía que volver a ponerme en contacto con él dentro de algunas semanas. No lo hice porque esas barras de oro no iban a ser robadas jamás. Ahora quiere saber por qué. Por qué no me he comunicado con él. Por qué no va a obtener un pingüe beneficio de un robo que planeé. No es más que un hombre de negocios, que no quiere perder un buen negocio.

—¿Realmente crees que es eso?

—¿Y qué otra cosa podría ser?

—¡Pero saben lo de Sarling!

—Sarling hizo el contacto para mí... pero no hizo más que eso, jamás hubiera dicho de dónde procedía el oro. Maldito sea, sólo me lo dijo en el último momento. Si se lo hubiera dicho a alguien más, o si hubiera comentado con alguien que iba a obligarnos a Berners y a mí a robarlo, ¿no crees que lo hubiera mencionado en el auto aquella noche? Eso lo habría salvado. No lo hubiera asesinado si alguien más lo hubiera sabido. No, es más probable que Benson haya leído algo sobre la muerte de Sarling, supiera que estaba conectado conmigo, esperase que me presentara y cuando no lo hice, vino a saber cuál era el motivo. De manera que ahora la diré que el asunto ha terminado y es el final de todo.

—Oh, Andy. Así lo espero...

Se puso de pie, apartándose de ella para mirar por la ventana. Envuelta en su bata, con el pelo suelto, frotándose uno contra otro los pies desnudos, la cara manchada por el llanto y la emoción, Belle carecía de todo encanto. Y cada vez que decía «Oh, Andy», una amarga irritación lo embargaba. En la oscuridad, cuando la poseía y le hacía el amor, ella no tenía personalidad... sólo era una mujer... todas son iguales en la oscuridad, como dijo Benjamín Franklin. Pero a la luz del día había momentos en que el deseo de que no estuviera allí, de que hubiera muerto, casi se convertía en un dolor físico. Pero hasta que aquello sucediera tenía que ser para ella lo que ella quería.

Volviéndose hacia Belle, sonrió, se acercó y le puso una mano en la cálida piel de su delgado cuello, bajo el pelo castaño.

—No hay de qué preocuparse. —Se acercó y la miró de frente—. Pero dime, ¿por qué conservaste ese folleto y lo reconstruiste?

—Por favor, Andy... ¿estás enfadado por eso?

Andrew sintió que los músculos de sus mandíbulas se endurecían pero sonrió, estiró la mano y le tocó la rodilla tranquilizándola.

—No, pero tengo curiosidad por saber por qué lo hiciste. ¿Lo leíste?

—Le eché un vistazo.

—¿Sabías lo que Sarling quería que hiciera? ¿Asaltar el «Queen Elizabeth II»?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no te deshiciste de él?

Ella vaciló durante un momento y luego preguntó:

—Supongo... ¿De veras quieres saberlo?

Por supuesto que quería saber. ¿Para qué demonios creía ella que se lo estaba preguntando?

—Desde luego que sí.

—¿Quiero decir, la verdadera razón?

—Sí. La verdadera razón.

—Bueno. Pensé que podías estar enfadado por ese asunto y haberlo roto y tirado sólo porque era Sarling quien te lo había proporcionado. Pero suprimido él, pensé que podrías comenzar a pensar en eso... Oh, ya sé que es algo tonto, pero quería que lo hicieras porque de ese modo podría ayudar y estaríamos juntos más tiempo... No quería perderte. Quiero tenerte conmigo el mayor tiempo posible. Esa es la verdad...

—¡Belle! —Le cogió la mano y la retuvo, sabiendo que lo que ella necesitaba era una palabra y el contacto. Se puso de pie, se inclinó y la besó diciendo:

—Es mejor que te vistas.

Cuando Belle se dirigió al dormitorio, Raikes cogió el teléfono y marcó un número. Llamó durante un tiempo antes de que respondieran.

Se oyó la voz de un hombre:

—¿Sí...?

—Tony ha vuelto y quiere una cita —dijo Raikes.

—¿Qué Tony?

—El de Applegate.

—Lo llamaré durante la mañana.

Se cortó la comunicación.

Raikes volvió a su silla, se sentó y cogió un ejemplar de «The Times» que había comprado en Paddington Station. Lo abrió, le echó una ojeada y de pronto sus ojos se encontraron con un titular. «QEII estará listo para navegar en marzo. De nuestro corresponsal escocés. Glasgow, febrero 5.»

Con la mayor tranquilidad, la mente casi adelantándose a la próxima entrevista con Applegate, planeándola, sabiendo con exactitud cómo lo abordaría, leyó el informe:

El problema de la turbina que provocó la cancelación de la entrega del «Queen Elizabeth II» el primero de año, ha sido solucionado por los ingenieros de Clydebank y esperan tener el barco, listo para navegar el mes entrante.

Mr. Graham Strachan, director gerente de John Brown Engineering (Clydebank) Ltd. dijo hoy, en una conferencia de prensa en Glasgow, que esperaba que los rotores de las turbinas sean colocados nuevamente en el barco que está en Southampton, para el 7 de marzo. La instalación y preparativos para las nuevas pruebas en el mar pueden terminarse en las próximas dos semanas.

Informó que había un fallo en el diseño hecho por Pametrada, la organización designada para centralizar la investigación y diseño de las turbinas que fue disuelta hace poco más de un año.

Pametrada ha estado produciendo diseños de turbinas standard de aproximadamente 35 000 h. p. cuando el QEII necesita 55 000 h. p. La turbina, tal como fue construida, puede hacer frente a las exigencias, pero había fallos externos en el arreglo de las tuberías de vapor y los acoplamientos que causaban vibración. Seis hileras de paletas en los rotores de la turbina han sido afectados y algunas paletas se han roto.



Mr. Strachan dijo que las paletas en los puntos de fuerza serían reemplazadas por otras un décimo de pulgada más gruesas, y se estaban arreglando las tuberías de vapor y realineando los acoplamientos.

Pametrada ha sido un excelente diseñador de turbinas con más de cuatrocientos éxitos en la provisión de maquinaria marina. El fallo del proyecto podía ocurrirle a otras firmas y por muchas precauciones que se tomaran podría volver a suceder.

Mr. Strachan dijo que esperaba que el barco se sometiera a pruebas en el mar durante nueve o diez días, aunque esto era un asunto de Upper Clyde Shipbuilders. Dijo que los ingenieros querían abrir las turbinas e inspeccionar las paletas después de las pruebas.

Un empleado de Upper Shipbuilders dijo anoche que hasta que los expertos no hubieran completado sus inspecciones, no podían dar la fecha para las pruebas o la entrega del barco.

Cunard, que había cancelado las fechas de navegación y cruceros del trasatlántico, comentó que no harían ninguna declaración hasta haber recibido un informe completo de Upper Clyde Shipbuilders.

Dos horas después sonó el teléfono.

La voz de un hombre dijo:

—Benson. Habitación 97. El Ritz. Mañana a las diez de la mañana.

Era la misma habitación. Pero ahora las flores, en lugar de ser crisantemos, eran fresas, con sus rojos púrpuras, blancos y amarillos que le recordaban los tocados de flores que llevaban las hadas en algunos libros de cuentos infantiles.

Benson estaba solo. Un hombre alto, de pelo rubio oscuro, tranquilo, amistoso, moviéndose con la gracia inconsciente de algunos hombres grandes y estableciendo en seguida una conversación fácil, como si, aparte de los negocios, se conocieran bien. Le comentó:

—Su Belle Vickers le es muy leal... aunque no creo que sea su tipo de mujer.

Decidiendo abrirse camino sin mostrar aristas para que su encuentro no terminara ásperamente, Raikes repuso:

—No se puede tener todo en una mujer. Pero ¿por qué no me llamó por teléfono? Asustó a Belle, entrando en el apartamento de esa manera.

—Sí, pensé hacerlo. Pero luego decidí que hay veces que una inesperada visita personal puede ser muy compensatoria.

—¿Y resultó así?

—Creo que sí... desde el punto de vista de la personalidad. La personalidad de ella, no de la de usted. No estaba preparada para enfrentar la situación y aun así lo hizo muy bien. Si hubiera estado aleccionada, se hubiera mostrado inquebrantable.

—No tenía necesidad de aleccionarla. De cualquier manera no estamos aquí para hablar de ella. Supongo que su verdadero interés es el negocio.

—Naturalmente. Vino a verme con una proposición y luego no supe nada más. Sería un mal hombre de negocios si no lo hubiera seguido. Después de todo, usted podría haber recurrido a un rival, pensando que obtendría mejores condiciones. O podría haber chocado con impedimentos que creía no poder superar, sin saber que por nuestra parte, siempre hemos estado dispuestos a ayudar. ¿Sucedió algo así?

—No. He decidido abandonar ese tipo de negocios particulares para siempre.

—Una lástima. ¿Puedo preguntarle la causa?

—El riesgo es demasiado grande. Un hombre debe saber cuáles son sus

limitaciones y atenerse a ellas. Si está desesperado... bien, eso es otro asunto.

—¿Se refiere a este riesgo en particular? —Benson estiró la mano hacia el escritorio que tenía detrás, y dejó caer el folleto de la Cunard sobre la mesa frente a Raikes.

—Sí.

—¿Demasiado grande para usted? Sin embargo llegó hasta el punto de ponerse en contacto con nosotros. Debió haber pensado en los riesgos antes de hacerlo. ¿Fue un cambio de idea repentino?

Raikes sonrió:

—No tengo repentinos cambios de idea. Me retraso el tiempo necesario para tomar una decisión. Y la tomé. Este no es el tipo de trabajo que me conviene.

Desde detrás de Raikes intervino la voz de un hombre:

—Por el contrario. Creo que es precisamente el tipo de trabajo que le conviene.

Mientras Raikes se volvía, Benson se puso de pie diciendo:

—Este es ...digamos... el presidente de nuestra compañía, Mr. Mandel.

De pie en la puerta apareció un hombre alto, de pelo canoso, con una gran nariz en forma de pico, los hombros un poco encorvados, los brazos caídos a los lados del cuerpo. El conjunto le recordó de pronto a Raikes la estampa inmóvil aunque intensamente alerta de un halcón encaramado en un pino, con los ojos ocultos a la luz del día pero sin perder la menor vibración que se produjera debajo.

Un poco molesto por la repentina aparición en escena de aquel otro personaje, y por el momento que elegía para hacerlo, Raikes respondió:

—Estoy en desacuerdo con usted. Los riesgos que tomo o dejo de tomar los juzgo yo mismo.

Mandel se adelantó, y haciendo una señal con la cabeza a Benson, dijo:

—Por favor...

Benson cruzó la habitación y desapareció hacia un dormitorio contiguo. Mandel se sentó en un sillón al otro lado de la mesa donde estaba Raikes, y con una mano apartó el florero con fresas, de manera que los dos hombres pudieran verse bien. Su mano derecha pasó del florero al folleto de la Cunard y lo acercó.

—En circunstancias normales —dijo— jamás hubiera discutido su última frase. Pero estas no son circunstancias normales, como lo explicaré muy pronto. Sin embargo vayamos al meollo del asunto antes de preocuparnos de todos los «porqué» y «por lo tanto». —Sus palabras no tenían ni el más leve matiz humano o personal, no eran más que instrumentos para aclarar con precisión su significado—. Va a realizar el trabajo.

—No lo haré.

—Lo hará, por dos razones. Porque es capaz de hacerlo y porque voy a obligarlo.

Raikes estuvo tentado de ponerse de pie y abandonar la habitación. Tratándose de muchos otros hombres podía haberlo hecho, sabiendo que fanfarroneaban, pero tuvo la sensación de que aquel hombre hacía tiempo que había dejado de fanfarronear para

salirse con la suya. Lo que decía que tenía intención de hacer y lo que tenía intención de hacer estaba respaldado por razones. Por un momento, lo invadió una ola de preocupación ...Sarling, Belle, Mary y Alverton... todo luchaba contra él. Controlándose para sujetar el impulso de irse, encendió un cigarrillo, se reclinó en la silla y se dijo: «Bueno, todavía no eres libre. ¿Y qué hay con eso? Sabes lo que quieres, sabes lo que vas a lograr... lucha un poco más de tiempo para conseguirlo, no permitas que nadie te impaciente. Piensa. Mantén ese lema colgado en la pared de tu mente». Dijo con calma:

—Muy bien, Mr. Mandel. Ha hecho una declaración muy categórica. Ahora, respáldela.

Mandel levantó un dedo y se frotó el puente huesudo de la nariz:

—Así lo haré. Su contacto con nosotros fue arreglado por un tal Sarling.

—¿Sí...?

—Sí. Sarling nos ha utilizado muchas veces para algunos de sus asuntos poco ortodoxos. Ha utilizado el seudónimo de «Applegate» durante años, para él mismo y para sus negocios. De manera que usted estaba trabajando para Mr. Sarling.

—Así es.

Mandel golpeó el folleto con los dedos:

—¿Ha leído las notas que hay aquí dentro?

—No.

—Son de puño y letra de Sarling, cosa que me consta, porque he tenido contactos con él de tipo social, y algunas veces me ha escrito. Quería que usted asaltara el «Queen Elizabeth II».

—Sí.

—Si quería que usted hiciera eso, es porque consideraba que era capaz de hacerlo. No hay secretos en algunos círculos sobre sus métodos. Para sus negocios extra sólo utilizaba gente en quien tenía confianza, y sobre la que tenía un conocimiento profundo, generalmente obtenido para él por un hombre llamado Wurther, que ahora está muerto.

—Lo mismo que Sarling. Bien, concedo eso. Pero cuando Sarling murió me convertí en un hombre libre. Sin importar mis cualidades admitidas por él, soy un hombre libre, y he ejercitado mi derecho a elegir, Mr. Mandel.

—Lo ha ejercitado demasiado pronto. No tiene elección.

—¿Por qué no?

—Porque si Sarling hubiera muerto de forma natural, usted debería estar muy preocupado. Quizá lo esté, pero no es la impresión que causa. Sus propias palabras fueron que se convirtió en un hombre libre. ¿Podría ser cierto eso? Sarling era metódico. Tendría informes de las personas que usó, de sus delitos, sus secretos... esas cosas que podía utilizar en contra de ellos. Estos informes, a su muerte, por propias instrucciones de Sarling, debían ser destruidos sin leerse. Pero los deseos de un hombre muerto no siempre se obedecen. Existe algún riesgo todavía, y usted es un

hombre que calcula los riesgos. ¿Querría hacer algún comentario respecto a eso?

—Ninguno.

—Bien. Usted está ahí sentado; un hombre libre, sin problemas. Un hombre inteligente, preciso, un hombre que sabe con certeza lo que quiere de la vida. Imaginemos ahora que la muerte de Sarling no fue natural. Imaginemos un asesinato, por ejemplo, y que usted es el asesino. No digo que lo sea. Francamente no lo sé. Pero supongamos que lo es. Bien, jamás lo hubiera asesinado, y admitamos que el asesinato en sí sería la parte más simple de la operación, sin asegurarse de poder echar mano de sus registros y de los registros de cualquier otro que trabaje, como Miss Vickers, por ejemplo. ¿Le sorprendería si le dijera que conocía sus dos tesoros que sólo podían abrirse con el pulgar izquierdo de Sarling?

—No sólo me sorprende, sino que para mí es algo nuevo. Jamás me enteré de sus dispositivos de seguridad.

Por primera vez Mandel sonrió. Fue un rictus momentáneo que mostró unos dientes falsos blancos, muy iguales.

—Podría estar diciendo la verdad. Pero no lo creo. En mis negocios los hechos son una cosa evidente, obvia. Para empezar, la mayor parte de nuestro trabajo se realiza por deducción. ¿Cuál sería el hecho más obvio, más destacado si en verdad «hubiera» asesinado a Sarling? ¿Algo que no podría ocultar, de lo que estaría informada la prensa, cosa que en realidad sucedió? Lo más obvio sería que Sarling hubiera sido asesinado en una u otra de sus casas, de manera que usted pudiera usar sus pulgares para abrir los tesoros antes o después de matarlo. Pero surge algo más que esto... y es lo que aumenta mi admiración por usted y me confirma que puede llevar a cabo el asunto Cunard, y es que Sarling murió en su casa de Londres, pero llegó de su casa de campo aquella noche, tarde, unas horas antes de su muerte. ¿Diría que hay dos tesoros? ¿Dos ocasiones para utilizar sus pulgares y... por deducción, dos registros, uno en el campo y otro en Londres? Por todo esto llego a la conclusión de que usted, con Miss Vickers y un hombre llamado Berners, asesinaron a Sarling.

—No conozco a nadie llamado Berners.

—Debió haber leído las notas de Sarling. —Deslizó un dedo sobre la cubierta satinada del folleto de la Cunard—. Lo menciona asociado con usted.

Raikes se encogió de hombros.

—Bien, ¿dónde diablos nos lleva esto? Usted tiene sospechas y saca deducciones de ellas. —Hablaba con tranquilidad, sin dejar traslucir nada, pero en su interior sabía, le gustara o no, que todo había salido a relucir. Aun así, no debía desesperarse. Siempre había una salida. Nada es imposible si uno tiene un anhelo vehemente, un verdadero deseo que le quema las entrañas... y él lo tenía.

—Cuando las deducciones son lo bastante lógicas, estoy dispuesto a actuar basándome en ellas. Soy un hombre de negocios. Usted podría hacer el trabajo del QEII y podríamos sacar mucho dinero. Ese trabajo se hará.

Raikes meneó la cabeza:

—Tendrá que obligarme a hacerlo. Nada de lo que ha dicho hasta ahora puede lograrlo.

—Llegaremos a eso, ahora mismo..., Mr. Raikes de Alverton.

—¿De manera que sabe eso?

—En nuestro negocio hay que saber lo más que se pueda antes de formar una sociedad. El apartamento de Mount Street estuvo vigilado durante un tiempo antes de que Miss Vickers recibiera aquella visita. Por lo menos tres veces, usted fue a pie desde allí hasta su club. El resto fue fácil. Tengo un yerno que es miembro del mismo club.

—En estos tiempos hay gente de todo tipo hasta en los clubs más selectos. Sin embargo, todavía quiero saber cómo va a obligarme a formar una sociedad con usted.

—Ya debe haberlo imaginado. Todo lo que se necesita es hablar una o dos palabras con la policía. No es difícil de arreglar y no es necesario que lo haga personalmente. La muerte de Sarling vale la pena de ser investigada. Tienen su nombre, el de Miss Vickers y el de Berners. Usted y Berners pueden salir bien. Pero Miss Vickers estaría perdida. Además usted es un hombre con cierto pasado. Aunque no tenga antecedentes criminales. La policía recibiría esa sugerencia también, y comenzarían a rastrear. Dijo que conocía los límites de sus riesgos. ¿Se arriesgaría a esto?

Raikes se puso de pie. Aplastó su cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesa y luego cogió el folleto de la Cunard. Lo dobló en dos y se lo metió en el bolsillo de su abrigo.

—Lo consideraré —dijo.

—Hará el trabajo.

—No, si no puede hacerse.

—Sarling tenía fe en usted. Yo también. Puede hacerlo.

—Y si lo hago... ¿qué garantías tengo de que después me dejarán en paz?

—Mi palabra. Nada más. Cuando un hombre entra en el mundo criminal pierde para siempre el derecho a la verdadera paz espiritual, a la verdadera seguridad. Es el resultado inevitable de una manera poco ortodoxa de vivir. Desde el momento en que Sarling se enteró de alguna cosa que usted cometió en el pasado, se acabó su verdadera paz espiritual. Pero en nuestro mundo hay un cierto tipo de confianza... en muchos aspectos podríamos considerarla una elevada forma de confianza. Eso es todo lo que puedo ofrecerle. Miles de hombres están satisfechos con eso. Yo lo estoy. Usted debe estarlo también.

Era verdad. Le gustara o no, Raikes tenía que reconocer que era verdad. No había verdadera paz; siempre había un elemento de temor. Bien, un hombre podía vivir con temor y ser feliz, lo mismo que muchos hombres aprenden a vivir con necesidades o con invalidez, y son felices.

Raikes preguntó:

—¿Cree que maté a Sarling?

—Cada vez tengo menos dudas.

—Entonces podría matarlo a usted.

—No. Hay demasiadas personas detrás de mí. Sarling estaba solo, ese fue su error. No tenía protección alguna excepto un arrogante convencimiento (patético en realidad, en un hombre de su experiencia) en su propia autosuficiencia.

Raikes recogió su sombrero. A través de la ventana contempló los gruesos copos grises de una nevisca de febrero, moteando el cielo.

—¿Tengo que utilizar a Berners?

—Indudablemente. Si lo deja fuera, cuando se entere del robo se convertirá en un riesgo seguro. Si lo involucra, no es un riesgo. Lo mismo se aplica a Miss Vickers.

Mandel se puso de pie, con un movimiento que recordaba el repentino estirarse del cuerpo de un halcón sacudiendo su plumaje.

Raikes preguntó:

—¿Sarling significaba algo para usted, personalmente?

—Nada. De vez en cuando hacíamos algún negocio juntos. Siempre en oro. No me interesa ninguna otra cosa. Ahora usted y yo vamos a hacer negocios. Ese es mi único interés en usted y puesto que la mayor parte del riesgo lo correrá usted, recibirá el 75% y puede acudir a nosotros si necesita ayuda. Póngase en contacto con Benson, en los términos en que siempre lo han hecho. Adiós, Mr. Raikes.

Mandel le tendió la mano de forma un poco seca, desde el otro lado de la mesa.

Raikes bajó los ojos a la mano del hombre y negó con la cabeza:

—Usted me está forzando, Mandel. Me está forzando demasiado. Me está haciendo cambiar mis planes y hasta puede estar destruyendo algo que significa todo para mí. ¿Y todavía espera que le estreche la mano? No. Le prometo que si alguna vez lo toco, será para matarlo. Eso se lo prometo.

Diciendo eso Raikes se fue. Mandel volvió a sentarse, mientras Benson entraba en la habitación preguntando:

—¿Y bien...?

Mandel lo miró, y con la mano derecha puso el florero donde había estado originalmente:

—Lo hará. Se pondrá en comunicación con usted. Déle la ayuda que necesite. Toda. Y no olvide ni por un momento el tipo de hombre con quien está tratando. Hemos perturbado su sueño...

Raikes caminó bajo la nevisca con paso firme hasta Lower Regent Street. Sabía exactamente lo que quería hacer, sabía que era una forma de masoquismo. No había escapatoria que pudiera vislumbrar; quizá jamás hubiera una escapatoria para él. Si así era, tendría que comenzar a aprender a vivir con ello, a moldear su vida alrededor de aquello. Su vida estaba allí, no en Alverton. Por el momento, Alverton quedaba relegado. Sarling había comenzado la dilación, Mary la había continuado, y ahora aquel sujeto, Mandel, la había pospuesto «sine die». No había cólera en él; sólo un oscuro y sólido resentimiento, la aceptación cruda de la esclavitud y el comienzo de

una paciencia que sabía que crecería y lo sostendría todo el tiempo que la necesitara... hasta el momento, si alguna vez se presentaba, en que se recompensara a sí mismo con el acto de violencia y venganza que su temperamento exigía. El pensamiento de aquel acto impreciso, todavía no urdido, tomaría ahora para él, a través de las semanas, meses o años si fuera necesario, la forma de la esperanza y nutriría su fortaleza. ¡Algún día... maldito Mr. Mandel... algún día...!

Se detuvo frente a uno de los grandes escaparates de la Cunard Building y el mundo volvió a su sitio. En medio del escaparate había una maqueta del nuevo «Queen Elizabeth II». La nieve caía poniendo un manto sobre sus hombros. Examinó el modelo: el extenso casco gris oscuro, las anchas marcas rojas indicando los pies sobre la línea de flotación. Observaba al barco como si lo estuviera viendo desde el aire: el agua azul brillando en las piscinas de popa; los botes salvavidas regularmente colgados; las gruesas bocas de ventilación a los lados del puente de mando; la extraña, poco tradicional chimenea, nacida después de ensayar miles de modelos de chimeneas aerodinámicas, con una turbina en su base para formar una corriente de aire que se llevara el hollín y el humo; el mástil, que no era mástil sino una boca de ventilación para las cocinas y un conducto para los instrumentos de comunicación, las antenas, radares, sirenas de neblina y una célula fotoeléctrica conectada a otra instalada en uno de los restaurantes para ajustar la iluminación a cada variación de la luz diurna exterior; las amplias escaleras que llevaban a la cubierta de botes, al castillo de popa y al de proa. Mirando la maqueta, Raikes se dijo sin emoción que antes que él Sarling había estado allí, como él ajeno a la gente que pasaba, sumergido en su sueño.

Se volvió bruscamente y llamó un taxi. Tomó el tren de las 12,28 horas, desde Victoria a Brighton. En el tren se puso a estudiar el folleto de la Cunard. Había dos hojas de papel con letra de Sarling, adheridas al folleto, que habían sido rasgadas en dos y luego cuidadosamente unidas con cinta adhesiva transparente.

#### ALGUNAS NOTAS PARA FRAMPTON Y BERNERS

Por el momento, el primer viaje regular del QEII está fijado de esta manera: Sale de Southampton a las 12.00 horas, el 18 de abril de 1969. Llega al Havre a las 19.00 horas. Sale del Havre a las 21.00 horas. Llega a Nueva York el 23 de abril después del mediodía. (Por el momento, a causa de los problemas en la turbina del QEII y de las consiguientes alteraciones en los horarios es posible que este primer viaje se retrase para una fecha posterior).

La intención es robar del QEII el oro en barras que hay en el tesoro, en el primer viaje hacia el oeste del Atlántico Norte, desde Southampton a Nueva York.

La operación han de llevarla a cabo sólo dos personas a bordo, y no debe llevar más de cuarenta o sesenta minutos. Se utilizará fuerza pero no violencia, y un minuto de perturbación para los pasajeros. En realidad, no es necesario que la operación sea descubierta por nadie excepto ciertos oficiales y tripulantes del barco.

La operación tendrá lugar entre la medianoche y las cuatro de la madrugada. En el puente de mando, a esa hora, están de guardia un primer y un tercer oficial, un contramaestre y un marinero. El tesoro está en la Cubierta Número Ocho. Hay un gran ascensor de servicio frente al tesoro que sube hasta la cubierta Uno. Las llaves del tesoro están en la caja fuerte del camarote del capitán.

Al aproximarse la fecha, puede comprobarse en fuentes de la City la cantidad exacta de oro en barras que será transportada a bordo. En los anteriores «Queens» era habitual unas diez toneladas a bordo, entre

oro y plata. El embarque mínimo que puede esperarse es de dos toneladas.

Manejo de las barras de oro a través de la conexión de Applegate: Esta conexión, cuando llegue el momento, estará preparada para prestar «ayuda externa» a la operación. Pero en ningún momento debe haber a bordo más de dos «colaboradores».

Piénselo, elabore un plan, e infórmeme. Me interesaría saber si su plan se parece o es mejor que el mío.

Raikes guardó el folleto en su bolsillo y se reclinó cerrando los ojos. En aquel preciso momento Sarling estaba vivo otra vez, muy vivo en su mente. ¿Quién diablos habría metido semejante idea en su cabeza? ¿Se habría metido alguna vez en el mundo naviero, y se había quemado los dedos? ¿Le habría dolido tanto que necesitaba destruir el símbolo de su fracaso? ¿O habría sido el ocioso desafío de un rompecabezas que en algún momento se le había ocurrido urdir? ¿Cómo pueden robarse barras de oro de un barco sin alboroto, y utilizando dos personas, nada más, a bordo? ¿Cómo lograr que esas dos personas, cuando todo estuviera consumado, estuvieran seguras, intocables e invulnerables? Físicamente dos personas no podían hacerlo solas. No podían levantar y transportar un gran peso de oro sin que tardaran horas..., y en un barco en plena marcha, con tres mil almas. Bien, la simple respuesta era que, puesto que no podían hacerlo, tenían que conseguirse otras personas que lo hicieran, con autoridad, con tranquilidad y sin alboroto. Eso es lo que quería decir Sarling con fuerza, pero sin violencia. A pesar de sí mismo, el desafío del rompecabezas hizo presa en él. ¿Cómo podría obligarse con fuerza, soborno, intimidación y autoridad a la tripulación de mi barco, o a ciertos individuos claves del mismo, para que hagan exactamente lo que se quiere que hagan? (Completamente aparte del problema de sacar el oro del barco mientras navegaba, vio con claridad que necesitaba la ayuda externa que Sarling mencionaba). En el barco sólo había un hombre que podía mandar y no ser preguntado. El capitán. Un barco en el mar es un mundo, y sólo un hombre lo gobierna. Cristo, no podía imaginar a ningún capitán entregando tranquilamente su cargamento de barras de oro. Pero así tendría que ser. Pero ¿cómo demonios podría crearse esa situación, imposibilitando al capitán de hacer cualquier otra cosa? Ese interrogante no lo abandonó durante el trayecto a Brighton.

A las dos tocó el timbre de la casa de Berners. Este, vistiendo un «blazer» azul con botones plateados, una corbata plateada, pantalones y zapatos de gamuza, le abrió la puerta.



BERNERS ESTABA FELIZ. No era algo que iba a demostrar abiertamente, pero después de una hora de hablar con él, Raikes comprendió que así era. Cualquier emoción que hubiera experimentado en el pasado se había convertido ahora en una carga fácil de sobrellevar. Ambos estaban de acuerdo en que aquel trabajo tenía que hacerse. Muy bien. Había que hacerlo y terminar con ello. Pero advertía que mientras él lo encaraba como una tarea más, antes de poder gozar de la relativa libertad de vida que deseaba, Berners no pensaba más allá de la tarea misma y no la consideraba como una tarea sino como una operación que le agradaba. De manera, pensó, que aunque se viva y trabaje mucho tiempo con un hombre, nunca se logra conocerlo por completo. Berners, rico, y rodeado de comodidades en su casa, debería haberse rebelado ante la orden que le había sido impuesta. En cambio, la aceptó tranquilo y sometido aparentemente, pero en su interior con alegría y fruición.

Raikes se puso de pie:

—Creo que esto es todo. Sugiero que lo pensemos en forma separada durante unos días, y luego nos pongamos en contacto y comparemos nuestras conclusiones. Por lo que he leído en los diarios no es probable que el QEII esté listo para el 18 de abril como estaba estipulado, de manera que tenemos mucho tiempo por delante.

Berners asintió con la cabeza y sin levantarse, deseando evidentemente que Raikes se quedara durante un rato más, preguntó:

—¿Por qué no dice abiertamente que está sorprendido ante mi reacción?

—¿Quiere que se lo diga?

—¿Por qué no? Vamos a hacer este trabajo. Cuanto más nos comprendamos mutuamente, tanto mejor trabajaremos juntos.

—Está hablando en acertijos.

—No, no es así. Estoy hablando abiertamente. ¿Por qué no miramos el asunto de frente? Hicimos juntos algunas cosas audaces. Arriesgadas. Peligrosas. Nunca violentas. Pero no lo hicimos sólo por dinero, ¿verdad?

—Yo sí.

—Usted se dice eso a sí mismo. Pero si se detiene a pensarlo, tendrá que admitir, lo mismo que yo, que había algo más. Existe algún elemento en nosotros que nos obliga a comportarnos de una forma diferente a la mayoría de los hombres. Es un elemento que no podemos ignorar. ¿Ha sentido algún remordimiento por haber asesinado a Sarling?

—Ninguno.

—Cualquier hombre normal lo hubiera sentido. Eso prueba mi punto de vista. Sarling constituía un desafío mayor que cualquiera de los que habíamos enfrentado antes... y jamás dudamos en matarlo. Como tampoco dudamos en matar a Miss Vickers, eventualmente... aunque eso está fuera de la cuestión por ahora. Es así de simple. Cuando nos conocimos, usted había encontrado un canal, una línea de

conducta que se acomodaba a nuestras personalidades. Pero Sarling nos dio algo diferente en qué pensar, algo que descubrió un potencial distinto en nosotros. Mírenos ahora. Una vez que asesinamos para proteger lo que tenemos y librarnos del miedo, ¿qué sucede? Aceptamos que durante el resto de nuestra vida tengamos que aprender a vivir sin la completa paz espiritual; de ahora en adelante tenemos que aprender a vivir en base a una confianza que está en manos de otras personas. ¿Sabe por qué hicimos ese cambio con tanta facilidad?

—Porque no tuvimos elección... y porque estoy decidido a restaurar un «statu quo» lo más parecido posible a lo que era antes de que apareciera Sarling.

Berners negó con la cabeza:

—No. Cualquier tipo de «statu» que signifique satisfacción, placer, una rutina opulenta, nos llevaría a la locura. Somos lo que somos y siempre estaremos buscando la aventura, los riesgos. Sin sentirnos agraviados ni siquiera cuando otras personas nos empujan a la aventura. Somos unos inadaptados.

—Por el amor de Dios, Berners.

—Así somos. Tiene que aceptarlo. No encajamos en la sociedad normal. Podemos tener las mismas actitudes y expresiones... pero no formamos parte de ella. De manera que aceptémoslo, contentémonos con eso mientras podamos.

De pronto Raikes ríe:

—No, Berners... Esa es su propia manera de adaptarse a esta situación. De acuerdo. ¿Por qué no puede ser cierto, o parecerle cierto a usted? No se lo reprocho. Pero sé cómo siento y cuál es mi sitio. Sé lo que quiero y lo que me está esperando más allá de este maldito asunto del Queen Elizabeth II. Y lo voy a tener... pase lo que pase. Voy a volver a ocupar mi sitio. Voy a tener esposa e hijos y la vida que siempre he querido. ¡Y que Dios se apiade de cualquiera que trate de impedirlo!

Berners se puso de pie y se encogió de hombros.

—Correcto.

—¿Quiere que le deje el folleto y las notas? —preguntó Raikes.

—No. Es un problema simple. La idea general está clara. Una vez que se establece lo fundamental, es sólo cuestión de detalles. Cualquiera que fuera el plan de Sarling, el punto principal debía estar en los envases que robó. Como usted dijo, eso no era una tontería. ¿Le quedan algunos?

—Sí, todavía hay unos cuantos.

Raikes volvió a Londres. Berners lo había sorprendido. ¡Inadaptados! Lejos ya de Berners, había comenzado a enfurecerse pensándolo y la cólera todavía persistía en él, y con ella una sorda rabia contra la situación.

Cuando entró en el apartamento, encontró a Belle de espalda a la puerta del dormitorio. Al darse la vuelta, Raikes vio la ansiedad reflejada en la cara de ella. Había pasado horas enteras preguntándose dónde estaba Andrew, qué estaría haciendo... poseída de una estúpida ansiedad... Raikes podía leerlo en su rostro cuando se acercó a él con los brazos tendidos... el «Andy» en sus labios... y la

presencia de ella le hizo surgir una repentina ira.

La levantó, cerró su boca tonta con un beso y la llevó hasta el dormitorio. La dejó caer en la cama y oyéndola reír, él, con la cara sonriente, ocultó su ira. Cuando sus manos le levantaron las faldas y le quitaron las bragas, se mostraron rudas y ansiosas, no con la impaciencia de un amante, sino con la impaciencia de poseerla, de castigarla, de aniquilarla. La tomó con violencia, castigando su cuerpo con el suyo, volcando en ella su extraña ira, hasta que ambos quedaron exhaustos; sabiendo que ella tomaba por pasión lo que no era más que un castigo, tomando por amor lo que era cólera y un desahogo de frustración...

Dos semanas después, casi a finales de febrero, Raikes se dirigió a Southampton y tomó una habitación en el Polygon Hotel.

En esas dos semanas había visto a Berners un par de veces, y entre los dos habían elaborado un plan amplio e íntegro de su estrategia. Pero había llegado el momento de trasladarse al verdadero terreno en que iban a actuar. Había docenas de pequeños detalles que tenían que ser comprobados y problemas menores que había que resolver. La única forma de hacerlo era ir al mismo barco... y eso no era fácil porque todavía estaba en manos de Upper Clyde Shipbuilders y no se admitían visitas a bordo. Se tenía que estar trabajando en el barco u oficialmente conectado con él. Los únicos planos detallados del barco que tenía Raikes eran los folletos publicitarios ideados por la Cunard. Estos comprendían desde la cubierta Cinco hasta la cubierta de señales, pero no detallaban los camarotes del capitán ni de la oficialidad, ni el puente de mando. Era esencial que Raikes se familiarizara con el barco antes de subir a bordo para la verdadera operación, porque el plan que él y Berners habían elaborado dependía de que el oro fuera robado dentro de las dieciséis horas siguientes a que el buque dejara Southampton. Lo ideal, era que llevara a cabo unas tres o cuatro horas después que hubiera dejado el Havre y cuando todavía estuviera en el canal inglés. Cuando subiera a bordo del trasatlántico cuando éste hiciera su primera travesía a Norteamérica, tenía que conocerlo con la más absoluta certeza, especialmente en las áreas donde tendría que operar. El barco era una ciudad flotante y sería muy fácil perderse en él.

La primera tarde en el Polygon, se dirigió al bar antes de comer y se sentó tranquilamente en una mesa con su copa y un diario vespertino. Subir a bordo era mi problema, pero no demasiado grande. En el bar podía escucharse entre el rumor de las conversaciones más de un acento escocés. En el bar había muchos trabajadores de Upper Clyde y varios oficiales, mecánicos, personal de los subcontratistas, habían estado en el hotel durante algún tiempo. Raikes escuchaba, pasaba revista con los ojos a la gente que había en el bar y decidió tomarse tiempo para elegir un hombre. Sus largos años de experiencia le habían enseñado que nada debe ser forzado.

La mañana siguiente consiguió un pase de visitante a los muelles. Tomó un taxi hasta muy cerca del portón principal de la dársena y luego la atravesó andando, y

enseñó su pase al policía que estaba de servicio.

El «Queen Elizabeth II» estaba fondeado a un lado del Ocean Terminal. Anduvo por el muelle, a lo largo del barco; la gran muralla de chapas soldadas se elevaba por encima de él. En la mitad del buque había una pasarela con pasamanos que llevaba a bordo y su entrada estaba vigilada por un policía y un guardia marítimo. Ambos se calentaban en un brasero de carbón porque soplaban el frío viento noroeste que castigaba cruelmente a través de la brecha que separaba el barco de la Ocean Terminal. Pasó de largo y en el extremo del muelle se dirigió al piso superior de la terminal. Desde allí podía mirar las cubiertas superiores del barco. Dado que todavía era propiedad de Upper Clyde Shipbuilders era su bandera la que ondeaba en el mástil... una cruz púrpura «patée» sobre un fondo blanco. Permaneció allí mirando a través de las ventanas, poniendo particular atención en la cubierta de proa. La parte principal y central estaba ocupada por dos grandes cabrestantes pintados de blanco desde donde corrían las cadenas de tres anclas, dos colocadas sobre la cubierta y la tercera en la misma proa. Delante de las dos anclas había un pequeño mástil de aproximadamente veinte pies de altura. La visión de aquel pequeño mástil no le agradó, porque con Berners habían decidido que la única manera de sacar físicamente el oro del barco era recogerlo con un helicóptero haciendo descender una red sobre la cubierta. Aparte de aquel mástil había bastante sitio para que un helicóptero pudiera quedar en suspenso, particularmente si el barco fijaba su rumbo a favor del viento y reducía la velocidad. En realidad ver el mástil lo deprimió. En todos los planes hay pequeñas cosas como ésta, cosas impredecibles que ocasionan grandes problemas.

Durante dos tardes Raikes se sentó en el bar antes de comer dejando que su cara se hiciera familiar, se hizo amigo del «barman» y cruzó palabras casuales con distintas personas. No tenía prisa. Iban a pasar semanas antes de que el barco estuviera listo para hacerse a la mar y cuando lo estuviera, quizá hiciera uno o dos cruceros por el Mediterráneo o las Indias occidentales antes de realizar su primer viaje regular con pasajeros, directamente a Nueva York a través del Atlántico norte. Hizo saber que trabajaba en una compañía inmobiliaria de Londres, y que había venido a ver qué perspectivas había para comprar y construir. Era un terreno en el que antes había operado eventualmente, y sabía que con las relaciones casuales en el bar no tenía que entrar en mayores detalles y aquello no les sorprendería porque así era ese negocio. Nunca se dan informaciones que puedan servir a otros para que le ganen por la mano a uno. Entre tanto Berners, con algunos de sus viejos papeles impresos, le enviaba constantemente correspondencia que contenía hojas de papel en blanco. Pero conocía el valor de la leyenda en los sobres... *Londres. «Wall Commercial Properties, Limited»*. Los botones del vestíbulo principal acabaron por conocerlo, las muchachas de la oficina de recepción le brindaban sus brillantes sonrisas de buenos días y buenas noches y los camareros del restaurante lo invitaron a conocer a sus familias y el encargado de los vinos encontró un Gerry Chambertin de primera clase para él, que no estaba en la lista de vinos. Conoció a todos y lo conocieron y les agradó. Sin la

menor dificultad logró informaciones sobre los otros huéspedes permanentes y escogió a su hombre... Alfred Graham, un joven escocés de unos treinta años, que trabajaba en la oficina de pagos del Upper Clyde Shipbuilders y que había sido enviado a trabajar temporalmente en la oficina del barco, donde se ocupaba de los jornales y pagaba a los trabajadores de a bordo. A Alfred le gustaba beber y estaba justificadamente orgulloso del barco que su firma había construido y furioso por los problemas que lo habían asolado y todavía más furioso aún con los periodistas que habían aumentado aquellos problemas en la prensa. Durante dos o tres noches, Raikes invitó a Alfred a beber en el bar después de comer, y se enteró de que el sábado por la noche se iba a Londres a pasar el fin de semana. El viernes por la noche invitó a Alfred a beber más alcohol del que el muchacho podía resistir y a medianoche lo ayudó a ir a su habitación y lo dejó en la cama roncando antes de quitarle los zapatos. Cuando Raikes salió de la habitación, había sacado de la cartera de Alfred su pase para subir a bordo del «Queen Elisabeth II».

A la mañana siguiente bajó tarde y, como amigo de copas, preguntó por Alfred al encargado y se enteró que había partido para Londres, un poco pálido pero decidido a pasar allí el fin de semana. El pase no tenía fotografía, sólo era un carnet impreso de la Upper Clyde Shipbuilders, autorizando a A. Graham a subir a bordo y especificando sus funciones como encargado de pagos.

Una hora después Raikes estaba en la pasarela. Durante dos períodos de media hora de observación desde las ventanas superiores del Ocean Terminal, había visto que sólo una de cada diez veces el guardia de la pasarela cogía el pase y lo examinaba. Por lo general bastaba con mostrar el pase.

Aquel sábado por la mañana, el guardia cogió el pase, miró brevemente la parte delantera y luego le dio la vuelta y examinó el reverso blanco como si esperase encontrar escrito algún mensaje de felicitación o un insulto, y luego lo devolvió.

Raikes subió a bordo, al laberinto de pasillos y corredores, salones, comedores, «grills», cafeterías, salones con tocadiscos automáticos, bibliotecas, teatro, escaleras, cubiertas de paseo, cubierta de botes, piscinas de primera y segunda clase, un vasto hormiguero con túneles habitado por hormigas obreras pululando por todas partes para terminar los camarotes y los detalles del barco. A bordo no había controles de paso y tenía libertad para vagar sin ser interrogado. Que vagara sin trabajar no hacía raro, porque la mitad de los obreros parecían hacer lo mismo. Ninguno de los ascensores funcionaba, de manera que tenía que subir y bajar por las escaleras guiándose por los carteles indicadores que había en cada cubierta y a cada parte que iba su memoria registraba cada trazo, cada entrelazamiento y vuelta, ángulo y esquina, con toda fidelidad. La mayor parte del tiempo permaneció en la mitad delantera del barco porque sabía que aquella era la parte del buque que le importaba más, y en esa zona se concentró en la parte delantera de la cubierta de botes. Era allí donde terminaba la escalera A alfombrada de azul. Recorrió la cubierta de paseo protegida por cristales hasta babor, luego volvió a través de la doble hilera de locales

a lo largo del pasillo de «boutiques», andando por encima de cables, esquivando las escaleras donde trabajaban los electricistas en los ajustes de luz, cruzó el salón con los tocadiscos automáticos, mirando hacia los lados por la puerta del teatro, pasó por la cafetería y luego siguió hacia delante a través de la Cabina 736 hasta el descansillo de la escalera A. A partir de allí estaban los camarotes del capitán y de la oficialidad y más allá, la entrada al puente de mando. Más adelante estaba el cerebro del buque. Un día vendría a controlar ese cerebro. Sabía que a pocas yardas de ese lugar iba a pasar una hora de su vida que podía llevarlo al desastre, salvo que fuera dueño absoluto y decidido de todo lo que dijera e hiciera. Y tenía que admitir, ahora que estaba allí, que lejos de ser una perspectiva que lo sobrecogiera, era un desafío que se sentía impaciente por afrontar. Durante una hora por lo menos iba a ser el patrón de aquel barco. Pero para serlo tenía que conocer aquella parte del buque lo mismo que conocía los vericuetos de Alverton; tenía que conocer todo, cada puerta y cada pasillo, cada salida y entrada, cada detalle desde las advertencias que decían «Post de Canot de Sauvetage» hasta el número de escaparates que bordeaban la banda de estribor del rellano, saber que debajo de él en la cubierta inmediata había otro rellano que daba acceso al «Britannia Restaurant» con una cabeza de Britannia esculpida en colores dominando la entrada, y más allá el gran Salón Panorámico con ventanas altas mirando hacia la proa, dando una vista del alcázar y de la cubierta de proa donde una noche llegaría un helicóptero y quedaría suspendido en el suave resplandor de las luces de la cubierta. Sabiendo todo eso, y sabiendo también que Belle estaría de pie en aquel salón (vigilado media hora antes), correría un poco las cortinas (cerradas de noche para evitar que el resplandor confundiese al vigía de la timonera) para observar el oro que estaban levantando desde la cubierta.

Y aquel sábado, sabiendo por las charlas en el bar del Polygon que el capitán y algunos oficiales dormían y tenían turnos de vigilancia a bordo, decidió no deambular por el momento por los camarotes de la oficialidad, con una disculpa a mano, en la forma más simpática, sin perder la menor oportunidad de consolidar una relación de diez segundos. Dejaría eso para el día siguiente que era domingo, y posiblemente hubiera menos oficiales aún y, con suerte, quizá hasta el capitán bajara a tierra para almorzar y pasar fuera el fin de semana. De manera que volvió por la alfombra azul de la escalera A y se dedicó a la tarea de elegir un camarote para Belle; un camarote simple de primera clase, porque después del robo tendría que continuar el viaje hasta América, anónima desconocida, sin que jamás se revelara su participación en el asunto. Tenía que ser un camarote lo más distante posible de los otros y muy a proa, de manera que él pudiera llegar con facilidad y rapidez a la escalera A y por ella a la cubierta de los botes. Lo había elegido en los planos de los camarotes suministrados a Belle en la firma Cunard y se enteró de que cada número de los camarotes comenzaba con el número de la cubierta en la que estaban situados y los que estaban a babor terminaban con un número par y los de estribor con un número impar. No había muchos camarotes de primera clase para una sola persona. Cuando llegara el

momento, Benson o Mandel tendrían que utilizar algunas de sus ocultas influencias para conseguir el camarote 4004.

Bajó a la cubierta Cuatro, cruzó el rellano y giró a la derecha hacia el largo pasillo que corría por el interior de las cabinas de babor. Anduvo diez o doce yardas hacia el extremo del pasillo de los camarotes. Un pequeño pasillo lateral hacia la izquierda conducía al Camarote 4002 y luego al 4004. Oculto por el pequeño recodo desde el pasillo principal, nadie podía verlo. La puerta del camarote no estaba cerrada y entró. A su izquierda había una cama colocada junto a la pared. En la esquina había un tocador y un espejo con un marco de tela azul. Junto al espejo estaban las luces, la radio y los timbres para llamar al servicio. Más allá, en la misma pared, cerca del ojo de buey había un armario y enfrente un pequeño compartimento donde había lavabo, retrete y ducha. Cerró la puerta y recorrió la habitación, sabiendo que antes de llegar a conocerla de forma personal tenía que conocerla de forma teórica, porque podría haber algo en ella que pudiera, en pequeña escala, añadir al plan que todavía tenía que ser perfeccionado. Descubrió una cosa importante. No había cerrojos en la parte de dentro de las puertas. Podían cerrarse con llave pero no con cerrojo. Tendría que comprobar si los pasajeros llevaban las llaves de sus camarotes, aunque le pareció improbable. Pero lo importante era que ningún pasajero podía encerrarse, y que un camarero con la llave maestra siempre podría entrar en el camarote si se presentaba la oportunidad de hacer una investigación.

Antes de irse subió a la cubierta Uno, y, desde el ascensor para equipajes y carga que Sarling había mencionado en sus notas, vio que se podía cruzar a estribor. Allí había una puerta abierta que daba al alojamiento de la tripulación. La atravesó. A su derecha un par de obreros tomaban té en una larga mesa. Giró a la izquierda y siguió por un pasillo hacia estribor, cruzó una puerta con una inscripción que decía: «Comedor de Camareras»; y otra que decía: «Salón de recreo de Camareras»; y luego frente a él había una puerta de hierro abierta que conducía directamente a la cubierta de proa. El camino del oro desde el Tesoro, situado en la cubierta Ocho (con el ascensor enfrente), era directo hacia la cubierta de proa.

De vuelta en la habitación de su hotel, tendido en la cama y pensando en el plan, se dio cuenta de que podía hacerse. Sabía que tenía que hacerse porque algunos rumores o insinuaciones de Mandel a la policía significarían el fin de su persona, de Berners y de Belle. Sabía también que Berners tenía razón: una vez que se entra en el mundo del crimen, no hay escapatoria y no hay manera de librarse del miedo. Sólo había un patrón de confianza deformado, que manejaban hombres como Sarling, Mandel y Benson... pero aunque deformado tenía su propia fuerza y comprendió que era con lo único que podía contar si deseaba volver a Alverton. La completa paz espiritual sólo podría llegar si estuviera dispuesto a abandonar sus sueños de Alverton y desaparecer... y eso sabía que jamás lo haría.

A la mañana siguiente volvió a subir a bordo. El trabajo seguía a pesar del fin de semana. Vagó entre los obreros, deteniéndose para hablar con unos y otros de cuando

en cuando, y finalmente subió al descansillo de la cubierta de los botes y por un pequeño pasillo a la izquierda de la entrada hasta el camarote 736. Abrió la puerta, entró en el alojamiento de los Oficiales y recorrió un estrecho pasillo. Una puerta abierta a su derecha le mostró el camarote de un oficial, la cama sin tender, una mesa baja cubierta con revistas y un estante con libros encuadernados en rústica. A la izquierda subía una escalera con la inscripción «Alojamiento de Oficiales Superiores». Frente a él una puerta de cristal le daba una visión de lo que conocía por haber estudiado uno de los diagramas de perfil del barco dado por la Cunard. Era el Restaurante y Salón de los Oficiales con grandes ventanales mirando hacia proa. Un oficial con dos galones dorados en la manga de su chaqueta azul marino salió del salón al corredor y lo vio.

Raikes lo saludó con la cabeza sonriendo y dijo:

—Me llamo Graham. Acabo de empezar a trabajar a bordo en la oficina de pagos de Upper Clyde. Debo encontrarme con uno de nuestros mecánicos aquí, un tal Farrar.

—Aquí no hay nadie con ese nombre.

—¿No? Dijo que conocía a uno de sus oficiales... he olvidado su nombre... Dijo que lo había arreglado para que yo pudiera visitar el barco... ver el puente de mando y todo eso. Tenía que encontrarme con Farrar delante del camarote 736 a las diez y media. Esperé media hora, pensé que podía haberme equivocado y que estuviera esperándome dentro. Aquí está mi tarjeta. —Raikes tendió al oficial su carta de identidad. El oficial la miró brevemente y se la devolvió diciendo:

—¿Recuerda el nombre del oficial?

—No. ¿Farrar no estará en alguna parte esperándome? ¿Quizá en el puente de mando?

—Podríamos ir a ver.

Y así fue; todo se debió a la simple magia de estar a bordo, de tener una tarjeta de identidad y de actuar y hablar con completa confianza, moviendo la cabeza y diciendo bromas sobre Farrar, que jamás llegaba a tiempo a ninguna parte, y que probablemente se hubiera olvidado de él y de su promesa. El oficial, con muchas horas del domingo a su disposición, el capitán y personal del capitán en tierra, aceptó de buen grado la compañía y, orgulloso de su hermosa nave, se ofreció con gusto a enseñarle el barco, ya que básicamente no se quebrantaba ninguna medida de seguridad. De manera que Raikes hizo una visita con guía al espléndido salón de oficiales, luego escaleras arriba a los camarotes de los oficiales superiores. Echó un breve vistazo a la sala del capitán... sus ojos recogieron los detalles, la mente registró con velocidad y precisión un escritorio frente a la puerta, una lámpara con una pantalla color naranja, a un lado, una mesa baja redonda hacia la izquierda con un cactus gris plateado en un florero, flores rojas en un vaso. Alrededor de la habitación y debajo de las ventanas, asientos tapizados de verde con almohadones rojos, amarillos y anaranjados, y al otro lado, en el extremo de la izquierda, una salida con



cortina que conducía al puente de mando, y más delante otra puerta que daba al dormitorio, y al cuarto de baño. Los ojos observaban, el cerebro registraba..., un vaso con lápices y bolígrafos sobre el escritorio, teléfono, un pequeño par de sujeta-libros con diccionarios de bolsillo colocados ordenadamente entre ellos. La habitación quedó fotografiada en su cerebro, sabiendo que en algún momento futuro estaría allá de nuevo, de pie, encarando al capitán, haciendo equilibrios en el filo del riesgo, pero sabiendo que jamás saltaría por encima de ese filo y consciente de que, mientras estuviera allí sometiendo al capitán a una amenaza, la misma amenaza le había sido impuesta a él algunos días antes.

El oficial lo condujo hasta el puente de mando pasando por la sala de mapas, más allá de la entrada a babor, y lo llevó a las amplias ventanas bajo las cuales se extendía el largo tablero de instrumentos y equipos para el control del barco: radar, silbatos automáticos, impulsores de proa, la brújula y sistemas de teléfonos a proa, a popa, a los lados de cubierta y a la sala de control de las turbinas, a los telégrafos mecánicos y a la mesa de los libros de bitácora... El oficial hablaba, y Raikes, el turista, se asombraba. A través de las ventanas se podía distinguir una mañana de domingo en Southampton, la silueta de techos y torres delante de ellos y lejos, hacia la izquierda, los muelles grises, el agua cubierta de desperdicios, las elevadas grúas de rígidos, cuellos y las chimeneas de otros barcos con sus banderas de colores que destacaban por encima de galpones y depósitos, y Raikes sabiendo que tenía suerte, que los dioses lo protegían, se imaginaba a sí mismo en algún punto del futuro allá, de noche, cuando el tablero de controles despidiera un suave resplandor. El oficial no pasó por alto ningún detalle, porque estaba enamorado de aquel barco, y con orgulloso placer desplegó las bellezas de su amor, explicando todo: central del timón donde estaba el contraestre de pie y detrás de él el radar y el piloto Decca, la gigantesca serie de paneles a espaldas del timón: panel estabilizador, panel de las puertas herméticas, panel de las luces de navegación, panel del teléfono y el panel desde donde sería apagada la luz en la cubierta de proa, cuando el helicóptero se posara, zumbando como una abeja sobre la cubierta. Al pasar le mostró la cabina del capitán sobre la banda de estribor del puente y (hasta dónde puede llegar el amor y el orgullo) ¡no se olvidó de mostrarle ni el cuarto de baño del puente de oficiales!

Tomó una taza de café con el oficial y charlaron durante media hora más. Para su alivio se enteró de que el mástil de la proa era telescópico y se bajaba cuando el barco estaba navegando. Se utilizaba para sujetar el ancla y las luces cuando el barco estaba atracado. El problema que tanto le había preocupado pocos días antes, resultó no ser un problema. También se enteró de que la puerta que conducía a los camarotes de los oficiales siempre estaba cerrada con llave cuando el barco estaba en servicio.

Llegó al hotel antes de almorzar y se sentó en la entrada del vestíbulo hasta que vio que el portero principal abandonaba el escritorio; entonces se adelantó para coger la llave de la habitación de Alfred Graham. Subió, puso la tarjeta de identidad sobre el tocador de Graham, donde éste creería que la camarera la había dejado al

encontrarla en el suelo, y luego volvió al vestíbulo y le entregó la llave al portero diciendo que se había equivocado y que le diera la suya.

A las tres estaba de vuelta hacia Londres.

Desde que Raikes había vuelto de su entrevista con Benson y Mandel, y le dijo a Belle lo que le obligaban a hacer, la muchacha se sintió descompuesta y nerviosa. Pero su miedo no era por ella misma. En algún momento, desde que había conocido a Raikes y trabajado con él, casi había llegado a sentir una plácida resignación respecto a sí misma. La vida, se había dicho, jamás iba a entregarle nada servido en bandeja. Una vez que aquel asunto terminara, Raikes desaparecería de su vida para siempre. Bien, se acostumbraría, aprendería a vivir con aquella idea, pero nada alteraría el hecho de que era el único hombre que realmente había amado y que jamás amaría. Otros hombres se acostarían con ella, tomarían su cuerpo y le proporcionarían placer, pero jamás habría otro que ocupara realmente el lugar de Raikes en su corazón.

Encendió un cigarrillo pensando: «Pobre Belle, tienes veinte mil libras pero, hay que reconocerlo, provienen del asesinato de tu jefe... y tendrás más cuando esto otro termine... pero no habrá una maldita cosa que realmente te interese, que puedas comprar con ese dinero. Ni una sola cosa. Un día Andrew se apartará de tu vida y ni siquiera te enviará una tarjeta de Navidad».

Oyó una llave en la cerradura y Raikes entró con su maleta. Ella se puso de pie y se acercó a él exclamando:

—¡Andy!

Él dejó la maleta en el suelo, rodeó a Belle con sus brazos y la besó, y ella por primera vez durante su relación, en aquel momento en que se abandonaba hundiéndose en el consuelo de su proximidad, se preguntó qué había detrás de aquel beso... casi como si sintiera que en alguna fibra de su pasión, de aquel contacto de sus manos, pudiera aislar aquel extraño odio que sentía por ella.

Él la apartó, sonriente, la tez bronceada plegándose un poco alrededor de sus ojos azules, y dijo:

—He tenido suerte. Prepárame un buen trago mientras hago una llamada.

Ella se dirigió al bar, y a sus espaldas le oyó marcar, y luego decir:

—Soy Tony Applegate. Quiero una entrevista mañana. Llámeme aquí.

Ella se volvió cuando él colgaba.

Cogió sonriendo el vaso que ella le ofreció.

—He examinado tu camarote, el 4004. Es pequeño pero cómodo —bebió y continuó—. ¿Sabes?, si las causas fueran diferentes y esto hubiera surgido hace cinco o diez años, creo que realmente hubiera disfrutado haciéndolo. Sí, realmente creo que así hubiera sido.

Benson lo recibió, pero no en el Ritz. Se encontraron en el Hotel Savoy, en una «suite» que daba al río frente a una mesa ratona con una gran florero de gladiolos escarlatas y amarillos que ciertamente, puesto que eran los primeros días de marzo,

no habían visto la luz en tierra inglesa. Benson, con un bien cortado traje de seda gris, una pequeña corbata de pajarita y una cadena de oro en su muñeca izquierda, le pareció a Raikes mucho más extraño de lo que jamás le había parecido. Y aquella vez porque estaba Mandel detrás de Benson, y un mundo de personas y poderes por encima de Mandel. Raikes, sin pensarlo, instintivamente, se sintió superior a aquel hombre; era él quien daba las órdenes y no el que las recibía, sin desanimarse, a pesar de que la sonrisa en los labios de Benson era irónica, hasta amistosa, indicándole que había advertido el cambio de actitud.

Raikes dijo:

—Hemos organizado el plan. Pero todavía sin detalles suficientes como para contárselo. Antes de seguir hacia delante hay ciertas cosas que debe saber.

—¿Cómo...?

—Sólo Miss Vickers y yo estaremos a bordo. Yo no necesito un camarote, pero ella sí. Quiero el camarote 4004 para ella o uno que esté lo más próximo posible a éste. Está en la cubierta Cuatro a proa y a babor.

—¿Bajo qué nombre?

—El suyo, Belle Vickers. Ella arreglará los trámites de inmigración y visados con las autoridades norteamericanas.

—Conseguiremos el camarote.

—Quiero que saquen el oro del barco tres o cuatro horas después que salga del Havre. Estará navegando más o menos a razón de 27 o 28 nudos. Será aproximadamente en algún punto al norte de las Islas del Canal. Después le daré las distancias exactas y el tiempo preciso. Pero ahora quiero saber si pueden suministrar un helicóptero francés. No me importa la velocidad que desarrolle, pero debe tener un alcance de alrededor de 250 millas. Tiene que tener un dispositivo que le permita quedar suspendido sobre el puente de proa, y dejar caer una red o un gancho de carga para levantar los cajones con las barras de oro.

—¿Mientras el barco desarrolla 28 nudos..., y quizá con viento fuerte?

—El barco va a reducir la marcha y se colocará a favor del viento.

Benson sonrió:

—¿Siguiendo sus instrucciones?

—No. Las del capitán.

—Me interesará saber cómo va a conseguir que el capitán se ponga de su parte.

—Lo sabrá a su tiempo. Necesito saber cuál es la máxima velocidad del viento a que un piloto avezado de helicóptero puede llevar a cabo la maniobra. Si el viento en la noche en cuestión es demasiado fuerte, la operación no se realiza.

—Y usted quedará a bordo sin camarote. Eso significa que piensa ser izado por el helicóptero.

—No se preocupe de eso por el momento. Estaré a cubierto. Sólo quiero saber si puede proporcionar un helicóptero, y hacer los preparativos necesarios para salir de Francia y volver con las barras de oro sin inconvenientes.

—No será demasiado difícil.

—Quiero que Berners esté en el helicóptero. No tiene que desempeñar ningún papel a bordo. Además tiene que haber un piloto y otro hombre para ayudar a Berners a levantar las redes cargadas al helicóptero. Cuando la operación termine, yo subiré al helicóptero. Quiero saber el peso exacto que el helicóptero puede soportar con cuatro hombres dentro. Eso determinará la cantidad de oro que saquemos del barco.

—Si es el tipo de embarque habitual, lo que podemos comprobar más tarde, el oro estará guardado en pequeñas cajas de fibra de madera, selladas con tiras de metal. Entran de dos a cuatro barras en cada caja. Una barra puede pesar entre 350 a 450 onzas. Generalmente 400 onzas. Eso significa 25 libras. Digamos, alrededor de 40 barras para lograr media tonelada. Me parece que con cuatro hombres, digamos con un peso de alrededor de 900 libras en conjunto, un helicóptero podría razonablemente levantar una tonelada de oro. Quizá más. Lo comprobaré. Pero 80 barras de oro de aproximadamente 14 000 dólares por lo menos la barra le da... —Benson echó hacia atrás la cabeza, cerró los ojos un momento para hacer el cálculo y Raikes lo observó, curiosamente desinteresado de los valores, pensando en las barras de 25 libras y recordando haber andado una milla llevando sobre sus hombros un salmón que pesaba 20 libras, sintiendo ahora la exacta sensación del peso... recordando la nevisca y el viento que azotaban su cara...— eso significa algo más de medio millón de libras. ¿Bonito, no? En realidad, puesto que lo vamos a vender muy por encima del precio oficial de 35 dólares por onza que fija el Tesoro de Estados Unidos, llegará a cerca de tres cuartos de millón.

—Por el momento estoy más interesado en otras cosas —interrumpió Raikes—. Cuando hayamos decidido lo del helicóptero, quiero hacer algunas pruebas con él. Quiero saber cuántas cajas de dos o tres barras pueden ser manejadas con facilidad por los dos hombres del helicóptero. Y luego quiero saber el tiempo que se necesita para levantar media tonelada, una tonelada o dos toneladas. Hay un ascensor a bordo, frente al Tesoro. Por lo que he visto creo que podría subir con facilidad media tonelada, pero con cuatro marineros, digamos, trabajando con una tonelada..., y tendrán que ser individuos fuertes que puedan subir con facilidad cajas de dos barras..., supondrá diez viajes de cada uno por tonelada. Le daré un plano de la distancia que tienen que recorrer y el tiempo en que pueden sacarlo. Por eso quiero que Berners esté en el helicóptero con anticipación. Hará los cálculos de tiempo y las comprobaciones. ¿Puede arreglar eso?

—Naturalmente, pero ya que es un negocio, una parte proporcional de los costos se deducirá de su participación.

—Otra cosa que necesito son derroteros separados para Berners y para mí, una vez que aterricemos en Francia con el oro. Berners le dirá dónde quiere ir, pero yo quiero volar a Inglaterra tres días después desde Niza o algún lugar así, y necesito que me ponga un sello de entrada de la Aduana en mi pasaporte para una semana más o menos antes de mi regreso.

—Hecho. ¿Cuándo puedo decirle a Mr. Mandel que tendremos su plan completo?

—Concentrémonos en el helicóptero primero. Cuando sepa que lo puede conseguir y lo que es capaz de transportar, entonces podremos ultimar los detalles. Una vez que el helicóptero esté sobre el barco lo importante es el tiempo. Me gustaría partir en un plazo de una hora. Dos horas es el límite absoluto. La gente se acostumbra muy pronto a vivir una emergencia. Comienzan a pensar, comienzan a no tener tanto miedo y después puede pasar cualquier cosa que no está en los planes.

Cuando Benson lo acompañó a la puerta de la «suite», le preguntó:

—¿Dígame, está ansioso por hacer esto? ¿Se agita algo dentro de usted?

—No. Lo hago porque estoy obligado a hacerlo. Si fuera mi propio amo, y la idea hubiera sido originalmente mía, podría disfrutar. Sí, esa es la verdad. Pero ahora no, Benson. Tener un amo hace que me duelan las entrañas.

Benson se encogió de hombros:

—Indíqueme alguien que no pertenezca a otra persona. Ese ser no existe.

Después de la entrevista con Benson, tomó el tren a Brighton y visitó a Berners. En la elegante sala de Berners pasaron tres horas analizando el plan, y trabajando como lo habían hecho antes con frecuencia, considerando el plan en general y luego proyectándose en él, viviéndolo y recorriéndolo paso a paso, cada uno poniendo objeciones, posibilidades de errores u oportunidades y sin dar el paso siguiente hasta haber resuelto o cubierto las objeciones. Si no podía encontrarse una solución por falta de información, consideraban las fuentes, o modos y medios de obtenerla. Por ejemplo, cuando Belle subiera a bordo como pasajera, Raikes la acompañaría con una tarjeta de visitante que ella conseguiría de las autoridades del barco. Pero una vez que se hubiese consumado el robo, y Raikes hubiera desaparecido en el helicóptero, se realizaría un control estricto para establecer quiénes habían subido a bordo. Podía comprobarse la lista de pasajeros y no faltaría nadie. De manera que lo tomarían por un polizón o un visitante que se había quedado a bordo. Si se conservaba la lista de tarjetas de visitantes, y las tarjetas se recogían cuando estos volvían a tierra, entonces la tarjeta correspondiente a Raikes, aunque con un nombre falso, no estaría. Esto, si las tarjetas de los visitantes se vinculaban con los pasajeros que las habían solicitado, conduciría hasta Belle, y eso había que evitarlo. Berners dijo que iba a averiguar cómo manejaban las autoridades de la Cunard la entrega de tarjetas, y si las recogían o no cuando los visitantes bajaban del barco. Cada detalle suponía un pequeño problema como éste, pero para Berners era miel sobre hojuelas. Observó tranquilamente:

—Con frecuencia, la manera más simple es la más rápida. Mañana llamaré a las oficinas de la Cunard en Londres y preguntaré cuál es el sistema. Alguna empleada me lo dirá y luego lo olvidará en seguida. La gente obra a veces del modo más inocente. Dan información lo mismo que una vaca da leche.

Raikes sabía que era verdad. Era fácil conseguir información. El verdadero problema era ajustarla a un plan que saliera bien. En el pasado esto había sido algo

con lo cual había disfrutado, y más intensamente cuando pasaba del plan sobre papeles a la ejecución misma. De pronto se sintió irritado otra vez ante el pensamiento de que aquello no era algo que estuviera haciendo por propia elección.

Con el impulso del profundo resentimiento que sentía, dijo:

—Desearía con toda el alma que hubiera una manera de evitar esto. Alguna forma de abandonar el asunto por completo.

Berners lo miró sorprendido.

—Pero ¿por qué? Podemos hacerlo entre los dos. Piense en el dinero que obtendremos. Tome, mire... —Le tendió un ejemplar del «The Times» de aquel día.

Raikes lo cogió. En la página judicial había una fotografía de un juego de mesa de porcelana de 96 piezas que el día anterior había sido vendido en la tienda de Christie por 21 500 guineas:

—¿No le gustaría poder comprar algo así? Fui a la subasta. Es un juego precioso... magnífico en realidad, pintado en esmalte azul y barnices «famille-rose» decorado con flores, pájaros, ardillas y enredaderas. Esas son las cosas que pueden comprarse con mucho dinero. Cosas que la mayor parte de la gente nunca puede soñar poseer. Esas son las cosas que quiero... de manera que estoy dispuesto a correr el riesgo por ellas.

—Querrá decir que lo han obligado a correr el riesgo.

—Eso no tiene importancia... mientras signifique dinero.

Una semana después, Benson fue a visitar a Raikes a su apartamento. Había traído detalles del helicóptero.

—Hemos decidido que la mejor máquina para ese trabajo es una Bell 205A. Es un helicóptero norteamericano, pero se fabrica bajo patente en Italia y podemos conseguirlo. Aquí tiene una lista de datos sobre la máquina. —Entregó a Raikes una lista mecanografiada, que decía:

#### «Datos y rendimiento de la Bell 205A»

Helicóptero		
Peso del equipo	libras	5000
Tripulación (una persona)	»	170
Carga	»	2780
Combustible	»	1460
Despegue		
Peso total	»	9410
Distancia del recorrido en millas		320
Velocidad de crucero	m.p.h.	125
Longitud total	pies	57
Longitud de la hélice	»	48

Después que Raikes lo leyó, Benson dijo:

—Esas cifras sólo permiten un piloto. No obstante habrá tres hombres a bordo:

Berners, el piloto y otro hombre para ayudarlo a cargar el oro. Y cuando parta, usted estará en el helicóptero. Esas son las tres personas extras, digamos, con un peso de 510 libras que deben restarse de la capacidad de carga, que quedará reducida a 2270 libras. Eso viene a ser el equivalente de bastante más de una tonelada de oro. Pero si no hace un vuelo de 320 millas, entonces podríamos ahorrar en combustible lo que significaría más carga de oro a bordo. En cualquier caso, en el momento en que lo recoja a usted se habrá utilizado algo de combustible.

—Necesitamos 320 millas. ¿Puede conseguir una máquina como esa sin problemas?

Benson sonrió:

—Para este trabajo podemos conseguir cualquier cosa... y cuando termine con él, no quedarán rastros.

—¿Y qué pasa con la grúa?

—Ya la he buscado. Podemos tener un equipo de grúa externa. Está situada en la parte superior al lado derecho del techo de la cabina. Puede ser maniobrado por el piloto o por un encargado de la grúa. Sale de la parte superior de la cabina y cuando la carga está arriba, la deposita dentro. El sable tiene 200 pies de longitud y levanta 600 libras a una velocidad de 100 pies por minuto. Si es necesario, pero es mejor que no suceda, hay un cortador de cable de emergencia que el piloto o el encargado de la grúa pueden hacer funcionar.

—Ha averiguado bastante.

—No hubiera venido a verlo si no fuera así.

—Seiscientas libras. En cuatro cargas podría tener bastante más de una tonelada. Tendrá que encontrar un buen sitio para ocultar esta máquina y también hacer algunas pruebas de carga para que Berners calcule el tiempo.

—Así se hará. Pero antes Mr. Mandel tiene que estar enterado del plan de principio a fin. ¿Cuánto tardará?

—Una semana más o menos. Se lo haré saber.

Benson se puso de pie:

—¿Quiere guardar estos datos?

Raikes negó con un gesto:

—No. Los he registrado en la cabeza. —Abrió el encendedor, acercó la llama a un extremo de la hoja y se dirigió con el papel hasta la chimenea, dejándolo caer y observándolo quemarse sobre las baldosas delante del fuego eléctrico. Cuando se convirtieron en cenizas, se volvió diciendo:

—¿Qué clase de tipos son el piloto y ese hombre extra?

—Son de confianza. Han trabajado para nosotros durante mucho tiempo. No sabrán su nombre ni el de Berners. Pero aunque lo supieran, seguirían siendo de confianza. En nuestro mundo nadie puede violar el código y salir bien parado. De manera que nadie viola el código. Debería suceder algo parecido en la vida común.

Cuando Benson se fue, Belle todavía no había vuelto; él se preparó un trago y se

sentó junto a la ventana, abriendo por primera vez el diario. Casi la primera cosa que vio fue un titular:

#### MAYO 2 PRIMER VIAJE DEL QUEEN ELIZABETH II

*Sir Basil Smallpiece*, presidente de la Cunard, anunció ayer en Nueva York que el trasatlántico «Queen Elizabeth II» hará su viaje inicial desde Southampton a Nueva York el 2 de mayo, pocos días después que terminen las pruebas de sus turbinas modificadas en la segunda mitad del mes de abril.

La firma Cunard tiene proyectado que cruce el Atlántico veintinueve veces desde mayo a noviembre, además de cuatro cruceros por el Caribe desde Nueva York.

Cunard someterá el QEII a un viaje de prueba final por las islas de Cabo Verde a principios de abril antes de entregarlo definitivamente. Cuando vuelva al mar no habrá motivo alguno de inquietud.

Bebió un trago. No lo sabían, pero habría motivos de inquietud; Berners llegaría en el Bell 205A.

El barco cumpliría ampliamente las promesas hechas a sus pasajeros en perspectiva, en cuanto a su funcionamiento. Sería el más soberbio ejemplo de la capacidad y artesanía de los astilleros que el mundo hubiera conocido jamás.

Bien, mientras el barco cumpliera la promesa que Andrew se estaba haciendo a sí mismo como pasajero en perspectiva, aunque sin pasaje, estaría contento. Deseaba que todo hubiera terminado. Estaban en marzo. Faltaban dos meses. Iba a ser una espera larga. Aunque normalmente era un hombre paciente, sabía que iban a ser dos meses inacabables y difíciles para él.

La puerta se abrió y entró Belle, con los brazos cargados de paquetes. Los dejó caer en un sillón y dijo:

—¡Andy, de pronto he comprendido que soy una mujer rica! ¡Veinticinco mil libras de Sarling! Cuando me enteré, no me di cuenta de lo significaba. Luego de pronto, mientras estaba en la calle lo comprendí, de manera que fui a hacer compras. Y ¿sabes?, me pasó una cosa rara... Estando en el mostrador de perfumes en Harrods, de repente, tuve aquella antigua sensación de que necesitaba robar algo. Tenía la mano en un frasco de perfume de baño... y casi lo escondo, en la cartera. ¿No te parece extraño, después de estos años?

Raikes se enfureció:

—No sólo es extraño sino endiabladamente peligroso. Haces una cosa como esa, te atrapan y puede llevarnos a la ruina.

—¡Pero no lo hice!

—¡Ni siquiera puedes pensar en hacerlo! ¿Lo oyes? —Le apretó el brazo con furia.

—¡Oh, Andy! ¡No te enfades! Por supuesto que no lo haré. Te lo prometo. —Lo besó y luego se volvió hacia el bar—. Dios, necesito un trago, estoy exhausta.

Él la observó mientras ella le daba la espalda, observó sus movimientos y pensó: Dos meses... Dos meses antes de que pudiera librarse de ella, librarse del asunto...

Se dirigió hasta donde estaba Belle, le acarició las nalgas y le besó la nuca. Durante dos meses más tenía que desempeñar su papel.



—Lo lamento —le dijo—. No fue mi intención perder el control. Pero sabes lo importante que es esto. —Hizo que se volviera y la besó, en seguida sintió la respuesta a su bondad y afecto, y se puso a pensar para sus adentros: estoy besándola con la misma facilidad con que podía estar matándola.

ERA LA MISMA «SUITE» DEL SAVOY. Las flores sobre la mesa ratona esta vez eran grandes claveles rojos, las corolas en alto sobre los tallos sostenidos con alambres. Mandel estaba sentado en una silla con las manos cruzadas sobre las rodillas, con los hombros encorvados, que le daban un aspecto de halcón empollando, los ojos fijos en Raikes, que estaba de pie cerca de la ventana. Benson se había dejado caer en un sillón y estaba jugando con uno de sus anillos de oro. Berners, con pantalón gris, zapatos de gamuza y chaqueta marrón, estaba sentado en modesta actitud junto a la mesa. Detrás de Raikes, a través de la ventana, se veía el río iluminado por el sol.

Raikes estaba hablando:

—Tendrán preguntas que formular, pero por el momento es mejor que tomen nota de ellas y las hagan después. Lo primero que quiero hacer es explicar la operación de manera que tengan un cuadro completo. ¿Están de acuerdo?

Mandel asintió:

—Hable usted. Nosotros escucharemos.

—Muy bien. Por lo que sabemos hasta ahora, el QEII hace su primera travesía del Atlántico el 2 de mayo. Llega a Nueva York el 7 de mayo, llevando barras de oro en su Tesoro. —Miró a Mandel—. Creo que ahora la mayor parte de los embarques de oro que salen de Londres van por aire.

Mandel respondió:

—Cierta cantidad siempre va por mar. Y esta vez... puesto que es un viaje inaugural, la mayoría de los comerciantes en oro de la City embarcan sus barras como un timbre de honor.

—¿Cuánto calcula que será?

—Será más de lo que pueda llevarse. —Mandel sonrió brevemente—. Algunas serán nuestras, debidamente aseguradas, de manera que lograremos un doble beneficio después de recibir el dinero del seguro.

—¿Del que tendremos el 75%?

—Sí.

Mientras el hombre respondía Raikes vio que los hombros de Berners se movían con suavidad.

—Muy bien. Por el momento la intención es llevarnos por lo menos una tonelada de oro en barras. El helicóptero levantará 600 libras cada vez, lo que significa veinticuatro barras. Para llevar cómodamente el oro desde el tesoro del barco al helicóptero, calculo «grosso modo» que se necesita hora y media. Berners puede hacer un cálculo más exacto luego, cuando lo ensayen con el piloto del helicóptero. Sugiero que nos contentemos con cuatro cargas. En realidad, insisto. Tendré al capitán y a varios de sus oficiales bajo amenaza, pero si tardamos demasiado, alguien podría sentirse tentado de hacer alguna tontería. ¿De acuerdo?

Mandel respondió:

—Nos daremos por satisfechos con cuatro cargas.

—Correcto. El barco parte de Southampton alrededor del mediodía. Se dirige al Havre. Nadie podrá embarcarse allí después de las 8.30 p. m. del mismo día. Sale alrededor de las nueve de la noche. Una vez en el Canal, comenzará a tener velocidad. Alcanzando una velocidad promedio de 25 millas por hora, durante el período de cuatro horas desde las nueve hasta la una de la madrugada, estará a cien millas al oeste. Hay un mapa sobre esa mesa. He marcado su posición para velocidades de 20, 25 y 30 millas por hora. Berners y el piloto del helicóptero no deben tener dificultad alguna para alcanzar el barco. Si no surge algún contratiempo de último momento, estaré en una de las cubiertas de popa del barco desde las doce de la noche en adelante. Berners localizará el barco desde el aire y en cualquier momento a partir de las doce disparará una bengala desde el helicóptero. Cuando la vea entraré en acción. Inmediatamente después de que haya sometido al capitán se disparará otra bengala desde el barco para indicar a Berners que todo marcha según el plan. Entonces, en el momento en que la primera carga de barras de oro esté sobre la cubierta de proa se dispararán dos bengalas desde el barco para que el helicóptero se acerque y comencemos a cargar.

—¿Quién disparará esas bengalas desde el barco? —preguntó Benson.

—Dije que luego respondería a las preguntas. Sin embargo puedo informarle que lo hará un miembro de la tripulación. Aunque seré yo quien proporcione la pistola y los cartuchos. En el momento en que la última barra de oro esté a bordo del helicóptero, me izarán desde la cubierta de proa y el helicóptero volverá a su base. En lo que concierne a la seguridad en Francia, se ocupará Berners, que estará trabajando con la gente de ustedes. No tendrán problema alguno para aproximarse al barco. Pero desde el momento en que partamos en el helicóptero, la nave estará en comunicación por radio con la costa dando la alerta a las autoridades francesas. El helicóptero desarrolla 25 millas por hora sin carga. Sugiero que trabajen dentro del estricto límite de dos horas como máximo para salir de la base francesa. —Miró a Mandel—. Si Berners no está completamente satisfecho con estos planes, la operación queda anulada.

Mandel respondió:

—Estará satisfecho. Siga con los detalles de la operación a bordo del barco.

—Ya hay un pasaje reservado para Miss Vickers, a su verdadero nombre, camarote 4004. Subiré con ella en Southampton con tarjeta de visitante y permaneceré a bordo cuando el barco parta. No se lleva una lista de las tarjetas de visitantes entregadas, y no se recogen cuando las visitas vuelven a tierra, de manera que no hay forma de seguirle la pista a alguien que se quede a bordo y en cualquier caso la tarjeta se extenderá bajo un nombre falso, no con el mío. Me quedaré en el camarote de Miss Vickers hasta que el barco salga del Havre. Pero en el Havre necesitaré una comprobación del estado del tiempo. Es casi imposible que el

helicóptero levante una carga desde la cubierta con un viento que sople a 50 millas por hora, y bastante difícil si sopla a 40 millas por hora. En la escala Beaufort un viento de fuerza 8 a 9 está catalogado como «muy fuerte», es decir entre 38 a 55 millas por hora. Si la lectura de la escala es de 6 a 7, está catalogado como «fuerte»... entonces no se realiza la operación. Me limito a presentarme ante las autoridades del barco, diciendo que me quedé en el barco en Southampton y bajo a tierra y Miss Vickers continúa hasta Nueva York.

—Y lo intentamos en otra ocasión —dijo Mandel.

—¿Le parece...?

—Sí. Por lo menos una vez más. No es que sea poco razonable. Pero por lo menos hay que intentarlo una vez más. Si fracasa..., lo tomaremos con filosofía y lo olvidaremos, y también nos olvidaremos unos de otros. De todos modos, continúe con su plan, suponiendo que el tiempo sea favorable.

—De acuerdo con mi información, la primera noche de travesía los pasajeros suelen retirarse bastante temprano y el capitán no hace tertulias. El capitán no subirá al puente de mando durante la guardia de medianoche a las 4 de la madrugada. Se acostará alrededor de las doce. Yo iré a su camarote tan pronto vea la bengala del helicóptero. Tendremos una conversación, y él hará exactamente lo que yo quiero que haga. Subiremos al puente de mando y él dará la orden de que se oriente al barco en dirección al viento, y que reduzca la velocidad. Uno de sus oficiales disparará la bengala desde la ala del puente de mando para indicar a Berners que todo funciona según el plan. Entonces el capitán dará orden para que suban el oro en barras, y la doble bengala se disparará cuando esté listo para ser cargado. Sacaremos las cuatro cargas y luego yo mismo seré izado. Eso es todo.

—Sí, es todo, pero de una forma muy somera, sin mayores detalles. —Mandel se puso de pie con un ligero estremecimiento. Raikes volvió a pensar en un halcón sacudiéndose el plumaje—. Explique cómo piensa reducir al capitán.

Raikes se dirigió al bar donde había una bandeja de plata con bebidas y se sirvió un «brandy» con soda. Dándoles la espalda, respondió:

—Sarling me hizo robar unos envases de gas del depósito del ejército. Un material para controlar motines. No entraré en detalles químicos, pero en un espacio abierto provocan parálisis instantáneas e inconsciencia. En un lugar cerrado es letal. Los he probado. Cuando suba a bordo tendré un abrigo puesto y llevaré seis de esos envases. Cuando vaya a ver al capitán, Miss Vickers guardará los envases en un gran bolso, y los llevará a una de las cubiertas de popa. Le explicaré al capitán que tengo un cómplice a bordo con los envases. Si no hace lo que le ordeno Miss Vickers entrará en los salones, en la cubierta de botes, que incluye el Salón de Popa, el Salón de Música, la Cafetería y el «Night Club 736», que estarán llenos de gente... y dejará un envase en cada uno de esos sitios. Los envases tardan de diez a quince segundos en estallar. En diez segundos una persona puede andar 16 a 18 pasos, de manera que ella estará a salvo de la explosión en cada oportunidad... pero mucha gente será

atrapada...

—Y morirá. Es horrible —dijo Benson—. Pero necesario, lo comprendo.

—Nadie va a morir. Aparte del barco, la primera obligación del capitán es la seguridad de los pasajeros. No se atreverá a correr ningún riesgo.

—Pero si se niega a hacer lo que le ordena..., ¿Miss Vickers colocará los envases? —preguntó Mandel.

—Si la bengala no se dispara desde el barco media hora después que yo la haya dejado a ella para ir a hablar con el capitán... sí, lo hará. No habrá manera de revocar la orden.

—¿Ella está dispuesta a hacerlo? —Benson se dirigió al bar y se sirvió un vaso de agua. Berners estaba sentado frente a la mesa, inmóvil, con la cabeza baja, examinando las palmas de sus manos.

—Sí. Pero no tendrá que hacerlo. Este es el punto crucial del plan. Si tuviera la menor duda de que el capitán pudiera negarse a hacer lo que le ordeno, no llevaría a cabo el plan. Es algo que tiene que hacer. Me han obligado y lo estoy haciendo. Va en contra de mi voluntad, pero lo hago... y sabían que lo haría. Él estará en la misma posición que yo. Tiene que hacerlo. Ningún hombre en su posición arriesga las vidas de 20 o 50 pasajeros por salvar parte de una carga de oro en barras. ¿Vidas humanas contra oro? Se condenaría para toda la vida.

Mandel, deslizado un dedo por la gran curva de su nariz, comentó:

—No tengo la menor duda de que tiene razón. Ni siquiera le apuesto nada. Sin embargo, hay uno o dos puntos más. ¿Miss Vickers podrá ver la bengala que disparen desde el puente de mando?

—Sí, estará en una de las Cubiertas de Popa. Cuando vea la señal dejará caer los envases al mar, subirá a la Cubierta de Botes y se dirigirá al gran Salón Panorámico. Es un salón público y podrá observar la operación de la carga desde allí.

—¿Cómo piensa entrar en la «suite» del capitán?

—Andando. Hay una entrada a los camarotes de los oficiales en la Cubierta de Botes. No hay guardia. A esa hora de la noche no debe haber nadie por allí. Si hay alguien y me detiene, entonces tendré que quitarlo de en medio.

—¿Va a ir armado? —preguntó Benson.

—Sí. Llevaré una automática.

—Creo que seis envases, una pistola de bengalas, cartuchos y una automática... es demasiado para subir a bordo.

—¿En un abrigo con grandes bolsillos y doblado al brazo? No hay ningún problema.

—¿Ha considerado la posibilidad de que algo salga mal después que el capitán acepte hacer subir las barras? —preguntó Mandel—. ¿Que alguien pierda el control y haga una tontería para impedir que las barras sean cargadas? Suponga que sucede algo así. Miss Vickers habrá tirado los envases. Ella estará bien, sin que nada la denuncie, en realidad completamente anónima. Pero usted podría quedarse a bordo,

sería un fugitivo y el plan se desmoronaría a su alrededor.

—Si no lo hubiera considerado sería un estúpido —respondió Raikes con aspereza—. Sí, podría quedarme con el muerto y sin poder hacer nada. Cuando suba a bordo tendré mi propio pasaporte y un visado de entrada a Estados Unidos. Mi única oportunidad sería ocultarme en el camarote de Miss Vickers, a la espera de bajar a tierra en Nueva York. Después de todo, mis papeles estarán en orden. Si usted piensa que es una posibilidad y se preocupa por ella..., lo que tiene que hacer es ser lo bastante considerado como para anular la operación. Yo estaría encantado. ¿Se preocupa tanto por mí como para hacer eso?

Mandel se encogió de hombros:

—No. De cualquier manera sólo consideraba una posibilidad muy remota.

—¿Sí...?

—¿Qué otra cosa si no?

—Quizá esté preguntándose qué pasaría si las cosas salieran mal y me atraparan, si hablara demasiado para salvarme, si fuese capaz de dar nombres, de comprometerlos a usted y a Benson.

Inconmovible, Mandel respondió:

—Creo que le resultará imposible involucrarnos a Benson o a mí. Para comprometer a un hombre, tiene que tener un nombre y una dirección correcta. Pero estará comprometiendo a Berners y a Miss Vickers. De cualquier manera, esta conversación es inútil. No creo que trate de salvar su pellejo de esa manera. Si la cosa sale mal y lo atrapan, sólo tiene una automática en su bolsillo. Sé lo que haría con ella. ¿Tengo razón?

—Quizá.

Raikes terminó su bebida y dejó el vaso sobre la mesa. En su mente no había ninguna duda respecto al «quizá». Al repasar el plan durante las últimas semanas, con frecuencia había meditado aquel punto. En todo plan hay que considerar la posibilidad de fracaso. Si eso pasara, hacía mucho tiempo que sabía que no dejaría nada, nada que tuviera valor para él. Meses antes, cuando se había retirado con Berners, la decisión había sido la misma. Si un policía hubiera entrado en su casa se hubiera disparado un balazo. Si las cosas salían mal en el barco y no hubiera esperanzas para él, haría lo mismo.

Berners se puso de pie y por primera vez habló.

—No hay posibilidades de fracaso. En ciertas circunstancias se puede prever lo que va a hacer la gente. El capitán se verá obligado a cooperar. Ese es el punto clave. Una vez que eso suceda, todo irá sobre ruedas, porque cada uno de los movimientos va a estar respaldado por la autoridad del capitán. De manera que no hablemos más de eso. —Miró a Benson—. ¿Cuándo quiere que vaya a Francia para calcular los tiempos del helicóptero?

—Pasará un par de semanas antes de que estemos preparados para eso. No se entra tranquilamente a un salón donde se exhiben helicópteros, y se compra un Bell

205A así como así. No en este trabajo. Tampoco se alquila una casa de campo amueblada en Gran Bretaña, recorriendo las agencias inmobiliarias en automóvil. Tenemos mucho tiempo por delante. Todavía estamos en marzo...

Mientras ellos hablaban, Raikes se volvió y miró por la ventana el río y el tránsito en el muelle. Algunas gaviotas con cabezas negras hurgaban las orillas llenas de barro, y las palomas se cortejaban en las hendiduras del puente Waterloo sobre el agua color marrón. Tuvo una repentina visión del Taw, tan transparente, y de la boca blanca de una trucha surgiendo para atrapar una mosca...

Mandel se le acercó diciendo con tranquilidad:

—Es un buen plan. Estoy seguro de que tendrá éxito. La parte difícil, por supuesto, le corresponde a usted. Tengo mucha confianza en usted. Créame, lamento estar trabajando bajo estas circunstancias.

—Me ha obligado a hacer algo que no quiero hacer, Mandel. De manera que no diga palabras de consuelo. Tengo que trabajar para usted, pero no espere que usted me agrade. Lo voy a hacer. Conténtese con eso.

Dos días después de la reunión con Benson y Mandel, Raikes fue a Devon. No tenía nada que hacer en Londres. Su pasaporte estaba en orden y tenía su visado de entrada otorgado por la Embajada de Estados Unidos. Belle no quería que se fuera, pero le dijo que tenía que buscar los envases y había asuntos que reclamaban su atención en Alverton Manor. Aparte del hecho de que quería alejarse de Belle durante un tiempo, se hubiera ido de cualquier manera. La temporada de pesca del salmón se había abierto a primeros de mes, y la de la trucha de mar y la trucha en general se abriría a mediados.

Pasó los primeros tres días en el río y durante horas, todo recuerdo de Mandel y del QEII lo abandonaron. Por pura cortesía llamó a la casa de Mary, pero le dijeron que todavía no había vuelto. Pasaba las noches en su casa, generalmente solo. Recibía muchas invitaciones para salir, pero las rechazaba. La mayoría de la gente se había enterado de su ruptura con Mary, y suponía que casi todas las invitaciones a comer estarían planeadas con una pareja adecuada para él. No tenía interés en las mujeres y sabía que no las buscaría hasta que aquella operación terminara. Por el momento reconocía francamente, inclusive con un leve resentimiento, que en cierta forma estaba atrapado, que estaba siendo entrenado como un títere para realizar ciertas piruetas y que hasta que hubiera satisfecho a su entrenador, no sería liberado. Y cuando lo liberara, sería una libertad incompleta... aunque en cierto modo agradable, dándole todo lo que siempre había deseado excepto la férrea seguridad que cierta vez creyó que se había forjado para sí mismo. Bien, podría vivir con eso. Pero había momentos en que no podía evitar, aunque sabía que era inútil, pensar en Mandel y Benson, pensar si habría una manera de escapar de ellos y del proyecto. Era entonces cuando se sentía más preso. Comenzó a beber demasiado, y algunas veces, lleno de frustración, salía de la casa en la oscuridad para andar millas y millas. A menudo le

acompañaban persistentes fantasías de las distintas maneras en que podría matar a Benson y a Mandel y huir, pero siempre, por encima de todo, una ráfaga de sentido común le obligaba a reconocer que no había escapatoria. Sarling había sido un tonto, un tonto demasiado confiado y había invitado a la muerte. Pero Benson y Mandel estaban bien protegidos, y tenía que aceptar la lógica de aquella situación. Años atrás se había mezclado en una forma de vida que sólo ofrecía una oportunidad entre un millón de que en el futuro pudiera liberarse del miedo. Pensó en su momento que aquella oportunidad se le había presentado. Ahora sabía que no era así.

Con el transcurrir de los días, el recuerdo de Mandel y Benson comenzó a desvanecerse. De noche, tendido en la cama se concentraba casi con placer en el barco, imaginando el momento en que se preparara en la Cubierta de Popa, más arriba de la piscina, y buscara en la oscuridad la bengala del helicóptero. Se veía a sí mismo andando a lo largo de la galería de la Cubierta de Botes hasta los camarotes de los oficiales. Abría una puerta y aparecía nítida en su memoria la sala del capitán, precisa, detallada y se preguntaba cómo lo encontraría... ¿saliendo en mangas de camisa desde el dormitorio, sentado en su escritorio o recostado en su sillón con una copa en la mano...? Se vio y oyó hablando con el capitán... y, aunque faltaban algunas semanas, podía sentir una súbita excitación nerviosa, mientras pensaba, que sabía que no sentiría cuando estuviera realmente frente al hecho. Desde el momento en que se disparara la primera bengala, la emoción desaparecería...

Pero en aquellas oscuras horas, observando la luz de la luna trepar por la pared, oyendo el constante tic-tac del reloj junto a la cama, se le ocurrió la mayor ironía. Había disfrutado mucho lo que había hecho en el pasado con Berners. Había sido el amo, se había sentido satisfecho cuando un pez había mordido el anzuelo con voracidad, y había conocido el goce pleno de aumentar su fortuna, haciendo posible su gran anhelo de recuperar Alverton Manor. Ahora estaba del otro lado. No había experimentado el goce infinito del planeamiento del golpe, distaba mucho de ser su propio dueño, no sacaría satisfacción alguna del éxito y no sentiría más que indiferencia por el dinero que pudiera reportarle. También sentía, quizá enraizado en sus antepasados, una profunda repugnancia por hacerle aquello a una hermosa nave en su viaje inicial... parecía un sacrilegio, un agravio a la tradición, un sucio insulto al capitán y a su barco. Pero ninguno de sus cómplices mostraba señal alguna de sentir lo mismo que él. Benson y Mandel no pensaban más que en el oro y en los beneficios de sus negocios clandestinos; Berners... (¿por qué no lo habría conocido más a fondo?), era francamente codicioso, jamás había querido retirarse en verdad, siempre querría más de lo que tenía para satisfacer su anhelo de lujos magníficos. Sí, Berners había olvidado que hacía aquello por compulsión. A Berners le gustaba recibir órdenes, responder a algún otro hombre, siempre que le reportara dinero. Y hasta a Belle le agradaba aquel asunto, le agradaba de una manera tonta, porque lo retenía a él más tiempo cerca de ella. ¡Cristo, qué tripulación! Y luego, en la oscuridad del dormitorio se rio de sí mismo a carcajadas. ¿Quién demonios era él



para condenarlos? ¿Qué era él? ¿Cuál era su virtud particular, qué lo hacía distinto de ellos? Simplemente que le gustaba ser su propio amo. Pero aparte de eso, no había nada que pudiera decirse a su favor.

A final de mes Belle lo llamó por teléfono, diciendo que Berners había vuelto de Francia y quería verlo. Fue a Londres, llevando siete envases de gas. Llegó a su casa antes de almorzar, y Belle estaba esperándolo. Se echó en sus brazos como si hubiera estado separada de él durante un año. Con tranquilidad, como si haber descansado de ella lo hubiera renovado, dándole nuevas energías para desempeñar su papel, la abrazó y besó con gran alboroto y sintió la felicidad que la inundaba, pero mientras la tenía en sus brazos y la acariciaba, sintió que su propio cuerpo se enervaba y aunque no había sido aquella su intención al principio la llevó al dormitorio y le hizo el amor. Si no le hubiera hecho el amor, se dijo después, la hubiera desengañado, pero sabía que aquella no era la verdadera razón. En el momento de tenerla en sus brazos y besarla, advirtió que la deseaba... no a ella como Belle, sino a Belle como mujer.

Belle le preparó un trago mientras Raikes deshacía su maleta, de pronto se dio la vuelta y lo observó mientras él abría la caja fuerte y cogía un envase. Cuando lo dejó sobre la mesa ella le preguntó:

—¿Para qué es eso, Andy?

—¿Puedes llevarme hasta Brighton? Por el camino encontraremos algún bosque y te enseñaré a utilizar esta granada.

Belle bajó su copa con lentitud:

—¿Realmente crees que tendré que hacerlo?

—Podría suceder...

—Pero eso significaría matar a mucha gente.

—Bien, ¿y qué...? Lo hemos hecho antes. ¿No has olvidado a Sarling?

—No, pero... eso era distinto.

—Nada es distinto respecto a la muerte. Es siempre la muerte.

Se acercó a ella sonriendo y cogió su copa:

—Mira, entiende bien esto. Si digo que no tendrás que usarlo, es verdad. No tendrás que usarlo, porque el plan saldrá bien. Pero en una operación como ésta no sirve de nada amenazar si no se está dispuesto a llevar a cabo la amenaza. Es un asunto de estado de ánimo. Cuando hable con el capitán, va a saber que es verdad cada palabra que digo... «porque voy a decirle la verdad», y la verdad resultará evidente. En la misma forma, tú estarás en el barco sabiendo que si las cosas van mal, harás lo que se te ha dicho que hagas. Es la única manera de tener éxito. Tienes que creer que vas a hacerlo, estar convencida de que vas a hacerlo... si no, tendremos problemas. Si quieres sobrevivir, tienes que estar dispuesta a matar.

—Pero me dijiste que nunca tendría que hacerlo.

—Por supuesto que lo dije —exclamó con paciencia—. Y lo sostengo. Pero se trata de una cosa distinta. Es una cuestión de actitud mental. Cuando entre a ver al capitán «tengo que saber con seguridad» que, si se presenta el caso, lo harás, porque

entonces lo que le diga será verdad, y en esos pocos minutos en su camarote, cualquier cosa que no sea verdad se pondrá de manifiesto como la luz del día. ¿Lo comprendes?

—Bien... supongo que sí.

—Llevaremos esto esta tarde, y te enseñaré a utilizarlo.

Se apartó de ella con el vaso en la mano. Pocos minutos antes le estaba haciendo el amor, tomando su cuerpo con placer. Ahora, estaba dominando su irritación contra sus: «Bien, sí... sí... supongo que sí». Ella vivía en un mundo de cuentos de hadas, hasta en un mundo macabro de tristes fantasías, en las que hacía cosas espantosas... robaba en las tiendas, falsificaba cheques, ayudaba a matar a Sarling; cosas sobrecogedoras en el momento en que las hacía, y que luego al término de unas horas o días, asimilaba u olvidaba, pero sólo para consternarse y sobrecogerse otra vez cuando volvía a darse cuenta de lo que era capaz. Si algo salía mal colocaría los envases. Lo haría callada, obedientemente, porque él le había dicho que lo hiciera. Porque ahora estaba enamorada de él y haría cualquier cosa que «Andy» la dijera, creería cualquier cosa que le contara. Sin embargo, si tuviera que hacerlo y murieran muchas personas, comenzaría a olvidarlo en el momento en que bajara del barco en Nueva York.

Se volvió sonriente a ella:

—No tienes de qué preocuparte. Suceda lo que suceda, nadie podrá tocarte un pelo ni establecer ninguna conexión entre tú y yo. O tiras al mar los envases, o tranquilamente los colocas en los lugares que te he dicho y vuelves a tu camarote y lo olvidas. Nadie podrá tocarte.

Andrew no creía enteramente lo que le decía, porque si las cosas salían mal se haría una investigación que eventualmente podría conducir a ella, pero si aquello sucedía él estaría muy lejos de ella... más allá de toda preocupación.

Belle lo llevó a Brighton aquella tarde. Dieron un ligero rodeo tomando la carretera de Uckfield Lewes, y antes de llegar a Uckfield se detuvieron donde la carretera se cruza con la de Ashdawn Forest y anduvieron unas doscientas yardas por un brezal. Le enseñó a manipular el envase y ella lo arrojó entre unos helechos, donde estalló con un suave «plop».

En Brighton lo dejó cerca de la casa de Berners, estacionó el automóvil frente al mar y esperó a que Raikes regresara.

Berners lo estaba aguardando con un informe completo sobre las pruebas de cargas y los detalles de la terminal francesa. Las pruebas habían demostrado que utilizando cuatro redes de carga, cada red cargada colocada a bordo del helicóptero, desenganchada y soltada una nueva red vacía hasta la cubierta para la próxima carga, el oro podía ser levantado de la cubierta y colocado en el helicóptero cómodamente en cuarenta minutos. También incluía el tiempo necesario para subir a Raikes al helicóptero. A aquel tiempo había que agregar treinta minutos desde el momento en que Raikes entrara en la «suite» del capitán, se dirigiera con él al puente de mando, se

diera la orden de disminuir la velocidad y de colocar a la nave a favor del viento. A esto había que agregar otros treinta minutos por lo menos, para que las barras de oro se subieran a la cubierta. Un total de una hora cuarenta minutos.

Berners dijo:

—No hay la menor duda de que podemos sacarlo de la cubierta en cuarenta minutos. Eso le da una hora de operación a bordo. ¿Qué le parece?

—Es generoso, pero no demasiado. Subir las barras de oro desde el tesoro en el ascensor será un trabajo rápido. Lo difícil es cruzarlo por la banda de estribor, a través de los camarotes de la tripulación y hasta la Cubierta de Proa. Digamos un máximo de unas ochenta cajas entre cuatro hombres como mínimo. Eso suman veinte cajas que pesan veinticinco libras cada una. No son voluminosas. Cada hombre podría llevar dos cajas... cincuenta libras... eso significa diez viajes por hombre. Con otro hombre en la cubierta de proa para comenzar a cargar la red en el momento en que las barras comiencen a llegar, el tiempo de llevarlas desde el ascensor podría coincidir con su cálculo de tiempo para subirlas. Sí, acepto una hora y cuarenta minutos. Podría hacerse en menos. Espero que sea así. ¿Qué hay de la terminal francesa?

—En el momento en que aterricemos, lo demás pasa a ser problema de Benson. Usted y yo nos retiramos separadamente, no tenemos nada más que hacer con ellos. Han encontrado un lugar en la península de Brest, al oeste de una ciudad llamada Loudeac. Se llama Château Miriat.

—¿A qué distancia estará eso de la posición del barco entre medianoche y la una?

—Según su cálculo, desde el Havre, debería estar a diez o quince millas al noroeste del Alderney, en las Islas del Canal. Eso nos da una distancia de alrededor de 250 millas de ida y vuelta. Significa una hora de vuelo de ida y otra de vuelta, y luego el tiempo en que estemos suspendidos sobre el barco, de manera que tenemos que cargar combustible hasta el tope. Eso nos da un margen de seguridad. Vuelvo este fin de semana y vamos a realizar un ensayo nocturno para comprobar todo. Encontraron un buen lugar allí y Benson es muy eficiente. —Berners no hizo ningún esfuerzo para ocultar la admiración que sentía—. Hay que reconocer que cuando uno opera con el respaldo del dinero que tiene esta gente, el asunto se convierte en algo muy fácil.

—Lo único que le faltaba es decirme que está dispuesto a meterse en otros trabajos con ellos.

Berners se tocó la calva:

—Bien... si me quedo con pocos fondos, podría suceder. A decir verdad, no nos ponen ningún inconveniente y son generosos. No tenían por qué darnos el 75%. Hubiéramos aceptado el 30%, dadas las circunstancias.

—Yo hubiera aceptado cortarles el cuello a ambos si hubiera servido para algo.

—Bien, no pudimos elegir, de manera que, ¿por qué no tomarlo de la mejor manera y estar satisfechos con el asunto?

—¿Y qué hay del piloto y del otro hombre que vienen con usted?

—Por ahora no he conocido más que al piloto. El otro hombre vendrá el día antes de poner el plan en ejecución. —Berners se puso de pie y se dirigió a la ventana. La tarde se estaba oscureciendo rápidamente y el mar tenía un color gris metálico. Las nubes estaban bajas. De espaldas a Raikes, Berners dijo:

—Yo no me ofrecí y usted no me lo pidió, pero sabe que con gusto hubiera desempeñado la parte del barco. ¿No cree que podía haberlo hecho?

—Sé que podría. Pero siempre he sido yo el que está al frente. ¿Por qué trae eso a colación ahora?

Berners se volvió:

—Aquí, los dos solos en esta habitación podemos ser más francos que cuando estamos con otras personas. Su sitio es el peligroso. Y el mejor plan del mundo puede salir mal. Oh, sé que siempre hemos estado de acuerdo en no tener este tipo de conversación. Pero por el momento, admitamos la posibilidad. ¿Qué haría?

—¿Si saliera mal?

—Si.

—Si tengo alguna dificultad en el barco, y no pudiera ver una manera segura de evadirme sin involucrarlo a usted y a Miss Vickers, si no pudiera vislumbrar ningún futuro para mí... bien, sabe lo que haría. Lo que siempre he dicho. Terminaría conmigo.

—Podríamos huir con el oro, pero usted estaría acabado... y eso es lo que quiero preguntarle. No sé nada de su vida privada, pero allí estaría su parte... quizá haya alguien en particular a quien quisiera legársela. Si hay alguien, me ocuparé de hacérsela llegar.

—Gracias... pero no hay nadie.

—Bueno. Sólo fue una idea. No muy agradable, pero... —Raikes sonrió, sintiendo de pronto algo cálido por aquel hombre. Podría ser codicioso pero, por amor de Dios, ¿qué importaba? Habían trabajado juntos, habían sido leales uno con otro durante años, y aquellos años los habían acercado y unido en una relación más fuerte en muchos aspectos que una simple amistad. Respondió:

—Llegue en ese helicóptero en el momento exacto, y dispare su pequeña bengala. Los riesgos son mayores que vender un negocio ficticio, pero fuera de eso no hay diferencia, Usted y yo vamos a manejar a esta gente como lo hicimos en el pasado. Usted y yo... con una pequeña ayuda exterior. Nadie puede enseñarnos nada respecto a la gente.

Se despidió de Berners y fue en busca de Belle. Volvieron a Londres, deteniéndose para comer. Aquella noche durmieron juntos y él se quedó en Londres tres días antes de volver a Devon. Al día siguiente de irse él, Belle se enteró de que estaba embarazada de ocho semanas.

Estaba sentada en la cocina. Sobre la mesa ante ella había una taza de café intacta. En la parte superior de la taza se había formado una película. Dejó caer la colilla del

cigarrillo y la película se hundió lentamente bajo el peso, desapareciendo como un paracaídas que se cierra.

Vaya, pensó Belle. Siempre ocurría algo y como es natural era algo que no le producía placer. Su primera esperanza había sido que aquel asunto de la Cunard la había sacado de su período normal. Pero después de unos análisis, el médico se lo había asegurado.

¿Cómo pudo suceder? Siempre usaba un diafragma y cuando tenía tiempo o podía preverlo, también usaba una gelatina vaginal... Sin embargo, había sucedido. Iba a tener un hijo. Un hijo de él. No era extraño, considerando la forma en que a veces la poseía. Era como echar al diablo cualquier precaución. Pero ¿qué demonios haría? ¿Se lo diría? Después de todo, él podría querer un hijo... podría hasta... no, jamás se casaría con ella por eso. No obedecía a aquel tipo de convenciones. Él la amaba a su manera. De eso estaba segura. Pero no era el mismo amor que ella sentía por él. Ahora Belle tenía dinero y aquel dinero le permitiría tener el niño si quería seguir hacia delante con aquello. Pero ¿deseaba al niño? Encendió otro cigarrillo y trató de verse como una madre... soltera... preocupándose por un hijo... Bien, sería un nuevo papel. ¿Y por qué no? Una vez que pudo sobreponerse al primer impacto de saber que estaba allí dentro de ella, logró pensar en la parte buena. Un hijo. Su hijo. Algo de él que siempre podía conservar aunque perdiera a Andrew. Y sabía que iba a perderlo. Respecto a eso no cabía duda. Raikes estaba en aquel asunto con ella porque no tenía elección. Pero una vez que lo del barco terminara él desaparecería. Suponía que una gran cantidad de muchachas habían perdido a sus amantes y se habían quedado con su hijo como único consuelo. Pero ella, ¿realmente quería eso? ¿Algo que siempre se lo recordara? Cuando la abandonara, quizá fuera mejor no tener nada. Inclina la cabeza, Belle, y comienza a olvidarlo. Deja que se forme un vacío en tu mente y en tu corazón, donde él ha estado, y luego llénalo con cualquier truhán que se te acerque.

Se puso de pie y fue hasta el vestíbulo. Había un ejemplar de «The Field» sobre la mesa, donde él lo había dejado. Aquella era la vida de Raikes. Nunca podría ser la vida de ella. ¿Dónde estaba él ahora? En el maldito Devon... sin un recuerdo para ella Cazando y pescando. A ella el campo la asustaba. Si cruzaba por el campo y una vaca volvía la cabeza hacia ella pensaba que era un toro. Algunas veces, cuando pasaban una tarde juntos allí, después de unas cuantas copas, generalmente Andrew le hablaba del campo, de su río... pero todo el tiempo sabía que no le estaba hablando a ella. Hablaba para sí, recordando lo que realmente amaba. Y en lo que realmente amaba no la incluía a ella. Él tomaba su cuerpo, lo disfrutaba, pero lo hacía —se sonrió con tristeza— como un alpinista que está junto a la montaña y tiene que escalarla. Y ahora estaba embarazada. Y sólo faltaba un mes para que se embarcara en el QEII. Miss Belle Vickers... la futura madre soltera (salvo que se deshiciera del niño) con destino a Nueva York, que después de medianoche, en la primera velada de la travesía se detendría en una cubierta de popa con una gran bolsa llena de aquellos malditos envases... y si el plan no marchaba bien, las dejaría caer en varios sitios.

Estaba dispuesta a hacerlo si llegaba el momento porque, en lo que a él se refería, ella no tenía voluntad propia. Nunca la había tenido. Siempre alguien le había indicado lo que tenía que hacer desde el momento en que por primera vez puso las manos en aquella caja de polvos de talco o lo que fuera... Si tuviera una pizca de sensatez sabría lo qué tenía que hacer. Hacer su equipaje mientras él estaba ausente, salir de allí, esconderse en alguna parte, buscarse una casa o un apartamento en el norte, olvidar la pesadilla del barco, descansar y tener el niño o liberarse de él. Eso es lo que debería hacer. Tenía dinero y tenía tiempo. Pero sabía que jamás lo haría. Cuando llegara el momento subiría a aquel barco, y esperaría (sabiendo que sería en vano) que un día la tomara en sus brazos, a ella, no a su cuerpo, para decirle que había estado ciego, que era un tonto, un estúpido y que era la única mujer que le importaba en el mundo. El Paraíso en la Tierra. Tal como sucede en las películas rosas. Verdadero amor, después de un comienzo agitado y de un montón de malentendidos en *technicolor*, y un final feliz que llena la pantalla con un beso en el primer plano. Y... ¿por qué no? Por amor de Dios, indudablemente eso sucedía de cuando en cuando... ¡y alguien tenía que tener el número premiado! ¿Por qué no podía ser ella? Durante un momento lo creía, y al instante siguiente lo rechazaba. Pero jamás podía rechazarlo por completo. La esperanza se renueva eternamente, Belle. Y allí estaba, con un hijo en el vientre y el teléfono a seis pies de distancia; lo que tenía que hacer era estirar la mano y hablar con él, contarle lo que había pasado... ¿Hasta dónde se conoce a otra persona? ¿Cómo reaccionaría? Quizá aquello significaría una gran diferencia... Podría estar encantado, y volver a ella corriendo, con los brazos llenos de flores y la cabeza llena de planes felices. ¿Podía imaginarlo así? No, esas cosas tan bonitas no suceden en tu pobre vida, Belle.

Se dirigió al bar, iba a beber un «brandy» y luego cambió de idea y se sirvió un gran vaso de ginebra. La ruina de las madres. Pero en el momento en que se lo llevaba a la boca lo bajó. La ginebra la emborracharía y la dejaría deprimida.

Se dejó caer en un sillón, acunando una suave tristeza que después de pocos minutos desapareció... Eso era característico en ella. Aunque había más negro que blanco en su vida, no podía mirar demasiado tiempo el lado negro. Quizá estuviera deformando los hechos y realmente no lo comprendiera. Quizá deliberadamente no quería demostrarle lo que sentía por ella hasta que terminara el asunto del barco... Excepto cuando estaban en la cama... ¿y acaso no era un barómetro suficiente? En la cúspide de la pasión, le decía cosas, cosas bonitas, cosas crudas, pero que a ella le encantaba escuchar. Quizá cuando aquello terminara... Belle se abandonó a la ensoñación... Él tenía otra casa en Devon, a la que iba a mudarse. ¿Por qué no podría ir ella con él y el hijo de ambos? Ella no tenía nada de malo después de todo. Podía aprender a vivir en el campo. Vestía bien y, por amor de Dios, no hablaba ni actuaba como una mujerzuela. Podía alternar con otra gente. Ella podría ser lo que él quisiera que fuese. Ir a la iglesia los domingos, ser una buena madre, una buena anfitriona. Podría aprender a jugar al «bridge»... a montar a caballo (oh, Dios, tal vez eso no)...

ser una buena esposa. Y de cualquier manera estaba el hecho de que si se casaba con alguna otra, sería con una mujer que jamás sabría nada sobre el asunto del barco. Pero ¿quién podía saber si en algún momento, en el futuro, las cosas iban mal y los problemas golpeaban a su puerta? No sería justo hacerle eso a otra mujer. Que descubriera que su marido no era lo que parecía ser... ¡qué decepción! Pero a Belle, eso no la importaría. Ella permanecía con él, a su lado. No sería una decepción para ella. Era algo que compartirían juntos durante el resto de sus vidas, y ella estaría dispuesta a luchar si la mala suerte atrajera a la policía. ¿Acaso eso no era algo que él eventualmente tendría que considerar, aunque todavía no lo hubiera advertido? Tenía que ocurrir, era indudable. En el momento en que ella entró en la casa de él con la nota de Sarling, el destino los había unido, había sellado el contrato que significaba que siempre tendrían que estar juntos, para bien o para mal. Era algo que él tendría que comprender... Por supuesto, así sería.

Se puso de pie alegremente y se sirvió un vaso de «brandy». Eres demasiado pesimista, Belle. Siempre mirando el lado oscuro.

Levantó su copa, bebió y brindó silenciosamente consigo misma. Por una vida clara y feliz con el hombre que amaba. Pero mientras se alejaba del bar sintió algo así como si hubiera pasado de una habitación caliente a otra fría, en la que entraba el viento por una ventana abierta; de pronto sintió que el resplandor de su optimismo comenzaba a desvanecerse.

Todavía faltaba casi un mes. No tenía razón alguna para volver a Londres hasta una semana antes de que el barco zarpara, salvo que llamara Benson a Berners y entonces Belle le telefonaría.

El campo lo atraía tan profundamente que no necesitaba hacer ningún esfuerzo para olvidar el trabajo que tenía por delante. El asunto estaba listo y planeado en todos sus detalles. No había más que realizarlo. No había necesidad de analizarlo mentalmente una y otra vez.

Volvió a caer en la rutina que mucho tiempo atrás había conocido, y que pronto sería su estilo de vida definitivo. Pescó en el Taw, en el Torridge y en el Tamar. En el Torridge, un día frío y seco, con el agua en perfectas condiciones, pescó tres salmones, el más grande de dieciséis libras, todavía con pequeños insectos de mar adheridos. La primavera estaba avanzando. Las campanillas azules crecían en las orillas. Los martines pescadores parecían meteoros de brillantes colores entre el verde fresco de los retoños, centelleaban en las aguas y al sumergirse graciosamente, se rozaban uno con otro en las piedras del río. Un atardecer, inmóvil, de pie, en una hoya del Tamar vio a un visón nadando a dos pies de donde estaba, una bruñida foca en miniatura. Mas tarde, al volver a su casa, cuando ya la luz de desvanecía, una nutria cruzó el camino de grava delante de él, se detuvo, husmeó el aire en su dirección y lentamente se alejó entre los rododendros.

Ahora estaba más sociable, salía a comer con sus amigos, dejaba que la vida lo

envolviera, sacando fuerza y consuelo de aquello. Mary había vuelto, pero sólo la vio una vez en casa de unos amigos y se mostraron muy amables uno con otro, pero era evidente que nada quedaba entre ellos en lo que a él concernía. Le estaba inmensamente agradecido a Mary que hubiera hecho por ellos lo que finalmente hubiera tenido que hacer él.

El trabajo de Alverton Manor estaba terminado, pero sabía que no se mudaría solo, también sabía que no haría nada por conocer otra mujer hasta después del robo de las barras de oro.

Algunas veces por la tarde, cuando Mrs. Hamilton se había ido, Belle solía llamarlo por teléfono. En general, no se mostraba dispuesta a colgar, y la dejaba hablar sin impaciencia.

A mediados de abril llamó por teléfono una noche, y le dijo:

—Berners quiere verte. ¿Cuándo puedo decirle que vienes, Andy?

—Pasado mañana. Dile que nos encontraremos en el R.A.C. para almorzar juntos.

—¿Vendrás a casa?

—Sí. Por supuesto. Saldremos a comer fuera.

Tomó el tren de la mañana y se encontró con Berners a la hora del almuerzo. Para su sorpresa, también estaba Benson. Por Berners se enteró de que habían realizado las pruebas con el helicóptero con viento en contra, en el trecho exterior del vuelo, y que incluso en esas condiciones habían tenido un amplio margen de combustible.

Benson dijo:

—Vine a advertirle de que de ahora en adelante ni Mr. Mandel ni yo estaremos en Inglaterra. Berners vuelve a Francia dos días antes de que el barco parta. Si algo sale mal aquí o si quiere ponerse en contacto con nosotros, puede usar el número de Applegate que tiene. También, para su tranquilidad, le diré que nos hemos puesto en contacto por lo menos con tres comerciantes en oro de la City y habrá consignaciones a bordo que pasan de la tonelada. Hemos tomado todas las precauciones para el control meteorológico, cuando usted llegue al Havre. Lo controlaremos en la zona de Brest y Miss Vickers recibirá una llamada telefónica por radio, directo a bordo, de Berners. Hablará de cosas intrascendentes durante unos momentos, y luego ella le preguntará cómo está su tía. Si Berners dice que está igual, significa que el plan continúa sin inconvenientes. Si dice que está peor de lo que estaba, la operación se anula. Si entre el momento en que el barco sale del Havre y la medianoche, el tiempo se pone demasiado malo para el helicóptero, entonces éste no irá y puesto que usted no verá ninguna bengala, no entrará en acción.

—Y quedaré con mis propios recursos, a bordo y sin pasaje.

Benson se encogió de hombros:

—Eso no será demasiado peligroso. Puede decir que no pudo soportar la idea de separarse de Miss Vickers, y ofrecer pagar su pasaje.

Después de almorzar, Raikes fue andando a Mount Street y se detuvo en una florería en Berkeley Square. Entró en el apartamento llevando un ramo de claveles



rojos.

Las flores emocionaron mucho a Belle. Era la primera vez que le llevaba flores, y mientras las tenía entre las manos, después que él la había besado, no pudo dejar de pensar que quizá la reciente separación lo había obligado a reconocer lo que ella significaba para él, que realmente la había echado de menos y quería que ella lo supiera, sin decirlo con palabras, sino con flores. Esa fantasía de su imaginación (que ella sabía que era una fantasía) y la esperanza de que no lo fuera la hizo vacilar.

Se dirigió a la cocina, volvió con las flores en un jarrón y las puso sobre la mesa. Le sonrió detrás de ellas, y la noticia que no había tenido intenciones de darle, subió a sus labios, incierta y desmañada.

—Son preciosas, Andy... Es casi como si algo te hubiera dicho... Bien, sabes, eso es exactamente lo que... lo que «ambos» queríamos... algo así como «dígaselo con flores».

Raikes se dirigió a su dormitorio para dejar la maleta.

—Mi padre solía plantar claveles en su invernadero. Los cultivó durante años y luego él y el jardinero tuvieron una tremenda discusión sobre ellos... sabe Dios por qué motivo. Pero siempre estaban discutiendo a propósito de las plantas. De cualquier manera, después de eso, no hubo más claveles.

Lo siguió hasta la puerta, sabiendo que no había advertido nada especial en lo que ella le había dicho. Durante un momento vaciló. Podía dejarlo pasar o insistir. Maldita jea, «tenía» que saberlo. Para bien de los dos, tenía que saberlo. Quizá fuera más importante para ella, de acuerdo. A lo mejor eso era lo que necesitaba Andrew para hacerle ver lo que sentía por ella.

—Andy...

—Sí. —Se volvió.

—¿Te parece que estoy distinta?

—¿Distinta?

La miró. Se había acostumbrado a ella, y no parecía haber nada diferente en su aspecto. Ni siquiera cuando se cambiaba el peinado o tenía un vestido nuevo, jamás era otra cosa más que Belle, la mujer que estaba allí, que tenía que estar porque por el momento así tenía que ser y así se le presentaban las cosas a él... Belle con el pelo castaño suelto, con aquella cara larga a lo Burne-Jones, sin ser guapa o espléndida, pero atractiva... Belle con las piernas largas, los pechos y caderas bien formados, cintura delgada, un panorama familiar, bien conocido cuando hacían el amor... pero sólo Belle Vickers que a veces con sus «Andy» y sus «supongo»... y sus «bien, sí, pero»... le hacía rechinar los dientes de irritación contenida.

Galantemente le dijo:

—Te veo tan guapa como siempre.

Halagada, ella respondió:

—Quizá sea eso. Sólo tienes ojos para mí. Debiste haber escuchado lo que dije, Andy. Dije «ambos», Andy. Dije que «estábamos felices de recibir flores de ti...».

Oh, Dios mío... ¿quieres que te lo deletree? Voy a tener un hijo. «Tu» hijo.

Él no dijo nada. Se quedó mirándola. Curiosamente no se sorprendió, y no fue porque hubiera imaginado que pudiera pasar. Jamás lo había pensado. Pero en aquellos pocos segundos vio que así tenía que ser, era parte de la ironía que había comenzado a invadir su vida desde el momento, meses y meses atrás, en que había hecho una marca roja junto a una red de pescar en un catálogo. Desde una posición fuerte y segura, con el futuro planeado de la forma que tanto deseaba, todo tenía que vacilar y estremecerse, amenazando derrumbarse, sólo sostenido por su propia determinación que no se rendía. Durante meses había estado sucediendo eso... Estaba casi a punto de componer las cosas de la forma que quería... Y ahora aquella mujer llevaba en su seno a su hijo. Permaneció de pie, sin pensar en ella, sino en Mary. Mary debía haber sido la madre, y no aquella vulgar mujerzuela de mercado. ¡Cristo, lo que más quería en el mundo estaba dentro de ella... una ramera ignorante, con quien había jugueteado hasta su propio padastro! (Oh, sí; como consecuencia de la pasión, una noche, tendida en su cama le había contado cosas de su vida, desahogándose). Manoseada por amantes en apartamentos compartidos, utilizada en habitaciones de hotel por algún vendedor fullero... utilizada por Sarling como una criada, voluntaria o no, abriendo las piernas para el patrón... y también utilizada por el mismo Andrew. Pero sólo para eso. No para que llevara su semilla. No en ella. Vio que los labios de Belle temblaban, conocía su estúpida y débil falta de decisión... suponiendo que él podía estar enfadado, preguntándose si todo estaba bien... y sabía exactamente lo que ella iba a decir y la oyó decirlo.

—Oh, Andy... pensé... bueno, supuse que estarías contento. Lo lamento... pero, siempre usé algo. No es broma, te lo juro...

Se acercó a ella, apoyó las manos firmemente en sus hombros y le cortó las palabras con una sonrisa y un beso.

—Deja de preocuparte. Por supuesto, estoy contento.

—Oh, Andy... ¿lo dices en serio? ¿Realmente contento?

—Por supuesto que sí. Pero ha sucedido en un momento un poco inoportuno, ¿no es cierto? Todo depende de lo que quieras hacer al respecto. Si lo quieres conservar, bien, de acuerdo. No significa ninguna diferencia para el asunto del barco. Pero si quieres perderlo...

—¿Perderlo...?

—Si quieres, debes decidir. Pero, si eso es lo que quieres, no podemos correr el riesgo de hacerlo antes de este viaje... podrían surgir complicaciones. Podrías no estar en condiciones de viajar.

Belle, con la voz temblando de cólera, dijo:

—¿Por qué no me dices que no quieres que lo tenga? ¿No es eso?

—Belle, eso no tiene nada que ver conmigo.

Por primera vez, en razón de la decepción y la pena que le causó su respuesta, perdió el control:

—Escucha... fuiste «tú» quien lo puso dentro de mí. Tiene «todo» que ver contigo. ¿Lo quieres o no? No te estoy pidiendo que me conviertas en una mujer honesta. Te pregunto si lo quieres o no.

—Belle, por favor, ten un poco de sentido común. Esa decisión es tuya, no mía. Siempre he sido franco contigo. Te quiero mucho. Hasta podría decirte que casi te amo. —Estaba eligiendo el camino con delicadeza, porque sabía que en cierta forma había manejado mal el asunto—. Pero siempre te he dicho que no iba a casarme contigo. Hemos convivido muy unidos por esto y lo que ha sucedido es lo que hubiera sucedido entre dos personas normales. Pero cuando haya terminado, tenemos que vivir nuestras vidas de forma separada. Si lo quieres conservar, entonces, naturalmente seré financieramente responsable de él. Me alegraría que lo conservaras, pero tienes que pensar en ti misma. Otro hombre vendrá algún día, y tú estarás con un hijo. A muchos hombres no les gusta ese tipo de cosas. Tienes que comprender que es tu decisión y no la mía. —Mientras hablaba se acercó a ella, la estrechó entre sus brazos y la apretó contra sí—. Vamos, cálmate, tranquilízate. Has estado esperando muchos días para decirme esto y ahora que lo has hecho, te sientes desalentada. Pero tengo que ser sincero contigo. Por lo menos, te quiero lo bastante como para serlo. Si quieres conservarlo, soy feliz por ti y por mí. Pero si quieres perderlo, lo comprendo. De una manera o de otra, tiene que ser tu decisión. ¡Maldita sea, Belle, es tu futuro...! Vamos, vamos, tranquilízate. —Le cogió la cara y la besó.

Mientras la besaba, ella se dio cuenta de que no servía de nada esperar algo que jamás había existido. Había recibido flores (¿por qué?), pero no porque él estuviera enterado de su estado. Andrew tenía toda la razón del mundo cuando decía que la decisión era suya. Él también sentía hacia ella un cierto tipo de amor; y en aquel mismo momento, mientras la abrazaba y la consolaba, sabía que a pesar de lo limitado que era aquel amor, resultaba suficiente para apartar su resistencia y decepción. Cuando Belle estaba lejos de él tenía su propia fuerza, pero en el momento en que la tocaba podía haberle pedido que se desnudara y se apoyara sobre la cabeza y lo hubiera hecho sin vacilar. ¿Por qué? Dios mío... ¿por qué?

Apartándose de él dijo:

—Lo lamento, Andy. Tienes razón en lo que dices. Supongo que, bueno, creo que me trastorné cuando me enteré del embarazo, sin saber si telefonearte y decírtelo y todo eso...

—Lo comprendo. También lamento no haber demostrado mucho tacto en la forma enfrentarlo. Después de todo... —Sonrió, la piel tostada se arrugó alrededor de los ojos azules— no es una situación a la que me haya enfrentado antes. Viene a sumarse a este otro asunto, no estaba preparado. ¿Me perdonas?

Ella asintió y se acercó a él. Mientras se apretaba contra él, sabiendo dónde llevaría el contacto y el abrazo, sabiendo que sería levantada y llevada a la cama, y que esta vez no habría fiereza en su amor, sino una suavidad lenta y tranquilizante, tomó una determinación. No importaba lo que él quisiera, no importaba si después

del asunto del barco la dejaba y jamás volvería a verlo; ella conservaría al hijo. Varón o hembra, tendría algo de él, algo que real y verdaderamente le pertenecía y con eso se contentaría. Mientras la dejaba en la cama y comenzaba a desnudarla, ella, tendida con los ojos cerrados, sintiendo las manos del hombre sobre su cuerpo se dijo: «Conténtate, Belle. Conténtate con las pequeñas migajas de felicidad, porque eso será lo único que recibas. Y afrontarlas, de una manera o de otra, en esta miserable vida; eso es lo que la mayoría de la gente consigue aunque no se los vea llorar por eso».

Después de dos días volvió a Devon. Fueron dos días que pasó íntegramente con Belle, la cuidó y fue considerado y gentil, no porque se lo propusiera, sino porque se había desarrollado en él un nuevo concepto de ella, surgido de la compasión. Hasta ahora, la había considerado como alguien a quien utilizaba y manejaba porque era parte de un problema que tenía que solucionar. En un principio, en conexión con Sarling, y ahora con el asunto del barco. Comprendió que Belle siempre iba a ser utilizada y manejada. Por primera vez en la vida sintió lástima por alguien y ese sentimiento era un lujo. Pero sabía que era un lujo (en cuanto a ella concernía) que se pasaría rápidamente, en el momento en que el helicóptero lo levantara de la cubierta de proa del QEII.

Pero durante los días siguientes, en Devon, mientras persistía aquel estado de ánimo bondadoso hacia ella, se le despertó un sentimiento nuevo. Siempre había sido capaz de encarar el hecho de que si llegaba a ocurrir un desastre se eliminaría. No era que especulara con finales heroicos. Sabía simplemente que así tenía que ser. Lo supo casi desde el momento en que tuvo éxito en su primera estafa, años atrás. Pero si se eliminaba, una parte quedaría en el hijo que llevaba Belle, y sabía que lo iba a conservar. A través de ese hijo, tendría continuidad... pero no en los términos que deseaba. ¿Era otra ironía con que los dioses lo amenazaban? La línea Raikes seguiría, pero a través de un bastardo engendrado en una mujer que nunca, ni en cien años, hubiera soñado en llevar a Alverton Manor. De manera que ahora pensaba más en el hijo y menos en Belle, y había una obstinada certeza en él que lo hacía pensar que la criatura sería un varón. Podía imaginárselo, bien cuidado por Belle, pero arrastrado de un apartamento a otro, ignorado quizá por el hombre con quien ella se casara, pero posiblemente tolerado por una sucesión de amantes... creciendo en un ambiente que él no hubiera deseado jamás para su hijo. La idea le hizo daño. Las cosas podían salir mal en el barco y tendría que matarse sabiendo que lo que quedaría de él sería un niño sin padre, desplazado, sin saber nada de Alverton y de la sangre de los Raikes. Fue entonces cuando sintió un odio más terrible que nunca por Sarling (aunque estaba muerto), un odio transferido en aquellos momentos contra Mandel y Benson, que habían recogido el arma de manos de Sarling y la habían utilizado contra él.

Tres días antes de que partiera el buque, volvió a Londres. Belle iba a Southampton en tren la misma mañana en que partía el transatlántico. Andrew fue a Southampton el día antes para pasar la noche en el Dolphin Hotel, que estaba muy

cerca de los muelles. No habría contacto entre ellos hasta que él entrara en su camarote, antes de que el buque soltara amarras.

Mientras almorzaban juntos, antes de que él partiera para Southampton, Andrew dijo:

—Sabes lo que tienes que hacer. Lo hemos repasado muchas veces. No tienes nada de qué preocuparte. Mientras el barco se dirige al Havre, te llevaré al lugar de la acción. Podemos estar juntos sin correr ningún riesgo. La gente estará dando vueltas tratando de instalarse y los camareros no habrán llegado todavía a la etapa de distinguir las caras. Es después del Havre cuando tendremos que ser cuidadosos.

Belle asintió. Él le había machacado bastante su papel y sabía que ella lo podía hacer y lo haría. En el momento en que realmente se está en el asunto, las cosas parecen más fáciles. En aquel instante ella no prestaba ninguna atención al asunto del barco. Estaba pensando en Nueva York y en lo que sucedería después. Iba a quedarse una semana allí y luego volvería en avión. Era el momento de su regreso el que ocupaba su mente. ¿Qué sucedería entonces? Quería preguntárselo, pero sabía que no era oportuno. En realidad casi estaba contenta de no podérselo preguntar porque no quería oírle decir: «Bien, nos encontraremos un par de veces, aclararemos la parte financiera y eso será todo». Y así será, tengas o no tu hijo, muchacha, pensó Belle. Y lo tendría. Y él lo sabría. El hecho de que lo tuviera podría hacerlo volver... Oh, Belle, se censuró silenciosamente, por el amor de Dios, deja de soñar...

Andrew se puso de pie nerviosamente y se dirigió al dormitorio a buscar su maleta. No debía llevarla a bordo consigo desde el hotel. Tenía dentro un pijama nuevo sin iniciales, un juego de artículos de «toilet», seis envases de gas, una pistola de bengalas, cuatro cartuchos, una pistola automática y una pequeña ganzúa para abrir la puerta de los camarotes de los oficiales en caso de que estuvieran cerradas con llave. A la mañana siguiente tomaría un taxi en dirección a la estación de Southampton y dejaría la maleta (sólo con los pijamas y los artículos de «toilet») en el depósito de equipajes y luego iría hasta los muelles con el resto de los objetos en los bolsillos del abrigo y del traje.

Volvió, trayendo la maleta y el abrigo y al mirar a Belle se dibujó en su cara una leve sonrisa. Ella recordó la primera vez que lo había visto. Ella nerviosa, temblando como una hoja, y él abriendo la nota de Sarling y leyéndola sin que se le contrajera un músculo de la cara. Recordó cómo, a pesar de su nerviosismo, sintió pena por Andrew y trató de mostrarle su simpatía. ¡Qué desperdiciado había sido aquél gesto! Él no necesitaba nada de nadie, lo que quería lo tomaba sin ayuda. ¡Oh, sí! Ella lo amaba, estaba atrapada por su amor, pero por lo menos lo reconocía.

Andrew dejó en el suelo la maleta y el abrigo, y ella se puso de pie y se echó en sus brazos. Él le hizo una caricia y la besó y luego, con una sonrisa infantil, le dijo:

—Si pierdes ese tren te romperé la cabeza. ¡Adiós, amor!

Raikes se fue y ella por la ventana lo observó tomar un taxi. Desapareció sin levantar los ojos siquiera, y de pronto Belle recordó que desde que le había referido

lo del niño, jamás había hecho alusión a él. No le servía de nada, y estaba procediendo como una tonta. Si tuviera algo de sensatez, tomaría un tren ahora mismo, a cualquier parte que no fuera a Southampton y confiaría en que ni él ni la gente de Benson la encontrara jamás. Se iría a vivir tranquilamente en alguna parte, tendría al niño y viviría siempre feliz con sus recuerdos.

Al ir a su dormitorio para maquillarse, casi se había convencido de que eso era exactamente lo que iba a hacer. En el dormitorio, sobre el tocador encontró un ramo de rosas que él debió haber llevado a escondidas al apartamento. A los pies del ramo había una nota: «Para ambos... con todo mi amor, Andy».

Belle se sentó en la cama sosteniendo la nota, las lágrimas brotaban de sus ojos. ¡Dios mío...! No cabía duda que en alguna parte de su ser, lo supiera o no, Andrew sentía eso que había escrito. Tenía que sentirlo... tenía que ser así.

TOMÓ UN TAXI desde su hotel a la estación y dejó la maleta. Salió y tomó otro taxi hasta los muelles. Llevaba consigo las ganzúas, la pistola de bengalas con cuatro cartuchos en uno de los bolsillos de su abrigo, la automática y tres envases en el otro bolsillo, y tres envases más en los bolsillos de su traje. No llevaba nada que lo identificara, excepto su pasaporte con visado norteamericano. Ni su traje ni su ropa interior tenían iniciales.

Despidió el taxi poco antes de llegar al Ocean Terminal. Era una mañana templada, un suave viento del oeste soplabla en forma constante, y empujaba a algunas nubes altas, hacia el Canal. Todavía no había llegado el tren especial, pero muchos pasajeros estaban llegando en automóvil o en taxi.

El «Queen Elizabeth II» estaba amarrado en el muelle y parecía que no se había movido desde que lo vio la última vez. Entró en la terminal y se dirigió al piso superior exhibiendo un permiso para subir a bordo, extendido en el puesto de control para los visitantes, y luego subió al vestíbulo intermedio sobre la cubierta Dos. Mientras entraba al vestíbulo de forma circular, vio al fotógrafo del barco haciendo fotos a las personas que llegaban. Más tarde las fotografías serían expuestas en vitrinas en la galería comercial del barco, donde podían comprarse. Raikes levantó una mano, torciendo la nariz para ocultar su cara y se alejó del fotógrafo, perdiéndose entre la muchedumbre. Subió por la escalera a la cubierta Uno y luego fue hacia popa por la banda de estribor, pasó por el salón de belleza, y la peluquería y luego bordeó la piscina. Al llegar a aquel punto, se inclinó sobre la baranda y observó el movimiento en el muelle y los pasajeros que subían a bordo. El tren especial llegó por fin. Se quedó observando el movimiento, esperando descubrir a Belle, que llevaría un sombrero verde y abrigo amarillo... le gustaban los colores atrevidos. Sabía que habría estado nerviosa en el tren durante el camino, pero se le pasaría cuando subiera a bordo. Al otro lado del agua, en la parte francesa, cerca de Loudeac, Berners y sus compañeros estarían preparándose para pasar un día interminable, a la espera de la oscuridad y de la medianoche. Inclinado sobre la baranda, con mucha gente a su alrededor se sintió apartado de todo, libre de toda personalidad, de todo propósito urgente. A medianoche, cuando estuviera allí y viera la señal luminosa del helicóptero brillando rojiza en la oscuridad, volvería a sentirse vivo, frío y eficiente, pasaría por el castillo de popa y la cubierta superior a la de los botes, desde donde se dirigiría a ver al capitán. El plan había sido trazado. Tenía entera confianza en él. De pie allí, esperando a Belle, no pensó en ningún momento en el niño que Belle llevaba en su seno.

Permaneció allí hasta mucho después de que llegara el tren, luego anduvo unos pasos y tomó el ascensor para bajar a la cubierta Cuatro. Se dirigió al camarote de Belle, situado a babor, y ella le abrió la puerta. La tomó en sus brazos y la besó con

una efusividad que no sentía, pronunciando las palabras que ella deseaba oír, y al apartarse vio que llevaba al cuello el hilo de perlas que tenía cuando la vio por primera vez. Tratándose de Belle, sabía que no había ocurrido por accidente, que se las había puesto con intención... como un símbolo de despedida.

Cerró con llave la puerta del camarote y esperó hasta que ella deshizo su equipaje, poniendo sus cosas en los cajones del armario. Cuando la maleta estuvo vacía guardó en ella la automática, los envases y la pistola de bengalas, los cartuchos, su abrigo, bufanda, guantes y sombrero. Sin decir una palabra, cerró la maleta y la guardó.

—Ahora —le dijo él—, te llevaré a ver nuestro campo de acción. Recuerda que es fácil perderse en un barco como éste, de manera que nos limitaremos estrictamente a las partes que debes conocer. El barco estará activo como una colmena hasta mucho después que empiece a navegar, de manera que nadie se fijará en nosotros. —Le sonrió brevemente y luego cogiéndole la cara con las dos manos la besó—. Desde este momento no tienes por qué preocuparte. Todo irá como un reloj. —Deslizó sus manos hasta tocar las perlas—. Llevabas éstas el primer día que te vi.

—Un mal día para ti.

Se encogió de hombros:

—En cierta forma, puede ser. Hizo que todo fuera mi poco más difícil. Pero nunca las cosas son del todo malas. —Sus manos la abandonaron y se volvió a la puerta; luego se detuvo y se dio la vuelta para mirarla—. Hay algo que quiero decirte. Espero que estés de acuerdo. Quiero que tengas el niño.

—¡Oh, Andy!

—Quiero que lo tengas. Podemos hablar del resto después.

Le abrió la puerta. Ella salió, ocultando su cara para que él no viera su felicidad, una felicidad que estaba proyectada mucho más allá de aquel momento. Te amo, rosas rojas, y ahora esto... Oh, sí. Sabía que a veces podía ser un miserable, pero no tanto como para que se tomara la molestia de decir algo así cuando, en lo que concernía al plan, era innecesario. Él sabía que ella le pertenecía. No tenía que hacer o decir nada fuera de lo corriente para tenerla de su parte..., pero lo «estaba» haciendo. Lo hacía porque no podía evitarlo. Porque había algo que le estaba trabajando por dentro y que no podía ignorar. Ten paciencia, Belle, se dijo, no apresures nada y, por sobre todo, no lo apresures a él. No hay necesidad. Es algo que está dentro de él, que va creciendo dentro de él minuto a minuto. Fueron andando juntos, algunas veces Andrew la cogía del brazo, ella escuchaba su voz mientras le explicaba cosas y, por pura lealtad hacia él, dejó atrás su felicidad y se concentró en lo que Raikes decía. Lo había hecho sobre papel, en diagramas, pero ahora realmente estaban a bordo del barco y los planos se volvían reales y sólidos...; revestimiento de madera y alfombras azules, puertas de camarotes y escaleras, camareros, pasajeros y visitantes que iban de un lado al otro, remolcadores con las sirenas atronando, las gaviotas llamándose unas a otras y, en alguna parte del vientre del barco, las barras de oro.



Llevó a Belle hacia la escalera A y subieron a la Cubierta de Botes. Mirando sobre el pasamanos, se podía ver el hueco de la escalera a través de las cubiertas, una caída de casi cien pies. Desde la parte superior de la escalera volvieron por la Cubierta de Botes recorriéndola en toda su longitud, le mostró el Club 736, la cafetería, el salón de los tocadiscos, el teatro, la galería formada por una doble hilera de locales a lo largo del pasillo, con sus «boutiques» en popa, y aunque sabía que jamás tendría que hacerlo (pero también sabía por qué se lo había recalcado tanto: tenía que saber que podía hacerlo), le señaló los sitios donde podría dejar caer los envases, mostrándole dónde tenía que detenerse y dónde arrojarlos, de manera que pudiera moverse sin tropiezos y con seguridad. Y mientras él hablaba, la gente ajena a ellos se movía a su alrededor, riendo y charlando. Bajaron por la banda de estribor y luego por babor a la parte superior de la escalera.

Él indicó:

—Utiliza este sitio como punto de referencia. Desde aquí puedes bajar en un ascensor a la cubierta Cuatro y estás a pocos segundos de tu camarote. O puedes bajar por la escalera. En la cubierta debajo de ésta (la cubierta superior) está situado el salón panorámico. Es un gran salón con un par de ventanas que miran a la cubierta de proa. Esta noche, cuando todo haya salido bien, puedes ir allá y observar cómo levantan las barras de oro. Hay pequeñas cortinas en las ventanas para evitar el resplandor de las luces, pero puedes correrlas. Cuando veas que me levantan del puente, puedes ir a tu camarote y dormir sin preocupaciones.

La llevó al salón panorámico y, deteniéndose en una ventana, le mostró la cubierta de proa. Desde allí la llevó a la cubierta Uno y luego a la cubierta de la piscina en popa.

—Aquí esperarás conmigo esta noche, hasta que recibamos la señal de Berners. Entonces yo me iré y tú permanecerás aquí hasta que veas la primera bengala desde el puente de mando. No puedes dejar de verla, porque subirá muy alto en el aire —la cogió del brazo y la miró—. ¿No tenemos que hablar de esto otra vez?

—No, Andy.

—Correcto. Cuando veas la segunda señal del puente de mando, arroja los envases por la borda, y luego puedes ir al salón panorámico y observar desde allí cómo levantan las barras de oro. Y recuerda que, después de esa segunda señal, has terminado tu trabajo. Sólo eres una pasajera con destino a Nueva York y no sabes nada. Ahora vuelve a tu camarote. Llama al camarero y dile que eres mala navegante en las primeras horas a bordo y que vas a descansar, que no quieres que te molesten. Tan pronto como el barco entre en el canal, estaré contigo una media hora antes de que lleguemos al Havre. Y no te olvides de lo que tienes que hacer en el camarote. Si estoy contigo y el camarero llama, nos escondemos en el baño, abrimos la ducha, sacas la cabeza y le dices al camarero que entre.

Belle encontró el camino de vuelta al camarote sin dificultad. Raikes volvió al salón panorámico, pidió una copa y a través de las ventanas observó los preparativos

para zarpar.

Poco después del mediodía el «Queen Elizabeth II» fue apartado del muelle y conducido mar adentro por los remolcadores. Desde el barco, los pasajeros saludaban a sus amigos que se quedaban en tierra. Una banda ejecutaba música, y los banderines de colores entre el barco y la costa se ponían tensos y se rompían al ensancharse el espacio de agua. Los remolcadores hacían sonar sus sirenas, y los conductores de taxis mantenían sus manos apretando las bocinas, saludando al barco que partía. La bandera roja y oro de la casa Cunard se desplegó un poco por efecto de la brisa, las gaviotas revoloteaban sobre el barco, el sol aparecía a través de las altas nubes, haciendo resplandecer el brillo de las cubiertas y los botes salvavidas con sus colores verde-salvia arrojaban sombras que se movían despacio mientras el barco estaba maniobrando. No era sólo un barco que se alejaba de su muelle, sino un lujoso palacio flotante, todo un mundo propio. En el salón panorámico, a pocas mesas de distancia de la de Raikes, había un bebedor tranquilo, a quien le servían su cuarto brandy. En el restaurante Britannia el mascarón miraba hacia delante, hacia las puertas de vaivén de cristal y no pensaba en sus viejas hermanas que una vez se hospedaron debajo de bauprés y que ya no tendrían el sabor salado de la espuma del mar en sus labios. En uno de los camarotes de lujo, una dama cleptómana descubrió que las perchas del armario eran de tipo continental, y no servían como recuerdo, ahorrando con ello a la compañía un promedio de ocho mil perchas al año. Algunas personas, aun antes de que el vaivén y la sensación del mar hubieran dado su bienvenida al barco, ya estaban criticando el sobrio diseño de los uniformes Hardy Amies de los camareros, chaquetas kaki y pantalones azul marino, la incongruencia de la ventanilla de los cristales de color en el salón Q4 y los mal iluminados paneles plásticos diseñados por Rory McEwen; y otras añoraban la grandeza y atmósfera del Patio de las Palmas de los viejos Queens y de los días en que Tallulah Bankhead había preguntado a un camarero: «¿A qué hora llega este barco a Nueva York?». La gente estaba comprando recuerdos y regalos en las «boutiques». Había cuatro personas orando en la sinagoga y algunas desfilaban por la galería de arte, que exhibía cuadros por un valor de 45 000 libras. En el Grill Room un camarero dejó caer un salero y pimentero diseñado por lord Queensbury, y los viajeros habituales, a quienes les agradaba que su viaje fuera pausado y cómodo, estaban buscando un bar pequeño y un «barman» simpático para poder evitar tomar sus últimos tragos nocturnos en los bares principales. Pero muchas de las miles de personas que vieron partir el barco por el canal de Southampton, algunas de las cuales habían visto partir a cientos de naves y los viejos «Queens», el «Carmania» y el «Franconia», no pudieron evitar emocionarse ante el espectáculo y desearon estar a bordo.

De manera que al entusiasta coro de pilotos, sirenas y bocinas, el gran barco volvió la proa al mar y a su viaje inaugural trasatlántico, mientras en el fondo del recinto del tesoro en la cubierta Ocho se aprestaban a viajar tres toneladas de oro en

barras y una tonelada y media de plata en barras. En el salón panorámico el amable borracho se inclinó por encima de su banqueta negra y le dijo a Raikes:

—Pueden guardarse sus Jumbo Jets y sus Concordes. Cuando viajo, me gusta hacerlo despacio. No me agradan los tragos apurados entre una escala y otra, ni comer la pierna asada y desabrida de un pollo envuelta en un maldito papel celofán. No me gusta sentarme sobre el maldito pasaporte y pasaje por temor a perderlos, en el preciso momento en que los necesito y sin tener tiempo para buscarlos. Para mi dinero, un barco es una dama, y un caballero debe siempre viajar con una dama. Y créame lo que le digo. Este barco tiene clase. Moderno, hasta el último detalle, peor es una dama. Brindo por ella... —levantó la copa de brandy, la vio vacía y llamó al camarero.

En su camarote, Belle estaba tumbada en su cama y soñaba despierta olvidando por un momento el motivo de su presencia a bordo. En alguna parte en Devon tenían una casa, los dos, y había una niñera para la niña... Sí, la veía como una niña. Así lo quería. Después le daría una cantidad de niños. Tenía que terminar de esa manera. Ella lo amaba tanto que eso tenía que sucederle a él...; ella haría todo lo que él quisiera. Trataría de no irritarlo con su manera de hablar, ni de replicar. Iría a las mejores peluquerías y se vestiría de forma adecuada. «Tweeds», trajes simples, pero costosos..., para cazar y pescar, y para «sport»; aprendería a sentarse en un bastón asiento y a marcar un programa de carreras, y se comportaría como una tigresa...; abrió la boca y mostró los dientes al techo del camarote... si algo salía mal. Sí, ella era para él y él tenía que ser para ella. Y si Andrew la deseaba cinco veces en un día o cinco veces en un año, ella sería igualmente feliz. Mrs. Raikes. Se estiró hasta el tocador y encendió la radio, luego volvió a recostarse y siguió soñando... Luces brillantes, música suave, el triunfo del amor.

Cuando él llamó a su puerta dos horas más tarde, Belle estaba dormida, pero aún soñando.

—Comí unos «sandwiches» en la cafetería. Trata de comer esta noche. Nadie puede llevar a cabo una tarea como la nuestra con el estómago vacío.

Cerró la puerta con llave, se quitó los zapatos y se acostó junto a ella.

—Si el camarero llama, no olvides... la ducha.

Diez minutos después Raikes dormía.

El lugar que habían alquilado estaba a cinco millas de Loudeac. Era un pequeño castillo medio derruido, rodeado de árboles y con un gran parque detrás de la casa donde habían estacionado el helicóptero. Aunque no tenía marca alguna, no intentaron camuflarlo ni ocultarlo. A las cuatro de la mañana siguiente, la casa estaría vacía y no quedaría nada que pudiera proporcionar una pista.

A las diez, Berners estaba sentado en el pequeño estudio que daba al parque, y recibió una llamada de su hombre en Brest para informarlo del estado del tiempo. El viento era ONO, fuerza 3.

—Eso significa 12 nudos —dijo Berners a Benson, que estaba con él.

Al mediodía el informe era el mismo. Las nubes habían aumentado un poco fuera de las islas del canal y tenían una altura de tres mil a dos mil quinientos pies. A las cuatro el informe era el mismo.

Benson preguntó:

—¿Dónde preferiría estar? ¿Aquí o en el barco?

Berners sonrió:

—Yo estoy allí, lo mismo que él está aquí, aunque jamás ha visto este sitio. Estoy allí porque él sabe que puede confiar en mí, sabe cómo pienso y cómo voy a actuar. Lo mismo me sucede a mí respecto a él.

—¿Nunca ha sabido mucho respecto a Raikes?

—No ha sido necesario. Lo conozco. Eso es bastante. Dónde vive y cuántos trajes tiene es algo que no tiene importancia.

—¿Qué estará haciendo ahora?

—Durmiendo en el camarote de Miss Vickers.

—¿Cómo puede saber eso?

—Lo sé. Lo que usted y Mandel saben es el plan en líneas generales. Pero Raikes y yo jamás hemos hecho nada sin ajustar los detalles. Con un error, digamos de diez minutos más o menos, puedo decirle lo que ha hecho en el barco hasta ahora. Podía haberlo llamado a las doce treinta y lo hubiera encontrado en el salón panorámico.

Benson rió:

—Deberían haber sido mellizos.

—Lo somos..., cuando se trata de trabajar.

—¿Qué hará si las cosas salen mal en el barco y se ve precisado a arreglárselas solo?

—Lleva un pasaporte y un visado norteamericano. Tiene todas las posibilidades de llegar a Nueva York. Sólo son pocos días. Siempre hay polizontes que lo logran. Lo más difícil de encontrar en un barco de ese tamaño, con sus bares y sitios para comer, es un polizone bien vestido. Al que atrapan es al individuo que se oculta en un bote salvavidas. Es como un club de Londres. Puede entrar en cualquiera de ellos, si está bien vestido. Todos tienen miembros que viven en Irlanda, en Escocia, o en el extranjero y que vienen una vez por año o menos. Lo mejor para no despertar sospechas es tener el aspecto y actuar como si se tuviera pleno derecho para estar donde se está.

—Aun así puede ser atrapado.

—Entonces sería su final. Usted mismo se lo oyó decir. Así es cómo piensa.

—¿Y usted?

Benson rió:

—A mí me gusta mucho estar vivo..., pero a mi manera. Me moriría en la prisión. De modo que si es necesario, me cuidaré muy bien de morir fuera de la prisión.

—¿Miss Vickers piensa de la misma manera?

—Nunca se lo he preguntado, pero sé que no es así. Es el tipo de chica que se acomoda a la vida, mientras sea la vida. Dicen, y estoy seguro, que ella sacaría el mejor partido de un plan fracasado. Raikes y yo jamás transigiríamos con un asunto si sale mal. ¿Y usted?

Benson giró el anillo de oro de su dedo y sonrió, sus dientes blancos brillaban contra la cara tostada:

—Francamente, no. Ahora no. Mire, cierta vez, hace tres años, estuve en una prisión turca. Me enseñó una dura lección.

Berners preguntó:

—¿No estará pensando en hacer que algo salga mal a bordo?

Benson respondió sin sorprenderse:

—No. En ese caso no estaría hablando de esta manera. Sólo estoy interesado en Raikes. Usted disfruta haciendo esto. Él, no. Lo estamos obligando. ¿Por qué él no ha podido disfrutarlo?

—Porque tiene todo lo que desea.

—¿Y usted?

—Para mí no hay límite, lo he descubierto recientemente. Deseo demasiadas cosas. Hay muchas, demasiadas cosas sólidas, tangibles, hermosas. Pero Raikes sólo se quiere a sí mismo. No al hombre que ahora es, sino al hombre que no ha sido. Piensa que puede llevar una segunda vida. Jamás he sido lo suficientemente cándido como para decirle que está persiguiendo un sueño. Después de todo, ¿por qué no puede perseguir un sueño? ¡Tantas personas lo hacen!

A las seis de la tarde el viento soplaba desde el mismo cuadrante, todavía a fuerza 3, y las nubes habían subido quinientos pies y estaba menos denso, pero caían algunas lluvias aisladas en las proximidades del canal.

A las ocho Berners llamó a Miss Vickers al QEII, que estaba en el Havre. Durante el curso de su conversación trivial se enteró de que su tía seguía igual.

Cuando Belle colgó, Raikes dijo:

—Muy bien. Ahora ve a comer algo. No te des prisa. Yo me voy. Si te encuentras conmigo por casualidad, no me conoces. La camarera vendrá a abrir la cama durante las próximas dos horas. Volveré a las once y media para recoger mi sombrero y el abrigo, además del resto de las cosas. Nos encontraremos en la piscina de la cubierta Uno a las doce menos cuarto.

Extendió una mano, le rozó la cara y se fue. Pocos minutos después estaba inclinado sobre la baranda de popa observando los pasajeros que subían en el Havre. Después de un rato, un chaparrón lo obligó a entrar. Compró una revista en uno de los quioscos y se sentó en una silla en la cubierta de paseo, fuera de la galería de «boutiques». En los restaurantes, en el Grill Room, la gente estaba comiendo y bebiendo entre unos gruesos bistec de lomo o una «Suprême de Turbot»; los camareros explicaban qué era una paella a la valenciana, recomendaban el vino que

correspondía al «Kebab a la Turque» a cientos de personas, mientras Raikes estaba sentado tranquilamente leyendo un artículo sobre el renovado interés en los rastros faraónicos en Malta, esperando que pasaran las horas.

Permaneció sentado durante una hora y luego se dirigió al salón panorámico. Las cortinas estaban corridas. A las nueve fue a proa y observó desde la baranda mientras el barco tocaba la sirena y saludaba al Havre cuando comenzaba a salir lentamente al canal. La costa francesa y las luces del Havre se perdieron en la creciente oscuridad. Permaneció allí hasta que el aire de la noche le hizo sentir frío y entró por el bar del teatro a pedir un «whisky» doble. Mientras estaba allí, Belle pasó frente a él, pero actuaron como si no se conocieran. Él la observó pasar y perderse entre los otros pasajeros. Vestía un traje negro sencillo, un chal sobre los hombros y el hilo de perlas en el cuello. De pronto se sintió emocionado por un repentino afecto hacia ella. En realidad había poco en ella que le gustara; lo que más lo atraía era su cuerpo y, sin embargo, a pesar suyo, admitió que había algo entre ellos. No sólo el hijo que ella llevaba, sino un vínculo originado en las cosas que habían compartido durante los últimos meses. Pero más que eso, le estaba agradecido por su lealtad. Sabía que cualquiera que fuera el motivo le era completamente leal. Y era el mismo tipo de lealtad que sabía que le profesaba Berners. Berners hubiera dicho que eso se debía a que los tres eran del mismo tipo, gente al margen de la sociedad, con sus intereses y su bienestar basados en el simple hecho de ser distintos de los demás. Lo curioso era que Andrew jamás se había sentido diferente de las otras personas. Las otras personas eran fundamentalmente iguales a él. Si eran distintas, se debía a que los otros jamás habían buscado un rumbo para sus vidas en los lugares en que los había encontrado él. Si hubieran soportado las mismas presiones y sufrido los mismos momentos de crisis y amenazas, la mayor parte de la gente también hubiera mentido, robado y matado. En realidad, la mayoría de la gente tenía necesidad de seguir esos impulsos. Por eso se sentían felices en la guerra. Por eso alborotaban y destruían los lugares públicos y los trenes después de un partido de fútbol. En él y en los otros existían los instintos primitivos muy a flor de piel, buscando alguna excusa para salir a la superficie. Sí, Berners era como él y lo mismo le ocurría a Belle..., y también, dadas las circunstancias, le ocurría a toda alma viviente en aquel barco.

Durante las dos horas siguientes anduvo por el barco ajustando sus movimientos y sus períodos de espera al plan que había concebido en su mente durante tantas semanas. No había comido nada desde los «sandwiches» de la mañana y sólo había tomado un «whisky». Su cuerpo no anhelaba nada, ni alimento ni alcohol, porque su cuerpo había dejado de existir para él. Era sólo Raikes, parte de un plan y una estrategia.

A las once y media se dirigió al camarote de Belle. Hablaron un rato, cogió el sombrero y se puso el abrigo y los guantes. Metió en sus bolsillos (después de quitar cuidadosamente todo rastro de huellas digitales) primero la pistola de bengalas, luego los cartuchos y la pequeña automática.

En la puerta, antes de partir, dijo:

—Estaré esperando al lado de la piscina, en la cubierta Uno. Lleva tu abrigo sobre el brazo y pónitelo al salir. Y cuando vuelvas a entrar, quítatelo y cuélgalo en el brazo de la misma manera, para que oculte parcialmente tu bolso.

Ella se acercó a él y Raikes no mostró sorpresa al notarle una fugaz expresión de miedo. Tenía que sentir miedo, y asimilarlo a fin de que pudiera superarlo y quedar luego en libertad de acción.

—Andy..., ¿digamos que pasa algo...? Bien, quiero decir, ¿supongamos que...?

Por primera vez su forma de hablar no lo irritó, lo hizo sonreír.

—No va a pasar nada que no hayamos previsto.

—Pero ¿y si sucediera?, ¿supongamos que sucediera algo? ¿Acudirías a mí para que te ayudara?

—Lo que quieres saber es si vendría a ti si te necesito, o si necesito tu ayuda para algún imprevisto que no esté en el plan...

—Sí.

—Sí necesito algo y tú lo tienes, vendré. Eso ya lo sabes.

Se inclinó para besarla y luego desapareció. Quince minutos después se encontraron en la piscina. Estuvieron de pie muy juntos en la banda de babor, mirando a través de la oscuridad hacia el sur, hacia la dirección desde la cual vendría el helicóptero. Como un enamorado, la cogió del brazo y se quedaron mirando al mar en silencio. El viento que había soplado del oeste cuando salieron del Havre había cambiado hacia el norte. Había una lenta marejada, y mezclado con los ruidos del viento llegaba el susurro del agua al apartarse de los lados del barco, dejando detrás una estela pálida y luminosa. Un grupo de personas andaba por la cubierta, con abrigos y bufandas para defenderse del viento, y de cuando en cuando alguien arrojaba por la borda la colilla roja de un cigarrillo.

Belle, consciente del calor de su brazo contra el de ella, pensó: estamos como una pareja en su viaje de luna de miel. Como docenas de otras parejas a bordo probablemente. Si la vida hubiera estado correctamente planeada, así debía haber sido, aunque no con Raikes, sino años atrás con algún otro hombre y no lo hubiera conocido a él, ni a la recia potencia de su cuerpo ni a la implacabilidad de su espíritu. Y eso hubiera sido lo mejor, porque uno no echa de menos lo que jamás ha tenido. Es decir, no lo hubiera echado de menos a él como hombre. No una luna de miel. Eso le faltaba, siempre le faltaría. Nada de fiesta ni de ajuar. Nada de excitación, ni de decir adiós urgentemente para ir al camarote a hacer el amor por primera vez como personas casadas. La vida realmente le había negado todo aquello a ella y ¡vaya que formaban una bonita pareja de luna de miel! El con su automática oculta, ella con una cartera llena de sucios envases que podrían barrer a una gran cantidad de personas, y en alguna parte, allá abajo, en las entrañas de aquel maldito barco, toneladas de oro. Seamos francos, eso era lo que realmente les interesaba a los hombres, ganar y tener dinero; las mujeres, el matrimonio, un hogar e hijos eran cosas secundarias para ellos.

Elementos decorativos alrededor del eje de su codicia de dinero, poder y posición.

Él volvió su cara hacia ella y besó el extremo de su ceja, y el corazón de Belle dio un vuelco de asombro. No podía estar actuando para disimular frente a alguien que los estuviera observando. Tenía que sentir lo que había hecho. Era un impulso que brotaba de él hacia ella, para descubrir el amor que ella sentía por él. ¡Tenía que ser así!

Junto a ella, Raikes miró su reloj y le dijo:

—Doce y diez. Llegan tarde —hablaba más para sí mismo que con ella.

Que lleguen tarde, pensó Belle. Que no lleguen nunca. Que Andrew se quede conmigo a bordo, como un simple polizone que se entrega y paga su pasaje. Desde Nueva York podríamos partir juntos... a cualquier parte..., construir una nueva vida. Encontrar nuestras propias y verdaderas personalidades. Las dos personas decentes que siempre debimos ser. ¡Por favor, Dios mío, que así sea!

De pronto, a un cuarto de milla de distancia de la proa, una luz roja de bengala se encendió arriba, quedó suspendida durante un momento, cayó y desapareció, dejando la oscuridad de la noche sin estrellas, más oscura de lo que estaba antes.

Casi en seguida, Raikes retiró el brazo del de ella, diciendo:

—Espera aquí hasta que hayas visto las dos bengalas desde el puente de mando... Entonces podrás volver al camarote y observar desde el salón panorámico.

Ella asintió con la cabeza, levantó a medias la mano para acariciar su cara, pero él ya se había ido.

Ahora Raikes se movía automáticamente, sin prisa, sin emoción, excepto la falta total de sensaciones, lo que era una emoción de por sí. Recorrió toda la longitud de la cubierta Uno hasta la escalera A, y desde allí, con el sombrero en la mano, subió los escalones alfombrados de azul hasta la cubierta de los botes. La escalera terminaba junto al Club 736. Se dirigió a la banda de estribor por un pequeño pasillo y sin problemas abrió con la ganzúa la puerta de los alojamientos de oficiales. La memoria le fue fiel, pero sin nostalgia alguna. Hacía mucho que había entrado allí, observando, anotando, dispuesto a justificar su presencia. A su derecha había una puerta abierta, una taza y un plato y revistas sobre una mesa ratona y oyó a un hombre silbar despacio. Atravesó el pasillo y giró a la izquierda, subiendo la escalera que llevaba a los camarotes de los oficiales superiores. Al llegar arriba siguió avanzando, dejando a su derecha los camarotes de los ayudantes del capitán, y se encontró frente a la puerta del camarote del capitán. Se detuvo un instante, se puso el sombrero y sacó la bufanda del bolsillo y se la envolvió alrededor de la parte inferior del rostro. Cogió la automática en su mano enguantada, abrió la puerta y entró, cerrándola silenciosamente detrás de él.

La habitación le era familiar. La mesa que tenía delante todavía mostraba la colección de pequeños diccionarios entre sus soportes. El jarro de lápices y bolígrafos parecía intacto desde la última vez que lo había visto. La lámpara al lado del



escritorio estaba encendida, y algunas luces iluminaban las paredes sobre el cuero verde de las sillas y banquetas. No había nadie en la habitación. En una mesa baja de cristal a su izquierda había una azalea azul donde antes había un cactus en flor. Más delante, a la izquierda, estaba abierta la puerta que daba al dormitorio del capitán. Mientras miraba, hacia allí apareció el capitán. Estaba sin gorra, pero completamente vestido, con los botones dorados de su chaqueta desabrochados, de manera que la chaqueta estaba cómodamente abierta.

El capitán dio unos pasos por la habitación canturreando, antes de ver a Raikes. Se detuvo. Su mentón barbudo se adelantó en un gesto interrogante y Raikes vio que la red de líneas en las sienes y cerca de los ojos se hacían más profundas. Muchas veces había visto aquella cara en fotografías. Muchas veces se había visto a sí mismo hablando con aquel hombre..., esta figura de constitución fuerte, pelo entrecano, mirada penetrante, la sólida estampa de un capitán de navío.

Con una voz sorprendentemente suave, hasta con un toque de humor, quizá pensando que aquél era un pasajero tonto que se había perdido, el capitán preguntó:

—¿Quién es usted y qué está haciendo aquí?

Raikes se adelantó, entrando más en la habitación, y levantó la automática:

—Me agradecería que fuera lo bastante amable como para sentarse y escuchar lo que voy a decirle.

El capitán recorrió con la mirada desde la automática hasta la bufanda que cubría la parte inferior del rostro. Raikes tuvo la impresión de que estaba tomando nota, como lo hubiera hecho con un traje descuidado de sus oficiales, o algún quebrantamiento de las reglas por parte de algún marinero, imaginando una severa reprimenda. Antes de que pudiera llegar la reprimenda, Raikes continuó:

—Soy un hombre muy serio y decidido, capitán. Permítame asegurarle que, si no me escucha y no hace lo que le digo sin alboroto, un gran número de sus pasajeros morirá. De manera que, por favor, tome asiento y ponga las manos donde yo pueda verlas.

El capitán no respondió. Su mirada fue de Raikes a la puerta que estaba detrás de él, y luego se abotonó silenciosamente la chaqueta y se sentó.

—Gracias.

—No deje de ser cortés por mi culpa, hombre. Diga lo que tenga que decir.

Había una dura y controlada ira en su voz; Raikes lo comprendió y hasta en su gesto, desprovisto de emoción, hubo un amago de simpatía. Aquello era lo más difícil del plan, porque estaba hablando con un hombre de cuya personalidad sabía muy poco, pero por quien sentía el mayor respeto y admiración. Estaba hablando con un profesional en el más acabado sentido de la palabra, un hombre cuya profesión era su vida, un hombre que se había unido a la compañía Cunard treinta y dos años antes como tercer oficial del «Lancastria», que había servido durante la guerra en cruceros mercantes armados, con fuerzas costeras en lanchas a motor, en corbetas en el Atlántico Norte y en convoyes rusos. Su primer puesto de comandante en la Cunard

había sido en 1954 como patrón del «Alsatia», y su primer mando en un barco de pasajeros había sido en el «Carinthia» cuatro años después. Desde entonces había mandado casi todos los barcos de la flota Cunard y ahora estaba allí frente a una amenaza, como capitán del último y más grande barco de la flota.

—¿Qué sucede? ¿Ha perdido el valor y la lengua? —la cólera tenía ahora matiz de desprecio.

Raikes movió la cabeza.

—No. Escúcheme. Este barco lleva barras de oro. Tengo un helicóptero sobrevolándolo, a un cuarto de milla de su proa, esperando para venir y levantar una tonelada de esas barras de oro desde su cubierta de proa. Usted dará las órdenes necesarias para que se lleve a cabo sin incidentes.

—Primero lo veré en el infierno.

—Si no hace lo que le digo, y da las instrucciones que luego le explicaré, tengo un cómplice esperando en la proa que se adelantará, paseando por los salones públicos de una de las cubiertas, y muchos pasajeros morirán.

Por debajo de sus cejas caídas, el capitán lo miró y se frotó el labio inferior con el índice, y Raikes comprendió que había llegado uno de esos graves momentos de responsabilidad; ¡tenía que pesar y calcular tantas cosas! Cuáles serían las verdaderas intenciones de Raikes, la conciencia del capitán respecto a la vida de los pasajeros confiados a su cuidado a bordo y, lo que era más importante, la situación real, la verdad que percibía firme e inflexible en Raikes, que demostraba que no estaba alardeando. Las palabras que siguieron le confirmaron que el capitán había tomado conciencia de su posición.

—¿Cómo van a morir?

—Envenenados. Hay por lo menos seis granadas que esparcirán gas en el término de quince segundos. No lo molestaré con el nombre químico del gas..., fue robado del depósito del ejército hace algunos meses, pero le aseguro que en un espacio cerrado es casi inmediatamente letal. Si se niega a hacer lo que le digo, algunos pasajeros morirán.

—Si me niego, también morirá usted. Jamás podrá abandonar este barco.

—Eso es verdad. Pero estoy preparado para morir si mis deducciones están equivocadas. A usted no le interesa mi muerte, pero jamás podrá justificar haber elegido salvar las barras de oro en lugar de la vida de sus pasajeros.

El capitán se frotó la mano contra la barba durante un momento y dijo:

—Continúe, pero sea breve. Los hombres como usted se están haciendo demasiado comunes en este mundo, y no me agrada su compañía.

—Muy bien. Las barras de oro están en el tesoro, en la cubierta Ocho...

—Le dije que abreviara, hombre. No tiene necesidad de hablarme de mi propio barco.

—Las llaves están aquí, en su caja fuerte. Las cogerá. Subiremos al puente de mando y dará las instrucciones para que el buque reduzca la velocidad y se ponga a

favor del viento, de manera que el helicóptero pueda llegar y mantenerse suspendido sobre la cubierta de proa y levantar las barras de oro. Las barras están embaladas de dos en dos o de cuatro en cuatro en cajas. De cualquier manera quiero que se suban el equivalente a ochenta barras en el ascensor de carga número uno, que está frente al tesoro, a la cubierta Uno y desde allí sean llevadas a la cubierta de proa. Necesito cuatro hombres para llevar el oro en el ascensor y otro en la cubierta de proa para que las cargue en las redes del helicóptero. Cuando esa última carga esté en el helicóptero, yo también me iré en él. Hasta que me levanten persistirá la amenaza sobre sus pasajeros.

—¿Su cómplice irá con usted?

—No.

—¿Eso significa que su cómplice es un pasajero de buena fe y que usted no lo es?

—Es usted muy sagaz, capitán. Así es. —Retrocedió un poco—. Bueno, ¿estamos listos para empezar?

Sin moverse, el capitán dijo:

—No me parece que estemos listos. ¿Qué ocurrirá si me quedo sentado aquí y no hago nada? Digamos... que crea que sólo está fanfarroneando.

—No hay nada de eso. —Raikes sacó la pistola de bengalas de bolsillo. Si no disparo la señal desde el ala del puente, digamos, dentro de unos quince minutos, entonces mi cómplice recorrerá el barco, poniendo las granadas en los sitios previstos.

—Eso es lo que usted dice.

Raikes se encogió de hombros. Comprendió que el hombre tenía que intentar una salida, pero no tenía solución:

—Capitán, esto está fuera de mi alcance. Si no hay señal, se colocan las granadas. Los pasajeros mueren. También yo.

El capitán señaló la automática:

—¿Y yo?

—No. No tengo nada en contra de usted. Vivirá... y tendrá que explicar lo que pasó. Explicar por qué eligió una tonelada de oro en contra de cincuenta o sesenta vidas.

El capitán consideró durante un momento la situación y luego se puso de pie. Cogió la gorra de una silla próxima, se la puso, y se dirigió a la entrada que estaba detrás de su escritorio y buscó el llavero en sus bolsillos. Del seguro sacó un llavero con las llaves del tesoro. Sin verlas, Raikes supo que había tres llaves en el aro: una para la puerta principal y otras dos para las cerraduras adicionales de la puerta. Sólo por ejercitarse en adquirir información, Berners se había divertido en descubrir detalles del tesoro por sus propios medios.

—Hay una traba frente a la entrada del ascensor sobre la cubierta Uno. Presumo que también habrá otra a la entrada del ascensor de la cubierta Ocho.

El capitán se volvió y levantó una ceja muy poblada, diciendo:

—Es una lástima que no haya hecho estas investigaciones para una empresa que valiera más. El segundo oficial tiene esas llaves. Él estará a cargo del asunto de las barras de oro. Personalmente, preferiría ocuparme con usted de la parte de los disparos en el otro extremo.

Se dirigió al salón, lo cruzó hacia la puerta de la banda de babor. Antes de llegar a ella se detuvo y se volvió hacia Raikes, haciendo un gesto con la cabeza a la automática que éste llevaba en la mano.

—Guarde eso. No voy a entrar en mi propio puente con eso a mis espaldas.

Raikes deslizó la automática en su bolsillo. Sin darse la vuelta otra vez, el capitán atravesó la puerta. Raikes lo siguió y luego subieron por las estrechas escaleras de babor hasta la entrada del puente de mando.

El puente de mando estaba alumbrado por unas luces veladas y por el reflejo de los paneles desde la gran consola debajo de las ventanas delanteras. Había cuatro personas. El primer oficial, con una bufanda de seda blanca al cuello, estaba junto a la consola, mirando por la ventana central; un tercer oficial, inclinado sobre la mesa de mapas marcando las posiciones sobre el mismo; un contramaestre, con jersey blanco y pantalones azules, maniobraba el timón inmediatamente detrás de la consola, y un grumete limpiaba las ventanas de babor.

Cuando entraron, Raikes y el capitán, el primer oficial se volvió hacia ellos. Pareció momentáneamente sorprendido de ver al capitán.

Este saludó:

—Buenos días, Mr. Dormer.

—Buenos días, señor.

—Mr. Dormer, no puedo presentarle a nuestro huésped, pero sí puedo decirle que no es bienvenido, y puedo decirlo porque por su causa ha surgido a bordo una situación que podría poner en peligro la vida de muchos pasajeros. Por este motivo, debo pedirle que cumpla las órdenes que le daré, aunque le parezcan muy extrañas y pueda no estar de acuerdo con ellas. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

Raikes vio que los ojos del primer oficial se fijaban en él.

El capitán llamó al grumete, y le dijo a Raikes:

—Déle la pistola.

Raikes sacó la pistola de bengalas de su bolsillo, la cargó con una cápsula, y la tendió al muchacho.

El capitán ordenó:

—Salga a la banda de babor del puente, y dispare.

—Alto en el aire —agregó Raikes—. Apuntando hacia arriba.

El muchacho cogió la pistola y cruzó la puerta hacia la banda de babor.

Pocos minutos después, inmóvil en la proa, Belle vio la llama verde que estalló delante, alta en el oscuro cielo. La lenta tensión que había estado creciendo en ella

desapareció de pronto. Se apartó de la baranda y encendió un cigarrillo.

A un cuarto de milla de distancia de la proa, a mil pies arriba y bastante por debajo del nivel de las nubes, Berners y el hombre que estaba con él en la cabina principal del Bell 205 A, vieron aparecer el resplandor.

Por encima del rugir del rotor principal y del motor de la turbina Lycoming a gas, el hombre se inclinó hacia delante y dijo a Berners al oído:

—¡Gracias a Dios! ¿Sabe una cosa? Jamás pensé que esa maldita luz pudiera encenderse.

Berners no respondió. A lo lejos, podía ver la blanca luz de babor en el QEII y cuando el helicóptero se movió un poco, alcanzó a ver la luz roja de babor, sobre el puente. La parte delantera del puente del barco era un haz de luces proveniente de los camarotes y los salones, como brillantes joyas refulgiendo en la noche. Y Raikes se encontraba en el puente en aquel momento, impassible, inmutable, todo sentimiento estaba en él deliberadamente congelado, moviéndose inexorable, paso a paso, encarnándose en el personaje que había ensayado dentro de sí mismo en las últimas semanas. Berners miró su reloj. Pasarían entre veinte minutos y media hora antes de que la primera barra de oro estuviera en la cubierta lista para ser cargada, y se disparara la segunda señal para que el helicóptero se acercara.

SIN ESPERAR A QUE VOLVIERA el grumete, el capitán cruzó el puente de mando acercándose al primer oficial. Raikes lo siguió, pero se detuvo después de unos pasos, para poder vigilar a los cuatro hombres. Divisó al tercer oficial, en el fondo sobre la mesa de mapas, que lo observaba adústamente. El contramaestre no miraba ni a derecha ni a izquierda. Aquellos hombres pensó, sabían que algo iba muy mal, pero estaban frenados por el poder de la autoridad del capitán, y el capitán a su vez, frenado por intimidación de Raikes. Los hombres construyen sus propias cadenas de buen grado, cadenas de orden y respeto por la autoridad.

El capitán dijo:

—Mr. Dormer, ponga las máquinas en punto muerto. Dígales a Control de Turbinas que... bueno, dígales que la visibilidad se está estropeando, y que reduciremos inmediatamente la velocidad.

—Sí, señor. —El primer oficial cogió el micrófono. Sólo durante un momento, sus ojos se detuvieron en Raikes y torció la boca en un gesto algo belicoso. Luego dijo por el micrófono:

—Control de Turbina. Hablan desde el puente de mando. Pase a punto muerto inmediatamente, disminuya la velocidad, hay poca visibilidad.

El muchacho volvió y Raikes se adelantó un poco y tendió la mano, pidiendo la pistola. El muchacho se la devolvió.

El capitán ordenó:

—Controlar las máquinas y reducir a velocidad de maniobras.

—Entendido, señor. —El primer oficial se adelantó y presionó el botón de control de cada máquina. Unos segundos después sonó una chicharra mientras la Sala de Control de Turbinas repetía la orden. Detrás de él, recordando brevemente su visita de días atrás, Raikes oyó el golpeteo del télex registrando la orden y la hora.

En el micrófono, el primer oficial volvió a hablar:

—Sala de Control de Turbinas, hablan desde el puente. Reduzca a velocidad de maniobras, cien revoluciones.

Por el sistema de repetición, Raikes oyó la voz del ingeniero repitiendo la orden mientras el capitán se acercaba al primer oficial, diciéndole:

—Bien, de aquí en adelante me encargo yo, Mr. Dormer. ¿Qué barcos tenemos cerca?

—Nada que nos preocupe, señor. Ese que está a estribor pasará a unas tres millas al norte de nosotros. Nuestro curso es 272 grados para fijar posición.

El capitán asintió con la cabeza, y ordenó:

—Adelante, a media marcha ambas máquinas.

—Adelante, a media marcha ambas máquinas, señor.

A medida que se trasmitían las órdenes y las revoluciones de las máquinas disminuían por debajo de la marca de cien, se oyó el fuerte zumbido del vapor que

escapaba de la chimenea exterior.

Por encima del ruido el capitán preguntó:

—¿De dónde sopla el viento ahora?

—Del oeste noroeste, fuerza 3, señor. —Respondió el primer oficial.

El capitán se volvió al contraмаestre:

—Gire a dos ochenta.

Mientras el contraмаestre repetía y obedecía la orden, Raikes sintió el giro del barco al entrar en su nuevo curso.

Raikes preguntó al capitán:

—¿A qué velocidad vamos ahora?

Sin mirarlo, el capitán respondió:

—Dígaselo, Mr. Dormer.

El primer oficial contestó:

—A sesenta revoluciones. Aproximadamente diez nudos y medio.

Raikes dijo:

—Necesito las luces de proa encendidas.

Ignorándolo, el capitán se volvió al tercer oficial, ordenando:

—Llame por teléfono al segundo oficial. Dígale que suba al puente en seguida. Llame luego al suboficial de Seguridad Nocturna y al vigía de turno. Deben permanecer allí con otros cinco marineros, fuera del Tesoro.

Al oír las dos últimas palabras, Raikes notó el rápido movimiento de cabeza del primer oficial en su dirección.

—Sí, señor —exclamó el tercer oficial, y se dirigió al teléfono que había a la entrada del puente, cerca de Raikes. Pasó a su lado sin mirarlo, ignorándolo, y Raikes adivinó lo que pensaba aquel hombre, lo que pensaba cada uno de los que estaban allí; que él estaba marcado y fuera de la ley; hacían lo que hacían porque el capitán lo ordenaba, y ahora no tenía necesidad de explicación para las órdenes. La intimidación se había trasladado a ellos. Si se los tenía así durante mucho tiempo, comenzarían a hacer preguntas, lucharían por encontrar una salida y quizá alguno intentaría estúpidamente destruirlo. Todavía quedaba mucho por hacer.

El capitán ordenó:

—Mr. Dormer, encienda las luces de la cubierta de proa.

El primer oficial se acercó al panel de las llaves de luces en el fondo del puente de mando y las encendió. A través de la ventana central, Raikes vio la cubierta de proa surgir brillantemente iluminada, de las sombras de la noche.

Desde el helicóptero, Berners vio las luces del barco apartarse en un ángulo de ellos cuando cambiaba el curso y disminuía la velocidad. Ahora, mientras el helicóptero conservaba su velocidad, vio encenderse las luces de la cubierta.

El hombre que estaba detrás gritó:

—Todo marcha como un reloj. Es mejor que se ponga el equipo, porque cuando

entremos y comencemos a levantar el oro puede caerse por esa compuerta como una bolsa de sal, si resbala.

Belle, junto a la piscina de la cubierta Uno, había sentido que el barco había cambiado de rumbo y disminuido la velocidad, oyó el zumbido del vapor que escapaba de la chimenea, y sabía que aquello significaba que las cosas estaban saliendo del modo que Raikes deseaba. Ya era tarde y no había nadie más en la cubierta. Arrojó el cigarrillo a un lado, y se internó en las sombras cerca de la entrada de los camarotes sobre babor.

El segundo oficial, algo extrañado porque lo habían despertado, había subido al puente, y el capitán le hablaba:

—...No quiero preguntas. Lo que le voy a ordenar hacer está directamente vinculado con la seguridad de nuestros pasajeros. El suboficial de Seguridad Nocturna, el vigía de turno y cinco marineros están allí en el Tesoro. Aquí están las llaves. Quiero... —Miró por un momento a Raikes.

—Ochenta barras de oro —terminó Raikes—. Pueden estar empaquetadas de una a cuatro por caja. Cárguelas lo antes que pueda.

El capitán agregó:

—Cuarenta capas dobles. Póngalas en el ascensor Número Uno y hágalas subir a la cubierta Uno, y luego que los hombres las lleven a la Cubierta de Proa.

Por un momento el segundo oficial vaciló, comenzó a abrir la boca para decir algo, y luego lo pensó mejor.

El capitán se volvió al primer oficial:

—Déle al segundo oficial un «walkie-talkie», Mr. Dormer. —Luego se volvió al segundo oficial—: Infórmeme cuando el cargamento esté en la cubierta Uno.

El primer oficial le dio un «walkie-talkie» al segundo oficial y otro al capitán, que se lo metió en su bolsillo.

A Raikes le habían enseñado uno de los aparatos cuando aquel oficial tan simpático lo había llevado al puente, días atrás. Eran Stornophones N.º 5 con un alcance de dos millas.

El segundo oficial abandonó el puente. El primer oficial estaba mirando la cubierta de proa iluminada. El contramaestre en el timón, era una estatua blanca y azul, y el grumete limpiaba una y otra vez la misma ventana, sabiendo que algo iba mal, ajeno a todo y todavía envuelto por la satisfacción de haber disparado una pistola de bengalas. El capitán, ignorando a Raikes, se dirigió a la mesa de mapas y comprobó con el tercer oficial la posición del barco.

Por primera vez en su vida, Raikes conoció el verdadero significado del aislamiento; la frialdad de sus víctimas, más fría que sus propias emociones fuertemente controladas, una frialdad intelectual e ignominiosa. Cada uno de los hombres de aquel puente, dedicado al servicio de aquel hermoso barco, lo había rechazado con repugnancia. Toleraban su presencia física porque no tenían más remedio, pero como persona, lo consignaban al limbo. Era el violador, el profanador



innombrable, de algo que llenaba sus vidas de orgullo. No deseaban verlo y, cuando lo oían, era como una voz sin humanidad ni decencia. Alguna vez creyó que amaba el aislamiento, la dulce soledad del río que devora el tiempo, el aislamiento de su propia dedicación para vengar a su padre y volver a Alverton... pero nada de eso, ahora lo comprendía, alcanzaba a ser un total aislamiento. Aquello era el aislamiento, aquí y ahora, en el puente. Como un relámpago pasó por su cabeza el pensamiento de que si sus hermanos estuvieran en el barco, viéndolo y oyéndolo, enterados del último «trabajo» que estaba realizando, también lo hubieran rechazado, volviéndole la espalda, y cada vez que oyeran pronunciar su nombre, sería una vergüenza para ellos. Por primera vez en su vida estaba solo, odiaba estar solo, y se odiaba a sí mismo. Y por primera vez en la vida, aunque aplastó la idea, estrangulándola antes de que naciera, supo que era una perversa y retorcida caricatura de hombre.

Obligado a hacerlo, para romper el hielo que lo rodeaba, dijo, sorprendido de lo extraño de su propia voz:

—Capitán, cuando baje a la cubierta de proa quiero que venga conmigo.

Podía haber hablado a los muertos. Ni la cabeza se volvió. No hubo el menor movimiento indicando que habían oído.

Con gratitud, oyó de pronto al «walkie-talkie» en el bolsillo del capitán que anunciaba:

—Estamos en el Tesoro, señor, y cargando.

El capitán cogió el aparato y respondió:

—Muy bien. —Luego se dirigió a Raikes, se detuvo frente a él; era una cabeza más bajo, sólido, con los ojos cargados de desprecio—. No hay necesidad de que permanezca más tiempo en mi puente. Bajaremos a la cubierta Uno. —Volvió la cabeza al primer oficial—. Hágase cargo, Mr. Dormer.

—Correcto, señor.

—Mantenga el barco como está.

Raikes, colérico ahora a despecho de su control, dijo:

—Todavía hay que hacer una segunda señal desde babor. Dos bengalas cuando las barras de oro estén sobre la cubierta.

Sin una palabra el capitán tendió la mano. Raikes le entregó la pistola cargada con dos cartuchos. El capitán se volvió al tercer oficial.

—Cuando la primera barra de oro aparezca en cubierta, dispare dos veces desde la banda de babor.

—Sí, señor.

El capitán volvió, pasando frente a Raikes. Cuando llegó a la puerta del puente dijo sin volver la cabeza:

—Sus señales serán disparadas.

Raikes siguió al capitán desde el puente. Salieron por los camarotes de los oficiales a la escalera principal junto al Salón 736, y desde allí bajaron a la cubierta Uno. Todavía había uno o dos pasajeros y miraron curiosamente a Raikes y al capitán

cuando pasaron.

En la cubierta Uno, la puerta del ascensor se abrió y tres marineros estaban descargando las cajas de madera con las barras de oro bajo la supervisión del vigía de turno. Raikes y el capitán pasaron delante sin decir una palabra. Cuando se dirigieron a la banda de estribor, pasando por los camarotes de la tripulación hacia la salida de la cubierta de proa, el «walkie-talkie» que tenía el capitán en la mano comunicó:

—Aquí el segundo oficial, señor. Las primeras cajas están en la cubierta de proa.

—Gracias —respondió el capitán sin dejar de andar. Detrás de él, Raikes podía no haber existido. Dieron la vuelta por el pasillo, pasaron los camarotes de las camareras y su salón de recreo, y cruzaron la puerta de hierro de la cubierta de proa. Cuando lo hicieron, el viento les dio en la cara, acompañado de una ligera llovizna. Detrás, desde la banda de babor del puente, una bengala brilló en el cielo y luego otra. Una voz dentro de Raikes dijo fríamente: «Todo va como debía ir, sigamos con ello. No pienses en las personas sino como elementos de un plan. No te sientas afectado por esa figura que está allí delante, sólida, que te rechaza y te condena. No eres tú, no es Raikes, quien se mueve y ordena. Es un hombre forzado a hacerlo como cualquiera de estos otros hombres. Dentro de pocas horas serás libre y sólo tendrás que enfrentarte al único tipo de aislamiento que entiendes y aceptas».

Junto a la piscina de la cubierta Uno, Belle vio las dos luces verdes brillar contra el cielo oscuro. No sentía ni ansiedad ni alivio. Las cosas iban saliendo como él había dicho que saldrían. Ese era su genio. Planea algo y el plan se convierte en una realidad. Cogía a las personas y las utilizaba. Quizá era su fuerza, su única fuerza real. Saber cómo capturar y retener a la gente y convertirla en sus títeres. ¿Podría haber verdadera ternura en él? ¿Algún fondo cálido que alimentara y fortaleciera el amor... el amor por alguien... por ella, por ejemplo? Ahora quizá. Ahora que aquello iba bien hacia su fin. Quizá después de aquello, el amor surgiera rápidamente y floreciera... Oh, Dios, así lo esperaba. Así lo esperaba.

Acercó su bolso a la baranda, lo abrió y uno a uno tiró los envases por la borda. Volvió, se dirigió a la Cubierta Superior y entró en el Salón Panorámico.

No tuvo necesidad de correr las cortinas de una de las ventanas. Dos estaban descorridas y un pequeño grupo de pasajeros se había reunido mirando hacia la cubierta de proa. Lo vio en seguida, una figura alta, con sombrero, y el abrigo moviéndose un poco al viento, cuando el helicóptero llegó volando por encima de la proa. El rugir de la máquina y del rotor principal irrumpieron en el salón. Vio salir a los marineros, doblados por el peso de las cajas con las barras de oro, y a tres oficiales, uno de ellos bajo, con cuatro galones en los puños de su chaqueta y que reconoció como el capitán.

Alguien preguntó:

—¿Qué es esto? ¿Qué sucede?

—Supongo que una emergencia. O quizá sensacionalismo para publicidad.

—¿A esta hora de la noche... sin cámaras? ¿Qué cree usted, «barman»?

El «barman» que había llegado a la ventana a mirar dijo:

—No lo sé. Sea lo que sea está bien. Son el capitán y el suboficial de Seguridad.

—¿Quién es el civil? ¿Y qué son esas cajas?

Belle podría habérselo dicho. Pero mirando hacia fuera, de pronto sintió que no podía quedarse ni siquiera para observar la operación. Él estaba allí, a miles de millas de distancia de ella, ocupado en sus cosas en aquel momento, y cuando lo levantaran, Belle tuvo miedo de que los miles de millas se estiraran hasta el infinito. Lo levantarían y jamás volvería a verlo. Y, puesto que esta convicción era tan fuerte en ella, se dio cuenta de que no podía esperar para presenciar el momento. Era mejor irse y obligarse a una desesperada esperanza que tener para siempre el cuadro de su paso desde la cubierta y desde su vida a la oscuridad de las nubes.

Se apartó del grupo de gente y se dirigió al camarote.

Los hombres estaban agrupando las cajas de barras de oro en el lugar del mástil telescópico, ahora retirado, delante de los cabrestantes y de las cadenas de las dos anclas levantadas. El ruido que hacía el helicóptero era ensordecedor, mientras giraba suspendido en el aire. Mirando hacia arriba, Raikes vio abrirse la portezuela lateral y luego aparecer el brazo de la grúa externa sobre el techo del helicóptero, y descender el cable unos pies. Un hombre desconocido estaba en la portezuela y dejó caer una red en la cubierta y el cable de la grúa comenzó a bajar con suavidad, zigzagueando un poco con el vaivén del helicóptero y el viento. Cuando bajó, Raikes vio aparecer la pálida cara de Berners en la portezuela. Berners lo vio, y Raikes a él, pero ninguno de los dos hizo ninguna señal.

Raikes dijo al capitán, que estaba a su lado:

—Nada más que diez cajas dobles o su equivalente en cada red.

Sin dar muestras de haber oído, el capitán miró al segundo oficial y le hizo una seña con la cabeza cuando comprendió que el hombre había escuchado las palabras de Raikes.

—Diez cajas dobles en cada red. Y cuidado con el cable.

Se extendió la red, se cargaron las cajas y los lados de la red se plegaron hacia arriba y se engancharon en el extremo del cable. Raikes levantó los ojos y la red se elevó balanceándose por encima de la cubierta. La corriente de aire que produjo el rotor principal cuando tomó velocidad, hizo volar la gorra de un marinero por la cubierta.

Arriba en el puente el primer oficial, Dormer, miró al grupo que estaba abajo en la cubierta, y fijando los ojos en Raikes pensó: «¿Por qué no tirarán al mar a ese hijo de puta?».

Alguno de los que estaban mirando por la ventana del salón panorámico, dijo:

—Esas cajas tienen barras de oro. Lo juraría. ¿Cree que es un robo?

—¿Qué...? ¿Con el capitán y los oficiales allí? ¡No sea tonto!

—Pero ese otro individuo, el de civil... tiene una bufanda encima de la boca.

—Será dolor de muelas...

—No hay marcas en ese helicóptero...

Cuando la carga alcanzó el nivel de la portezuela, el brazo de la grúa giró y Raikes vio a Berners y al otro hombre coger la red, balanceándose unos instantes y luego meterla dentro del helicóptero. Casi en seguida otra red a cubierta y los marineros comenzaron a cargarla. Momentos después el cable volvió zigzagueando a la cubierta.

Mientras la red subía cargada con las cajas, Raikes miró su reloj. Estaban llevando a cabo el trabajo con un poco de adelanto al mejor tiempo calculado, y casi todas las cajas estaban sobre la cubierta.

Arriba en el puesto de mando, el gerente se había dirigido a la ventana central del lado de proa y miraba con una mano ociosa sosteniendo un trapo contra el cristal. El helicóptero casi estaba a su mismo nivel, a una distancia de sesenta yardas. Podía ver al piloto en los controles y a dos hombres manipulando la red. Era un muchacho inteligente y se preguntó cuál estaría a cargo del manejo de la grúa. Cuando el cable bajó por tercera vez, vio a los dos hombres en la cabina principal entrando más dentro la segunda carga de oro, volcando las cajas y dando lugar para una tercera carga que debía subir. No se ocupaban para nada del cable, de manera que el piloto debía estar operando la grúa. ¡Vaya, se imaginó al hombre sentado allí como un mosquito zumbón, manteniendo el helicóptero sobre la proa y debiendo vigilar el cable al mismo tiempo! La llovizna mojaba los cristales de las ventanas. Sin que se lo ordenaran, el muchacho conectó los limpiaparabrisas y la escena en la cubierta inferior se hizo clara.

Allá abajo, en el camarote de Belle, el camarero hacía rato que había ido a abrir la cama. Su camisón estaba extendido sobre ella. Era de seda color llama, una amplia blusa, con una pequeña braga haciendo juego, comprado para el viaje. Raikes jamás lo había visto.

Comenzó a quitarse el vestido y desnuda, se apartó unos pasos del espejo del tocador para mirarse. Todavía no se le notaba... ¿o sí? Quizá un poco, pero en cierta forma estaba bien. Así era durante los primeros meses. Le daba ese algo especial del que hablaba la gente. Bien, si alguien necesitaba ese algo especial para conseguir lo que quería, era ella. Algo especial no en el cuerpo, sino dentro... algo que estuviera allí para retenerlo a él cuando no lo retuviera en la cama. Puso la mano sobre su ombligo y se preguntó cuándo comenzaría a moverse. Faltarían años. Él le había dicho que quería que ella lo conservara. Eso tenía que significar algo. Buscó la amplia blusa y la braga. Quizá el color fuera un poco chillón, pero diablos, ¿no era eso lo que les gustaba a los hombres en la cama?

En el helicóptero, Berners sudaba copiosamente. Tenía la fuerza moderada de un hombre de constitución delgada, puro acero, pero corría las pesadas cajas lo bastante lejos como para dejar sitio a las que subían y las amontonaba por cualquier lado, junto con el otro hombre. El sudor le nublaba los ojos cuando caía de sus cejas. El

ruido era ensordecedor. Ahora la lluvia, caía con más fuerza, en chaparrones más largos. La cubierta estaba lisa, brillante, como encerada.

La cuarta red final estaba subiendo y Berners supo, sin mirar el reloj, que iban bien respecto al tiempo. Una hora más y luego el descenso. A las seis de la mañana estaría en el automóvil, atravesando Nantes con destino a Limoges... Comenzó a pensar en la ilustración de un catálogo que había visto. Se trataba de un candelabro de Limoges del siglo XIII esmaltado en color cobre. ¡Precioso...! Tantas cosas bonitas y valiosas que desearía tener... y que tendría. Quizá jamás volviera a Inglaterra. Aunque tal vez para liquidar todo y vender... En eso no se parecía en nada a su amigo y socio. Inglaterra era toda para Raikes. Los ríos y aquel asunto de la pesca, la tradición, la formalidad, lo impulsaba cada vez más a volver. Miró hacia abajo, más allá de la red que estaba subiendo, hacia Raikes. Durante la operación había permanecido allí, junto al capitán; el capitán tenía las manos medio metidas en los bolsillos de la chaqueta, sin importarle la lluvia que barría una y otra vez la cubierta; Raikes, levantaba la mano cada vez que las redes estaban listas para ser izadas... y las cosas marchaban como un reloj, lo mismo que el mecanismo de sus mentes, la suya y la de Raikes... ¡Ah, la gente, tan fácil de manejar, de engañar y de robar, con tanta buena fe, sin esperar jamás nada malo hasta que las cosas ocurrían y cuando pasaban, maldecían o se preguntaban cómo pudieron dejarse sorprender...!

La red estaba a nivel de la apertura y el brazo de la grúa la hizo entrar. El hombre que estaba junto a él, cuando la subieron dijo jadeando:

—¡Gracias a Dios que terminamos! No tengo físico para trabajos pesados.

Rápidamente descargaron cuatro cajas de la red y luego arrastraron la red parcialmente cargada hacia dentro.

—Ya está—dijo el hombre—. Desmonte el cable y ponga la eslinga en el gancho; lo enviaremos abajo por él. Mr. X, ¿eh? Lo mismo que usted. Nada de nombres, nada de etiquetas.

Berners se volvió y se inclinó sobre la red para desengancharla, tomó un soporte de la cabina y desprendió el equipo de Berners. Berners oyó el ruido y miró a su alrededor. El hombre tenía una automática a un pie de distancia de sus ojos. Le dijo:

—Lo lamento, compañero, pero órdenes son órdenes.

Berners no tuvo tiempo de hacer ningún movimiento; sólo un resplandor de amarga ironía atravesó su mente, cuando comprendió el final... caía de un sueño de lujo y belleza para estrellarse sobre la cubierta, a pocos pies de Raikes.

El hombre disparó, y la bala golpeó la sien de Berners. La fuerza del impacto echó su cuerpo hacia detrás, a medias fuera del helicóptero. El hombre levantó un pie y empujó el cuerpo, sosteniendo el borde de la portezuela mientras lo observaba caer. Berners cayó con los brazos extendidos y se estrelló en el extremo de la cadena del ancla de babor, quedando allí, medio colgado, con la espalda rota. Y la cara vuelta hacia arriba hacia el pequeño grupo de marineros, a cuatro pies de distancia. El equipo de seguridad se balanceaba suavemente en el aire, apenas rozando la cubierta.

Arriba el helicóptero se levantó a toda velocidad, llenando la noche de ruidos, y desapareció rápidamente hacia el sur.

La frialdad de Raikes desapareció, pero no perdió el control. La rápida comprensión de lo sucedido, sin necesidad de secuencias para estimular su mente, lo inunda como una ola de calor. Por un momento sintió un enorme pesar, antes que sorpresa, y luego la pena y la sorpresa desaparecieron, y los hechos, el súbito cambio de la situación que exigían un movimiento, tomaron forma en su mente mientras miraba la cara pulposa, el cuerpo quebrado de la marioneta, y las cuerdas que habían sujetado el cuerpo. Antes que ningún otro lograra moverse, aun antes de que algún hombre emitiera un grito de impacto y horror, Raikes había sacado su automática y corría por la cubierta hacia la entrada de la cubierta Uno.

Cruzó por el pasillo que conducía a los camarotes de la tripulación y luego viró bruscamente hacia la derecha a un pequeño pasaje y se lanzó, arrancándose el abrigo, al descansillo de la escalera que llevaba al ascensor Número Uno. La puerta todavía estaba abierta, pero no había nadie para atenderlo. Bajó las escaleras hasta la cubierta Dos, y mientras lo hacía, dejó caer la chaqueta y el sombrero sobre el pasamanos al fondo de la escalera en la cubierta Seis. Un hombre corriendo con sombrero y chaqueta puestos podía llamar la atención. Se quitó la bufanda y se la guardó en el bolsillo con su automática, cuando salió del descansillo de la cubierta Dos, y luego comenzó a andar despacio.

Era un pasajero cualquiera que se retiraba tarde a dormir. Sin prisa, pensando con calma en el futuro, se dirigió al vestíbulo central y luego bajó por las escaleras centrales a la cubierta Cuatro. No tenía dudas en su mente respecto a dónde se dirigía. Por el momento tenía que ocultarse, encontrar asilo durante unas cuantas horas y sólo una persona podía dárselo. En la cubierta Cuatro atravesó el pasillo de babor pasando por los camarotes, y tomó la izquierda por un corto ángulo del corredor hasta la puerta del camarote de Belle.

Sólo entonces, cuando salió de la larga hilera de cabinas del lado de babor y llegó a este pequeño sector donde daban las puertas de dos camarotes, el 4002 y el 4004, que era el de Belle, sólo entonces sintió que la tensión comenzaba a ceder. Por un momento, aislado allí, con Belle a pocos pasos de distancia, bastante pasada la una de la madrugada y habiendo poca gente despierta, no era muy probable que alguien lo viera. Trataría de controlarse y de reprimir el deseo primitivo de correr y correr como un pasajero cualquiera. Se reclinó contra la pared y se pasó la mano por la cara. Se sorprendió al descubrir que sudaba copiosamente. ¿Y ahora, qué? A Berners lo habían asesinado y arrojado fuera del helicóptero. Él mismo había oído el disparo sobre el ruido del helicóptero, lo había oído y había visto la cara aplastada de Berners. Ambos, Berners y él, habían sido traicionados, y esa era la contingencia que nunca consideraron en sus planes. Él y Berners... pensó con amargura... la única cosa que jamás los había preocupado. Habían sido engañados tan impunemente como

cualquiera de sus víctimas en el pasado. Allí, en la cubierta de proa, había sentido pánico y había echado a correr. Un pánico controlado, pero desesperado, había sido una huida que lo había llevado directamente a aquel punto, directamente al único asilo inmediato que se le ofrecía. Ahora que la crisis declinaba, se preguntó si tenía derecho a dar un paso más, a abrir la puerta y comprometer a Belle. Hacía mucho tiempo que la había comprometido, y ella había aceptado desempeñar su papel. ¿Tenía derecho a mezclarla otra vez en aquello? ¿Y ahora, sin ofrecerle nada a cambio por aquel momento de asilo contra el peligro? No tenía que preguntárselo, porque sabía cuál sería la respuesta. Ella lo amaba y no podía negarle nada. Pero aquella noche, allí en el puente, por primera vez había visto algo de su verdadero yo, se había visto tal como los otros lo veían, y la impresión era que quizá, a pesar de toda su suficiencia y su fuerza, el plazo se acababa, que el fracaso total estaba muy próximo a él. Y la respuesta a aquello, en su actual estado de ánimo, parecía brutalmente simple. No sólo los hombres, sino también los dioses se habían vuelto contra él. Los hombres habían podido hacer poco contra su arrogancia, pero los dioses se habían vuelto contra él (primero con aquel pequeño punto rojo en el catálogo y ahora con la inesperada traición de Mandel) para humillarlo y reducirlo. Lo habían dejado llegar hasta el filo de lo que anhelaba, y luego lo habían hecho retroceder. Todavía lo acosaban, exigiendo quizá alguna forma real de contribución, alguna penitencia auténtica que sería absoluta y lo absolvería de todo. Todavía tenía los recursos de su propia capacidad, fuerza y astucia para sacarlo de aquella emboscada, de aquella trampa marítima, pero nada de aquello podría contrarrestar el fatídico dedo de los dioses si todavía estaban contra él. De manera que antes de entrar en el camarote de Belle, supo (por el instinto heredado de su madre a través de la larga tradición de supersticiones ancestrales) que tenía que rendirle su tributo a los dioses si deseaba su protección. Y ese tributo no podría revocarse jamás, ni arrebatarlo mezquinamente. Si se hacía, era para siempre. Y su pensamiento flotaba libremente, como si alguna presencia invisible en aquella sombría hilera de camarotes le indicara su curso, Raikes sabía cuál iba a ser su tributo. La mujer que estaba allí dentro llevaba a su hijo, el retoño esperado. Tenía que abrir sus ojos a las nieves y heladas de enero, ver la levadura de las nubes de agua sobre el valle del Taw, escuchar el correr de las aguas en las noches tranquilas, donde los salmones y las truchas de mar, también cumpliendo con una ley ancestral, venían agotados desde las aguas estrechas y los vados de los páramos, para unirse a las mareas de los estuarios salados y sin embargo verdes, fríos, ricos en alimento que aseguraban las profundidades del Atlántico, y esa seguridad era su único objetivo. Quería al niño, pero no la quería a ella. Pero el tributo tenía que rendirse y lo hizo, se lo ofreció a los dioses. Si salía de aquel barco sano y salvo la aceptaría, la haría su esposa, la amaría con toda su capacidad de amar, y la traería como dueña, esposa y madre a Alverton Manor y la cuidaría y protegería como si hubiera sido la mujer elegida por propia voluntad. Eso haría. Después de jurarlo, se adelantó para encontrarse con ella.

Estiró la mano y la manija giró, estaba sin llave. Entró en el camarote iluminado, cerró la puerta con llave tras él y se volvió donde estaba ella, tendida en la cama. Al mirarla, supo en seguida que su tributo había sido rechazado y que él, Andrew Raikes, estaba condenado irremisiblemente porque había venido a ofrecerlo demasiado tarde.



BELLE ESTABA TENDIDA en diagonal sobre las manijas, de espaldas, y sólo tenía puestas una braga de seda color llama. La cabeza estaba ligeramente vuelta hacia un lado, y su postura hacía que el seno derecho cayera un poco sobre el brazo derecho inclinado. El brazo izquierdo estaba estirado, como si lo hubiera puesto así en sueños y colgaba a un lado de la cama, con los dedos extendidos. Tirada en el suelo estaba la amplia blusa formando un montón escarlata, las luces del camarote marcaban sombras oscuras en los valles de sus arrugas y frunces. Tenía el pelo castaño atado detrás con una cinta roja, los ojos abiertos, y había un agujero practicado con exactitud simétrica a media pulgada sobre el puente de la nariz. Un delgado hilo de sangre se había secado marcando una línea hacia la parte superior de la ceja izquierda.

Desvió la mirada de ella hacia la derecha, al hombre que estaba de espaldas al ojo de buey y no hizo ningún esfuerzo para buscar la automática que tenía en el bolsillo. El hombre estaba allí de pie, alto, el pelo gris canoso, los hombros encorvados debajo del «smoking», los ojos ensombrecidos por espesas cejas; su mano derecha sostenía una pistola con silenciador. En el ojal lucía un clavel blanco. Permaneció allí como una roca, observando a Raikes y su cara alargada, de buitre, parecía tallada en pálido alabastro.

Raikes preguntó:

—¿Por qué? —Las palabras estaban cargadas de dolor.

—Porque era parte de usted —respondió Mandel—. Lo mismo que Berners. ¿No pensará que esto es un simple ejercicio de aficionados?

—Confié en usted. Hice el trabajo para usted.

—Sin un tropiezo, como sabía que lo haría. Subí a bordo en el Havre. Observé todo... con admiración.

—Entonces, ¿por qué matarnos? ¿Por qué?

Mandel se acercó, adivinando el impacto que sufría Raikes, adivinando quizá el dolor y el peso de la resignación que encerraba su ser, sabiendo tal vez que nunca en su vida Raikes había estado más cerca de merecer compasión humana. Apoyó el cañón de la pistola contra el pecho de Andrew y luego sacó del bolsillo de la derecha de éste la automática. Retrocedió, se guardó la automática en su bolsillo y permaneció en el ángulo en sombras formado por el armario y el compartimento de la ducha.

Mandel respondió:

—Por lo de Sarling. Mire esta cara y verá por primera vez algo parecido a él. Fuimos siete hermanos, y él y yo estábamos muy unidos. Los únicos unidos. Seguimos distintos caminos, pero hace mucho tiempo él me ayudó en el mío. Y más tarde, cuando él lo necesitó, yo lo ayudé a él. Pero nunca supe nada de sus asuntos. Entre nosotros (los únicos en nuestra familia) existían lazos de cariño. En razón de

ese cariño he comenzado a vengar su muerte. Lo único que lamento es que no he podido matar personalmente a Berners. Pero la mujer se ha ido. Y ahora usted. La vi por primera vez en el funeral. Ella jamás me vio. No tenía la menor idea de quién era yo cuando entré aquí esta noche.

—Estaba embarazada de mí —y por eso, por la vida que ahora estaba muriendo lentamente dentro de su cuerpo, Raikes sabía que iba a matar a aquel hombre. No sabía cómo, pero sabía que iba a hacerlo.

—Ella ayudó a matar a mi hermano.

—Su hermano buscó la muerte desde el primer día que se enteró de mi existencia.

—Tuvo un sueño, y sólo después de su asesinato supe por usted cuál había sido.

—Era un sueño sucio.

—Fue su sueño, de todos modos.

—Era su sueño contra el mío. Y el de él era sucio. Lo mismo que su amor por él es sucio. Podía haberme matado hace mucho tiempo sin hacernos todo esto. Podía haberlos perdonado a Berners y a ella, y matarme a mí. Pero usted también tenía que sacarle provecho al asunto del oro. Usted sabe menos que yo lo qué es amor. Por primera vez he encontrado a un hombre a quien puedo tener más lástima que a mí mismo. ¡Mandel, Sarling..., porquería! —Raikes escupió a los pies del hombre.

Mandel sonrió, moviendo apenas un congelado músculo de su cara, diciendo:

—Mi hermano hubiera comprendido. De cualquier cosa que hagas en la vida trata de obtener alguna ganancia, si puedes. Adiós, Raikes.

Levantó la automática y disparó cuando Raikes se le acercaba. La bala se estrelló en el hombro izquierdo de Raikes cerca del cuello; fue desplazado hacia la derecha y cayó. Mientras caía, con la mente convertida en una llama roja por el impacto y el dolor, estiró las manos buscando y apoderándose del tobillo derecho de Mandel, que cayó al suelo delante de él. Tanteando el cuero del zapato, el calcetín y la carne dura, Raikes se revolvió y tiró, sin saber por el momento que rodaba y sujetaba con fiereza y con una sola mano la única salvación que le quedaba. Oyó una segunda explosión apagada y con un desprendimiento lejano sintió que su cuerpo saltaba y se revolvía mientras la bala daba en el blanco, golpeando a través de su espalda sobre su cadera izquierda. Pero luego Mandel cayó al suelo, fue arrastrado al suelo, derribado al suelo. Raikes, ciego de dolor, durante un momento se aferró al hombre con ambas manos, clavándole los dedos como garras, buscando y estrujando el cuello del hombre con sus tendones fuertes y tensos. Sus dedos se cerraron sobre la carne y apretaron; dedos y manos fuertes que desde la infancia lo habían levantado y arrastrado, y ayudado a trepar por los árboles, lo habían zarandeado como un loco por las cornisas de mampostería en Alverton, manos que habían levantado balsas de maíz y sujetado ciervos, montado a caballo, empujado y tirado incansables de la doble sierra con Hamilton, que habían remado por los lagos durante millas y millas contra el viento... y ahora se apretaban, lentamente, sobre la tráquea, quitando la vida a Mandel, cuyo cuerpo azotaba y golpeaba contra él como el cuerpo de un gran salmón

azota, golpea y salta libre del garfio sobre los bordes del bote... y luego no hubo más brincos, no hubo más movimiento.

Raikes estaba tirado jadeante y cubierto de sangre, su aliento mitad saliva, manchaba la alfombra, cerca de su boca, y luego abrió los ojos y la horrible realidad del camarote volvió a su memoria.

Trató de recuperarse, cogió la pistola de Mandel y deseando en aquel ínfimo espacio de tiempo no tener ninguna duda en su mente, apoyó la pistola en la cabeza del hombre y disparó en el mismo lugar donde lo habían sido Berners y Belle. Entonces dejó caer la pistola y sólo quedaron dos pensamientos en su mente: tenía que desaparecer, sin dejar una sucia huella que condujera a Alverton, y debía haber un final definitivo de lo que era Raikes, de la familia y los antecesores, y que aquel final no debería beneficiar a nadie.

Se dirigió al tocador sintiendo la sangre que se pegaba a sus ropas, encontró papel y la cartera de Belle, un bolígrafo... y los dioses que lo habían rechazado agregaron la ironía final porque tenía tinta roja para hacer juego con su propia sangre... Lentamente escribió:

«De su indeseado huésped del puente. Dígale a las autoridades que las barras de oro serán descargadas en el Château Miriat, Loudeac, Bretaña, dentro de la próxima hora. Fuente de confirmación de este mensaje: Camarote 4004».

Lentamente, sintiendo que las fuerzas lo abandonaban, dobló la nota en cuatro y en la parte exterior escribió: «Urgente, capitán William Warwick». Luego se puso de pie y se dirigió hacia Belle. Mirándola, con la nota en la mano, se inclinó y levantó su mano izquierda y la besó, la carne todavía estaba tibia y supo que, aunque nunca hubiera sabido cómo amarla en la forma que ella quería que la amara, la hubiera llevado a Alverton y hubiera cuidado y amado al hijo de ambos, y con eso ella hubiera tenido más felicidad de lo que jamás hubiera soñado tener con él, ni quizá con ningún otro hombre.

Se volvió hacia la mesa debajo del espejo del tocador y tocó el timbre llamando al camarero. Fue hasta la puerta y salió al pasillo. Colocó la nota entre el marco y la puerta mientras cerraba, de manera que el camarero no pudiera dejar de verla.

Recorrió el pasillo principal hacia la banda de babor. A lo largo de la cubierta había camarotes y hasta donde llegaba su mirada el pasillo estaba despejado, aunque sabía que en todo el barco se estarían haciendo investigaciones y los mensajes se sucederían por aire a las estaciones de tierra. El suboficial jefe de Seguridad estaría organizando una investigación en los salones públicos y botes salvavidas, y el oficial de Guardia Nocturna habría dado la alerta a los camareros de los dormitorios para que hicieran las discretas averiguaciones que pudieran en los camarotes. Pero no tenía miedo de ser atrapado, porque andaba, forzando su pierna izquierda para que lo obedeciera, bajo la absoluta protección de aquellos que, diez minutos antes, habían

rechazado su tardío tributo. Marchó por la estrecha y callada brecha entre los camarotes y se dirigió hasta el ascensor más alejado de proa, subió hasta la cubierta Uno y de allí se internó en la noche y en la suave llovizna sobre la cubierta de las piscinas.

Se dirigió a la baranda de estribor y se inclinó, solo en la cubierta, pero con él estaban el recuerdo de Berners y de Belle, y luego aquel recuerdo se perdió cuando la oscura aparición de la espuma del mar le trajo recuerdos de agua, recuerdos de ríos, de hermanos y sintió una curiosa felicidad dentro de sí y una gran calma cuando se subió por la baranda y se dejó caer. Antes de tocar el agua oyó la voz de su padre que volvía con las palabras pronunciadas años atrás, palabras suaves, pacientes, que decían: «...Si luchas con el agua, es tu enemiga. Si te dejas llevar por ella, es tu amiga». Cayó y se dejó llevar..., alejándose, para terminar pronto, suavemente, atrapado por el mar...

— FIN —



VICTOR CANNING (Plymouth, Inglaterra, 16 de junio de 1911 - Cirencester, Inglaterra, 21 de febrero de 1986), fue un prolífico escritor inglés de novelas de suspense, muy conocido a mediados del siglo xx gracias a sus novelas de intriga y misterio, muchas de las cuales fueron llevadas al cine y a la televisión con guiones del propio Canning, destacando «La trama», dirigida por Alfred Hitchcock.

Su personaje más conocido fue el detective Rex Carver. En 1972 logró el CWA Silver Dagger por «The Rainbird Pattern».

## OBRAS

- *Mr. Finchley Discovers his England* (1934).
- *Polycarp's Progress* (1935).
- *Fly Away Paul* (1936).
- *Two Men Fought* (1936), writing as Alan Gould.
- *Everyman's England* (1936), illustrations by Leslie Stead.
- *Matthew Silverman* (1937).
- *Mercy Lane* (1937), writing as Alan Gould.
- *Mr. Finchley Goes to Paris* (1938).
- *Sanctuary from the Dragon* (1938), writing as Alan Gould.
- *The Wooden Angel* (1938), writing as Julian Forest.
- *Fountain Inn* (1939).

- *Every Creature of God is Good* (1939), writing as Alan Gould.
- *The Viaduct* (1939), writing as Alan Gould.
- *Mr. Finchley Takes the Road* (1940).
- *Atlantic Company* (1940), writing as Alan Gould.
- *Beggar's Bush* (1940), stage play produced in Harrogate.
- *Green Battlefield* (1943).
- *The Chasm* (1947).
- *Panther's Moon* (1948) US *Hunter's Moon* – filmed in 1950 as *Spy Hunt*.
- *The Golden Salamander* (1949) – filmed in 1950.
- *A Forest of Eyes* (1950).
- *Venetian Bird* (1950) US *Bird of Prey* – filmed in 1952.
- *House of the Seven Flies* (1952) US *House of the Seven Hawks* – filmed in 1959.
- *The Man from the Turkish Slave* (1954).
- *Castle Minerva* (1954) US *A Handful of Silver* – filmed in 1964 as *Masquerade*.
- *His Bones are Coral* (1955) US *Twist of the Knife* – filmed in 1970 as *Shark!*
- *The Hidden Face* (1956) US *Burden of Proof*.
- *The Manasco Road* (1957) US *The Forbidden Road*.
- *The Dragon Tree* (1958) US *The Captives of Mora Island*.
- *Young Man on a Bicycle* (1958) – collection of novellas – US *Oasis Nine*.
- *The Burning Eye* (1960).
- *A Delivery of Furies* (1961).
- *Black Flamingo* (1962).
- *Delay on Turtle* (1962) – collection of novellas.
- *The Limbo Line* (1963) – filmed in 1968.
- *The Scorpio Letters* (1964) – filmed in 1966.
- *The Whip Hand* (1965) – the first Rex Carver book.
- *Doubled in Diamonds* (1966) – the second Rex Carver book.
- *The Python Project* (1967) – the third Rex Carver book.
- *The Melting Man* (1968) – the fourth Rex Carver book.
- *Queen's Pawn* (1969).
- *The Great Affair* (1970).
- *Firecrest* (1971).
- *The Rainbird Pattern* (1972) – filmed in 1976.
- *The Runaways* (1972) (part 1 of the Smiler trilogy).
- *The Finger of Saturn* (1973).
- *Flight of the grey goose* (1973) (part 2 of the Smiler trilogy).
- *The Kingsford Mark* (1975).
- *The Doomsday Carrier* (1976).
- *The Crimson Chalice* (1976) (part 1 of the Arthurian trilogy).

- *The Circle of the Gods* (1977) (part 2 of the Arthurian trilogy).
- *The Immortal Wound* (1978) (part 3 of the Arthurian trilogy).
- *Birdcage* (1978).
- *The Satan Sampler* (1979).
- *Fall From Grace* (1980).
- *The Boy on Platform One* (1981).
- *Vanishing Point* (1982).
- *Raven's Wind* (1983).
- *Birds of a Feather* (novel) (1985).
- *Table Number Seven* (1987) – completed by his wife and sister.
- *Comedies and Whimsies* (2007) – collection of short stories.
- *The Minerva Club, The Department of Patterns and Dr. Kang* (2009) – collection of short stories.